

1925

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADO

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838 SOLICITE EL NUEVO CATALOGO N.° 20



MODELO N.° 310
En cabritilla negra con cordones o botones. En cabritilla charolada, con caña mate, con cordones o botones. En gum metal negro, con cordones o botones. Liso o picado.

$ 14.90



MODELO N.° 307
En oscaria marrón, en gum metal africano o negro. Liso o picado.

$ 14.90



MODELO N.° 269
En cabritilla marrón, negra o charolada Taco 5 1/2 únicamente.

$ 14.90



MODELO N.° 270
En cabritilla negra, marrón, charolada, y charolada con talonera y tira de seda. Taco 5 1/2 únicamente.

$ 14.90



MODELO N.° 262
En cabritilla camello, marrón, negra, charolada, verde claro, verde obscuro. Tacos 5 1/2 únicamente.

$ 14.90



MODELO N.° 288
En gamuza negra. En cabritilla negra, marrón, camello, gris, o charolada. Taco 5 1/2 únicamente.

$ 14.90



MODELO N.° 58
En gum metal negro y color. Doble suela; gran moda..................

$ 14.90



MODELO N.° 303
En gum metal africano. En oscaria marrón o amarillo. En gum metal negro. Liso o picado..............................

$ 14.90

Actualmente nuevos modelos de calzados y siempre en la misma calidad de mercaderías que hemos vendido hasta ahora.



Ama la luz que es hija de los dioses
Y es por eso hermosura en las mujeres,
Que trae bienestar para los pobres
Y suavidad para los seres débiles.

Ama la luz, esposa rutilante
Del Vigor prodigioso de los campos;
Que es púrpura en los hombros del salvaje
Y es transparencia mística en el llanto.

Ama la luz y nos darás la gracia
Necesaria y gentil de la bondad,
La luz que ahuyenta al envolver el alma
Lo que existe en nosotros de brutal.

La luz posee en su quietud radiante
La intuición de las formas apolónicas:
La noble línea, la manera grave,
La perfección de la columna jónica.

Es obra de la luz lo que el diamante
Devuelve en claridad,
Y la armoniosa facultad del ave
Toma en la luz inspiración jovial.

Enriquece tu sed en la alborada,
Con el principio lírico del día,
Y aprenderás la ciencia de la planta
Que transforma la luz en propia vida.

DIBUJO
DE PA



EL HOMBRE QUE NO VOLVIO

(DEL CONCURSO LITERARIO DE CARAS Y CARETAS)



Los esposos hallábanse solos una vez más en la coquetona salita, donde les gustaba refugiarse luego que daban por terminadas sus respectivas tareas del día.

María Elena, en su calidad de joven madre, vivía para sus hijos, desde la mañana a la noche. Ningún detalle preciso para la alegría o el bienestar de aquéllos escapaba a su perspicacia de madre ejemplar. Por su parte, Claudio tenía absorbido el tiempo en una montaña de planos, diagramas, dibujos, estudios topográficos, líneas divisorias, puntos limítrofes que debía señalar en su calidad de ingeniero de caminos y puertos.

Además, a María Elena gustábale preparar con sus bonitas y suaves manos el café que Claudio saboreaba con fruición, segura de que la grata bebida servida por ella, tomada en el lindo gabinete conyugal y amenizada por una agradable conversación, le sería a su marido mucho más grata que la que iba a tomar en la atmósfera viciada de un café, en compañía de algunos amigos que, en la mayoría de los casos, tan sólo lo son de nombre.

Así es que al terminar el día, y cuando ya los niños dormían en sus camitas blancas como sus sueños, y siempre que Claudio pudiera disfrutar de unas dulces horas al lado de su esposa y de sus hijos (pues por las exigencias propias de su carrera estaba sujeto más a la ausencia continua que a la vida estable con los suyos), el matrimonio gustaba de consagrarse a su cariño recíproco, trazando un parántesis de reposo a la intensidad de sus vidas. Y dejando que las horas fueran trayéndoles cada una el encadenamiento de las esperanzas, con que adornaban sus proyectos para el presente y para el porvenir.

La conversación era aquella noche más interesante que nunca. Innumerables proyectos hermosos.

Era preciso, ante todo, labrar el porvenir de los hijos. Colocarlos en condiciones superiores para la lucha por la vida, y, en este sentido, no había que escatimar esfuerzo, por penoso que fuera. Una carrera intelectual para el varón; mientras, la niña fuera demostrando poco a poco la inclinación de su espíritu a fin de trazarle un derrotero digno de seguir por sí misma en la plena posesión de su capacidad e independencia moral. La conversación iba de este modo envolviéndoles como una finísima red de entusiasmo, hasta que en un momento parecía languidecer por efecto del cansancio físico. María Elena se apresuró a decir a su marido:

—¡Ah¡ No dejes pasar el día de mañana, Claudio, sin ir a ver al médico.

—¡Pero, querida! ¿Aún persistes? ¿No ves que no es de cuidado lo que tengo?

—¡No importa! Aunque a ti no te parezca, ¿qué sabemos nosotros lo que puede ser? A lo mejor un contagio...

—¿Un contagio? — Claudio fué a decir algo, que sin duda debió parecerle muy doloroso, razón por lo que optó más bien por callar.

—¡Vaya uno a saber! — prosiguió María Elena. — Viajas por tantos puntos desaseados, antihigiénicos...

— Pero tú sabes que yo soy en extremo escrupuloso.

— Sí, lo sé; pero no basta, querido. El contagio puede estar en cualquier parte, sin que tú puedas ni remotamente sospecharlo. En un vagón del tren, en una habitación, en la mesa, en el plato, en el vaso, en el lecho, en fin, en tantas partes...

— Bueno, bueno — interrumpióle Claudio, un tanto

inquieto. — Te prometo, para tu tranquilidad que iré mañana a ver el doctor X., que como sabes es una eminencia médica. Pero vas a ver como estos síntomas que tanto te asustan desaparecen con cualquier enérgica aplicación antiséptica. Y fueron a recogerse, después de haberse despedido con un cariñoso beso.

* * *

PERO a Claudio no le fué posible conciliar el sueño por varias horas. Revolvíase inquieto en el lecho sin acertar a explicarse su desazón. «¿Qué podría ser aquel extraño mal que lo combatía?» Extraño, desde luego, por la falta misma de su razón de ser. Pequeños puntos, imperceptibles casi, aparecidos en las palmas de las manos, que se reflejaban como un remedo grotesco en las plantas de los pies. Luego iban extendiéndose poco a poco como una pequeña sierpe que babeaba su ponzoña, para replegarse en sí mismos, solapados y traidores, rebeldes por completo a todo tratamiento antiséptico, hasta la cauterización por medio del fuego, que Claudio había ensayado con verdadero estoicismo, aplicando a la extraña erupción un hierro candente. Pero, así y todo, bien podría ser aquello una afección sin importancia... Cuando el sueño lo rindió, por fin, estaba casi convencido que el doctor X. iba a desvanecer en él toda sospecha de enfermedad maligna en la primera consulta no más.

* * *

POR su parte, María Elena no podía tampoco conciliar el reposo para su espíritu. Sin poder explicarse la causa, comprendía que una onda de tristeza iba envolviendo su ánimo hasta dominarlo por completo.

¿Sería, acaso, un malestar, hijo de su carácter impresionable?... Desde luego, pretendía rechazar de su mente toda idea absurda que pudiera calificarse de presentimiento. ¿Presentimiento?... Pero, ¿dónde estaba el mal que la acechaba?... Sin duda que ella iba a sentirse fuerte ante el infortunio, siempre que su golpe le respetara lo que para ella tenía más valor que su propia vida... ¡Su marido! ¡Su Claudio! ¡Oh, cómo le amaba! ... Siete años llevaban de vida común, y aún se consideraba María Elena tan feliz como el primer día en que, trémula de amoroso anhelo, habíase unido a Claudio, tras un rápido noviazgo, iniciado en el conocimiento de ambos como compañeros de juego en una cancha de tennis, pues habían sido y continuaban siendo entusiastas deportistas, grandes cultores del ejercicio físico. Por otro lado, María Elena recordaba punto por punto los detalles de su vida de soltera.

Su familia se hallaba radicada, desde muchos años atrás, en el «faubourg» más pintoresco de Buenos Aires, en Belgrano, donde han alzado sus casas hermosísimas infinidad de familias extranjeras (alemanas e inglesas), en su mayoría atraídas, sin duda, por la calma del ambiente que sirve para templar el ánimo fatigado por la labor diaria, como por el trajín tumultuoso de personas y vehículos del centro de la capital.

El padre de María Elena había sido uno de los fundadores de una gran compañía de servicios públicos, contribuyendo así a plantar un jalón de progreso en el sitio donde iba a fundar su hogar. De su madre se acordaba como de una figura simpática y suave, pero que iba esfumándose en las lejanías del tiempo, pues había muerto cuando contaba nueve años de edad.

Criada en la rectitud del carácter de su padre, se deslizó su juventud, hasta que la fibra amante vibró sonora y dulcísima en su pecho de mujer... Amó y el hombre elegido para sus desvelos, poblados de seductoras visiones, no podía ser más digno del sentimiento elevado que inspirara con su hidalguía notoria. No era rico, pero en su condición de ingeniero de caminos y de puertos, se distinguía por la brillante aplicación de sus conocimientos llevados a la práctica. Reunía, además, Claudio Martínez condiciones de caballerosidad y talento muy apropiadas para hacer la felicidad de su joven esposa. Unidos así, por los lazos del amor recíproco, los jóvenes no habían sufrido jamás otro contratiempo que el que les brindaba, como una amarga ofrenda, la continuada ausencia de Claudio, sus viajes forzados... Era aquello un punto negro en la existencia serena. Debía viajar siempre, unas veces en el rigor del invierno, otras bajo la onda calcinante de un calor insoportable, a los más opuestos puntos del interior, ya al mediodía como al norte; pasar por todas las molestias propias de tal sistema de vida y, como consecuencia, sumir a María Elena en una ansiedad infinita, pues siempre temía que le ocurriera algo grave lejos de su hogar y del cariño profundo con el que ella sabía preservarlo de todos los peligros.

¡Cómo ansiaba que aquella vida terminara, al fin! Con la realización de algunos buenos negocios, no tardaría en llegar el día soñado ardientemente por ella. El de la mutua consagración a su amor y al cuidado y educación de los hijos... La vejez tranquila les hallaría cargados con los frutos recogidos en el camino de la vida... Y sonrientes, satisfechos, agradecidos a los dones benéficos que habían podido disfrutar, llegarían a ver a su alrededor una dilatada familia de nietecillos a los que legarían ampliamente el ejemplo de sus virtudes y de su amor...

* * *

LA luz de la mañana siguiente halló a los esposos aún bajo el peso de las emociones encontradas que, durante la noche, habíanles conturbado el espíritu. Pero cuando los niños, desperezándose en sus camitas, como el pajarillo que sacude su plumaje a la luz de la aurora, fueron llenando poco a poco la casa con el bullicio de sus voces y el encanto de sus gracias, por fuerza María Elena y Claudio se arrancaron a sus preocupaciones, para entregarse de lleno a sus diarias tareas.

Para María Elena constituía algo así como un sagrado sacerdocio, impuesto a su condición de mujer, el cuidado de sus hijos, que por nada del mundo habría confiado a manos extrañas. ¡Era tan seria toda aquella ardua labor! ¡Tan minuciosa y delicada! ¡Tan propia de la esencia que la animaba con su soplo divino!... El baño primero, luego el atavío, el vestido, el desayuno, más tarde el paseo higiénico, hasta llegar la hora de preparar al mayorcito para ir a la escuela, mientras la pequeña quedábase en casa al calor y bajo la mirada previsora de la madre.

Transcurrieron las horas rápidamente para Claudio. Debía ir después de medio día a consultar con el doctor X. y, a medida que el momento se acercaba, sentía que su ánimo desfallecía. ¿Qué iba a resultar de aquella entrevista? ¿Cuál iba a ser el diagnóstico del médico?... Sin acertar la causa exactamente, Claudio sufría con esta incertidumbre; pero incapaz de dejar traducir su sufrimiento ante su esposa, pasó la noche poniendo en orden

sus asuntos, sin que le molestara en lo más mínimo la infantil algarabía que llegaba desde el fondo de la casa hasta el escritorio, donde permanecía abstraído en su labor. De repente sintió que se posaba cariñosamente una mano sobre su hombro, y una voz dulce que le decía al oído:

— Ya es la hora.

— ¡Tan pronto! — exclamó Claudio, disimulando su contrariedad para no molestar a María Elena.

— Sí, son las once y, como tienes que ir a la consulta médica, mientras te bañas, almuerzas, te preparas, el tiempo pasa.

— Es verdad. Voy en seguida.

Y lentamente, con un si es no es de ese desgano propio de las cosas impuestas contrarias a nuestra voluntad, pero ineludibles y fatales en su aplicación, Claudio fué a prepararse como su esposa se lo había indicado.

Transcurrió el almuerzo en medio de la bulliciosa alegría que reinaba siempre bajo su techo. Una que otra corrección en serio a los pequeños revoltosos, que no acertaban a estar un minuto quietos en la mesa, luego un beso, una caricia, con lo que se daba por extinguida la naciente desconformidad del reprendido.

Cuando terminó la comida, Claudio se despidió de María Elena y de sus hijos, con el acostumbrado beso de esposo y padre; pero esta vez la despedida tenía un fondo de amargura inmensa. Sin saber por qué, parecíale que tras ella iba a alzarse la lápida de la ausencia o del olvido. María Elena, con la niñita en brazos, le acompañó hasta la puerta de la verja que rodeaba la hermosa casita, entretejida de madreselvas y jazmines del país, como una red de esmeralda y de perfumes que circundara aquel santuario de amor.

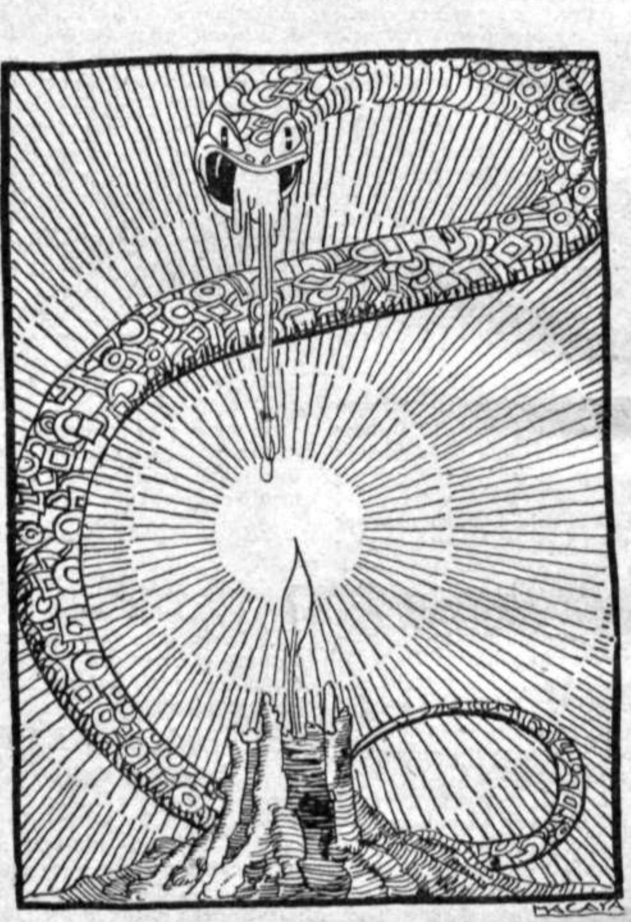
— Dile adiós a papá, querida — indicó la joven a la niña que tenía en brazos, estampando al mismo tiempo un beso sonoro en las mejillas tersas.

— ¡Adiós, papito — repitió ésta. — ¿Vas a venir luego?

— ¡Sí, querida!... ¿cómo no?... y papá te va a traer una linda muñequita...

— Bueno, no te olvides, ¿eh, papito?

— Hasta luego, querida.



Acompañado por la mirada cariñosa de su esposa y de su hijita, Claudio siguió hasta perderse de vista. Allí quedaban los seres queridos, como un interrogante, como una imprecación al destino que se atreviera a herirlos en pleno corazón...

Alejado de su casa, Claudio trató de serenarse un poco; con paso lento se dirigió a la estación a tomar el tren de servicio urbano hasta Retiro, y como aún faltaba tiempo para la hora de consulta, decidió marchar a pie por esas calles al salir del amplio andén. La ciudad permanecía sumida en esa semi-calma que sigue al medio día, libre de tráfico bullicioso, de coches, automóviles, bocinas, fustas, y que junto al agitado vaivén de los transeuntes hacen poco menos que imposible el tránsito libre, sobre todo por las calles donde es más importante su movimiento comercial.

En dicha hora, la agitación, la vida de la ciudad se reduce, en su mayor parte, al abigarrado conjunto de empleados de ambos sexos, que corren, aceleran la marcha, se apresuran en todas formas y en todas direcciones para llegar a la hora establecida por el reglamento de la casa, a entregarse a sus diarias tareas.

Con mirada de esteta, que tiene acostumbrada la retina a la contemplación de la belleza, Claudio veía pasar ante él legiones de modistillas, de vendedoras, de oficinistas apresuradas, con sus frágiles figuras, denunciadoras de la decadencia física en que las sumergé la falta de buen alimento, de buen aire, en suma, de mejores condiciones de vida.

Tal vez a esto se deba que la mujer, obrera o empleada, ofrece hoy tan deplorable figura desde el punto de vista físico. No hay belleza femenina y para hablar en tesis general, puede decirse que el llamado encanto de sus formas es ya sólo una leyenda de poetas. Las mujeres marchan por nuestras calles como palos vestidos, sin gracia, sin donaire, moviéndose, a veces, con un contoneo antiestético, que parece más bien una contracción de apocamiento, al saber que se ostentan raquíticas, pequeñas, endebles, flacuchas, faltas de desarrollo, como mutiladas en sus órganos fuentes de la savia de la vida, y como si un oculto y crimi-
[illegible] biera es-

tancado en sus funciones más bellas, para permitirles, en cambio, que rueden en más de un caso, como débil hojarasca, hasta el fondo de un abismo...

Claudio se encontró así, insensiblemente, caminando a paso lento y contemplativa atención, frente a la casa del doctor X., que se alzaba entre un conjunto de hermosas mansiones, en la parte norte de la Capital.

* * *

No obstante lo temprano de la hora, cuando Claudio llegó a casa del médico, el amplio vestíbulo, destinado a sala de espera, hallábase atestado de clientela. Hombres y mujeres, pequeños y adultos, esperaban ya turno pacientemente.

Sentóse en el primer asiento libre que encontró, dispuesto a pasar su vista «in mente» por toda aquella pequeña turba de buscadores de salud, hasta que llegara el turno para él. Allá, en el fondo del vestíbulo poblado de helechos y de muebles de estilo, apropiados para el sitio, una viejecita, como aniquilada por el peso de sus males, musitaba en silencio una oración, con más fe, si cabe, que la que podían ofrecer a su raciocinio de creyente los conocimientos del médico. A su lado, una jovencita pálida, clorótica, de una delgadez extrema, paseaba su mirada atónita por la extensión del vestíbulo. Sin duda estaba ajena al destino de muerte que la acechaba en plena adolescencia, denunciando su proximidad con los golpes de tos seca, aguda y cavernosa que a cada instante agitaba su pecho con sacudidas violentas.

Más adelante, un niño como de once años, esperaba también, acompañado de su padre. ¿Un niño?... Si tal puede llamarse a un ser deforme, lisiado, monstruoso, de rostro anguloso, escuálido, sin expresión, con el labio inferior excesivamente grueso, cayendo como un trozo informe sobre el mentón alargado y puntiagudo. Los ojos lacrimosos, la nariz chata, las orejas enormes, las piernas flácidas y negruzcas pendían como un guiñapo de su cuerpecillo endeble y temblante. La infeliz criatura no hablaba, sólo se escapaban de su garganta sonidos inarticulados, guturales y de una obstinación iracunda que sumía a su padre en una continua perplejidad.

Un aborto de la vida triunfadora, provocado por la ansiedad morbosa de los seres humanos... por su afán de escanciar en el organismo el ponzoñoso brebaje del alcohol y de lacerarle con las pústulas de la avariosis...

¿Qué puede, en este caso, ofrecer el médico para bien de esos desventurados seres, toda vez que en su concepción han entrado elementos corrompidos en grado sumo, viciados con todas las ponzoñas que envenenan la sangre y la médula y roen, implacables, los huesos, hasta triturarlos en su armazón vital?...

* * *

Fué a una leve indicación del doctor X, que permanecía de pie en medio de la sala donde Claudio acababa de penetrar, que avanzó hasta sentarse en un sillón de marroquín, colocado delante del escritorio.

La sala era inmensa. Más que consultorio médico, parecía un soberbio rincón alhajado para solaz y recreo del espíritu. Hermosos cuadros, de las más reputadas firmas, pendían de las paredes, entre los que se destacaba una copia admirable de la «Ronda [illegible] brandt, óleo de hermosos coloridos, estatuas de bronce y de mármol, macetones de ónix, sobre pedestales de cedro reluciente, lujosos volúmenes acomodados en soberbias bibliotecas y en amplios estantes, alfombras de Esmirna y Persia, asientos tapizados y mullidos, formaban un conjunto de lujo y esplendor, que, sin duda, el doctor X consideraba necesario para templar un tanto la angustia de los que penetraban en aquel recinto llevando a cuestas la carga de sus males físicos.

El examen se llevó a efecto con marcada atención por parte del doctor X. Estudió en silencio, durante un largo rato los puntos blancos que Claudio mostraba ya en la casi totalidad de las palmas de las manos.

Palpó, restregó, limpió las llagas nacientes, sin que de sus labios saliera una palabra, ni su rostro se contrajera en lo más mínimo. Grave, sereno, inabordable, realizaba la tarea examinadora, sirviéndose en este caso de su visual clínica, como un escalpelo de disección científica. Por fin dijo:

— Póngame usted al corriente de todo lo que se relacione con este mal; necesito conocer cualquier detalle, por nimio que parezca. Usted debe estar al tanto de ello, abrigar sospechas, tener datos precisos, en fin...

— Ninguno que pueda orientar a usted, doctor, — se apresuró a responder Claudio, con un aplomo propio de las circunstancias, en verdad ajenas a toda claridad en su situación. — Soy ingeniero de caminos, y en tal sentido debo viajar continuamente, pernoctar en sitios antihigiénicos hasta el horror y, aunque el cuidado y el celo personal sean excesivos, nunca falta un detalle oculto que llegue a ocasionar el mal. ¿No es así?

El doctor X, se concretó a asentir con un imperceptible movimiento de cabeza, guardando silencio por unos instantes. Luego interrogó:

— ¿Cuánto tiempo hace que ha notado usted esta novedad?

— Un mes aproximadamente.

— ¿Y no recuerda usted haber hablado con alguna persona atacada de un mal análogo al que usted presenta hoy, o en otro caso, con escoriaciones visibles de cualquier índole, tales como llagas, pústulas, ezcemas, de las que, por desgracia, se ven atacadas tantas personas, que se encuentran en inferioridad de condiciones respecto a las reglas higiénicas que deben observarse?

— ¡Oh, no, no! ¡Nada de eso! — respondió apresuradamente Claudio.

Soy muy delicado en este sentido. Habría sabido apartarme cuanto antes de cualquier persona atacada de esas dolencias.

Tras de una nueva pausa silenciosa, el doctor X, preguntó:

— ¿Es usted casado?

— Sí, doctor.

— ¿Tiene hijos?

— Dos.

— ¿Cuántos años tiene usted?

— Veintinueve.

— ¿No cree usted que haya en su sangre gérmenes de una ascendencia morbosa? ¿Escrófula, sífilis, alcoholismo? ¿Nada de eso?

— Nada de eso. He conocido a mis abuelos, lozanos y fuertes, como robles. En cuanto a mis padres, viven aún, para dar fe, si es preciso, de su sangre pura con la salud floreciente de que disfrutan.

Después de este breve interrogatorio al paciente, el doctor X continuó la tarea del [illegible] para

inquirir las causas que podían haber originado aquella afección. Estudió en silencio, durante un prolongado rato, los puntos blancos imperceptibles, sin que mostrara su rostro la más mínima alteración.

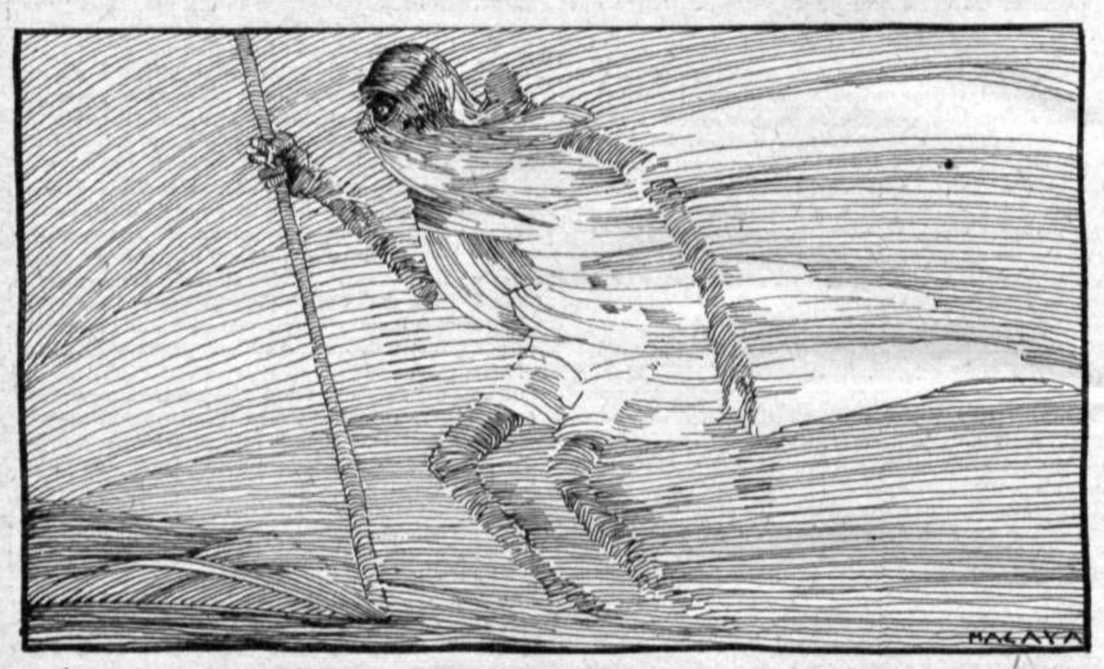
Al decir general, el doctor X. no necesitaba ejercer sus funciones de médico, pues era rico al exceso; pero, gran corazón y gran cerebro, pasta de sabio dispuesto a abdicar de todas las comodidades placenteras de su vida de opulencia, en bien de los dolientes, seguía entregando a éstos el caudal de sus conocimientos aplicables, como el anestésico adormecedor que precede a la cruenta operación.

Sus fallos eran inapelabes para la conciencia médica y la clarividencia de sus juicios, desprovistos por completo de todo error, que pudiera tener más tarde consecuencias fatales e ineludibles. Pero, eso sí, era implacable y duro en lo relacionado con el bien tanto, sus amigos, en fin. Pero el doctor X comprendió que debía usar mucha cautela para no alarmar a Claudio, pues una definición exacta del terrible mal iba a precipitar un resultado contrario al que perseguía.

Temeroso de que el desventurado pudiera presumir siquiera las proporciones de aquel desastre, le ocultó toda sospecha de gravedad, encaminando, eso sí, la voluntad de Claudio hacia el punto que consideraba necesario.

— Bien: creo que su mal no es grave — afirmó — dando por terminado el examen. Una infección cutánea superficial, y nada más. Pero necesito un análisis de sangre, rápido. Usted podrá someterse a él hoy mismo.

— No hay inconveniete — repuso Claudio, ajeno al plan del doctor X. — De todas maneras, ya tengo perdida la tarde para mis asuntos.



común y con el deber de humanidad, consistente en el sacrificio, si cabe, ya de un miembro, como del organismo completo, si así lo exigía la salud floreciente de otro o de otros cuerpos en peligro de ser contaminados...

De ahí que, cuando Claudio le dió a conocer su situación de esposo y padre, feliz hasta entonces en el desarrollo de una vida hermosa, poblada de virtudes y de amor, una llamarada de tristeza íntima brilló en los ojos del doctor X.

Era preciso apartar aquella juventud lozana del sendero de dicha que había seguido hasta entonces. ¡Aislarlo, separarlo para siempre de los seres queridos de su coraeón!... ¡No había otro remedio! El mal estaba allí, implacable, brutal, devorador, amenazando dañar con su contacto a otros seres. ¿Podía permitir esto su conciencia de médico? ¡No! Era necesario proceder con todo rigor, con toda dureza. Realizar el sacrificio de aquella vida, única en tal caso, por la salud de las otras vidas, amenazadas al pasar por los sitios donde el infeliz pasara. En primer lugar su esposa, sus [illegible]

— Perfectamente. Entonces lo mejor es apurar el hecho. Necesito conocer el valor globular de su sangre, su relación de lo mismo, valiéndome para ello de un examen cuantitativo, como así mismo, si hay reacción de Wassermann, pues aunque usted asegura que sus padres y abuelos son personas sanas, puede haber, sin que lo sospechemos, una ascendencia remota que haya legado sus gérmenes morbosos; en fin, muchos puntos que así, a simple vista, se presentan obscuros, y que un examen detenido va a aclararnos. Pero es necesario — insistió el doctor X., como aferrado a una idea fija y queriendo transmitir parte de esa idea a Claudio — que vaya usted, ahora mismo, al salir del consultorio, sin dilación de ninguna especie, sin detenerse en ningún sitio. Está usted, a mi juicio, en una situación favorable para el análisis. Mañana ya podría resultar deficiente para el fin que perseguimos.

— ¡Ah, muy bien! Si es por eso, doctor, yo me someto desde ahora a su voluntad, y por mi parte no habrá entorpecimiento alguno... Pero usted comprenderá [illegible] que-

ría marcharme ignorando cómo viene mi enfermedad; desearía conocer el diagnóstico.

—¡Ah, es diagnóstico reservado por ahora! Tenga paciencia. Jamás acostumbro dar a conocer un diagnóstico. Me lo reservo siempre para mi fuero profesional. Hago excepciones, a veces, y en ese caso está el suyo; pero aun así, no puedo establecer las causas precisas y determinadas de su mal, que vendrían a ser el diagnóstico, hasta que yo esté en posesión del análisis de sangre. Por eso le digo que hay que acelerar su marcha, sometiéndose hoy mismo a él. Voy a darle la dirección de la casa clínica, donde irá usted con una recomendación especial mía, para que lo atiendan en seguida.

Y al decir esto, el doctor X. fué a sentarse ante el amplio escritorio que ocupa el centro de la sala. Trazó rápidamente unas cuantas palabras en una hoja de formulario que arrancó de su asiento y alargándosela a Claudio, le dijo con acento tranquilo:

—Allí le dirán cuándo puede usted obtener el análisis, y entonces volverá aquí.

—Agradecido, en sumo grado al doctor —exclamó Claudio, disponiéndose a marchar. —Haré cuanto pueda de mi parte para demostrar a usted... —y tendióle su mano al doctor, que éste esquivó con disimulo.

—Bien, hasta la vista entonces —le interrumpió el doctor X., inclinándose ceremoniosamente ante Claudio que, un tanto confuso por aquella interrupción, salvó ligeramente la distancia que lo separaba de la puerta y, respondiendo a la inclinación del doctor X., abandonó el consultorio.

* * *

Ya en la calle, Claudio se detuvo un instante para orientarse respecto a la dirección que debía seguir. Miró el papel que tenía en sus manos y vió escritas estas palabras: «Análisis de sangre; diagnóstico reservado. Debajo las señas de una casa, calle y número, en Flores.

Como era mucha la distancia, llamó al primer auto de servicio que pasaba ante él, transmitiéndole las señas al chófer.

Mientras el auto corría, Claudio se entregó a una profunda meditación, hija de las circunstancias extrañas porque atravesaba.

¿Qué podría ser aquel extraño mal que lo combatía desde hacía tres semanas? ¡A la verdad, tenía miedo! Un miedo vago, instintivo, que llegaba a producirle un verdadero escalofrío de espanto. Sentíase casi desfallecer a la idea de que aquel mal pudiera ser... pero no, no, no era posible; él estaba bien, lozano, fuerte como siempre, satisfecho de todo lo bueno que le rodeaba. Además, el médico se lo había dicho para tomar precauciones. Por otro lado, creía estar inmune para cualquier afección seria. Jamás había tenido ocasión de recurrir a un médico por motivos de salud, pues ésta siempre fué floreciente. Sabía, eso sí, pues su madre se lo relató varias veces, que en sus primeros doce años, el tifus, esa perversa asechanza de la niñez, habíalo colocado en un peligroso trance de muerte, pero, salvado gracias a los desvelos y a la abnegada ternura de aquélla, quedó bien parado para toda la vida, fuerte como un roble, y tán libre de molestias físicas que jamás había sufrido ni una leve jaqueca. Ahora le era imposible precisar cómo ni en qué forma había adquirido aquel mal que se presentaba con todos los caracteres de algo espantoso, cuyo verdadero nombre Claudio no se atrevía a pronunciar, por temor de que el nombre solo le quemara los labios.

Algo había oído hablar sobre males pestosos, adquiridos por contagio en algunos puntos del interior de la República, donde han caracterizado su existencia entre los habitantes de esos sitios, como también entre aquellas personas que llegaron a estar en contacto con un objeto, un utensilio de uso personal, una pieza de ropa del lecho o de la mesa, tan factible y común entre los viajeros desprevenidos.

¡Oh!... Tantas veces como le había tocado a él pernoctar en covachas inmundas, pobladas de alimañas, sin ventilación, sin aseo, donde las bacterias se desarrollan al calor de la incuria de los pisos, de los muros y en el ambiente viciado, como el de una cámara mortífera. Aun lo recordaba con rabia, con desasosiego. No hacía más de un mes que en un pequeño pueblucho de la provincia de Entre Ríos, donde fué a deslindar unos terrenos en litigio con el gobierno de la provincia, la habitación que encontró en el mejor hotel del pueblo, presentaba un aspecto tal de desaseo, que tuvo que tenderse vestido sobre la cama, después de haber arrojado a un rincón de la estancia la ropa que la cubría y cuyo color no se diferenciaba con el del negro piso de la misma.

Pero así y todo, Claudio tenía confianza en sus condiciones físicas inmejorables, incontaminadas en absoluto. Criado en una atmósfera de pureza, respirada en el hogar de sus padres, supo conservarse hasta la edad viril libre de todo contacto impuro... Para preservarse de cualquier tentación, ofrecida por más de un joven amigo, de esos que cifran el orgullo de su juventud en ser «calaveras», practicaba los deportes más complicados y múltiples al aire libre; el remo, la natación, la gimnasia en todo orden, el ejercicio continuo como un medio para conservar el organismo en todo el esplendor de su lozanía. Luego llegó el amor. Tenía veintitrés años, cuando conoció a María Elena Smith, adorable criatura de su edad más o menos, fresca, juvenil y hermosa, llamada a ocupar el tálamo nupcial en medio de todas las armonías de la belleza y del amor. Era esbelta, flexible. Sus bien modeladas caderas formaban la prolongación del tórax, fuerte y bien desarrollado, denunciando a las claras que era el tipo perfecto de mujer destinada a ser madre, en las condiciones favorables que la vida ofrece.

Esto, unido a un rostro apacible y bello y a un carácter dulce y marcadamente tierno, hacían de María Elena una encantadora promesa para el porvenir de Claudio, en la edad feliz de sus ilusiones de amor y de ventura. Y así fué. Durante los cinco años transcurridos de su matrimonio, ni la más ligera nube había venido a empañar el cielo sereno de su dicha. Dos hermosas criaturas colmaron la felicidad del hogar con sus gracias y con la ventaja sin nombre de la salud inalterable que disfrutaban desde el nacer. Eran dos bellas manzanas en el huerto florido del amor que les dió vida...

Todos estos pensamientos ocupaban la mente de Claudio, unas veces torturadores, como el anuncio de una desgracia más cruel que la muerte y otras más serenos, como los furiosos ímpetus amainados de un vendaval. Posiblemente, lo que él consideraba como una amenaza para su tranquila vida, no pasaría de ser una aprensión, como que, sano y fuerte de origen, su mal naciente tenía que ser aniquilado por la potencia de los fagocitos, destructores de todo germen dañino en su organismo.

Detúvose el auto frente a una casa de sólida construcción, en una calle perpendicular a la gran arteria de Rivadavia, en Flores. Claudio descendió y, luego de abonar el importe del viaje, se detuvo un momento a examinar la casa, tratando de cerciorarse si era la misma cuya dirección llevaba. Las señas coincidían perfectamente en lo que respecta a la calle y el número, pero a Claudio le pareció sumamente extraño el hecho de que no ostentara en su frontispicio ningún letrero explicativo tratándose, según se lo había dicho el doctor X., de una casa clínica; pero como no era posible dudar de la seguridad con que el doctor X. había trazado la dirección, Claudio no dudó de que debía ser la misma casa y se decidió a penetrar en ella.

Se internó en el amplio portal, que se extendía como unos veinte metros desde la calle, y siguió andando por un prolongado corredor, hasta llegar al fondo, donde se alzaba el edificio de forma ovalada y con puertas laterales y al frente. Sobre ésta se alzaba un letrero de no muy grandes dimensiones, que decía: «Oficina de análisis clínicos».

Una calma absoluta envolvía el sitio, pues los ecos bulliciosos de la calle llegaban hasta aquí un tanto apagados.

No dejó de sentirse un tanto cohibido ante la gravedad vetusta de aquella casa. Tuvo intención de retroceder, de escapar, huír de aquella soledad, que se le asemejaba a una soledad de muerte, pero el instinto pudo más en él, y, resuelto a acatar la indicación del doctor X., que le aseguraba la obtención del diagnóstico, que él a toda costa quería conocer, se acercó a la puerta principal de edificio y llamó el timbre eléctrico.

A poco la puerta se abrió, dejando ver tras ella un hombre alto y fornido, al parecer enfermero por su traje. Cuando Claudio le hubo explicado el motivo de su presencia, el hombre le invitó a pasar al interior de una amplia sala alhajada con muy pocos muebles: un escritorio, una biblioteca y sillas, obligándolo a sentarse y a esperar unos minutos a la persona determinada a quien el doctor X. había dirigido la

La estancia aquella parecía más bien una antesala donde se realizaran los prolegómenos de un asunto personal, antes que una sala de consulta o de aplicación analítica de ninguna especie.

Ya empezaba Claudio a experimentar la impaciencia propia de los que esperan, cuando llegó a su presencia un señor de edad madura, a simple vista, pero erguido y fuerte aún. Su cabello y barba canos le daban al rostro un aspecto de noble austeridad. La faz, en conjunto, agradable, por la placidez que se advertía en ella, estaba iluminada por dos grandes ojos negros, rasgados y llenos de expresión. Miró atentamente a Claudio, con mirada escrutadora y fija, como queriendo penetrarse a través de la envoltura física, de la idiosincrasia del modo de ser de aquél. Fué, en suma, un rápido y mudo examen el que realizó. Luego, encarándose suavemente con Claudio, que a su llegada a la estancia habíase puesto de pie, le dijo, con acento impregnado de una serena calma:

— ¿Usted viene por recomendación del doctor X., no es eso?

— Sí, señor; aquí está la nota explicativa — respondió Claudio, apresurándose a entregarle el papel que llevaba consigo.

— Muy bien — exclamó su interlocutor, sin decidirse a apoderarse de la nota. — Acabo de recibir en estos momentos una comunicación telefónica del doctor X., y sobre este punto va a ser necesario que hablemos. Siéntese usted — le dijo, indicándole un asiento y haciendo él lo propio. Luego prosiguió: — Pero antes debo hacerle a usted una advertencia. Necesita usted armarse de valor para escucharme. Lo que tengo que comunicarle es algo muy grave, muy doloroso, si quiere; por eso insisto en que debe mostrarse fuerte ante este soplo violento de la adversidad.

— No comprendo — acertó a decir Claudio, mostrándose inquieto.

— Va a comprenderme cuando le diga a usted que ha sido dirigido a esta casa con engaño.

— ¿Con engaño? ¡No puede ser! ¿Acaso el doctor X.?...

— El doctor X. sigue y seguirá disfrutando de toda nuestra confianza y de todo

—Entonces declaro nuevamente que no comprendo...

—Las palabras que usted ha visto en la nota que trae, «Análisis de sangre; diagnóstico reservado», viene a ser una clave comprensible sólo para los que estamos en el asunto. Cuando esas palabras, que podrían calificarse de fatales, figuran en una nota enviada por el doctor X., el procedimiento a usar por nuestra parte es uno solo: cruel, desgarrador, desde luego, pero dependiente de leyes que no podemos eludir ni desacatar. Está usted, amigo mío, atacado de una terrible dolencia y, desde el instante en que usted penetró en esta casa, que no es más que una dependencia aparte de la casa de aislamiento, usted ha dejado de pertenecer al mundo.

—¿Qué dice usted?—exclamó Claudio, levántandose de su asiento, como sacudido por un estremecimiento galvánico, y mirando con ojos azorados hacia la puerta de salida, en la que permanecía de pie el enfermero, mudo e inalterable, como un vigía en medio del fragor de la borrasca, dispuesto, sin duda, a contener cualquier impulso del desdichado.

—Sin duda he oído mal.

—No, no, me atengo a lo dicho: usted no podrá salir más de esta casa.

—¡Oh, no, esto es inaudito! No hay ningún derecho a retenerme en contra de mi voluntad, señor mío.

—Está usted en una condición de peligro para la salud pública y deber nuestro es evitar ese peligro, aislándolo de todo contacto.

Y luego, suavizando más y más el acento, prosiguió:

—¡Valor; tenga usted valor! El infortunio sirve para poner a prueba el temple de las almas. ¡Sea usted fuerte! Su caso no es el único. Otros desdichados seres cayeron como usted bajo las garras de esa asechanza brutal. Pero no es posible cargar con la horrible responsabilidad de ir dañando a otros seres, a sabiendas, con pleno conocimento del mal.

—¡Oh!—gritó Claudio, mesándose los cabellos. —¡No puede ser, no puede ser! ¡Sin duda he caído en una emboscada! ¿Pero qué es lo qué quieren ustedes de mí?—prosiguió con acento casi lloroso, mirando a los dos hombres, alternativamente, que contemplaban en silencio la exaltación de su naciente dolor.—¿Qué es lo que quieren? Lo que usted acaba de decirme es horrible, no puedo creerlo, no puedo aceptarlo... ¡Me iré!... ¡Gritaré, lucharé si es preciso, pero yo debo salir de aquí!... ¡Déjenme marchar!... ¡Paso, paso!—exclamó en el paroxismo de su desesperación, alzando en alto los puños y dispuesto a entablar una lucha abierta para abrirse camino.—Ustedes no pueden detenerme... No hay ninguna ley que autorice esa violencia. ¡Pediré socorro, llamaré en mi auxilio la fuerza pública, si es preciso!

Con imperturbable calma, el aliado del doctor X. repuso:

—Invoqué, al principio, mucho valor con el objeto de que pudiera darse cuenta de su situación, comprender que si su caso es un caso perdido, escapa por lo mismo a toda ley de responsabilidad; pues en manera alguna vamos a hacer responsable a la fuerza ciega de la fatalidad, que es la que obra en estos casos. De ahí que toda exaltación, toda violencia de su parte, sólo sirve para arrojar más sombras sobre su alma, desde el momento que es absolutamente ineficaz. Nosotros estamos autorizados para proceder en esta forma, ya que [illegible] cio de la salud pública en general, que, como usted comprende, tiene más valor que un caso de salud individual.

—Pero después de todo—exclamó Claudio, serenándose un tanto—yo aun no sé de qué mal padezco. No me lo han hecho conocer todavía. Están tomando precauciones sin miramientos y acaso sin conocimiento de causa. Bien podría ser una exageración de parte de ustedes. Al fin y al cabo, el doctor X., los médicos... ¡Bah!... Se equivocan tantas veces... Además, yo he sido siempre una persona sana, completamente sana, ¿me entiende?...

—¿Ha oído usted hablar del mal de Job?—le preguntó el aliado del doctor X., sin prestar mayor atención a lo que Claudio acababa de expresar.—El mal de Job—prosiguió—en otro caso la enfermedad gris, según diagnóstico científico. Albarazo, en otro orden de síntomas, y lepra, como se la llama vulgarmente

—¡Lepra!—repitió como un eco el infeliz Claudio, ya plenamente convencido de su desdicha.—¡Estoy leproso... leproso!...

Y al mirarse las manos con espanto, punto visible hasta entonces de la mortal carcoma, fué presa de una horrible convulsión iracunda. Sin que sus acompañantes pudieran evitarlo, Claudio corrió hasta un extremo de la estancia y allí, enloquecido, exhalando voces que, a veces, eran apóstrofes y otras súplicas dolorosas, contrajo su cuerpo en un espasmo de dolor supremo y dió con él contra la pared desde una distancia como de un metro, operación que iba a realizar de nuevo con ánimo de romper sus huesos, de triturar la armazón vital, que en aquellos momentos formaba la envoltura de su desesperación íntima, pero se lo impidieron los hombres, tomándolo cada uno por un brazo.

—¡Oh, déjenme, déjenme!—gritaba.—¡La muerte es preferible mil veces!

—¡Calma, calma! ¡Llame en su auxilio a la reflexión. Razone; no hay otro remedio. Lo que ha ocurrido es espantoso, es cierto, pero no va a mejorar su situación con estos arrebatos.

—¿Qué será de mi familia, qué será de mis hijos, de mi esposa, sin medios a su alcance para hacerle frente a la vida, faltos de mi apoyo, de mi protección y de mi amor? ¿Qué va a ser de ellos; qué va a ser de ellos?

Hubo una pausa y luego prosiguió:

—¡Y hay Dios! ¿Aseguran que hay Dios?...

—Dios nada tiene que hacer en estos casos. Es un absurdo, sobre todo para la ciencia, que ya lo ha descartado por completo de sus principios, hacer responsable a Dios de los males de la humanidad. Hay mártires en el mundo, lo mismo ahora como en los tiempos de los feroces emperadores romanos. Si le ha tocado a usted ser uno de ellos, acepte su destino, pero sin creer que a nada y a nadie más que a las fuerzas fatales y ciegas de la naturaleza orgánica, como ya le dije antes, debe hacérsele responsable. Por otro lado, la vida es tan deleznable... aun en sus funciones más complicadas... y, en realidad, valemos tan poca cosa...

—¡Oh, pero mientras se vive!

—Sí, mientras se vive, sin que ningún desarreglo orgánico trastorne las funciones físicas o morales del individuo, hay derecho a esperar mucho bueno de la vida; pero cuando no, ¿qué puede hacerse? ¿Qué recursos cree usted que se pueden invocar para el caso? En el suyo, por ejemplo, para satisfacer ese egoísmo innato, hu[illegible] que en-

traña su principio y su fin en el instinto de conservación, ¿habríamos de dejarlo a usted en libertad de andar, de acariciar, de palpar, de besar, esparciendo por doquiera el reguero de su maldita carcoma, impregnando el veneno de su costra para concluír por lacerar y corroer con su propio mal, la carne mil veces más querida que la suya propia, la carne de la madre de sus hijos y la de éstos mismos, sin duda, tiernas y bellas criaturas? Es, pues, por ellos, que debe usted realizar este heroico sacrificio.

— ¡Ah!...Pero, ¿y yo he de morir así, en plena lozanía? ¿He de resignarme a permanecer en un encierro que tiene todos los caracteres de una tumba? ¿He de estar aquí, lejos de todo lo que constituía mi vida venturosa? ¡Oh, es horrible, es horrible! Yo no puedo renunciar a todo. ¡No puedo! ¡Déjeme usted salir! ¡Que me sea dado ver por última vez a los seres queridos de mi corazón! ¡Que pueda darles ese adiós eterno al que me obliga la fatalidad! ¡Volveré, se lo prometo!... ¡Volveré a recluírme como un condenado que marcha a su fin! Pero, ¡por piedad! no me impida contemplarlos una vez más. Se lo pido de rodillas, por lo que más ame. ¿No es usted esposo? ¿No es usted padre? ¡Compadézcame, compadézcame, si es que hay en su seno una fibra generosa o puramente humana!

Y al decir esto, Claudio intentó arrodillarse a los pies del aliado del doctor X., pero éste le contuvo suavemente, al tiempo que con voz más suave aún exclamaba:

— Fibra puramente humana, usted lo ha dicho. Humana, a pesar de todo. Humana siempre y por encima de todos los sentimientos. Humana en el sentido que aceptamos y practicamos nosotros la humanidad. Fuera del alcance de ese sentimentalismo, contrario al gran fin que perseguimos. Humanidad que es sacrificio inadvertido. Que es heroicidad sublime...

— ¡Oh! — sollozó Claudio.

— Puede usted ir poniendo a su esposa poco a poco en conocimiento del caso, darle instrucciones desde aquí. — Y viendo que el dolor del infeliz iba tomando tinte de tranquila resignación, prosiguió:

— Si usted quiere seré yo quien me encargue del asunto.

— ¡Oh, pero es que ella no va a reemplazarme en mi carrera! Deberá sucumbir, ¡sucumbir! Y yo aquí, impo ente, encadenado como una bestia dañina, retorciéndome entre las sólidas redes de un encierro, babeando, destilando la hiel de esa agonía... ¿Cómo pongo yo en conocimiento de mi esposa este infortunio, que nos hiere a los dos por igual? ¿Dónde encontrar la palabra apropiada, si el vocabulario humano carece de ella?...

— Se equivoca usted. Puede encontrarse la palabra, si se sabe elevar hasta la cumbre de su propia grandeza inmaterial. Ya verá usted cómo entre los dos vamos a encontrarla. Yo le ayudaré.

Y diciendo esto se acercó al escritorio y se sentó ante él, mientras el guardián enfermero permanecía con la vista fija en Claudio, atento a sus menores movimientos, como obedeciendo a una consigna rigurosa, impuesta para estos casos, consistente en apelar a la ayuda de la fuerza física, para contener cualquier impulso de los rebeldes. En el caso de Claudio no fué necesario apelar a la violencia, para evitar sus arrebatos. Naturaleza modelada para el bien, para la virtud y el amor, hubo de rendirse pronto, sin mayores protestas, a la desdicha atroz que con un golpe certero acababa de sumergirlo para siempre en el abismo sin fondo de un aislamiento eterno, que marcaba su frente tersa y pura con el estigma de «pestoso». Era necesario desaparecer, eliminarse, seguir el camino solitario, como un peregrino, sin más rumbo que la muerte, llevando a cuestas la carga de su lepra. Debía borrar para siempre su nombre de la lista civil de los vivientes y acallar los latidos de su corazón con el ímpetu de sus pasiones más puras. Ya no le sería dado oir la dulce voz de sus pequeños, que lo llamaban cariñosamente «papá, papá», cada vez que volvía de sus excursiones, aleccionados por la bella y suave madre, quien, al mismo tiempo, le tendía los brazos... Había muerto por efecto de aquel mal horrible que adquiriera, como quien cae desprevenido en una emboscada. Pero le era preciso salvar a los suyos, para que no cayeran también en el tenebroso abismo de aquella condenación... Renunciaría... Moriría por ellos y para ellos...

....

Bajo el imperio de esas reflexiones, reaccionó unos instantes, al ver que el aliado del doctor X. permanecía como en actitud de espera para escribir.

— Dícteme usted — dijo a Claudio con voz firme. No conviene que pose usted su mano en la misiva. Además, habría que evitarle a su esposa la dolorosa confesión hecha de plano. Es mejor ir preparando su ánimo poco a poco, por grados, hasta que pueda declarársele toda la verdad.

— Sí, sí, — respondió Claudio, como un autómata.

— Dígame el nombre de su esposa.

— María Elena.

Y como hablando consigo mismo, prosiguió:

— ¡María Elena! ¡Ya no será dado jamás, jamás! ¡Oh, no puedo, no puedo!... La palabra precisa no vendrá a mis labios...

* * *

LLORÓ de nuevo. Lloró su propia muerte, en cuyos dominios acababa de penetrar, para dejarse envolver entre sus fúnebres crespones, al par que ésta se alzaba como un paréntesis cruel frente a la vida de los suyos, que desde ese instante iban a permanecer sumidos en el más amargo desconsuelo de aquella ausencia tan inesperada como eterna...



JUAN MARTIN BERMÚDEZ

DIBUJOS DE MACAYA

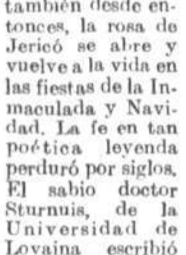

D. G.



LA FLOR QUE RESUCITA EN NAVIDAD

UNA LEYENDA AL MARGEN DE LA CIENCIA

Durante la huída a Egipto de la Sagrada Familia — cuentan los creyentes de Palestina — cansada en extremo la Virgen María, colocó en el suelo al niño Jesús, sentándolo sobre una alfombra que naturalmente formaron las rosas de Jericó arrastradas por el viento. Al tratar de alzar de nuevo al niño, vaciló la Virgen y hubo de apoyar su mano sobre las rosas que cubrían la tierra... Dios no quiso que aquellas modestas flores que habían sustentado el leve cuerpo del Niño Dios y su Santa Madre, perecieran y, desde entonces, las rosas de Jericó son inmortales. Y fueron denominadas por los beduínos *Kaff Miryam* que significa: «palma de la mano de María».



La rosa de Jericó, seca, muerta... Así se conserva siglos y siglos.

Y es fama que también desde entonces, la rosa de Jericó se abre y vuelve a la vida en las fiestas de la Inmaculada y Navidad. La fe en tan poética leyenda perduró por siglos. El sabio doctor Sturnuis, de la Universidad de Lovaina escribió un opúsculo de estudio sobre la rosa de Jericó y los notables fenómenos de supervivencia que ofrece. Y refiere cómo dos rosas traídas por peregrinos de Tierra Santa muchos años hacía, se abrieron en su presencia el día 21 de Noviembre de 1603, fiesta de la Presentación, apareciendo frescas y fragantes, cerrándose luego para volver a la vida en la vigilia de Navidad, tornando otra vez a su sueño secular. El botánico alemán Ritter cita el caso de resurrección de una de las citadas plantas que se guardaba como reliquia de un cruzado, hacía setecientos años...

Pero con el tiempo, al par que desaparecía la mística ingenuidad, se borraron las leyendas perdiéndose la poesía. Los creyentes peregrinos se convirtieron en curiosos turistas y la rosa de Jericó, acaparada por los mercaderes, dueños otra vez del templo, fué objeto de negocio y ofrecida como *medicinale* y dotada de *virtudes* prodigiosas, juntamente con otras especies que ofrecen las mismas características, tal la vulgar sanaginella del Perú.

La ciencia, dueña de secretos desconsoladores, explica cómo el tejido externo de ciertas flores es fibroso y el tejido interior celular se incurva por endosmosis y siendo opuestas ambas incurvaciones, darán lugar a contracciones y apariencias de vida y sueño en ciertos estados y momentos determinados.

Después de la madurez y diseminación de su semilla, las rosas de Jericó se desecan y sus fibras exteriores se contraen convirtiéndose en ovillos de color gris, que la primer borrasca de otoño arranca de la planta para arrastrarla por las hoy áridas tierras de Palestina.

Si recogemos una de estas flores, al parecer muertas, y la colocamos en un búcaro con agua, la planta absorberá el líquido por endosmosis, se abrirá, volverá a la vida y el milagro durará lo que dure el agua, pudiendo guardar otra vez la flor, en la seguridad de repetir el experimento cuando se nos antoje sin esperar el plazo fijado por la leyenda a la mística flor, que la botánica conoce con el antiestético nombre de *Anastatica Hierichuntica*.



...Luego, un buen día, colocada en un búcaro lleno de agua, la planta que duerme sueños de setecientos años parece revivir...

El poema evangélico

LA ANUNCIACION DE LA VIRGEN DEL MISTERIO DE LA ENCARNACION.
Cuadro existente en el Museo del Louvre (París.





Oleo original de G. Bautista Salvi. (Sassoferrato).

1605 - 1685

El Jardín Desolado

RA un jardín extraño, de flores vaporosas,
De indecibles matices, de perfume sutil,
El céfiro pasaba sobre mirtos y rosas.
El sol lo acariciaba con su beso de Abril.

Matices prodigiosos de crisantemos raros,
Orquídeas inauditas de forma y de color,
Hortensias de reflejos lucientes, como claros
Esmaltes de amatistas de un encanto obsesor.

Divinos heliotropos de pétalos cambiantes,
Enormes azucenas de blancura estelar,
Jacintos fabulosos, claveles inquietantes,
Tuberosas malignas de hermosura sin par.

Brotaban, opulentos, radiosos como gemas,
De aquel inverosímil, magnífico jardín,
En que el Oriente antiguo ponía sus diademas
Y el iris su prestigio lumínico y sin fin.

¡Un alma sensitiva, preñada de visiones,
Sensible a todo ensueño, vibrante a todo amor.
Nutría allí, en silencio, sus finas soñaciones,
Absorta en el misterio, tendida hacia el Creador!

Promesas venturosas, magníficas aureolas,
Paisajes tentadores de dicha y beatitud,
Nacían de las suaves y mágicas corolas,
En una florescencia de gracia y juventud.

Y el alma estaba atenta, con un ardor profundo
De amar las cosas bellas, ansiosa de adorar
Las múltiples bellezas que guárdanse en el mundo
E imprimen en las mentes anhelos de soñar.

Las tardes apacibles, fragantes, en que el cielo
Se baña en las delicias de un lánguido capuz,
Mi espíritu elevaba como una alondra el vuelo,
Sediento de una nueva, suprema y fuerte luz.

Espejo de aquel rico jardín de primavera,
De aquel jardín bañado en lumbre tornasol,
Era entonces mi alma, recóndita y sincera,
Abierta a la esperanza, caliente como un sol.

Mas ¡ay! un viento helado, un ábrego perverso,
Pasó sobre él ha tiempo con saña sin igual,
Llevando sus corolas al ámbito disperso,
Hundiéndolo por siempre en sombra sepulcral.



Don Juan desesperaba. Su amor por «Clavel del Aire» crecía frente al obstáculo. Amargábalo una pasión más intensa que todas las hasta entonces sufridas. Su capacidad amorosa parecía colmada, produciéndole un desasosiego increíble reflejado en una desganada tristeza. Faltábale el apetito y el sueño, ganas de conversar y de paseos. Olvidado de todos sus otros amoríos, melancólico y con fastidio, no tenía ante sí, día y noche, más que la figura enlutada de la «viudita». Y ella le huía...

Un obscurecer llegó a la chacra, casi sin ser visto, y sorprendió a Faustina bajo unos sauces cercanos al pozo de balde, al final del gran patio embaldosado de la casa. Tomada «sin perros» tuvo ella que escuchar sus cuitas ya confesadas por *él* sin circunloquios, con el apresuramiento del que teme malograr la ocasión. Promesas y juramentos fueron festoneando sus cálidas palabras, hasta apurar la pregunta que ansiaba y que no llegó. Ella confesóle su imposibilidad de quererlo, en distintos tonos. El no quiso entender, ni oir las negativas y se dispuso a cerrarle la boca a besos. Pero Faustina lo apartó de un manotón e intentó huír. Volvió él a apresarla y ella a zafarse con oportuno cachete que dejó a *don Juan* temblando, en mitad del patio, rodeado de los perros y bajo la guiñada de las primeras estrellas...

Con oportuno cachete que dejó a don Juan temblando.

Más que el año de guerra, pródigo en malandanzas, privaciones y heridas, pesáronle los quince días subsiguientes a ese su primer fracaso de amador. Flaco, sucio, con la barba crecida, sin atender siquiera al cuidado de su pingo, que era, al fin, su única ocupación seria, sin acordarse de la guitarra confidente, de las tertulias de haraganes y de las mozas que aquí y allí lo esperaban con flores en los tiestos para obsequiarlo, pronta la cebadura del mate con hojitas de cedrón o azúcar quemada, *don Juan de Montiel* languideció de amor como cualquiera niña clorótica, hasta que le saltó a flor de entraña un malsano deseo... ¡Llevársela a las buenas o a las malas!

Demoró unos días para asegurarse la complicidad de un peón de la chacra y en su compañía, una noche, al primer canto de los gallos, forzaron la puerta de la habitación de Faustina y envolviéndola en su misma sábana sin hacer caso a sus gritos, la alzaron para cruzarla sobre el lomo de un caballo y llevársela. Mas, en los preparativos de la alocada empresa olvidaron a don Faustino, que dormía en una pieza cercana a la de la hija, y oyó los gritos... Cuando estaban ya en el patio ocupados en levantar aquel bulto blanco hasta el caballo, sonó un tiro y cayó el peón a los pies de Justo y al lado del envoltorio. El raptor sólo tenía a mano, para su defensa, el cuchillo. El padre vínose sobre él empuñando su revólver. Justo lo reconoció, lo quería mucho, no supo nunca explicarse de una manera clara, precisa, cómo fué, pero presumía mezclado en el asunto al mismo Mandinga, al despecho, a la rabia de fracasar, no tanto como al instinto de defensa. Lo cierto que, mientras el bueno de don Faustino sin hacer mayor caso de Justo, procuraba libertar a su hija, creyéndola herida por el tiro que mató al peón, Rueda le hundió el cuchillo en la espalda, montó, y se fué...

DIBUJOS DE PARPAGNOLI

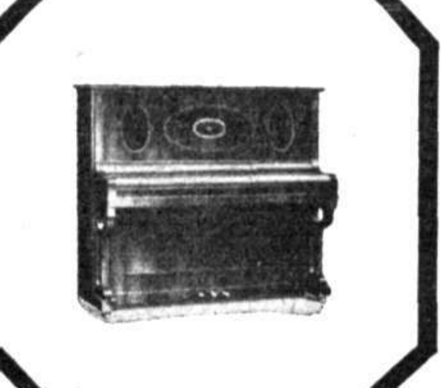
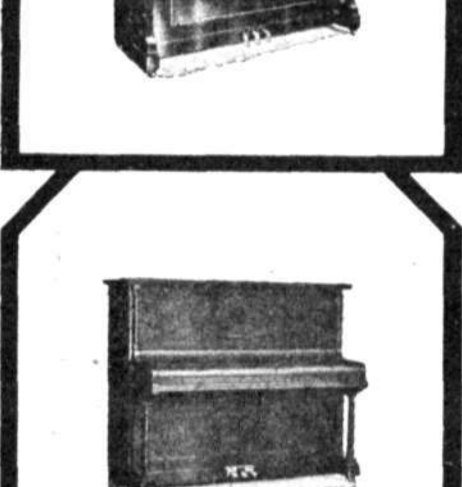
El remordimiento de aquel crimen mortificólo algunos días, no muchos. Su vida de vagabundo por media república no le dejaba mucho espacio de tiempo disponible para arrepentirse de lo hecho...

Los años vinieron, pasaron. Por sus entrerrianos pagos Justo no volvió nunca. Sentó sus reales, definitivamente, al sur de Buenos Aires y hasta allí fuéronle llegando, de tarde en tarde, las pocas malas noticias con que se rematan la mayoría de las historias. Un día, fué la noticia de la muerte de «Clavel del Aire» que nunca denunciara el nombre del matador de su padre. Justo quedó debiéndole una misa, por lo menos, una misa... Otro, la muerte de su hermano Pepe y la liquidación de la casa y de las tierras. Después, se le juntó *Ulogio* que andaba también de gaucho vago, hasta su resolución de buscar hoyo, ya ni sabía en cuál camposanto...

VI

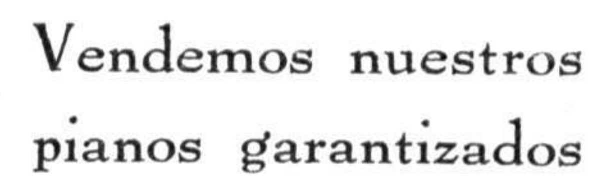
AHORA *don Juan Montiel*, buen mozo y guitarrero, revolucionario y poeta, seductor, y holgazán como un lagarto, no era otra cosa que el viejo Justo Rueda, «agregáo» a la Estancia, «blando como palo e'seibo», narrador de cuentos en las tertulias de la cocina, mientras daba su pausada ronda el mate que amarga en el paladar y endulza los camperos corazones...

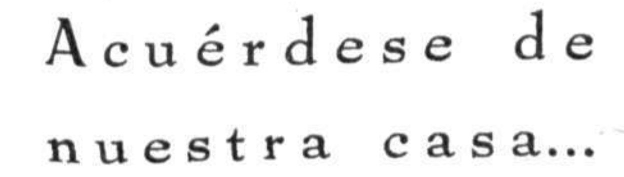
—Aunque no lo paresca, tamién yo he sido mozo, como cualquiera. Me sabía reir de las cosas de la vida sin entenderlas, y les hacía figuras de contradanza por que'ra medio bellacón y echao patras... pero amigos, la vida mesma, qu'es maestro escuela que no se anda con chicas ni usa grasa de achura pá suavisar, se encargó de enseñarme a no ser sotreta!

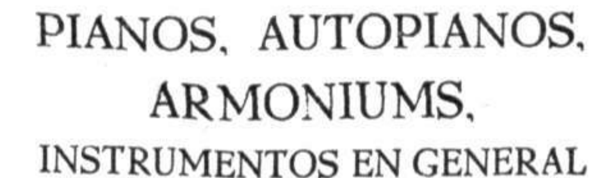








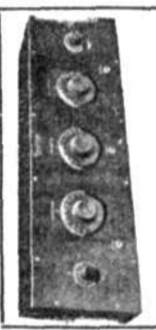






Fiesta escolar

CORONDA. — Alumnos de la Escuela Normal que tomaron parte en los diversos números del programa de festejos realizados con motivo de la terminación de las clases.







LA CENA HUMILDE



Cada cristiano celebra donde puede y como puede el nacimiento del Niño Jesús. Es seguro que cada cual desearía rendir su homenaje en un alcázar digno de Herodes. Pero también es seguro que las mesas humildes provocan el elogio y el deseo de la gente acomodada y de la gente rica.

En ese elogio de la mesa pobre, hemos llegado, literariamente, a la exageración y al ridículo, aunque en la práctica hacemos imposibles por engalanar y proveer la propia mesa.

Y sin embargo, a pesar de las exageraciones cursis y de la hipócrita vanidad, la mesa humilde resulta envidiable. Así lo sentimos, aunque no lo sepamos decir con palabras prácticas y conceptos originales.

En su blanco mantel, tendido sobre el hule cotidiano, se amontonan cosas extraordinarias. Al pan nuestro se junta el pan dulce; el vino y la sidra hacen pasajera alianza. El fruto caro de los árboles baratos, los trozos que el carnicero elige y avalora y otros primores gastronómicos estan allí, frente al apetito ingenuo.

Tal es la mesa de los hogares pobres, mesa compensadora, vecina, por lo común, del lecho y de la Singer. Junto a la cama donde quizás nació algún hijo hay mayores derechos a celebrar la portentosa venida de Jesús. Y si apuramos un poco los símiles podemos decir que en los hogares humildes de la metrópoli hay mucho del espíritu que testimonia el gran Nacimiento. Casi todos esos hogares tienen un rasgo característico: la inconsistencia. Sus habitantes los ocupan transitoriamente, como las carpas de los nómadas. Las Babeles y los desiertos son más parecidos de lo que pudiéramos figurarnos.

Durante el día la madre ha trajinado en la incómoda cocina. Los patios y los hogares huelen a mezcolanza de guisos, y los pibes agólpanse como moscas, atraídos por la golosina. Mientras tanto, los padres y demás varones juiciosos charlan o juegan al truco, rematando el esperar con un aperitivo en el almacén.

Ya sonó la hora. La mesa resplandece de abundancia y en los estómagos hace cosquillas el apetito.

El Benevolente que está por nacer en la Nochebuena perdonará, si los comensales humildes rompen la vigilia. «Los pobres tienen bula tácita, pues demasiadas vigilias forzosas necesitan observar en su vida», decía un verdadero sacerdote. Y, como si no pudieran esperar la realización del magno acontecimiento para celebrarlo, comienzan la cena humilde.

Los pibes quieren que llegue pronto la hora de los postres; los grandes desean que el vino no se termine. Sólo mamita sabe el secreto de la ecuanimidad y de la continencia. Distribuye la carne de Jesús y la de las víctimas inocentes; pone trabas al abuso de la sangre nazarena — vulgo Mendoza, — y reparte el pan dulce que los nenes terminarán de comer en el patio.

¡Una alegre cena bien aprovechada! Los pesares y las rencillas no la perturbaron. Jesús ya puede nacer en paz. La única explosión de la botella achampañada ha sonado. La sidra, sangre de Adán y Eva, porque la fabricaron con manzanas igualitas a la del Paraíso, burbujea en las copas. Sin brindis concluye la cena humilde.

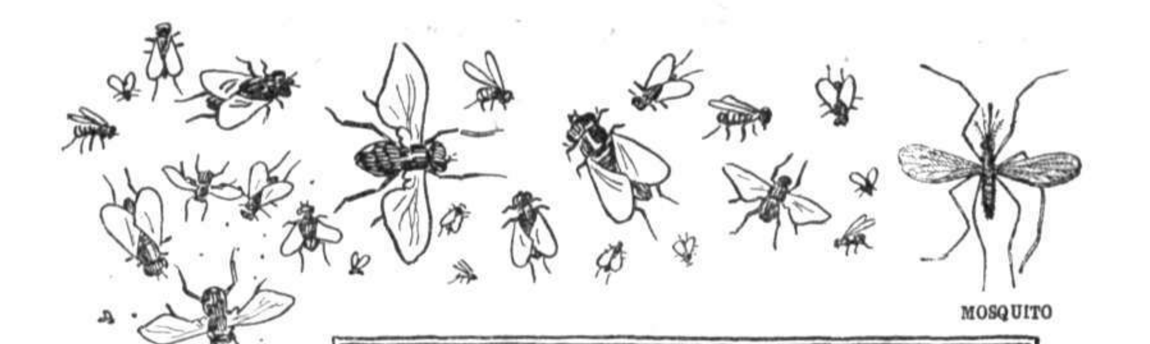
Cristo ha sonreído. Sus predilectos están alegres. El no era duro para exigir penitencias, ni inflexible al juzgar los pecados de los que siempre han hambre y sed de justicia, por muy pecadores que sean.

Yo hablaría ahora de los hogares ahítos. La antítesis cierra bella y herméticamente estos artículos de circunstancia. El pavo relleno y el champaña abundante, el pato y la sidra, ofrecen un manantial de reflexiones filosóficas si se las mezcla en un mar de prosa. Pero eso sería hacer un rico artículo sobre la cena pobre.

Quedamos en que ella es envidiable, y justamente. Lo bueno estaría en imitarlas, una vez al año, por Nochebuena. Recordad la fruición con que el príncipe Jacinto de «La ciudad y la sierra» devora la pitanza humilde allá en el cortijo portugués. Cansado de guisotes pomposos, él siente la dicha de comer al amor de un hogar sencillo. Si tanta satisfacción nos produce el sólo contemplar imaginativamente una cena humilde, ¿qué no sería si la gustáramos de verdad?

Haced la prueba, lectores bien acomodados, literatos pudientes, y después, con estómago agradecido, contad al mundo vuestras magníficas impresiones sobre la cena humilde.

EDUARDO DEL SAZ



MATAMOSCAS e INSECTICIDA

"SYDNEY"

Diez minutos antes de cocinar, comer o dormir, ciérrense la cocina, comedor o dormitorios, tómese el aparato pulverizador ya con el líquido dentro y pulverícese hacia arriba en dirección al techo o sitios en que están las moscas, dando al pulverizador unos 25 golpes de pistón. Dos minutos después, empiezan a caer muertas todas las moscas y desde ese momento, o sea durante todo el día, no volverán a entrar las moscas.

EXCELENTE DESTRUCTOR DE BICHO MORO, PULGON Y DEMAS INSECTOS DE LAS PLANTAS

Botella Matamoscas SYDNEY, a $ 2.—
Pulverizador íd. íd. a $ 2.50

SOLICITENOS PROSPECTOS E INFORMES

Establecimiento Veterinario

PAUL Hnos. Ltda.

MAIPU, 25 - BUENOS AIRES

o a sus diversos Agentes del interior de la República.

CUCARACHA



PULGA

CHINCHE

Nuevas profesoras



Núcleo de señoritas egresadas de la Escuel. rrotesional N.° 4: señoritas Rosa Cortese, Silvia Isola, María L. Kaufman, Aurora Román, Leonarda Seoane, Delia García y Lilia Cbasco.

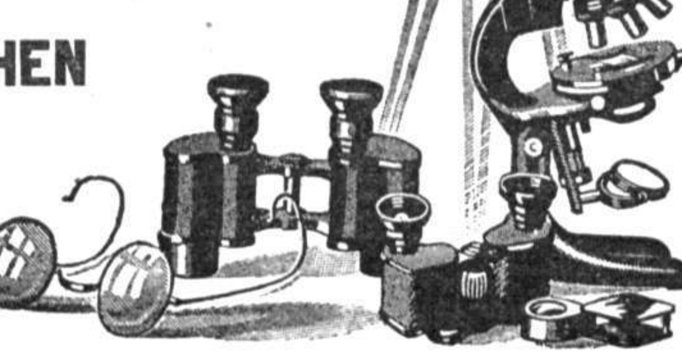


GEMELOS
PRISMATICOS

MICROSCOPIOS
Y ACCESORIOS

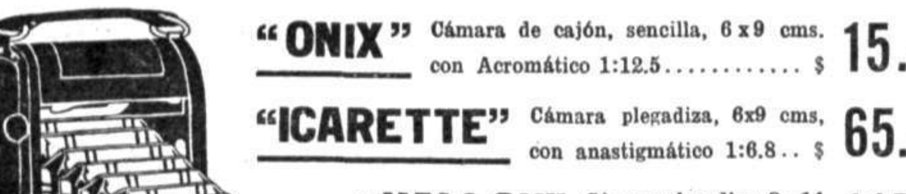
OBJETIVOS FOTOGRAFICOS

ANTEOJOS LARGA VISTA



APROVECHEN

LOS NUEVOS
PRECIOS
REBAJADOS



"ONIX"	Cámara de cajón, sencilla, 6 x 9 cms. con Acromático 1:12.5 .... $	15.—
"ICARETTE"	Cámara plegadiza, 6x9 cms, con anastigmático 1:6.8 .. $	65.—
"HALLOH"	Cámara plegadiza, 8 x 14 cms., con anastigmático 1:6.8 .... $	117.-
"NIXE"	Cámara plegadiza, doble tiraje, 8 x 14 cms., con TESSAR ZEISS 1:6.3 .... $	250.-
	La misma, pero con TESSAR ZEISS 1:4.5 $	300.-

EN VENTA EN TODAS LAS
BUENAS CASAS DEL RAMO

B. de IRIGOYEN, 330
Buenos Aires.

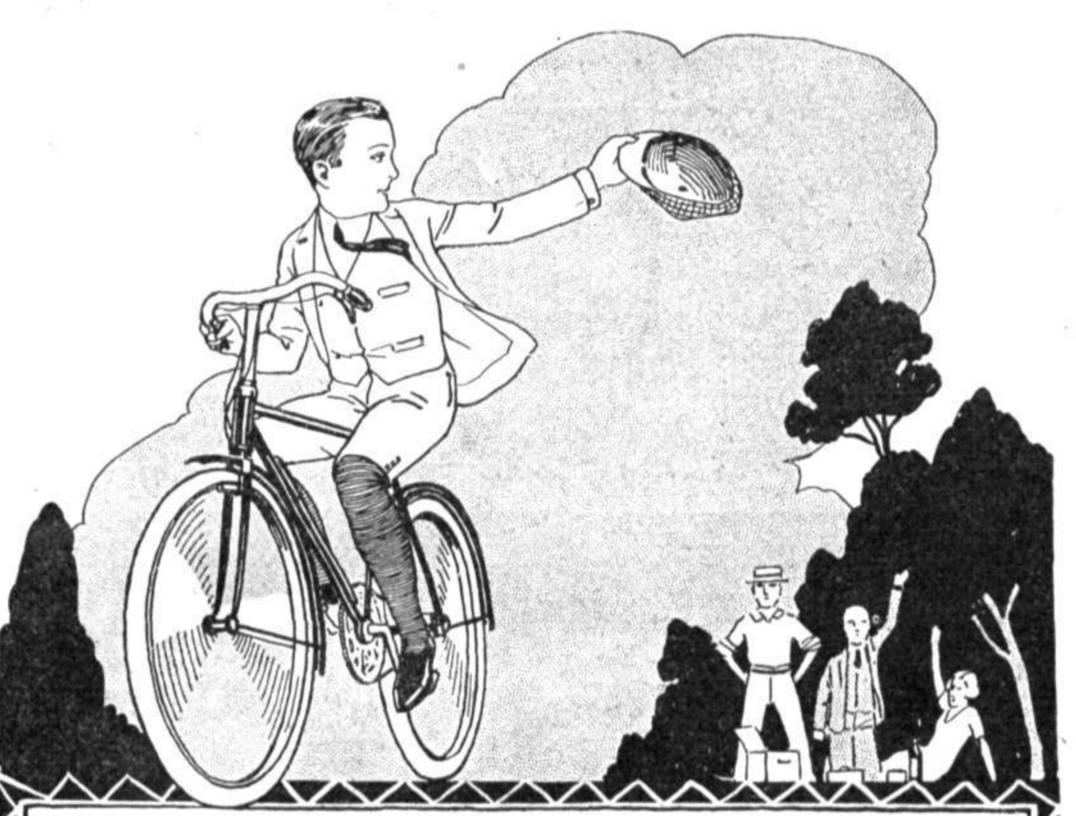


UNION TELEFONICA 1344
RIVADAVIA

Festival escolar

MORON. — Personal docente de la Escuela N.º 3, que festejó con una agradable fiesta la terminación de los cursos.

Alumnas del citado establecimiento que bajo la dirección de la señora Carmen G. de Speratti, han rendido brillantes exámenes.



El regalo más deseado por un niño es una Peugeot

Porque le permite trasladarse a cualquier lugar y en el momento que lo desea, con los innegables beneficios físicos que le produce el sano ejercicio.

Peugeot

es la bicicleta ideal para obsequiar a un niño en las próximas fiestas, porque **ES DURABLE Y SOLIDA**: calidad de acero templado al vanadio, muy resistente a los golpes y roturas.

ES ELEGANTE: su aspecto general, manubrio, ruedas, llantas, pedales, etc., son presentados de acuerdo a su cuidadoso buen gusto.

Además, sus rodamientos, de concepción mecánica especial, la hacen **MUY LIVIANA**, y el universal prestigio de la **"PEUGEOT"**, es la más fehaciente garantía de su rendimiento.

Pida folletos explicativos a sus Introductores:

R. LEHMANN & Cía.

Maipú, 72 — BUENOS AIRES

Uruguay, 1352 — **MONTEVIDEO**

Urquiza, 1100 — **ROSARIO**

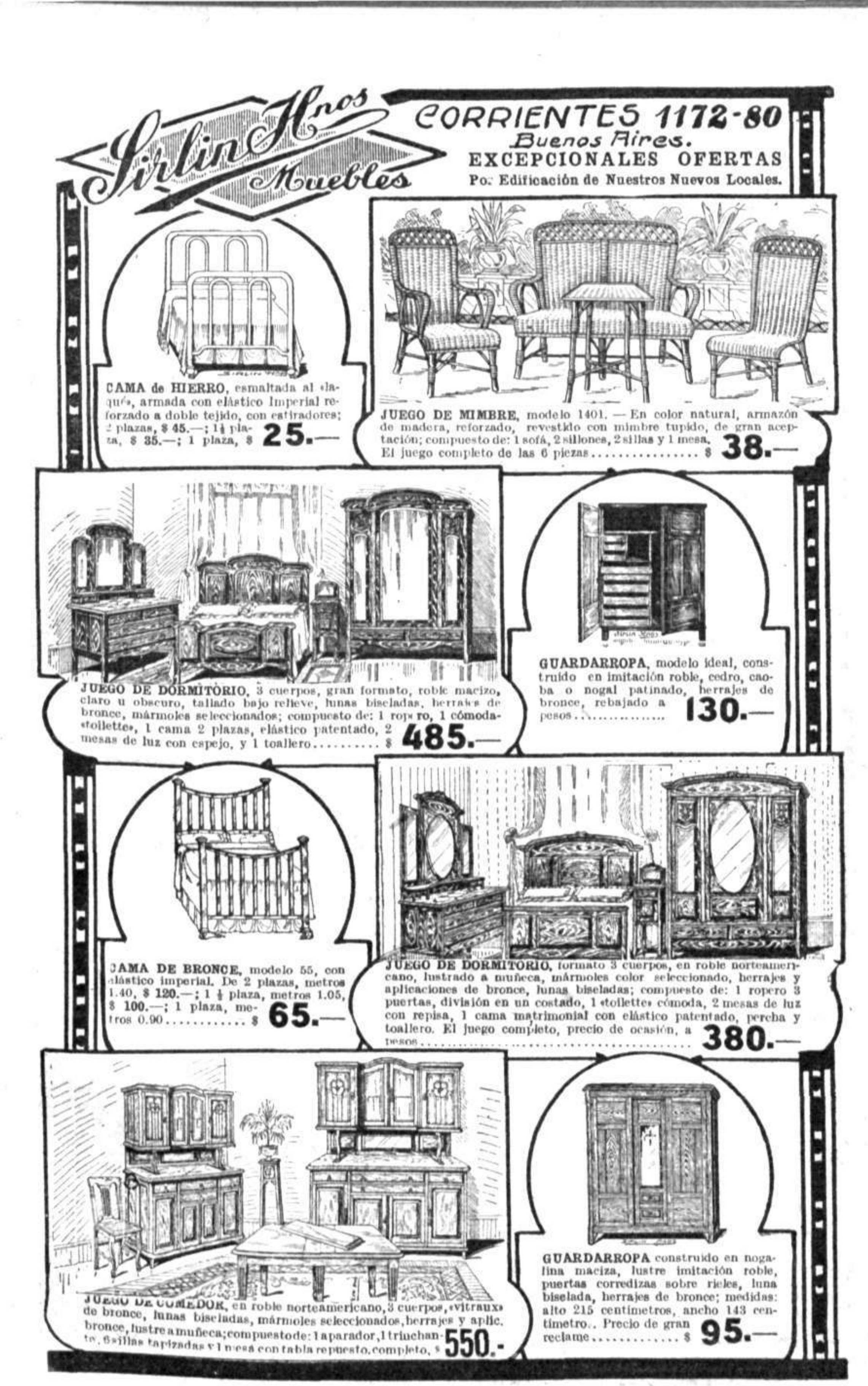
Fiestas escolares



NAVARRO. — La señorita Elba Avila, directora de la escuela N.º 14, rodeada por sus alumnos después de la fiesta realizada.



NAVARRO. — Alumnos de la escuela N.º 1 que bailaron el minuet en la fiesta realizada al finalizar las clases.


Sirlin Hnos
Muebles
CORRIENTES 1172-80
Buenos Aires.
EXCEPCIONALES OFERTAS
Por Edificación de Nuestros Nuevos Locales.
CAMA de HIERRO, esmaltada al «laqué», armada con elástico Imperial reforzado a doble tejido, con estiradores; 2 plazas, $ 45.—; 1½ plaza, $ 35.—; 1 plaza, $ 25.—
JUEGO DE MIMBRE, modelo 1401. — En color natural, armazón de madera, reforzado, revestido con mimbre tupido, de gran aceptación; compuesto de: 1 sofá, 2 sillones, 2 sillas y 1 mesa. El juego completo de las 6 piezas .... $ 38.—
JUEGO DE DORMITORIO, 3 cuerpos, gran formato, roble macizo, claro u obscuro, tallado bajo relieve, lunas biseladas, herrajes de bronce, mármoles seleccionados; compuesto de: 1 ropero, 1 cómoda-«toilette», 1 cama 2 plazas, elástico patentado, 2 mesas de luz con espejo, y 1 toallero .... $ 485.—
GUARDARROPA, modelo ideal, construído en imitación roble, cedro, caoba o nogal patinado, herrajes de bronce, rebajado a pesos .... 130.—
CAMA DE BRONCE, modelo 55, con elástico imperial. De 2 plazas, metros 1.40, $ 120.—; 1 ½ plaza, metros 1.05, $ 100.—; 1 plaza, metros 0.90 .... $ 65.—
JUEGO DE DORMITORIO, formato 3 cuerpos, en roble norteamericano, lustrado a muñeca, mármoles color seleccionado, herrajes y aplicaciones de bronce, lunas biseladas; compuesto de: 1 ropero 3 puertas, división en un costado, 1 «toilette» cómoda, 2 mesas de luz con repisa, 1 cama matrimonial con elástico patentado, percha y toallero. El juego completo, precio de ocasión, a pesos .... 380.—
JUEGO DE COMEDOR, en roble norteamericano, 3 cuerpos, «vitraux» de bronce, lunas biseladas, mármoles seleccionados, herrajes y aplic. bronce, lustre a muñeca; compuesto de: 1 aparador, 1 trinchante, 6 sillas tapizadas y 1 mesa con tabla repuesto, completo, $ 550.-
GUARDARROPA construído en nogalina maciza, lustre imitación roble, puertas corredizas sobre rieles, luna biselada, herrajes de bronce; medidas: alto 215 centímetros, ancho 143 centímetro.. Precio de gran reclame .... $ 95.—

Nuevos peritos mecánicos de la Escuela Industrial de la Nación



Enrique L. Tomás



Delio Casarino.



Serafín Godio.



Enrique Kolland.



Juan J. Cerutti.



Aníbal Cerutti.



Enrique J. Battistoni.



Arcadio Fascetti.



Galileo Mazzolla.

EL INVENTOR DE LOS NACIMIENTOS

En todos los países iberoamericanos, en España e Italia se arman por estos días los tradicionales "nacimientos". ¿De cuándo data esta costumbre, a la que tan vinculados se hallan nuestros recuerdos infantiles? Se puede fijar la fecha exacta; precisamente en 1923 se cumplió el VII centenario de tan curiosa y popular tradición.

En los primeros tiempos de la iglesia no había la costumbre de representar plásticamente el Nacimiento del Mesías.

La reconstrucción en pequeño del Portal de Belén, tanto en las iglesias como en las casas particulares, expuesto desde el 24 de diciembre hasta la Epifanía, data precisamente del año 1223.

La iglesia celebraba el Nacimiento de Jesucristo desde el siglo IV con una fiesta litúrgica semejante a otras no tan populares como la Navidad.

San Francisco de Asís, queriendo impresionar las imaginaciones populares con un misterio que venía a exaltar la pobreza, solemnizó en la aldea de Greccio, en los Abruzzos, el Nacimiento del Hijo de Dios en la noche del 24 de diciembre de 1223.

San Francisco fué, además de santo, gran artista. Su orden, tan fecunda para el pensamiento, las letras y las artes, extendió en seguida por toda la cristiandad el culto del establo y la conmemoración del alto misterio que en estos días se solemniza en su forma plástica, con el Niño sobre la paja, la Virgen y San José al lado, el buey y la mula y también la adoración de los magos.

La historia del arte va íntimamente ligada al espíritu franciscano. La ceremonia del pueblecito de Greccio inspiró a los pintores, y al reformar Giotto la técnica pictórica, separándose del hieratismo bizantino, introdujo al mismo tiempo en la pintura el tema del Nacimiento.

"Ninguna vida de Jesús, aunque la escribiese el mayor genio literario de cuantos han existido, podría ser más bella y perfecta que los Evangelios". (Prólogo de la famosa "Storia di Cristo"). — DR. GIOVANI PAPANI.



PERFUMERIA
MYRURGIA
ESPAÑA
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
IMPORTANTE:
Cada caja de polvos marca
GOYESCA
contiene un delicado obsequio.
Perfume de gran atracción por su delicado encanto que es tan tenaz y penetrante que subyuga y no se olvida.
Orgia
Extracto
Locion
Polvos
Jabón
González, García y Cía.
Alsina, 1056 - 58.
Buenos Aires.



Una
NOCHEBUENA
en el
NORTE EUROPEO

SINFONÍA BLANCA

La isla de Rügen! ¡En el mar Báltico!... Enfrente, las costas de Suecia.

Desde las guerras escandinavas toda aquella región ha conservado el carácter nórdico de los hijos de los hielos. Los «fjord» amenazadores llegan, como monstruos, hasta aquellas playas. El frío es intensísimo, seco, brutal, mágico. A su evocación, el mar inmenso se solidifica hasta donde la vista alcanza, de costa a costa, y en aquella superficie tersa de cristal se encierra el misterio de las corrientes heladas que rugen, abajo, como quejas de gigantes.

¡Sellin! Un pueblo de pescadores, de la isla. Desde la playa sube un escarpado hasta la montaña que los árboles pueblan eternamente, árboles añosos como el recuerdo de los guerreros escandinavos que, a su sombra, reposaron de las batallas que emprendían, dentro de sus armaduras inverosímiles.

Las casas del pueblo, bajas; de techos planos y erguidos, altos para que la nieve, al helarse, no pese sobre los muros, salpicaban caprichosamente la aldea. Sobre una colina, la iglesia, blanca, esbelta; con su torre enhiesta y roja en la que una campana se cobija del frío.

Es Nochebuena. En todas las casas está preparado el árbol de Navidad. En sus ramas hay prendidas velitas que esperan el momento de encenderse.

Leván ha muerto. Leván es el pescador más autorizado de Sellin. Tres días antes de Nochebuena se acostó, después de haber regresado del lago, de romper hielo para las cuevas que habían de conservarlo hasta el estío, y ya no volvió a levantarse. Su corazón se detuvo durante el sueño y su mujer no sintió el paso de la vida a la muerte, a pesar de reposar al lado del marido.

Todos los pescadores de Sellin lloran la muerte de Leván; era un buen compañero. Desde Binz y Goeren van llegando pescadores que supieron su muerte; han viajado a través de los bosques helados, para acompañar a Leván a su última morada.

En el pueblo pesa un silencio de muerte; algún perro aúlla al sentir la Intrusa revolotear sobre la aldea tranquila. En la casa de Leván, el cadáver del pescador parece dormir en su lecho mortal; unas velas arden junto al difunto y parpadean con su luz rojiza y amarillenta que da tonos verdosos. La mujer y los hijos de Leván, sentados junto al muerto, parecen petrificados. No lloran porque se les han secado las lágrimas; miran al espacio con una melancolía infinita.

¡Nochebuena!... ¡No ha podido evitarse!... Son los tres días que el cadáver pertenece a la familia y después la tierra lo reclama. No ha podido evitarse aquel triste espectáculo, en el pueblo, en un día santo.

El pastor entra en la casa; abraza silenciosamente a la viuda y a los hijos, que se acercan al ministro de la religión como esos gatos que se frotan el lomo contra las piernas de un visitante.

Fuera, en la puerta, está ya preparado el trineo que ha de conducir el féretro de Leván. Los compañeros de barca cierran el ataúd; la viuda se había abrazado al cadáver y hubo necesidad de que el pastor la convenciera para que lo abandonase. Los hijos no comprenden bien que se vaya su padre para no volver.

Los pescadores, que compartieron con Leván el trabajo de las olas, sacan en hombros la caja donde el que fué un pescador yace sin esperanzas. Depositan el cuerpo inanimado sobre el trineo. El pastor preside la comitiva.

Y, silenciosamente, el triste cortejo emprende el camino de la montaña donde el cementerio está.

El trineo se desliza sobre la nieve, helada; tiran de él los compañeros de Leván. Junto





Será la ofrenda más simpática y la más estimada por aquellas personas de su familia, a las que desee ofrecer Vd. una muestra de su particular afecto, con ocasión de la Navidad.

Si es cierto "que no tenemos más edad de la que aparentamos", sólo falta saber, si existe algo que pueda prestar esa apariencia.

EL AGUA DE COLONIA **"LA CARMELA"**

Es el REGALO de **JUVENTUD** que le sugerimos.

Con su aplicación, y sin que nadie lo advierta, el cabello canoso recobra su color natural, dando nueva apariencia de vida, al rostro envejecido prematuramente.

En venta en todas las tiendas, farmacias y perfumerías.

Precio del frasco: $ 8.—
Interior: $ 8.50

J. L. CONDE & Cía.

Carlos Pellegrini, 426 — Buenos Aires

P. Aguiar

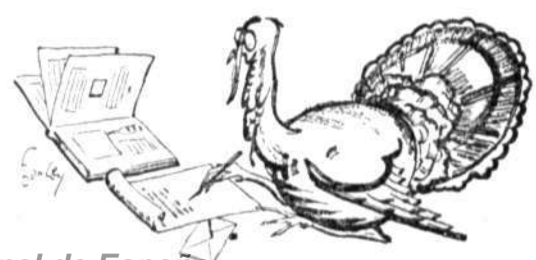


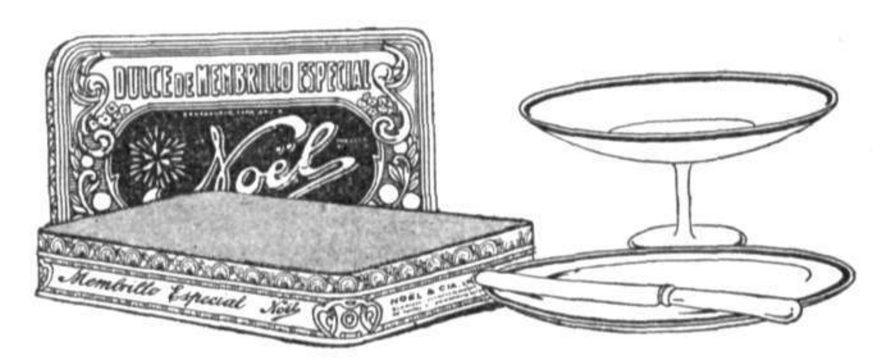
Es la figura más saliente de la Navidad, que de no llamarse así, se llamaría *Fiesta del Pavo;* prueba de ello es que con un pavo la simbolizan nuestros artistas.

Alábate pavo, se dice del que es presuntuoso y se adjudica méritos que no tiene, lo cual es para el pavo, porque, en primer lugar, su cloqueo más tiene de resignado lamento que de enfática voz; pero aunque así fuese, ¿quién con más derecho a presumir que el animal más suculento y que simboliza por sí solo la época más solemne del año, la del Nacimiento del Mesías?

Aun podía darse mayor importancia diciendo que Dios y él no caben juntos en el mundo, puesto que le matan cuando Dios nace. Como si este modismo no fuese bastante molesto para el pavo, hay otro mucho más, por tener el carácter de una sentencia en el fondo y en la forma. *Hinchate pavo, que ya te pelarán,* frase en que, so pretexto de condenar todas las vanidades infundadas, se menosprecia el sacrificio que el pavo nos hace de su sabrosísima pechuga.

Pavo se llama al hombre soso y sin gracia, tardo en los movimientos y en las percepciones; *pavo* se llama en tono despectivo al toro que no tiene condiciones de lidia; *pelar la pava* es hacer el amor ridículamente por esquinas y balcones, y en fin, hay una frase relativa al pavo, que por respeto a los lectores no puedo transcribir, con la cual se determina al hombre que ni sabe ni huele, es decir, que no tiene ninguna aptitud ni buena ni mala. Así paga la humanidad al pavo el sacrificio de su propia vida: asociando a su nombre los conceptos más depresivos. No contentos con esto, le hemos inmiscuido en la política, simbolizando en él lo más odioso que ésta tiene: la ambición y el lucro.





Señora: no compre Vd. en pedazos

de forma irregular, feo aspecto y fabricante desconocido, un producto que va Vd. a presentar en su mesa. Si Vd. pide a un comerciante simplemente dulce de membrillo, él le dará un trozo de dulce en las condiciones mencionadas, sin garantías de calidad ni de higiene, porque se ignora quién lo hizo y cuándo. Por eso si Vd. desea un postre de tanta confianza como los que Vd. misma hace, pida

Dulce de Membrillo Especial Noël en latas de 1 kilo

elaborado al estilo familiar con fruta de la última cosecha y envasado en latas de cierre perfecto que garantizan la higiene del artículo desde que sale de la fábrica hasta que se sirve en la mesa.

Pídaselo Vd. a su proveedor y fíjese que la lata lleve impresa esta palabra:



La marca que tiene una fama de 77 años.

Natividad y Adoración



LA NATIVIDAD. Cuadro de la Galería Nacional de Londres, original de Francisco Zurbarán.

1598 - 1662.



LA ADORACION DE LOS REYES MAGOS. En el Museo del Prado de Madrid. Por D. Diego Velázquez de Silva.

6 Junio 1599
7 Agosto 1660





Los afeites y la mujer moderna
Agua HELENA
Para la grasitud del cutis, las pinturas, afeites, etc.
Pretender que la mujer moderna no use coloretes, cremas, afeites, etc., es sencillamente ridículo; es no saber apreciar el significado íntimo que siente toda mujer cuando a solas ante el espejo, se siente hermosa, encantadora, irresistible. Ella, en su íntima satisfacción, oye qué le dicen que es bella y que posee el arte difícil de hacer resaltar sus encantos.
Los coloretes hacen mal únicamente cuando se duerme con ellos o se dejan en el cutis más de diez horas. Por eso recomendamos el uso del Agua Helena que entre sus muchas propiedades benéficas para el cutis, tiene la de absorber las substancias grasas y colorantes.
Exija en estas especialidades nuestra marca registrada LA LECHUGA.
Crema LECHUGA
La preparación Ideal para el Cutis
Para manchas, arrugas, pecas, barritos, masajes etc. No contiene mercurio ni plomo. Puesta antes de los polvos no se nota y da al cutis el colorido transparente de todo cutis sano y joven.
Pida estos productos en todas las Tiendas, Farmacias y Perfumerías.
Depositarios:
FARMACIA DANESA Y DROGUERIA
DIAZ KELLY
Cabildo 2171 - U. T. 0321 Belgrano - Buenos Aires.
Solicite Folletos.
USE JABON
Crema LECHUGA
Precio $ 0.50
LA LECHUGA
Jabón Crema Lechuga
Buenos Aires
AGUA HELENA
PARA EL CUTIS
LA LECHUGA



SOLILOQUIOS *de* AMOR

REALIDAD *y* ETERNIDAD

QUE no puede ser? ¿Y por qué? Ninguna fuerza material puede valer como obstáculo en el mundo de las almas.

Tenso al fin el arco, lancé mi flecha hacia el infinito, por sobre todas las realidades del mundo, por sobre todas las pequeñeces humanas, por sobre las vidas mismas que se agitan en el barro deleznable de su origen y de su fin. Y partió mi dardo derechamente hacia la estrella. Ya no podrá detenerse esta fuerza que se ha puesto en movimiento. Nunca despierta un alma inútilmente, porque si llegara a dormirse de nuevo, no volvería a despertar jamás. Yo siento que mi alma acaba de encenderse como un astro brotado del misterio insondable del espacio. ¿Y quién, ni qué puede impedir que en mí se cumplan las leyes inmutables de la realidad y de la eternidad?

He ahí los dos «altos factores» que desde hoy animarán mi vida y su vida. Nada hay de más irreal, ficticio y efímero, que esta realidad perceptible a nuestros ojos, a nue[illegible] nuestras manos. Si un hombre llega a la existencia sin alguno de los sentidos, ¿qué puede afirmar sobre la realidad? Para él no existiría la luz porque no ve, o el sonido porque no oye, o la materia, en fin, a través de sus múltiples manifestaciones de aspereza o de tersura, de calor o de frío, porque no tiene tacto. La realidad de este hombre no es la que nosotros sentimos. Ella debe manifestarse como un valor absoluto, es decir, existente por sí mismo. No puede ser, entonces, la realidad esta que lo es para unos y para otros no; que existe totalmente para el individuo normal y sólo a medias para quien no oye o no ve.

Es que ésta no es la realidad. Los seres humanos, como todos los seres, son una ínfima parte del Todo y, a la vez, cada uno de ellos, es una síntesis de este Todo. La realidad, entonces, la existencia de las cosas y del mundo, la llevamos en nosotros mismos, de suerte que el universo está dentro de nuestro ser constituyendo la única, la verdadera realidad.

Lo absoluto, lo abstracto, lo infinito, esto es la realidad; lo que no ha tenido principio ni fin, lo [illegible]a, lo eterno.

Realidad y eternidad serán por eso los «altos factores» de dos nuevas existencias nacidas al conjuro del amor. Hemos entrado recién a la verdadera realidad de nuestras vidas y las hemos eternizado desde ya.

El amor nos pone por encima de todo lo perecedero y nos abre la perspectiva infinita de la eternidad.

II

INTELECTO Y CORAZÓN

Estoy poseído de una profunda angustia. Cuando fuí a buscarla como siempre a la séptima morada donde la guardo, no estaba allí. Internado hasta en lo más recóndito de mi alma, la busco y no la veo, la llamo y no me responde. ¿Se habrá ido de mí? Lo hubiera notado hasta en el ritmo de mi sangre.

Mi alma, como el mundo feérico de «El pájaro azul», tiene sus regiones del recuerdo, del futuro y de las dichas. ¿Se habrá ido a la región del recuerdo? Imposible, porque allí duermen mis ilusiones, mis esperanzas, mis realizaciones, mis convicciones y hasta mis ideas que pasaron, y ella es mi única y más hermosa realidad.

¿Estará, entonces, en la región del futuro? Acaso, porque es a la vez que la realización de mi vida, el ideal de mi vida, y el ideal es el porvenir, es el futuro. Lo es, sí, pero el futuro actualizado, porque desde que aspiramos a él, ya le damos un principio de realización. ¿Cómo no advertí que si en ella pudiese llegar a conocer mi futuro, instantáneamente hubiera languidecido y muerto como una rosa que rindió ya todo el encanto de su color y de su aroma, o se hubiera apagado como apagaríase la lámpara votiva que ardiese ante un dios que nada puede darnos, porque le hemos arrancado el misterio supremo que nos hace tan divinos como él lo fué? No, no puede hallarse tampoco en mi futuro.

Entonces, ¿se habrá refugiado en la región de las dichas? ¡Ay, mis dichas! ¡Son tan pocas! Tal vez una sola, y que es más bien un éxtasis: la contemplación de las suprema belleza, que nunca alcanzo y que nunca alcanzaré. ¿Estará encarnada en ella esta suprema belleza que forjó mi espíritu? Ya va la negativa en la pregunta. La suprema belleza no puede encarnarse, porque dejaría de serlo. ¡Oh, amada! ¡Cuánto te amo! Pero déjame esta quimera tan indescifrable como la existencia misma de mi espíritu.

¡Ah, pero al fin veo y encuentro la razón de todo! Sí, ella tiene que estar allí, porque es mi gran dicha... «la grande joie d'aimer». Ella está entre las dichas de mi espíritu, como la gran dicha de amar.

¿Por qué se ocultaba? El poeta de «El Pájaro azul» ha de terminar con mis dudas. Cuando Tyltyl, que representa al hombre en su aspiración de dar con la suprema verdad, con la verdadera felicidad, iba a entrar en los jardines de la dicha, nota que «La Luz» que simboliza la gran sabiduría, se cubre con un velo para entrar, y, al interrogarla, ella le contesta: «No quiero entrar así en la morada de las dichas: *la mayoría no me soportan. Pero aquí tengo el denso velo con que me cubro cuando visito a las gentes felices. Preciso es que un rayo de mi alma no les asuste, porque hay muchas dichas que tienen miedo y no son felices*».

Preciso es que la luz de la inteligencia no desvanezca la felicidad que hemos forjado en el fondo del espíritu. ¡Qué terrible verdad! La felicidad humana, entonces, es una sombra que se desvanece con el más leve rayo de la inteligencia, de la verdad. ¿Es tan imperfecto el ser humano? No me conformo con esto. Quiero imaginarme tan perfecto como para poder soportar en mi alma la verdad, toda la verdad de mi intelecto.

Lucha dolorosa es esta del cerebro con el corazón. Desde el principio vengo analizando el proceso de mi pasión, en un porfiado afán de quintaesenciarla y refinarla con el polvo de oro de mi inteligencia. No sé qué impulso ancestral me llevaba a procurar superarme a mí mismo en la sublimación de mi amor. Hacer, como diría Balzac, de mi amor una *idea* transformada en *ensueño*; de este placer supremo, un «goce intelectual».

Y por eso mi cerebro fué desde el primer momento un espectador de mi corazón. Lo tenía siempre vigilante, atento a las menores alternativas, en constante disposición de análisis: los ojos verdes de Minerva, acechaban el vuelo de Psichis. Y por eso busqué las causas, ahondé en los orígenes, di explicación a los efectos y hasta intenté desentrañar el futuro.

El escalpelo de mi autocrítica iba cortando firmemente e implacable, hasta dar con la fibra, para sorprenderla en plena vibración. Y el escalpelo rasgaba, destrozaba mi corazón, y a medida que me acercaba al fin de la obra, cuando veía que ya no quedaba de él más que un manojo de tejidos deshechos, de fibras muertas, de cartílagos despedazados, asaltábame con mayor ímpetu esta inspiración diabólica de verdad, de la verdad que imperiosamente me exigía el intelecto para llevar la idea al ensueño.

¡Oh, pero la verdad que desentrañé fué otra! La verdad fué el espectáculo desolador de mi corazón despedazado, enseñándome esta víscera todavía palpitante, que la suprema gestación del espíritu humano, el amor, está por encima de todo análisis, porque es la esencia misma de la vida; que para conocerla habremos de destruír nuestro propio ser, es decir, que no es posible llegar a conocerla.

No es que seamos imperfectos porque el corazón no resiste la luz del cerebro. Es que la naturaleza de la existencia humana, exige que el corazón alimente al cerebro con un eterno interrogante, nunca jamás descifrable.

¡Vuelve amada mía a la séptima morada donde te guardo! Vuelve, que nunca más verás la luz de mi intelecto razonante. Vuelve sin temor, que ya eché lejos de mí al viejo Schopenhauer, que solamente ve en el amor una celada que nos tiende la naturaleza, y me río de Stendhal, cuando se pone a analizar las causas y el desarrollo de la pasión amorosa, como si se tratara del proceso evolutivo de un huevo de gallina.

Vuelve, amada, que juntos nos reiremos de los viejos escépticos, que después de verse libres de la borrasca pasional, porque perdieron la juventud, pretenden decirnos la palabra salvadora, sin advertir que sus labios se contraen todavía en el rictus amargo producido por el resabio de las pasiones que agitaron en un tiempo a sus espíritus.

Vuelve hacia mí, que nos dejaremos llevar voluptuosamente por el amor, bajo el mismo impulso ciego que hace florecer rosas y cantar a las aves.

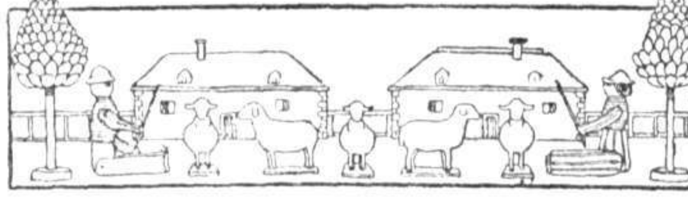
JULIO V. GONZÁLEZ



¡Llegó Navidad!

por

ADELIA DI CARLO



ERA la víspera del Nacimiento del Gran Niño. Desde hacía varios días en la casa de Miguelito se hablaba continuamente de los regalitos que creían recibir él y su hermana Elena. Sus corazones estaban llenos de esperanzas.

Pero aquella noche sus caritas reflejaban bien a las claras su malhumor. ¿Por qué no estaban contentos?

Su mamá les había dicho: «Hijitos míos, es inútil que esperéis la Navidad; este año no la tendremos porque no hay dinero. Hay que conformarse, tesoritos, e irse a la cama a dormir. Estad tranquilos y recibid mi bendición y mis besos».

—¡Oh, estar tranquilos! ¡Qué bien se decía!

No era posible estarlo. El caballito, la muñeca, el tren, la casita, el carrito y otros juguetes que tanto deseaban tener. Nada, nada, no tendrían nada; ni siquiera masitas y dulces.

Le había dicho su mamá que ese año no tendrían Navidad, pero ¿cómo iban a tenerla el Cholo y la Tota, de la casa vecina, de los que se despidieron tan contentos con la promesa que tenían de sus padres de los regalos que les ofrecerían al día siguiente?

Se fueron a la cama enojados. ¿Contra quién? ¿Contra qué? No lo sabemos. Pero Miguelito y Elenita sentían bullir, en su interior, la rebelión, engendrada por aquella privación a que la miseria los sometía.

—¡No tendremos juguetes ni nada! —dijeron los niños lloriqueando, a tiempo de acostarse.

¡Pobre mamá! Ella había oído aquella exclamación y ¡cuánto sufría! Toda la noche la pasó despierta; la pena de no tener dinero para hacer felices a sus hijos con juguetes y dulces, no la dejaba dormir. Ella sufría, pero sus pequeñuelos, a pesar del disgusto, dormían plácidamente.

La señora sentía oprimírsele el corazón a medida que pasaban las horas y se aproximaba el día. ¡Qué despertar triste para sus hijitos, sin un juguete! Luego irían a reunirse con otros niños dichosos a quienes sus padres habían podido obsequiar.

Eran las ocho de la mañana y ya la buena mamá había preparado el frugal desayuno para sus hijitos, a quienes iría a despertar con un beso, cuando oyó una voz afectuosa que cantaba a su puerta:

«Yo soy el viejo Noel
No traigo rosa ni clavel...»

Fué a abrir y se encontró con misia Catalina, su anciana vecina, quien después de abrazarla le entregó un paquete.

Los niños dormían todavía, cuando los despertó la voz jubilosa de su madre: «¡Hijitos, ha llegado Navidad!» ¡Figuraos la alegría de los chiquitines! De un salto estuvieron fuera de la cama y descalzos y en camisita corrieron a ver lo que les habían traído.

¡Oh, qué grata sorpresa! Sobre la mesa del comedor vieron una bandeja llena de dulces, de fruta, de masitas y varios juguetes! ¡Qué alegría! ¡Qué fiesta! Eran felices y con ellos su querida mamá.

Pero, ¿a quién debían ellos esa bella sorpresa? A la señora Catalina, la antigua amiga de su familia, que los quería mucho.

¡Qué buena había sido!

Cuando Dios la llamara, estaban seguros de que los ángeles la llevarían en sus alas por la senda feliz que conduce a la gloria.



Brunswick

El fonógrafo de calidad

UN REGALO PARA CADA DIA DEL AÑO

Algunos regalos duran un día, una semana o un mes. Pero un fonógrafo "BRUNSWICK" es motivo de placer y cultura durante los 365 días del año. Representa durante los años, un nuevo lazo familiar, que atrae a la juventud y a la vejez. — Es un regalo para el Año Nuevo que proporciona alegría a toda la familia.

A UN PRECIO CONVENIENTE PARA SU BOLSILLO

Los fonógrafos "BRUNSWICK", que tocan cualquier disco, se fabrican en 30 modelos diferentes — de todos tamaños, todos estilos y de todas las maderas; portátiles, de mesa y consola, variando de $ 95 m/n. a $ 1.000 m/n.

EL TONO SUPERIOR "BRUNSWICK"

Dos factores colocan al "BRUNSWICK" en primer lugar por la fidelidad y lo natural de la reproducción del tono, lo que no se obtiene con ningún otro fonógrafo.

(1) La Membrana patentada "BRUNSWICK", sobre su brazo balanceado, (exclusividad BRUNSWICK") evita los chillidos por completo.

(2) El amplificador de tono "BRUNSWICK", construido como un magnífico violín antiguo, enteramente de madera estacionada, diestramente alisada y moldeada — da al "BRUNSWICK" los tonos claros y melodiosos por los cuales es famoso.

Visite al agente "BRUNSWICK" en su localidad. — A todo comerciante le interesa solicitar las condiciones de esta importante agencia.

Solicítenos catálogo ilustrado que enviamos gratis.

UNICOS DISTRIBUIDORES.

Maipú y Córdoba, Rosario.

Pratt & Cia.

San Martín, 89, Córdoba.

626 - SARMIENTO - 636
Anexo: Galería Güemes, } Buenos Aires.

Las principales casas del ramo tienen en venta los aparatos y discos "BRUNWICK". — Max Glücksmann, Bartolomé Mitre y Callao.—Harrod's, Buenos Aires, Ltda., Florida, 877. — Gath & Chaves, Ltda., Florida y Cangallo. — Breyer Hnos., Florida, 414. — A. Gordon (Casa Columbia), Florida, 587.— Tienda "San Juan", Alsina y Piedras. — Erich Müller, Paraguay, 1326. — Gregorio Calarco, Cabildo, 2426. — J. Pemoff, Entre Ríos, 615. — Alberto Poggi, Carlos Pellegrini, 418.— En Montevideo: Casa Max Glücksmann.

La infancia de Jesús

LA SAGRADA FAMILIA.
Cuadro que se conserva en la Galería de Uffize, (Florencia).

Pintura original de Miguel Angel Buonarroti.
1475 - 1564

Un regalo útil y duradero



(Tamaño natural de la SEPT.)

Máquina foto-cinematográfica automática. Toma vistas animadas de tamaño universal proyectables en cualquier aparato de cine.

N O   E S   U N   J U G U E T E

Obtiene los mismos resultados que un aparato profesional.

Precio: $ 480.–

Cinematografía VALLE
[illegible]ña, 750. — Buenos Aires.



CENA *de* NAVIDAD

por EDGARDO GARRIDO MERINO

En aquella noche de Navidad, vivida lejos del hogar y de la patria, me sentí más solo que nunca. Había nevado y todo París veíase blanco y friolero bajo la nieve. El cielo era de un azul profundo, ese azul tan alto y tan intenso de las noches de hielo. Como dice un poeta de Oriente: «tiritaban de frío las estrellas...»

Evoqué las fiestas tradicionales — esa fiesta del corazón, del hogar, que Dickens inmortalizó con su pluma — y experimenté la añoranza de esas cenas de pavo y turrón, en que el vino cálido y dulce de la viña doméstica primaveriza nuestra sangre.

Sin saber cómo, engarzados por el hilo sentimental, nos quedamos de sobremesa en el restaurant. Hacía frío afuera y no era cosa de ir dando tumbos por los bulevares sobre la nieve que comenzaba a escarcharse.

Eramos cuatro hombres venidos a París de los cuatro vientos cardinales. Forasteros, sin hogar, nos unimos en un sentimiento de hermandad. Juntos aguardaríamos la media noche para servirnos, en un rincón de aquel restaurant montmartrense, un humilde «réveillon de Noel».

Formábamos una tertulia arbitraria. Guido Alissi, el pintor florentino discípulo de Puvis de Chavannes. Con su perfil de camafeo, sus lacios cabellos negros y su pipa siempre humeante. Zoltán Mickens, el viejo violinista húngaro: alto, descarnado, con dos pupilas claras, brillantes de alcohol en el rostro pálido y amojamado; aun rubia la cabellera pomposa, descolorida por los años. Aquel buen señor inglés, de barba blanca, profesor de griego — cuyo nombre naufragó en mi memoria — y yo, joven, adolescente, sediento de toda emoción y, por tanto, el más romántico.

La conversación había decaído. Silenciosos, frente a nuestro «grog» caliente, esperábamos el triunfo de la media noche mística, cuando las campanas de París anuncian al Mesías. «¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!...»

Mickens había quedado taciturno. Yo espiaba sus gestos. Tenía las pupilas ausentes, en alas del recuerdo, y su diestra, mano de dedos largos, azulados de venas, mano que se crispó en el arco del violín para maravillar al mundo, yacía sobre la mesa como desmayada.

Era Mickens el hombre célebre de la tertulia. De sus labios surgieron sabrosos recuerdos, picantes anécdotas que yo oí cautivado.

El viejo bohemio estaba magnífico. Revuelta su cabellera, febriles los ojos, tenía esa elocuente vibración que presta la media embriaguez. Esa media embriaguez que eleva el espíritu, que aclara y acelera el pensamiento y pone en los pies agilidad de alas.

Con su chaleco bermejo, fantástico, con su roseta de la Legión de honor en la solapa, con su corbata azul de grandes lunares caída en un lazo infantil sobre la pechera, Mickens daba la sensación de un personaje creado por Jean Lorrain.

— Usted que ha viajado tanto, usted que vivió en todas las ciudades del mundo — le dijo Alissi — debe haber pasado Navidades muy interesantes.

El húngaro sonrió. Parecía que aquellas palabras de Alissi se eslabonaban en sus pensamientos.

— ¡Muchas y muy diversas! — suspiró. — En San Petersburgo, cuando yo tenía treinta años, pasé una Nochebuena inolvidable.. «Mi amiga la princesa...» continuó. Y vino una historia romancesca impregnada del misterio y la galantería de la corte moscovita.

Mickens se volvió locuaz. Fué narrándonos, pintorescamente, sus muchas cenas pascuales en los más extraños países y en medio de las más opuestas costumbres.

Yo adivinaba que el eximio violinista mentía a ratos, pero parecíame que sus mentiras, tan bellas y cordiales, eran como un bordado magnífico de su fantasía en el endeble cañamazo de la realidad vulgar.

Después del tropel brillante de noches aromadas de amor y ensueño, en las que resplandecía su juventud de violinista insigne ante el aplauso de los príncipes y las mujeres hermosas, volvió a guardar silencio. Luego, como obedeciendo a un deseo muy íntimo, murmuró con voz confidencial:

Os voy a contar un recuerdo de mi primera juventud. Es un recuerdo heroico, luminoso, que guardo en mi corazón como una epopeya lírica.

Todos expresamos con el interés de nuestro semblante el deseo de oirle.

El violinista apuró su vaso de «grog», entornó los párpados como para evitar el lloro rebelde de sus claras pupilas, y habló:

Se remonta ese recuerdo de Navidad a mi más pura adolescencia. Muertos mis padres allá en Budapest, quedé solo en el mundo en la más absoluta miseria. A los diez años conocí todos los dolores y humillaciones de los niños vagabundos. Por suerte, una antigua criada de mi casa, la vieja Mirza, me recogió en su desván y compartió conmigo sus sopas de berzas. Yo tocaba el violín a la sazón y solía ir a los pueblos cercanos para ganarme algunas monedas tocando aires del país para que bailasen los mozos y mozas de las aldeas. Eran los días felices en que me hartaba de viandas, golosinas y cerveza y regresaba a Budapest con los bolsillos de mi viejo pantalón de terciopelo cargados de piezas de cobre.

Así llegué hasta los quince años. Era un hábil ejecutante, que hubiera llamado la atención en cualquier otro país que no fuese Hungría. Allí hay millares de magníficos violinistas.

Muerta Mirza, viví un año en casa de un viejo compositor que me hacía copiar música.

Era un hombre avaro y gruñón que me daba un vivir imposible con sus denuestos y mezquindades. Aun no cumplía los diez y siete años, cuando impulsado por ese afán de trashumancia que hay en mi raza, decidí abandonar la patria. A pie, sin más recursos que los que podía proporcionarme mi violín, llegué a Rumanía.

Había oído hablar con elogio de la señorial Bucarest. Todos mis sueños se cifraban en aquella ciudad. Y no me engañé. Allí, más tarde, con la protección de algunos cortesanos de la reina Elisabeth, fuí consagrado. Pero no debo anticiparme a mi relato.

Llegué a Rumanía, después de un viaje penosísimo. Era diciembre y todas las carreteras estaban blancas de nieve. Conocedor del alma popular, acudí a las ferias de las aldeas para alegrar a las gentes con las melodías húngaras, con esas rapsodias, que tanto gustan al pueblo rumano.

Debo recordar que era un guapo muchacho. Alto, muy delgado, un niño casi, con los cabellos rubios caídos en melena sobre los hombros, con mi traje de pana y mis botas de ante, al hombro mi violín en su funda de terciopelo verde, como único bagaje, debería impresionar bizarramente. Algunas mujeres aldeanas me miraban embobadas y me sonreían con malicia. Pero yo era un niño soñador, idealista que no soñaba sino con la gloria de mi violín. Se aproximaba la Navidad, y la vida en las aldeas me parecía vulgar y monótona. Recordaba mi Nochebuena de Hungría y sentía en mi corazón una honda nostalgia. Resolví marchar a Bucarest y así lo hice. Pero la ciudad fué indiferente a mi violín. Había sufrido unos sangrientos disturbios y nadie estaba para música. En pocos días desaparecieron las escasas monedas que me restaban y el mismo día de Navidad me vi en la calle, sin más arma para vencer a la vida que mi violín. Nevaba y toda la ciudad parecía descansar bajo el blancor de la nieve. Fué un día infructuoso. Mi violín lloraba en la soledad de las plazas, en las esquinas de las avenidas donde viven los nobles rumanos, pero nadie oía su lamento.

Ya al atardecer cesó de nevar. El cielo estaba purísimo y las estrellas refulgían maravillosamente. Hube de refugiar mis manos, amoratadas por el frío, en la bolsa del violín. Así nos abrigaríamos los dos en aquella noche de soledad y de miseria.

Se encendían las luces en los interiores de las casas y tras los cristales de las ventanas columbré más de un pino pascual cargado de luminarias y juguetes.

Llegué a una gran plaza donde encontrábanse los mejores comercios. Los escaparates resplandecían. Estaban ahitos de fiambres, de turrones, de doradas tortas, de frutos secos y botellas de vino añejo.

Toqué mi violín, pero todos iban de prisa, portadores de sus compras, alegres de ser felices, y como tenían el corazón lleno de música, no oyeron mi sonata de vagabundo.

Llegó la noche y la ciudad fué volviendo al silencio. Se entornaban egoístas todas las persianas y las puertas se cerraban a piedra y lodo. Y me vi solo, como se quedan los perros sin amo, en la alta noche, vagando por la señorial ciudad desconocida.

Caminaba a prisa, para entrar en calor, como si en verdad llevase una ruta preconcebida. Pero este entusiasmo de andar, sin saber adónde encaminaba mis pasos, se convirtió luego en anonadamiento. Me encontré en una ancha plazoleta. Vi mármoles, estatuas, imponentes rejas. Huí de allí mortificado por la grandiosidad de aquel palacio y me refugié en un parque. ¡Oh, qué dulce soledad!

Vosotros que sois artistas sabéis apreciar el encanto de los jardines nevados. Mi alma de artista vibró ante la belleza del paraje. El cielo estaba azul, diáfano, luciente como una bandera de seda. Y en aquel azul punteado de estrellas recortábanse pinos y abedules de ramaje nevado, semejantes a grandes candelabros de alabastro.

¿Conocéis el hambre? ¡No hay violín más patético que un estómago hambriento!...

Mis sueños se desvanecieron ante la realidad. Me hurgué los bolsillos. ¡Si al menos tuviese una moneda!, pensé, pero no poseía nada. Una angustia invencible me acongojaba el pecho. Y, queriendo desahogar mi pena, cogí mi violín y allí, entre la soledad de los árboles blancos de nieve, toqué con toda el alma una misa de Navidad.

Debí estar en un éxtasis, pues vine a sentir aquellos pasos cuando ya ella estaba muy cerca. Abrí los ojos con asombro. Frente a mí tenía una silueta majestuosa de mujer. Era una dama alta, vestida con una capa de paño blanco, tocada con un albo gorro de armiño. Parecía tallada en nieve. Sus cabellos eran casi blancos también y toda ella tenía un encanto seráfico, monacal.

—¡Eres un artista, pequeño!

Posó su mano sobre mi hombro.

Quise hablar pero me faltaron las fuerzas. ¿Quién era aquella hermosa mujer, que aparecía en el jardín nevado, como una visión mística?

—Había bajado a pasear por el parque y oí tu violín. Atraída por tu música he llegado hasta aquí...

Me sonreía con una sonrisa augusta, que caía sobre mi cabeza cual una bendición...

(El camarero interrumpió el relato. Se aproximaban las doce de la noche y ya era tiempo de ir colocando los manteles, la clásica torta y las botellas de Borgoña...) Mickens lo miró todo con ironía y prosiguió:

—¿Quién sois, señora? — pregunté vacilando.

—Soy Carmen Sylva...

El nombre literario de la reina de Rumanía me llegó a los oídos como un repique de campanas.

—¡Su Majestad Elisabeth! —exclamé, intentando caer de hinojos.

—Sí, no te alarmes, pequeño húngaro. Toma como recuerdo de esta noche...

La mano real me tendía una moneda de oro.

Hay momentos heroicos que revelan todo lo que nuestra alma de artista dará de sí en el futuro. Era yo un niño, un vagabundo. El gesto de la reina era justificado. Pero todo mi orgullo de bohemio se exaltó en mis venas...

—Eso nunca, Majestad. Me basta con vuestra sonrisa.

La ilustre escritora, la reina de los romances, comprendió mi arresto y lo respetó.

Y me alargó la mano que yo besé, con los ojos cerrados.

—¡Eres todo un artista! — murmuró. El mundo hablará de tí...

Y en un gesto maternal se aproximó a mí y me besó en la frente...

Mickens calló. Sus ojos brillaban humedecidos de lágrimas. ¡Esa fué mi cena de Navidad, señores míos!...

En la calle se oía rumor de voces y de risas; las campanas de París tocaban la media noche gloriosa. Había nacido el Mesías y en todos los corazones cantaba: ¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad

DIBUJOS DE BESARES

CASA Leonard

En todo tiempo y para todos, la Faja LEONARD constituye el elemento más valioso para procurarse un estado físico perfecto.

Usando la Faja LEONARD

se adquiere de inmediato mayor elasticidad y soltura; el exceso de grasa se elimina, fortaleciendo los órganos abdominales; los contornos se hermosean, desapareciendo las formas exageradas, y al aspecto físico agraciado y armonioso se une el placer de un bienestar completo.

Lo más cómodo e ideal para las Señoras.

No confunda Vd. la Faja LEONARD con una Faja "hecha".

La Faja LEONARD, se confecciona sobre medida y de acuerdo a la estructura y medidas de quien ha de usarla.

La Faja LEONARD, es una especialidad altamente beneficiosa que se somete a la aprobación de los señores Médicos.



Para caballeros. Evita y elimina la Obesidad.

Unicamente puede adquirirse en:

CASA LEONARD

ESMERALDA, 577 **Buenos Aires**

Remita sin más demora este cupón, y hallará la Faja que realmente necesita.

En tricot elástico, en todos altos y formas.

ORDEN para remitir un Catálogo **LEONARD**, al

Sr...

Domicilio..

Localidad.............................. *F. C.*........

La infancia de Jesús

LA CELEBRE MADONNA DEL MAGNIFICAT.
Cuadro que figura en el Museo del Louvre (París).

Pintado por
Sandro Boticcelli
1447 - 1510









El banquete platónico

Prócoro Amambay, empleado en un ministerio, había sido ascendido. Sus compañeros de oficina, sus amigos y algunos comprovincianos, dábanle aquella noche un banquete.

Prócoro era catamarqueño. Vino a Buenos Aires para estudiar Derecho, pero, en vez de ir a las clases, pasábase las horas durmiendo o jugando al truco o recorriendo las calles. Buenos Aires no ejerció la menor influencia sobre su persona. Después de diez años, todavía conservaba su cantito, su temor a los automóviles, su haraganería clásica y su afición a la siesta. Aun bebía aloja y mascaba algarroba, productos que le mandaban del terruño. Su familia le enviaba dinero para la pensión y los pequeños gastos. Prócoro jamás pensó en trabajar para aumentar sus entradas, y así conservó el gusto tan provinciano de «vivir de arriba». Ir a un teatro pagando no era placer para Prócoro; en cambio sentía un goce auténtico si alguien lo invitaba o si conseguía entrar de balde. Carecía en absoluto de curiosidades intelectuales. Comía y bebía hasta no poder más, quedábase en la casa los días de lluvia, y gustaba de contar y de oir contar cuentos. Usaba trajes de confección, y en verano sacaba a lucir su chaleco blanco. Bueno de carácter, raras veces se enfadaba con sus compañeros del ministerio, que vivían haciéndole bromas. Prócoro, que era gracioso, no dejaba de retribuirlas. Pero si llegaba a enojarse, convertíase en un espectáculo. Perdía toda conciencia de sí mismo y, hecho un energúmeno y una fiera, resultaba el hombre más mal hablado que jamás existió. Su empleo de escribiente lo obtuvo por casualidad, pues él no lo pidiera. Un ministro de tierra adentro, algo pariente de su madre, se lo ofreció. Prócoro dudaba entre aceptarlo o no, pero, como tenía novia y ansiaba casarse, optó por el sacrificio de trabajar. Llevaba tres años en aquel empleo que ejerció con una inutilidad perfecta y magnífica. Jamás pudo escribir diez líneas a máquina sin cometer veinte errores, ni dar un informe exacto, ni llegar puntualmente. Pasábase las horas charlando con otros empleados o con amigos que iban a visitarle, o atisbando a las mujeres que cruzaban los corredores de la Casa de Gobierno. En la oficina leía los diarios que llevaban otros, hablaba por teléfono con su novia y dormitaba un rato cuando sus compañeros no se lo estorbaban.

Al año de ser nombrado se casó. Su sueldo era escaso, tan escaso como el envío de su familia; debió irse a vivir fuera de Buenos Aires, en un pueblo de la línea del Pacífico. Resultó, en cierto modo, un buen marido, si bien cultivaba demasiado las amistades, lo que obligábale, muchas veces, a aparecerse en su casa a las mil y quinientas. Tenían un chico de un año, al que Prócoro educaba, enseñándole toda clase de barbaridades, «para que aprendiese a ser hombre».

El casamiento de Prócoro no dejó de asombrar a sus conocidos, porque, además de inútil y haragán, el muchacho era feo como él solo. Parecía un sapo, con sus piernas cortas y chuecas, su baja estatura, su cara chata, su nariz aplastada, su boca de oreja a oreja. Algunos le llamaban el «sapo Amambay», pero el apodo no prosperó. Y, además de feo y patituerto, el infeliz tenía una voz ridícula y unos ademanes abundantes e inoportunos que definían su aspecto de viviente caricatura.

El reciente ascenso fué solicitado por su mujer al pariente exministro, que aun conservaba su influencia en el gobierno. Los compañeros de Prócoro consideraron aquel nombramiento como una injusticia hacia otros escribientes más antiguos y laboriosos que el catamarqueño. Pero, como Prócoro era simpático y afectuoso, en vez de protestar, resolvieron ofrecerle un banquete.

—Procorito, mira que falta una hora para el tren y no estás vestido—fué a decirle su mujer.

—¿Idiai? ¡Máj importante ej el dijcurso, puej!... —contestaba Prócoro, pronunciando las eses como si fuesen «haches» aspiradas o «jotas».

Aquel discurso lo tenía medio loco. Para inspirarse había leído un tomo de discursos de Belisario Roldán, que le prestara un comprovinciano. Pero como carecía de la cuerda poética terminó por escribir una serie de chistes y bromas que harían reir en grande a sus compañeros.

—¡Media hora, Procorito!

—Ia stoy, mi vieja.

En los veinticinco minutos que faltaban, debía vestirse y estar en la estación, que quedaba a tres cuadras de su casa. Se hizo un lavado de gato y empezó a vestirse. Iba con rapidez, pero el maldito cuello y la corbata le llevaron cinco minutos. Tironeaba, forcejeaba, rompía un cuello, echaba denuestos, se ponía rojo; por fin estuvo listo, vestido con aquel chaqué de fabulosa cola que le prestara el mismo comprovinciano, dueño del tomo de discursos.

—¡Cinco minutos!—exclamó afligida la mujer.

Y Prócoro salió como un balazo, poniéndose el sobretodo. Corría por la calle, cuando oyó que que alguien le llamaba. Era su sirvientita.

—¿Quí hay?—gritó hecho una furia.

—¡El pañelo, señol Plócolo!...

Prócoro tomó el pañuelo y salió disparando. En dos minutos estuvo en la estación, en el preciso momento en que llegaba el tren. Subió con la lengua fuera. Al arrancar el convoy vió venir corriendo hacia el tren a la sirvientita. Prócoro asomó la cabeza por la ventanilla. La muchacha hacíale señas como de detenerse, pero ya el tren estaba en marcha.



Prócoro, tanteándose los bolsillos, advirtió que había dejado el discurso. Sin duda, la sirvienta se lo traía. Desesperábase echando maldiciones en voz alta, cuando se dió cuenta de una desgracia aún mayor: había olvidado la cartera, en la que tenía el abono del ferrocarril y los cinco pesos que constituían su capital en dinero.

Hurgó en todos los bolsillos, hasta en los del chaqué prestado por su comprovinciano. Insultó al dueño del chaqué, se insultó a sí mismo, llamándose «animal de cuatro patas». ¿Qué haría cuando apareciese el guarda con su antipático grito de «boletos, pases y abonos»? Era preciso tomar rápidamente una resolución. Prócoro la tomó.

Adoptaría una actitud importante de hombre serio, que no va a viajar de balde. Miraría hacia la ventanilla, como a quien no le preocupa que pase el guarda. Cuando le pidiesen el boleto, se volvería hacia el hombre, diría: «Abono», con voz serena y gruesa y tornaría a su primera posición, mirando hacia la ventanilla. Pero esto último lo haría sin apresuramiento, no fuese a creer el guarda que él quería pasar pronto el mal momento. Lo más difícil era la voz. Prócoro ensayó diversos tonos hasta que dió con una voz algo ronca y un acento ligeramente conminatorio, de una eficacia absoluta.

Se tranquilizó pensando que raras veces el guarda insistía en ver los abonos. Para lograr más efecto, quitóse el sobretodo. Hacía un frio de los mil demonios, pero convenía que le viesen de chaqué.

—¡Boletos, pases y abonos! —gritó una voz fatídica abriendo la puerta del vagón.

Prócoro se estremeció como si hubiese oído el anuncio de una catástrofe inminente. Pero intentó dominarse y, adoptando un aire severo, miró hacia la ventanilla.

—¡Boleto, señor! —decía el guarda junto a él.

—¡Ah!—exclamó Prócoro, sonriendo amablemente, para infundir confianza.

Y agregó, recurriendo a aquella eficaz voz gruesa y al tono algo conminatorio en el que tanto confiaba:

—¡Abono!...

Volvíase hacia la ventanilla, cuando oyó estas palabras que le produjeron el efecto de un puntapié en el estómago:

—¿Quiere mostrármelo, señor?...

Prócoro hizo un gesto de resignación y empezó a buscar el abono, bolsillo por bolsillo. Calmoso como buen provinciano, nunca lo fué más que aquella vez. Los bolsillos de los pantalones, los del chaleco, los del chaqué, fueron registrados y dados vuelta varias veces. Púsose de pie, volvió a buscar. Tomó el sobretodo y repitió en sus bolsillos las mismas operaciones. El guarda había dado muestras de impaciencia varias veces. Prócoro esperaba ganar tiempo. Tal vez en la próxima estación subiese algún conocido, tal vez el hombre se cansara.

—Tiene que sacar boleto, señor.

—¡Pero ej un ejcándalo, un robo! Soy abonao desde hace trej año. Hei de protestar ante la Compañía.

Inútilmente discutió, se enojó, gritó. Debía pagar el boleto. Pero el guarda había advertido que Prócoro no llevaba un centavo encima. El banqueteado lo sospechaba y pensó que lo más digno sería negarse a pagar. ¿Cómo decirle: «no tengo ni medio?» No, era mejor morir con gloria.

— ¡No hei de pagar, puej tengo abono!

Pero en seguida se arrepintió, y cambiando de táctica, prefirió congraciarse al feroz representante de la compañía.

— Mire, amigo — le dijo amablemente,— que io soy pariente de un exministro de Obras Públicas de la nación, del doctor...

— No tengo nada que ver con eso, señor. Usted no trae boleto y debe pagarlo.

Ya llegaban a la primera estación. Prócoro cercioróse de que nadie había entrado en el vagón y, en tono humilde, rogó:

— ¡Por amor de Dios, compañero!... Mire que voy a un banquete.

En este instante entró un militar, que venía del vagón próximo. Sin duda buscaba un coche donde estuviese permitido fumar. Prócoro no se arredró, si bien su tono fué menos implorativo.

—Me dan un banquete esta noche, ¡puej! ¿Cómo hei de faltar? Mire, hasta el espiche, yevo aquí... Si quiere leerlo se lo presto...

— ¡El boleto, señor, o se baja en esta estación!

El tren paró. Cuatro personas subieron al vagón.

—Haga el favor de descender — le ordenó el guarda, mientras las cuatro personas se acercaban.

— ¿Qué pasa? — preguntó alguien.

— Que soy abonao y me quieren hacer bajar... Ej un ejcándalo, un robo...

Vinieron varios empleados de la estación. Algunos pasajeros de los demás vagones se agregaron a los curiosos. El militar rugió despóticamente al guarda:

— Haga bajar a ese individuo, que pretende viajar de balde. Cumpla usted los reglamentos.

El jefe de la estación se acercó.

— Es un rico tipo que quiere viajar «de arriba».. — le informó un curioso.

Prócoro bajó rabiando. La Compañía eran una punta de gringos vividores y ladrones. Los guardas eran otra tanda de pillos. Su tonada provinciana, exacerbada por el enojo, y las enormidades que profería, hacían reir a la gente. Medio lloroso de indignación, estaba más feo que nunca. Su boca parecía más ancha que habitualmente, su nariz más chata y torcida, sus orejas más grandes, sus ojos más minúsculos. Y con el sobretodo en el brazo, sus manotones en el aire y aquel chaqué de formidable cola, el desgraciado resultaba una caricatura, capaz de hacer reir a la misma seriedad. Partió el tren y allá quedó Prócoro vociferando y manoteando como un energúmeno, haciendo gestos y cortes de mangas a algunos pasajeros juveniles que le gritaron: «pajuerano», y otros apodos, y que aludían al tamaño del chaqué, diciendo que «era más grande el difunto». Un empleado de la estación fué a rogarle, de parte del jefe, que se callara. Prócoro vió al jefe en un grupito y allá fué diciendo enormidades.

No tardó en aparecer un policía que se llevó preso al banqueteado. Prócoro debió cruzar todo el pueblito al lado del policía y jaleado por una veintena de muchachos y de curiosos. En la comisaría hizo un escándalo. Ofreció mostrar el discurso y, no hallándolo, dióse a echar denuestos y maldiciones. Pasó la noche en el calabozo.

A la mañana siguiente le permitieron telefonear. Habló a un amigo, el cual, dos horas después, estaba en el pueblo con otro más.

Explicado el caso, el preso fué puesto en libertad.

Prócoro salió algo amansado, pero todavía, antes de dejar aquel lugar, dijo que los gringos de la Compañía eran unos ladrones y los vigilantes sus cómplices. Los dos amigos, a quienes la aventura de Prócoro les enfermaba de risa, acompañaron a su casa al banqueteado. Su mujer lo recibió a coscorrones, sin atender a las explicaciones de Prócoro, ni a las de sus amigos.

Nadie le pudo quitar nunca de la cabeza a aquella señora que su marido no pasara la noche en una espantosa orgía.

En la oficina se habló del incidente durante un año.

Los empleados de varios ministerios rieron de la aventura como locos.

Todos los detalles eran festejados ruidosamente y hasta el propio ministro, sonriendo, había una vez felicitado por el banquete al ascendido.

Pero nada hizo tanta gracia como las palabras del comisario, al cobrar cincuenta pesos de multa, antes de libertar al preso.

— ¡Cincuenta pesos!

— ¿Por qué? — había preguntado uno de los amigos de Prócoro.

Y el comisario había contestado, sin pestañear:

— Por ebriedad y escándalo.

MANUEL GÁLVEZ

DIBUJOS DE FARPAGNOLI

ESTABLECIMIENTOS ORTOPEDICOS



CON TALLER MECANICO DE PRECISION EN LA CASA

Aparatos para Coxalgia, Parálisis, Pie Bot, Varus, etc. Corsés de cuero, cutil, celuloide, para mal de Pot. Escoliosis, etc.

Muletas, Bragueros, Espalderas, Medias elásticas. Fajas en todas sus formas.

Pídase el catálogo general ilustrado letra B, con 250 Fotograbados, que se remite gratis por retorno de correo.



Avenida de Mayo, 1172 Buenos Aires.



LA SALUD DE LOS NIÑOS



Es el alimento indispensable para la vida del niño; tan indispensable como el aire, el sol y el sueño.

En farmacias y casas de alimentación.

GRATIS ALHAJAS

NO QUEREMOS DINERO

Regalamos relojes, pulseras, anillos, collares y muchas otras alhajas de oro 18 K. R. a toda persona propagandista de nuestros artículos, entre sus amigos y relaciones.— Sin gastar un centavo y con gran facilidad obtendrá importantes regalos. No le pedimos dinero y remitimos el catálogo gratis a quien lo solicite por carta.— Sin ningún trabajo conseguirá una alhaja gratis.— Pídalo hoy mismo a:

JOYEROS UNIDOS — MORENO, 1994 - Buenos Aires

El poema de la Natividad



LA ADORACION DE
LOS REYES MAGOS
Por
Alberto Durero.



1471 - 1528.

NOËL



Noël es la palabra francesa que equivale a la nuestra Navidad, y con ella se designa la fiesta del Nacimiento de Jesuscristo y también la época del año en que se celebra la mencionada fiesta que, como en todos los paises de religión cristiana, es una de las más importantes y tradicional, y desde luego fiesta en la que los niños toman parte muy importante.

En Francia, el clásico Nacimiento o Belén, encanto de nuestros niños, es substituído con el árbol de Noël, rama de árbol generalmente pino del norte, arbusto o arbolillo, colocado en el centro del local donde se verifica la fiesta, y de cuyas ramas penden juguetes y golosinas destinadas a ser distribuidas entre los pequeños concurrentes, quienes comentan entre sí la belleza de los obsequios que allí se exhiben y las esperanzas que cifran en la generosidad del *Bonhome Noël*, personaje celeste que, según las creencias infantiles, se encarga de obsequiar a los niños que han sido buenos y aplicados durante el año, con juguetes y golosinas.

Bonhome Noël es un viejo de luenga barba blanca, vestido y envuelto en amplia capa con capucha y cubierto de nieve.

Deposita sus regalos en las chimeneas de las casas, en los zapatos que los niños dejan en ellas con este propósito. Con él va el Padre Fouettard, hosco personaje cargado de vergajos, de los cuales pone algunos junto a los zapatos de aquellos que no quisieron ser buenos durante el año.

El Niño Jesús o Petit Noël, substituye en muchas ocasiones en sus funciones al *Bonhome Noël*.

Los villancicos o cantos de Navidad, reciben en Francia el nombre de Noël, cantos eminentemente populares que datan de los principos de la Edad Media.



TRES CONDICIONES ESENCIALES

Posee nuestra casa como garantía del cuerpo Médico y del Público, porque somos **1.º, MEDICOS. 2.º, QUIMICOS. 3.º, FARMACEUTICOS,** y además porque

PRETENDEMOS estar siempre en precio, pues vendemos barato dentro de la mejor calidad.

GARANTIZAMOS la pureza, procedencia y alta calidad de los productos que expendemos. Nuestro esfuerzo tiende a mejorar lo bueno que producimos y a rendir a nuestros clientes servicio esmerado y rápido en todo lo que atañe a nuestras relaciones con ellos.

DESPACHAMOS a cualquier punto de la república, en el mismo día, todos los pedidos cargando solamente el flete sin cobrar nada por el embalaje, y al mismo precio de la Capital Federal.

Háganos su pedido por carta o teléfono, será cumplido en el acto y se convencerá de lo que aseguramos.

LABORATORIOS Y FARMACIA "NELSON"

MANUEL I. NELSON, JUAN M. NELSON y RAUL A. NELSON

MEDICOS - QUIMICOS - FARMACEUTICOS

ATENCIÓN PERSONAL Y PERMANENTE

477, SUIPACHA, 481 — BUENOS AIRES

TELÉFONOS U. T. 4750, RIVADAVIA
" 3580, MAYO

ABIERTO TODA LA NOCHE





DIBUJO DE LARCO

Bajo el galpón que ampara los usos familiares,
Cada uno en cuatro horcones esperan los lagares.

Desde temprano el grupo de los recogedores
Vuelca allí sus racimos. En cestos de poleo
Puestos en la cabeza se opera el acarreo.
Para amenguar en algo los premiosos calores
Llevan hojas de parra debajo del sombrero.
Hay, entre tantos mozos y algún viejo roncero,
Duros peones hechos a todas las labores.
De ojos claros u obscuros, sus rostros son morenos.

Dos pisadores suben a dos lagares llenos,
Con las piernas desnudas y en mangas de camisa.
Uno, un viejo de barbas y de muslos faunescos,
Bisbisa a las chinitas sus dichos pintorescos,
Y a las risas gorjeantes une su ronca risa.
El otro, el movimiento alterno de la pisa
Con distraído silbo juvenil acompasa.
Y se ven salpicados de semillas y hollejos
Sus miembros que teñidos de mosto están bermejos.

Se oye cantar por ratos al gallo de la casa.
Como brotó profunda la sangre del degüello
Del buey que al lagar diera su piel, brota del cuello
de la piquera el mosto, turbio y espeso. Y cuando
Cayó lo suficiente se coloca el tarugo
En la piquera fértil, y dos hombres alzando
La tina, a la cuba echan el espumante jugo,
Que allí a poco se aquieta con un murmullo blando.

La fila vendimiante, sudorosa, retorna.
Uno le grita al viejo del lagar: «¡Se conoce
Que usté está a la sombrita!»
El solazo abochorna.
Las campanas, con pausa labriega, dan las doce.



Yo lavo descansada

y tan cómodamente como yo puede lavar Vd. su ropa; sin fatiga, sin dolores y hasta sin mojarse las manos si emplea el *moderno aparato denominado*

LAVANDERO PRACTICO

Es un aparato que lava la ropa por succión, dejando igualmente limpias todas sus partes.

Es tan práctico y fácil que no se necesita preparación especial para manejarlo y hasta un niño de pocos años puede hacer el lavado perfectamente.

Deja las telas más blancas y limpias que lavándolas a mano y no estropea los tejidos por finos y delicados que sean.

Si usted adquiere un Lavandero PRACTICO quedará plenamente satisfecha.

PRECIO COMPLETO:

$ 17.— m/n.

ES EL REGALO MAS UTIL.

M. G. de la TORRE y Cía.
SALTA, 1081 Buenos Aires

Sírvanse remitirme gratis el folleto ilustrado titulado «Lavandero PRACTICO».

Nombre ....
Calle ....
Localidad .... *F. C* ......

El niño Jesús por los grandes maestros



LA ADORACION DE LOS PASTORES
Cuadro del Museo del Louvre, por José Rivera (Españoleto) 1588-1656.

LA CAPTURA Y EL COMERCIO DE LOS PULPOS EN TÚNEZ

El pulpo es objeto de una pesca activísima en todo el litoral de la Regencia, y en el Sur, no solamente constituye la base alimenticia de los indígenas, sino un artículo de exportación.

Sfax, Djerta y Zargis son los centros principales de esta industria, que se ejerce en los puntos habitados del golfo de Gatés.

El "Boletín Oficial" del gobierno tunecino ha publicado recientemente sobre la pesca del pulpo, ciertos datos que demuestran la importancia. Los pulpos pueden pescarse con los medios ordinarios; pero para intensificar dicha pesca, los indígenas se valen de medios especiales.

En las playas bajas se trazan estrechos caminos de muchos centenares de metros de longitud, en los que los bordes están formados de piedras. El pulpo viene a abrigarse en aquella especie de retiro y entonces se le sorprende y captura.

En otros puntos se pone como cebo un pulpo hembra atado a una piedra dentro del mar. Se ve entonces acudir en su socorro grandes cantidades de pulpos, que se dejan pescar con facilidad.

Después de pescado, el pulpo es golpeado violentamente y durante un lapso de tiempo bastante grande. Así se les mata y se les ablandan los tentáculos para hacerlos comestibles. Después de estas manipulaciones vienen los preparativos para la exportación.

Se les expide sobre todo a Grecia, en virtud de las imposiciones que la religión griega hace a los fieles, que tienen que observar y sufrir cuaresmas severísimas. El comercio de los pulpos hace vivir a una población muy pobre que tiene en la pesca de aquel cefalópodo su única fuente de ingreso.

El misterio de la Natividad por los grandes maestros



ADORACION DE LOS PASTORES
Cuadro del Museo del Prado, Madrid, por Bartolomé Esteban Murillo.
1618-1682.


EL
ABUELO
TAN BUENO COMO
EL OPORTO Y
MAS BARATO
Unicos Importadores:
Gonzalo Sáenz & Cía.
MAIPU, 24 — Buenos Aires.

EL JARDIN DE PEROGRULLO

La vida humana señora, y las mil maneras de complicársela que ha encontrado el hombre — decía yo a la señora viuda de Perogrullo el día en que le daba el pésame por la muerte del eminente filósofo — me hacen pensar en esa página que algunas revistas ilustradas consagran a los pasatiempos, un poco para que los lectores pongan a prueba su paciencia y otro poco porque con algo había que ennegrecer aquella página blanca. Vivir, señora, es «pasatiempear» («passez le mot»). Los alemanes tienen ese verbo, el verbo «zeivertrieben», sin equivalente en nuestro idioma, lo cual es una lástima. Bien, como os decía: todo en esta vida es pasatiempo: el amor es un pasatiempo, la literatura es un pasatiempo, los negocios son un pasatiempo. Así, por ejemplo, llevar a cabo una brillante operación comprando títulos de la deuda pública, es, simplemente, hallar la solución de un «logogrifo numérico»; hacer un soneto, en la mayor parte de los casos, es resolver una «fuga de consonantes»; lograr que la mujer deseada nos diga «Te amaré eternamente», es tanto como haber dado con el quid de una «frase hecha». Ya la mujer, en sí misma, no es más que un jeroglífico comprimido, salvo que sea un rompecabezas, lo cual también es frecuente. Lo cierto es que los hombres y las mujeres nos pasamos la vida ejercitando el ingenio en descifrar esas charadas, y ese ejercicio nos resuelve el único problema verdaderamente importante que se le plantea el día del nacimiento a todo ser humano: el problema del aburrimiento.

— Acepto, querido filósofo, que la vida no sea sino un largo pasatiempo, o, si queréis, una larga serie de pasatiempos — repuso la señora viuda de Perogrullo; — pero, ¿y la muerte? ¿Cómo definiríais la muerte?

— La muerte, señora, es la solución. Una solución estupenda, que resuelve todos los jeroglíficos.

—

Perogrullo, el divino maestro, no era refractario al chiste, y hasta aventuraba de vez en cuando algún juego de palabras. Cierto día, como alguien citase en su presencia aquella frase de «Schopenhauer» según la cual las mujeres son criaturas «de ideas cortas y cabellos largos», — dijo el filósofo:

— Efectivamente: los cráneos más cabelludos son los que contienen las ideas más descabelladas.

El hecho de que entre los hombres ricos haya muchos gordos, induce a las gentes superficiales a pensar que esos individuos han engordado porque eran ricos, y no es así: en general, esos individuos se han enriquecido porque eran gordos. La obesidad inspira confianza, y ya se sabe que la confianza es la base de los negocios. No se concibe que un cajero gordo pueda cometer un desfalco.

— Mi porvenir — me decía Perogrullo — se ha malogrado por falta de grasas. Una vez, un hombre que pudo haberme designado para ocupar un cargo de responsabilidad y de importancia, me habló en estos términos: «Si usted fuese un hombre de más volumen, le habría dado el puesto sin vacilar». En un principio, yo creí que se refería al volumen moral, pero pronto pude persuadirme de que no, de que se trataba del volumen físico. Aquel día me sentí profundamente desdichado...

Hay que convencerse: todo lo que la obesidad tiene de funesto en el amor, lo tiene de provechoso en el mundo de los negocios, en el de la política y en el de la burocracia. En todo hombre gordo hay ya la materia prima de un hombre importante.

—

No acumules demasiado dinero, a fin de que tu muerte no sea la lotería de nadie.

Cierto lobo, viejo y hambreado, decía a un lobezno: «Hijo mío, el lobo es un ser naturalmente perverso. El lobo es más cruel, más desalmado que el hombre mismo, que es cuanto se puede decir. Hijo mío, nunca olvides este aforismo: *El lobo es el hombre del lobo*».

(Esto decía, cierto lobo, hambreado y viejo, el cual, por supuesto, no había leído a Hobbes.)

—

Nuestro idioma carece de una palabra que exprese una de nuestras modalidades más típicas: aquélla que consiste en dejar siempre para mañana todas las cosas que podríamos hacer hoy. ¿Porqué no adoptar el hermoso verbo «procastrinar», tan clásico y tan eufónico? Aun cuando los diccionarios no lo consignen, algunos escritores franceses usan el verbo «procrastiner» («to procrastinete», en inglés; «procrastinare», en italiano.) ¿Por qué razón nos abstenemos

de conjugar un verbo tan expresivo? Y, sobre todo, ¿en qué país de la tierra puede decirse más propiamente que entre nosotros: «yo procrastino, tú procrastinas, él procrastina?»

—

AQUELLA mujer tan inteligente y tan bella, casada con aquel individuo tan zafio, hacía pensar en esos ejemplares de lujo de la «Divina Comedia» o de las obras de Shakespeare que se regalan a los niños, los cuales, como no pueden apreciar los tesoros de belleza que hay allí adentro, se limitan a admirar los colores de las láminas y a acariciar el tafilete de la encuadernación.

—

DESPUÉS de una travesía larga en un trasatlántico cómodo y moderno, está uno tan habituado a la vida de a bordo, que el arribar al puerto de destino casi resulta desagradable. Al fin y al cabo, no encontrará uno en tierra firme mayores comodidades ni, desde luego, más tranquilidad que las que el buque ofrece. Por otra parte, en toda llegada hay algo de trágico, como que toda llegada es la agonía de una ilusión.

Calculo yo que algo análogo deben experimentar esos novios que llegan al puerto del matrimonio después de diez o quince años de noviazgo.

—

A las muchachas bonitas — como a los jefes de Estado, a los hombres opulentos y a los políticos de influencia, — les basta con muy poco para hacerse fama de personas inteligentes. Apenas descubrimos en ellas un adarme de sentido común, y ya estamos haciendo aspavientos: «Qué cosa estupenda! ¡Qué talento extraordinario!...» Les oímos citar un pasaje del más infame novelón del señor Bourget, y ya nos llevamos las manos a la cabeza: «¡Es asombroso! ¡Qué cultura enorme! ¡Qué sensibilidad tan exquisita!»

—

NO es elegante permanecer durante más de un año en una misma ciudad. Dentro de la ciudad, y salvo para dormir, tampoco se debe permanecer más de una hora en ninguna parte.

—

ES lamentable, es penoso ese instante en que los caballeros respetables y provectos de la reunión en que nos encontramos, cansados ya de hablar de cosas transcendentales, comienzan a referir cuentos obscenos. Nosotros quisiéramos desviar el giro de la conversación, quisiéramos evitar esa terrible caída, pero no hay manera: los hombres respetables y provectos no sólo no cejan, sino que nos arrastran consigo. Es entonces cuando, por razones de delicadeza, nos decidimos a narrar, con notoria falta de seguridad, alguna escabrosa historieta que nos han contado alguna vez.

—

De la obligación de leer libros malos. — Quien nunca haya ejercido las funciones de la crítica literaria, desconoce esa tremenda tragedia que es la obligación de leer docenas y docenas de libros malos, o, lo que aun es peor, de libros «regulares», de libros mediocres, de libros «pasables», de libros anodinos, de libros sin nada de particular. Porque los libros rematadamente malos, son tan interesantes como los extraordinariamente buenos. Por desgracia los libros rematadamente malos están en minoría; abundan mucho más los libros mediocres, que no son bastante malos ni bastante buenos como para interesar a los míseros forzados de la crítica literaria.

Hay que armarse de una gran paciencia para apechugar con la lectura de los libros malos («malos» a secas). Hay que armarse de la misma paciencia que se necesita para soportar las «latas» de esos individuos cuya conversación carece de interés, y que durante un viaje, o en la tertulia del café, o en el club, o en el «restaurant», nos informan de mil pormenores imbéciles, de mil y una cosas que nos tienen absolutamente sin cuidado. Indudablemente, tanto para tolerar a los «lateros» como para leer, integral y despaciosamente, los malos libros, no sólo hace falta poseer un temperamento especial, estar lleno de benevolencia, de humildad cristiana, de resignación, de tolerancia, de altruísmo; sino que se requiere también una larga práctica, todo un proceso educativo.

Sólo así se llega a mirar con igual afecto, hecho de comprensión y de misericordia, a los unos y a los otros. Porque, para el caso, tanto da el poetastro ramplón, que nos refiere ramplonamente las tribulaciones de su espíritu, como el antiguo compañero de oficina que nos narra, con lujo de detalles, menudas incidencias de su vida doméstica.

—

NO obstante haberle tocado en suerte una excelente esposa, Perogrullo fué siempre, en el fondo, un irreductible misógino.

— Las mujeres completamente sensatas son más escasas de lo que generalmente se cree — me decía en una ocasión. — Por cada cien mujeres, hay setenta y cinco locas de atar y veinticinco casos dudosos.

—

AUN en aquellas ocasiones en que los ánimos de sus amigos y discípulos, enzarzados en una polémica, se encontraban más exaltados, Perogrullo no abandonaba el tono apacible y sereno que le era habitual. Escuchaba con una calma imperturbable las afirmaciones más caprichosas, y más desprovistas de fundamento, y apenas si una sonrisa leve o una suave ironía exteriorizaban su desacuerdo. En los largos años que duró nuestro trato, no le oí nunca una sola expresión de enojo o de disgusto.

Como un día le manifestara yo mi admiración por aquella singular modalidad de su carácter, me dijo el filósofo estas sublimes palabras:

— Joven amigo: los espíritus de la categoría del mío, son aeronaves que se ciernen muy alto, más arriba de la región en que las nubes se condensan y en que estallan las tormentas; y, si por acaso aterrizan, lo hacen en esa zona absolutamente neutral — tan poco hollada por la planta humana — donde se cruzan las sendas de todas las opiniones, de todas las creencias, de todas las doctrinas.

—

¿EXISTE Dios? — preguntó alguien a Perogrullo cierto día.

— Sí, existe; — respondió el filósofo. Y luego, aproximando los labios al oído del interlocutor y bajando la voz al tono confidencial, agregó estas inmortales palabras:

— No se lo diga usted a nadie... ¡Dios soy yo!



DIBUJOS DE PALACIO

El Nacimiento, por los Grandes Maestros



L A   N O C H E B U E N A
Cuadro existente en la Galería de Dresde, de Antonio Allegri (Correggio) 1494-1534.

CANCIÓN SIN SENTIDO

¡Ay!, ¿quién pintó tu trajecillo, hija mía, quién le puso a tu dulce cuerpecito ese vestido granate? Esta mañana, tambaleándote y tropezando en tu correr, saliste a jugar al patio. Pero, di, ¿quién te pintó el trajecillo, hija mía?

Di, ¿qué es lo que te hace a ti reir, capullito de mi vida? Tu madre te sonríe parada en el umbral; toca las palmas y sus brazaletes repiquetean. Y tú bailas con tu caña de bambú en la mano, pastorcilla mía. Pero, ¿qué es lo que te hace a ti reir, capullito de mi vida?

Pedigüeña, ¿qué me quieres colgada así a mi cuello con las dos manos? ¿Qué es, di lo qué me pides?

Alegre, el viento se lleva el retintín de las campanitas de las ajorcas de tus tobillos. Sonríe el sol y te mira cuando te vistes. El cielo te vela mientras duermes en los brazos de tu madre, y la mañana viene de puntillas a tu cuna a besarte los ojos. El viento gozoso se lleva el retintín de las campanitas de las ajorcas de tus tobillos.

El hada-madrina de los sueños llega, en el cielo crepuscular, volando hasta ti. Todo el sentimiento maternal del mundo está contigo, en el corazón de tu madre. Al pie de tu ventana toca su flauta el cantor de las estrellas. Y al hada-madrina de los sueños viene, en el sueño crepuscular, volando hasta ti.

RABINDRANATH TAGORE.



SAGRADA FAMILIA
Galería de Glasgow. Por Ticiano Vecellio. 1477-1576.

PARFUMERIE

L.T. PIVER

PARIS

POMPEÏA
FLORAMYE
o AZUREA

Exquisitos **Polvos de Tocador** que distinguen a las damas que los usan.

Precio de la caja,.......$ **2.-**

AZUREA
L.T. PIVER
PARIS



V I E J O   R O M A N C E

Se deslizaba el llanto por su cara,
y él sonreía, cínico don Juan.
La copa de su amor que le abrevara
apartó con sarcástico ademán...

Entonces, ella le volvió la espalda,
y a la vida gritó: ¡vamos de prisa!
¡Oh, las ondulaciones de raso de su falda
y la fascinación de su sonrisa!

¡Y así triunfó!... La llama de sus ojos
era el Placer: enciende cuando toca...
Y pudo verle, al fin, de hinojos,
implorando otra vez los besos de su boca.

Pero nunca cerróse aquella herida...
Y en un golpe de tos más prolongado,
sobre su lecho se quedó dormida,
esa noche de amor en que le tuvo al lado.



Y él gritaba: ¡despierta,
bebe la sangre de mi corazón!
Pero siguió tendida — ¡Estaba muerta!...—
Para beber, sin duda, muy mala posición.



E N   L A   R I B E R A ,   A   L A   T A R D E

Se abate sobre el mar, como gaviota herida
de muerte, nuestro viejo, desventurado amor:
su vuelo castigaron los vientos de la vida,
y el tiempo siempre fué terrible cazador...

¿Es fatigado empeño o es desamor suicida?
No lo sé, no lo sabes... Descifrarlo es peor.
En el rosal ardiente del alma estremecida
sólo quedan espinas deshojada la flor.

Y se aflojan las alas de este amor inaudito,
y se cierran sus párpados y se apaga su grito
de esperanza, bajel que se hunde en alta mar.

Arrojemos, por fin, este cáliz vacío:
ya no arderá tu pecho bajo el calor del mío,
¡ni encontraré tus brazos, donde poder llorar!

E r n e s t o   M a r i o   B a r r e d a

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA



LA NATURALEZA·ES·CIEGA

y avanza recta e inflexible hacia sus fines. Empujado por ella va el hombre. Pero ella ni lo ve, ni lo oye, ni lo siente. Con idéntica impasibilidad lo halaga o lo tortura, lo levanta o lo derriba, lo crea o lo destruye. El hombre, sinembargo, usando de las mismas fuerzas que ella le otorga, ha ido, poco a poco, aprendiendo a defenderse. Así, por ejemplo, tratándose de los dolores físicos, la ciencia humana ha luchado hasta llegar al descubrimiento de la

CAFIASPIRINA

que es el analgésico perfecto, pues no solo alivia rápidamente los dolores de cabeza, muelas y oído; las neuralgias; los resfriados; el malestar causado por los excesos alcohólicos, etc., sino que levanta las fuerzas e imparte al organismo una grata sensación de bienestar.

NUNCA AFECTA EL CORAZON.

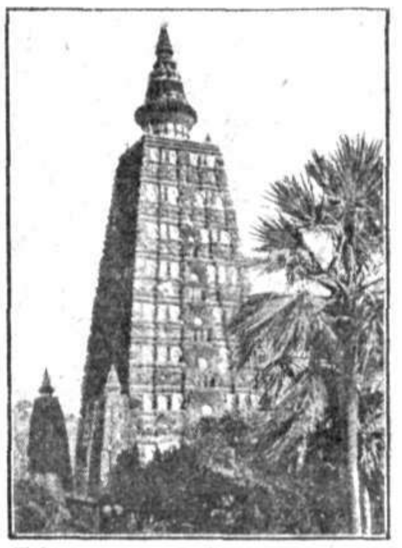
En tubos de veinte tabletas y **Sobres Rojos Bayer** de una dosis.

BAYER

NATIVIDAD DEL BUDISMO

El norte de la India es al Budismo lo que Palestina al Cristianismo. En el jardín de Lumbini, a la vista de los majestuosos y siempre nevados picos del Himalaya, en Gaya, provincia de Bikav, nació en el siglo VI (antes de J.), Sidharta Gautama, el fundador del Budismo.

Más de quinientos años antes de *Jesucristo*, *Gautama* hizo su «gran renunciación». Abandonando cuanto poseía, hogar, fortuna, esposa e hijo, Gautama partió a la selva, y durante varios años todo su pensamiento se reconcentró en la divina aspiración de resolver el problema de la existencia humana y del dolor humano. Pero ni la quieta concentración de su pensamiento, ni la severa mortificación de su carne, produjéronle la calma a que él aspiraba. Después de *siete años de trabajos infructuosos*, hallábase el recluso solitario sentado bajo la copa de una higuera silvestre cuando, como consecuencia de una terrible lucha mental, su intelecto alcanzó la soñada calma perfecta. Así descubrió lo que él creía ser la causa y el remedio del dolor. En aquella hora convirtióse en el «buda» (budha), que quiere decir «el iluminado». La higuera silvestre se hizo célebre y empezó a ser objeto de devoción desde mucho antes del imperio de Asoka.



El lugar más sagrado del mundo budista. El templo de Gaya.

Durante cuarenta y cinco años, recorrió el Buda las llanuras de la India Septentrional y los valles de Nepal, propagando su evangelio, que tanta semejanza tiene con el de Jesucristo, muriendo el año 478 (antes de Jesucristo) en Kusinava, la moderna Kasia, en el distrito del Govakhyur.

Asoka el «Grande», el «Constantino» del Budismo, reinó en Magada dos siglos después de la Muerte de Buda, y sectario apasionado de sus doctrinas, las impuso por doquier, reorganizando su vasto imperio con arreglo a ellas.

Cuanto se conoce de la vida del Buda, se debe al gran emperador Asoka, por cuanto siguiendo las costumbres de la época, hizo grabar los principales hechos y las admirables leyes del Budismo en rocas pulimentadas, y las distribuyó por sus extensos dominios, a fin de que pudieran ser leídas por todos.

Diez o doce de los citados monumentos han llegado hasta nuestros días, más o menos deteriorados, y han suministrado los datos exactos que permiten reconstruír las fases de la vida del Buda: Nacimiento, iluminación, predicación y muerte.

ACEITE BRESCIANO
Bresciano Pietro fu P.
Oneglia (Italia) — Borghetto S. Spirito
Ayacucho, 416 — Buenos Aires
Felicitaciones — Enero, 1925

Pineral
A TODOS LOS CONSUMIDORES
MIL FELICIDADES
Enero, 1925

A. FLORIO y Cía.
Tacuarí, 949-53 — Enero, 1925

Soc. An. Comercial e Industrial Argentina
A. DE MICHELI y Cía.
Casa de confecciones especial para hombres y niños
Avenida de Mayo, 1001 — Rivadavia, 1002 — Enero, 1925



ROSSI & LAVARELLO
Optica, Fotografía y Radiotelefonía
Corrientes, 678 — Enero, 1925

Sociedad Industrial y Comercial Italoamericana
"LA VEDETTA"
Av. de Mayo, 1341 — Enero, 1925

PEDRO VERCESI
CONFITERIA "PARIS"
Charcas, 1201 esq. Libertad — Enero, 1925

GRIGIO HERMANOS
Milán: Foro Bonaparte, 41 — Montevideo: Mercedes 811 - Río de Janeiro: V. de Inhauma, 37. — Sao Paulo: Rua Do Carmo, 11
Bartolomé Mitre, 1702 — Buenos Aires
Enero, 1925

"LA AGRARIA"
Compañía de seguros contra GRANIZO
Av. Pres. Roque Sáenz Peña, 555
Enero, 1925

AMARO MONTE CUDINE
Gerónimo Bonomi e Hijo
MIL FELICIDADES
A TODOS SUS FAVORECEDORES
Belgrano, 2280 — Enero, 1925

AL SOL DE ORO
DANIEL BASSI & Cía.
Desea a todos los consumidores del Chocolate GODET muchas felicidades
B. Mitre, 2538 — Enero, 1925

CONFITERIA JOCKEY CLUB
MIRASSOU & TRICERRI
A toda su distinguida clientela, felicidades y prosperidades en el nuevo año
Sarmiento y Cerrito — Enero, 1925

HOTEL DE MAYO
HOTEL ESPAÑOL
HOTEL GALILEO
L. A. SEMINO y Cía.
Desea muchas felicidades a su distinguida clientela
Enero, 1925

TALLER NACIONAL DE GRABADOS
GOTTUZZO y PIANA
Mil felicidades
Cangallo, 872 — Enero, 1925

SAVOY HOTEL
Cangallo y Callao
PALACE HOTEL
TANDIL (F. C. S.)
PALACE HOTEL
PUNTA DEL ESTE (R. O.)
Bajo la dirección del Palace Hotel, 25 de Mayo, 215
Buenos Aires — Enero, 1925

TACCHI Hnos.
Buenos Aires - Rosario - Córdoba
Importadores de ferretería, pinturería y artículos navales
Sarmiento, 1502, esq. Paraná, Enero, 1925

Gran Bazar de Calzados del vasco Don Juan
Iturriberrigorrigoicoerrotaberricoechea
Sarmiento, 1200 esq. Libertad — Enero, 1925

ANTIBACTER
Instituto Biológico Argentino
Avenida de Mayo, 1288 — Enero, 1925

INSTITUTO OPTICO
ADOLFO PANIZZA y Cía.
A toda su distinguida clientela desea feliz Año Nuevo
C. Pellegrini, 122 — Enero, 1925

CARLOS CATTANEO
Fábrica de Mosaicos de Cemento comprimido
Fundada el año 1886
Corrientes, 3553 — Enero, 1925

"ROMA"
COMPAÑIA ITALOARGENTINA DE SEGUROS GENERALES
Edificio propio: Bartolomé Mitre, 459 — Enero, 1925

Restaurant Italiano "FERRARI" de
LUIS VALICELLI
Sarmiento, 1399 — Enero, 1925

Mazzuchelli, Casals y Cía.
Manufactura de cueros curtidos, correas para máquinas, etc.
2371, Belgrano, 2375 — Enero, 1925

UBOLDI Hermanos
Fábrica de Calzado Fino para Hombre, Señora, Niño y Niña
Rivadavia, 2458 — Enero, 1925

POIRIER & MORINI
Bar "Helvética" San Martín, 400 — Bar Británico Reconquista, 320
A su distinguida clientela muchas felicidades en el año 1925

Luis Magnasco y Cía. Lda. S. A.
MANTEQUERIA MODELO
Administración: San José, 1646 — Enero, 1925

JOSE RICCA y Cía.
Fábrica de Paraguas y Sombrillas
Desean a su clientela feliz Año Nuevo
COMO (Italia). — BUENOS AIRES
Sáenz Peña, 164 — Enero, 1925

CASA ORLANDINI
La más importante y surtida en pieles
Desea a su distinguida clientela muchas felicidades en el 1925
Nueva casa: Suipacha, 146

PEDRO MERLINI
GRAN ESTABLECIMIENTO MECANICO
Casa importadora de máquinas
Larrea, 530 — Defensa, 124
Enero, 1925

"COLUMBIA"
SOCIEDAD ANONIMA NACIONAL DE SEGUROS
Administrada por el mismo Directorio del NUEVO BANCO ITALIANO
Reconquista, 30 — Enero, 1925

Fratelli NARICE
Productores e Importadores de Vinos Italianos
CANELLI - BUENOS AIRES
MIL FELICIDADES
Cerrito, 751 — Enero, 1925



Fontan, Díaz & Cerini
a toda la distinguida clientela de la CONFITERIA DEL MOLINO les desea felicidades
Rivadavia y Callao — Enero, 1925

WEINHNACHTSMANN

EL hombre que trae los regalos, ésto poco más o menos dice traducido a nuestro idioma el interminable vocablo alemán que intitula la página. *Weinhnachtsmann* es el personaje legendario más popular en la Navidad germana. Los niños le esperan ansiosos y confían en su generosidad para ver colmadas las ilusiones, que se forjaron en los días precedentes a la tradicional y para ellos sugestiva fiesta del natalicio del niño Dios.

Como el Bonhome *Noël* de los franceses y el Saint Clauss inglés Weinhnachtsmann, es un buen viejito inmortal en su esencia, que todos los años visita este pícaro mundo por encargo especial del niño Jesús, con la gentil misión de regalar juguetes y golosinas a los niños que han sido buenos durante el año.

El celeste personaje es muy concienzudo y para desempeñar airoso la dificill misión que se le tiene encomendada se informa y documenta muy bien, consultando previamente a los papás de sus pequeños clientes, y con arreglo a lo que aquellos le indican hace sus regalos y procede a distribuír los juguetes que encierra en una bolsa no muy grande, pero de inagotable fondo, que lleva al hombro en su peregrinación por los hogares cristianos, en la noche de Navidad.

Alrededor del árbol de Noel, cargado de chucherías y golosinas, se congrega el mundo infantil que canta sencillos y poéticos villancicos, en tanto llega la anhelada visita del Weinhnachtsmann.

Desfigurado el rostro con luengas y blancas barbas y vistiendo la tradicional indumentaria del legendario personaje, un allegado o miembro de la familia se presenta de improviso en la habitación donde se celebra la pascua.

Gravemente deposita la repleta bolsa en el suelo al pie del árbol y entre la algazara y natural alborozo de los pequeñuelos, distribuye con toda solemnidad los juguetes que encierra la bolsa, debidos a la munificencia de parientes y providencia de los progenitores.



DIPTICO

La tristeza de la montaña

Doblan muy lentamente en la ermita cercana. Las trémulas notas de los bronces hacen hondos ecos en las sinuosidades de la montaña de piedra gris, lampiña y escarpada como la piel de los elefantes.

Es una montaña pobre. Sólo el ímprobo esfuerzo y la tenacidad de los aldeanos logra pintar de verde algunos trechos y muy de distancia en distancia hacer que florezca un lánguido rosal. Unicamente abren sus cálices violentos dentro del espinal las flores de los cactus que truécanse en higos bajo los ardores del sol. Estas frutas, erizadas de espinas infinitesimales, son lo único que da espontáneamente la inmensa mole pizarrosa.

El cielo clarísimo respira una insondable dulcedumbre y los soplos del mar suben rozando los vericuetos rocallosos y llevan en sus alas los dobles obstinados y pesantes de las campanas que tocan a difunto.

Los sones religiosos rompen el vasto silencio que envolvía al paisaje y que bajaba de las cimas hasta la blanca playa por encima de la negra ciudad.

Ya nuestros pasos no se oyen. Nuestras voces han callado también; y acogiéndonos a la sombra de un mezquino algarrobo resolvemos esperar. Nuestras almas son dos interrogantes del misterio.

Yo me he quitado el sombrero. Florina reza. A ambos nos sugestionan los dobles interminables de la ermita.

— Señor: ¡Cuánta tristeza flota sobre el dilatado panorama!

En esta tarde que se duele en la voz de los santos metales habla un grave cansancio de siglos. ¿Es la montaña que se queja de su esterilidad y de su incalculable senectud? ¿Es la ermita que canta en su lenguaje trémulo las lamentaciones del alma de este gran pueblo adormecido y fuerte?

La pequeña iglesia tiene nueve centurias y el toque repetido por una y otra cuenca es como prolegómeno de juicio final...

¡Mas no! Los dobles obsesionantes, ensordecedores, implacables, son de piedad por un alma a quien saludan porque vuelve a Dios.

— ¿Y quién es el difunto? — preguntamos a un aldeano que pasa.

— La señorita Angeles, que fué en sus tiempos célebre cantante y que poseía la mayor parte de estas tierras que rodean la ermita, el pequeño camposanto adyacente y el contado caserío.

— ¡Ah, sí! Los diarios lo anunciaron. Ha fallecido la renombrada viejecita allá abajo, en la opaca ciudad, y quiso que la enterraran aquí arriba, junto al pequeño templo que abre su puerta como si fuera ya la del cielo.

«¡Tin... Tan!... ¡Tin... Taaaannn!... ¡Toooonnn!...»

— ¡Gloria a Dios en las alturas!

La tarde es de un misticismo arrobador. Todo el paisaje identifícase con el misterio de la otra vida que anuncia para una alma la voz de las campanas. Es preciso orar con oraciones que ya parecían olvidadas, pero que han resucitado de pronto en nuestros corazones en tierna floración de recuerdos. Mientras todo habla de muerte, venciendo el gran silencio montañés, en nosotros opérase un milagro de renovación y de purificación.

— ¡Y paz a los hombres de buena voluntad sobre la tierra! — hemos respondido, en tanto que el cortejo ya se acerca por el sendero de rojiza tierra que sube serpenteando hasta la ermita.

Primero aparece el sacristán llevando una alta cruz de plata. Lo siguen numerosos monaguillos de sotana punzó y blanco roquete. Luego, dos padres curas, sudorosos dentro de los dorados ornamentos, tascan solamente sus latines, seguidos de un frailecito pálido que lleva el hisopo y el agua. Después se oye el chirrido de la pequeña carroza fúnebre que, tirada por tres mulas negras en reata, lleva el blanco y menudo ataúd que parece el de una niña. Un cúmulo de blancas flores, cintas y gasas cubre el féretro, y un violín, un único violín plañidero, va desgranando sus notas de circunstancia. Por último, siguen a paso lento los miembros de la familia. Son dos mozos robustos y una dama cubierta de crespón, a quienes acompañan varias amistades. Nosotros nos unimos al cortejo, como si nos moviera una fuerza misteriosa — mitad curiosidad, mitad deber cristiano.

Llegado el cortejo a la ermita, la cruz de plata, los padres curas, los monaguillos, el ataúd, llevado por los dos mozos deudos, y los acompañantes, penetran al sagrado recinto donde un órgano tísico emite desafinados rezongos tratando de acordarse con las lamentaciones del violín.

Los bronces han callado en la torre y sólo una campanita subraya los «amén» del altar, cuyo oficio termina por entonaciones vocales. El hisopo derrama su simbólico rocío sobre el cadáver y sobre el cortejo, y a poco la puerta del pequeño cementerio adyacente abre sus goznes oxidados y un nicho de piedra gris como la montaña. El cuerpo de la vieja doncella parece una talla en marfil. El rostro sonríe como si la carne lívida sintiera la gracia de quedarse aquí dormida eternamente...

Y la montaña torna a envolverse en su silencio...

La alegría de la montaña

La erguida mole gris muestra el camino de la otra vertiente a las primeras luces de la aurora. Del mar, donde el brillo del sol se multiplica y refuerza como si se tratase de un ilimitado espejo ustorio, sube el día poco a poco hasta la cúspide, disipando las nieblas.

Entonces el paisaje se despierta y transforma cual si lo dispusiera una inmensa maquinaria teatral. En las faldas de la primera vertiente, a la orilla del mar, se despereza al tiempo la ciudad de los condes. Las numerosas chimeneas fabriles comienzan a echar sus densas bocanadas de humo negro, más negro aún bajo el azul clarísimo del espacio, y sobre la línea vaga del horizonte adviértense otros humos ascendentes. Son los barcos que van a entrar al puerto con la mañana. Unos vienen de las Américas, otros del Africa sangrienta, otros del Oriente lejano.

Pero si allá la montaña es terrosa e hirsuta, estéril y melancólica, aquí es alegre y pródiga. No se diría que es la misma. Allá lo gris, lo áspero, los cactus agresivos, los lánguidos cipreses de la ermita, el cementerio. Aquí los pinares de esmeralda, donde el rocío de la noche tiembla a los rayos de la luz de la mañana en una fastuosa fiesta diamantina; los rosales multicolores que arropan y embalsaman las casitas blancas; las caídas de agua que, a manera de inmensas cabelleras seculares despéinanse al viento y luego van a fecundar y avivar los huertos y las viñas, refocilando a los ganados y echándose generosamente al mar amargo... Allá los dobles de la ermita, que turban el gran silencio respetable; aquí las canciones de las mozas y de los pájaros madrugadores. Allá la tristeza, aquí la alegría, allá el misterio, aquí la claridad sencilla de los cielos dilatada en los campos.



La verdura de los viñedos que comienza a dorarse con la madurez, da a las diafanidades del día una áurea nota virgen. Al acercarnos, los racimos negrean bajo las hojas, y enjambres diligentes e inofensivos van de una a otra cepa, de uno en otro racimo, libando el zumo perfumado de que harán sus mieles en los colmenares de la granja vecina.

Allá el gran silencio es turbado por la muerte; aquí por los trajines laboriosos del trabajo fecundo de hombres y de bestias de Dios, que cantan a la vida y saludan en cada aurora la realización de una nueva esperanza. ¡Allá el reposo eterno; aquí la acción incansable! Allá la puerta del cielo; aquí el hervidero de la vitalidad terrestre.

A poco de levantarse el sol sobre los mares los labriegos y vendimiadores han tomado las sendas de las viñas maduras y de los huertos abundantes y ya les vemos inclinados sobre los surcos.

De todas estas gentes de faena, las vendimiadoras son las más pintorescas. Unas cogen los racimos en las parras llenando con ellos las grandes cestas de los cargadores, algunos de los cuales se sirven de borricos, otras echan la noble fruta en los lagares, y las más jovencitas y limpias pisan la uva morena con pies muy blancos y sonrosados, de ninfas. Las faldas recogidas y someras dejan ver la pierna libre de la vendimiadora en ese rítmico movimiento que se nos antoja más bello y simbólico que la danza más clásica. Los jugos saltan al estallido de las uvas y mojan las carnes de las mozas. Es algo voluptuoso, algo provocador, algo indeciblemente apasionado lo que se siente al ver surgir el vino del mañana de los pies descalzos de estas jovencitas que parecen no darse cuenta del sacerdocio en que ofician.

Ensangrientan, pues, los zumos de los negros racimos de la viña el carnal alabastro de los pies pequeños y de las piernas armoniosas, y el bello ejercicio de este trabajo olímpico que bien pudieran presidir Hebe y Ganimedes en persona, es — bajo la gloria del amanecer — una fiesta de juventud, de amor, de pasión.

¡Pueblo sin vino, es pueblo sin alma!

Saludemos, por tanto, en la vendimia de los rojos néctares, la misa en que la naturaleza nos ofrece su sangre para que comulguemos en la belleza y sintamos los ímpetus supremos de la vida en un soplo maravilloso de inspiración pagana y mística a la vez.

Extasiémonos recogidamente y llenemos nuestros pulmones con este olor sagrado de vino y de carne, bajo el sol. Si es posible, cantemos con los viejos poetas sapientísimos el sentido esencial que hay en todo esto, y cuán bella es la vida natural. ¡Levantemos nuestros brazos mortales hacia las orientaciones de lo eterno, para significar que comprendemos el soplo de inmortalidad celeste que hay en las almas que saben ponerse en armonía con las dulces realidades terrestres! Pongámonos de rodillas después y bendigamos la gleba que da uvas y besemos los pies rosados que en los lagares primitivos marcan los ritmos de las futuras embriagueces de la belleza y del amor.

Corre, pues, por los canales rústicos el vino nuevo y fresco que va a fermentar báquicamente en las barricas. Los viejos vendimiadores no piensan en nada que no sea el trabajo en sí, sencillamente. El dueño del viñedo mésase la espesa barba blanquecina con aire de buena cosecha y las abuelas escépticas o acaso melancólicas al recordar los tiempos en que vendimiaron, hilan o escardan lanas blancas bajo los emparrados.

La montaña ostenta en este sitio la vitalidad y los frutos del trabajo, y tal vez consuele su esterilidad de la otra vertiente. Si allá es mezquina y pobre, aquí es generosa y espléndida. Si en las cuencas que circundan la ermita se acurrucan sus silencios centenarios, aquí en los viñedos jugosos y en los lagares juveniles canta y vibra el alma de la montaña, de la vieja montaña que acaso vió nacer al mar que besa sus plantas como nosotros quisiéramos besar los pies de las vendimiadoras...

E. Carrasquilla Mallarino.

SAGRADA FAMILIA. Existente en el Museo del Prado. (Madrid).



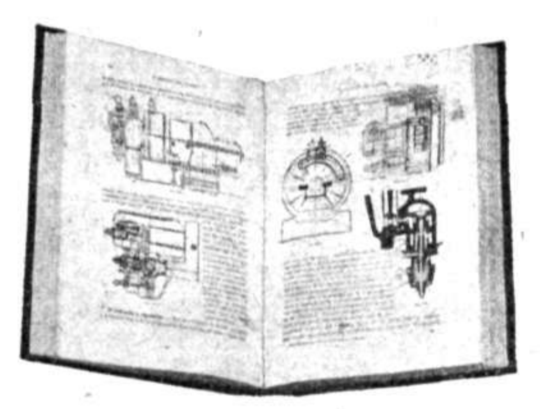




Pintado por Rafael Sanzio (Rafael de Urbino).

1483 - 1520






La Gran Enciclopedia Práctica de
Mecánica

es la verdadera obra de estudio y consulta, necesaria

Al encargado de Taller — Al Constructor
Al Obrero Mecánico — A los Alumnos
de las Escuelas de Industria, Artes y Oficios

y a todos los que, ávidos de saber, se sienten atraídos por los progresos, cada día crecientes, de la Industria moderna.

3 tomos tamaño 25×18 cms., con lujosa encuadernación,
2.576 páginas, 3.445 grabados y 42 láminas.

De la importancia y utilidad práctica de esta grandiosa obra, da idea el siguiente extracto del Plan general y sus grandes divisiones.

Mecánica general.—Resistencia de materiales.—Hidráulica y neumática.—Calor.—Hierro.—Fundición —Acero.—Aleación.—Madera.—Cuero.—Caucho.—Elementos de unión.—Arboles.—Gorrones.—Manguitos.—Apoyos.—Soportes.—Cojinetes.—Transmisiones por Correas, Cables, Cadenas, Engranajes y ruedas de fricción.—Organos para transformar el movimiento rectilíneo alternativo en circular continuo. — Tuberías. — Obturadores. — Engrase y aparatos engrasadores. — Fundición. — Forjado. — Calderería. — Ajuste.

Motores de viento e Hidráulicos.—Calderas.—Máquinas y turbinas de vapor.—Motores de gas.—Motores de explosión.—Instalaciones hidráulicas y neumáticas.—Calefacción y ventilación.—Instalaciones frigoríficas.—Aparatos de elevación.—Ascensores.—Montacargas.—Escaleras mecánicas.—Aparatos de alimentación mecánica.—Locomotoras y vagones.—Automóviles.—Navegación Marina y Aérea.

Aplicaciones de la mecánica a la Agricultura y a las industrias transformativas:

Máquinas para la ejecución de labores — cultivo mecánico, trabajos de recolección, trilla, limpieza y clasificación de los granos. — Máquinas para la preparación y conservación de los productos agrícolas. — Fabricación de la manteca y quesos.—Extracción del azúcar de remolacha y de la caña de azúcar.—Fabricación del vino, sidra y cerveza.—Industria alcoholera.—Hilatura del algodón.—Tejido, cordelería.—Fecularía y almidonería.—Fabricación del papel.—Trabajo mecánico de la madera.—Zapatería mecánica.—Trefilería.—Tornillería.—Ferretería, etc.

Cupón para el folleto gratis y condiciones de compra de la
Enciclopedia Práctica de Mecánica.

D. ....
Profesión ....
Calle ....
Localidad ....
Provincia ....
C. C. 4 Corte este cupón y envíelo a:

CONCEDEMOS LARGO CREDITO

10 $** al contado y 9 mensualidades a **$ 5.- m/n. c/u.

Pida gratis el Folleto explicativo.

Al contado, en un solo pago 47.50 $. Para el Exterior aumenta el 5 %.

SIN FIADOR NI PAGARES

EDITORIAL LABOR
Piedras 599 - Buenos Aires.

Casa Editora de Obras Modernas de Ingeniería, Medicina, Farmacia, Química y Arte; Enciclopedias prácticas de Comercio, Electricidad, Automovilismo, etc. A solicitud, remitimos gratis el folleto explicativo de la sección u otra que le interese.

La degollación de los Santos Inocentes



Pintura original que se conserva en la Academia de Venecia.
Por
Bonifacio Veronés (el Viejo).
† en 1540.





Fotografía de un tapiz:
cartón original de
Rafael Sancio de Urbino.
1483 - 1520

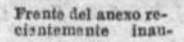
C A S A   B U S T A M A N T E

La Casa Bustamante ha sorprendido con un paso gigantesco que acaba de dar, que le honra y la recomienda ante el pueblo.

Como se ve en los grabados, ha abierto al público en pleno centro de actividades, calle Pueyrredón, 1371, entre Santa Fe y Charcas, un anexo brillante y a todo lujo, con su museo digno de esta Capital, donde reparte actualmente su nuevo Catálogo gratuitamente y se despacha al público mientras se practican reparaciones en su casa principal, Arenales, 2301. El señor Perfecto P. Bustamante, dedicado desde hace muchos años a la venta y estudio de productos andinos, ha inaugurado un anexo que por el lujo y las comodidades que tiene para el público, son dignas de aplausos.

¡Otra sorpresa más! Dice el señor Bustamante, que desde el 1.º de enero de 1925 rebajará el 50 % en todos los precios de sus yerbas medicinales, en virtud de que todo el mundo pueda usar el vegetal para su bien, no siendo el Te Andino, el Te del Niño y el Bálsamo Chuschampi, ya muy módico. En espera del 1.º de enero de 1925. ¡No hay más que pedir Catálogo!

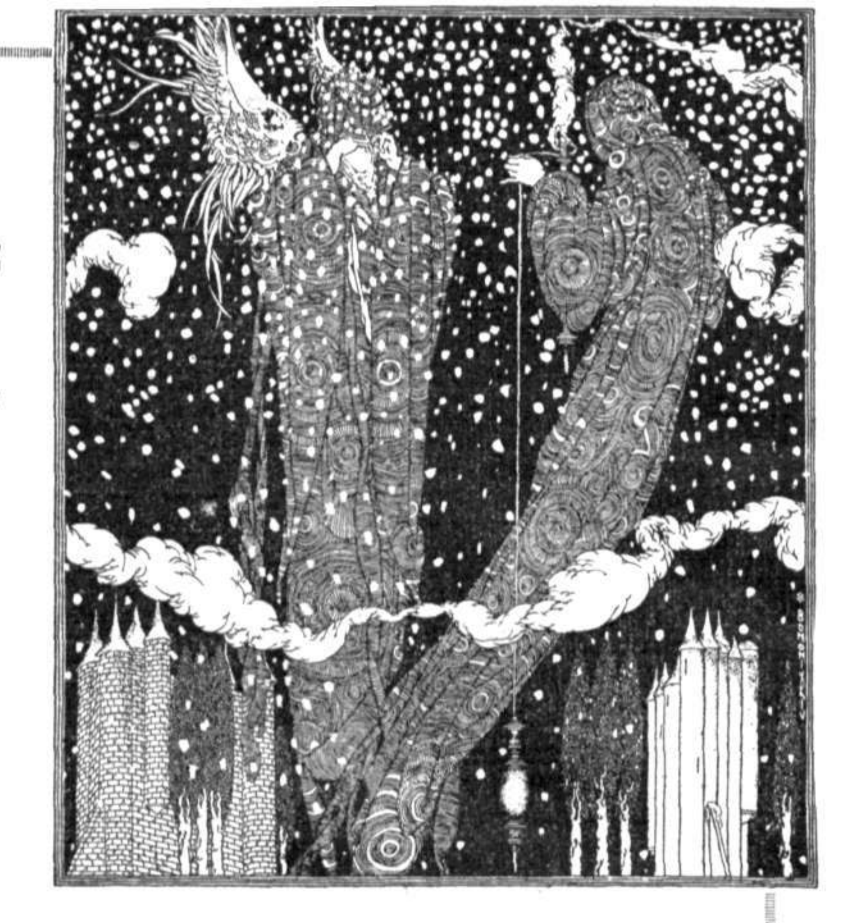



Frente del anexo recientemente inaugurado en la calle Pueyrredón, 1371.

Vista parcial del Salón Museo, recientemente inaugurado.

Canciones bajo la nieve





La hilandera

La nieve pura, discreta
y deliciosa azafata,
prende joyeles de plata
en la montaña violeta.

Pone canas al ciprés
solitario y gemebundo,
y torna gris al jocundo
y alto cielo montañés.

Alfombra de blanca seda
los caminos y berruecos,
y en los álamos resecos
como soñando se queda.

Deja su velo en los muros
y en la paz de los aleros,
y prende en los limoneros
azahares prematuros.

Y su brumosa canción
silenciosa y melodiosa,
abre una pálida rosa
de pena en el corazón.

Nieve en la noche

Pende el sudario níveo de los árboles yertos,
y es trágico en la noche desolada y dormida.
¡Así ha de ser, sin duda, el valle de los muertos
detrás de la brumosa montaña de la Vida!

Primera nevada

La nieve, linda hilandera,
con fantástico donaire,
nos da en esta primavera
su fugaz jazmín del aire.

Romanza sin palabras

¡Oh misteriosa y femenina
viajera diáfana y celeste,
toda inefable en tu blancura
y en tu sutil candor! ¡Oh nieve!

Suave romanza sin palabras,
y si las dices son tan tenues,
que no hay oído que las oiga
o Dios tan sólo las comprende.

Mariposítas de los Angeles;
claros y místicos juguetes
de todos los niños que un día
se nos marcharon para siempre.

Pálido vuelo de las ánimas
que bajan silenciosamente
a visitar nuestros espíritus
desde los reinos de la muerte.

Canción

¡La nieve, la nieve
dice su canción
silenciosa y leve!

¡Copito de nieve
es mi corazón!

Alfredo R. Bufano

LA NAVIDAD DE ANTAÑO

Puede asegurarse que la Navidad, para tres o cuatro generaciones anteriores a la nuestra, conservaba aun bastante del antiguo sabor colonial, siendo al par que una fiesta religiosa un motivo de entusiasta regocijo popular. El nacimiento del Niño-Dios en su fausto aniversario, constituía una de las mayores solemnidades para toda la sociedad, y ofrecía características bien diversas de las actuales para su celebración.

Desde la víspera de Navidad quedaba suspendido el trabajo y en plena preparación las variadas ceremonias propias del día. Las calles ofrecían al atardecer una inusitada animación, aumentada, si cabe, por la presencia de grupos que la recorrían al compás de las bandas u orquestas de los centros corales y musicales que ya existían. Verdaderas «comparsas» seguidas de grupos de gentes iban llevando el alboroto por los barrios de la ciudad, dirigiéndose hacia la entonces Plaza de la Victoria, punto obligado de reuniones populares.

Semejantes desfiles duraban hasta media noche, interrumpiéndose para la asistencia a las «misas de gallo», pero renovándose luego hasta ya entrado el día. Los templos abrían sus puertas poco antes de las doce de la noche. Se celebraban «misas de gallo» no sólo en las iglesias centrales —las que hoy se encuentran dentro del perímetro de la ciudad— sino también en los extramuros, en cuyos alrededores era común ver cuadros típicos del Buenos Aires antiguo, como el de un jinete que lleva su mujer a la grupa o el de la señorial carroza de algún potentado a la que



daban escolta sirvientes montados.

La terminación de las «misas de gallo» volvía a animar las calles de la ciudad y el rumor de las risas y conversaciones en voz alta se unía a los sones musicales de los grupos de guitarristas que lucían sus habilidades en el clásico instrumento criollo. En los hogares realizábase después la cena de Navidad, que duraba hasta el aclarar, siendo común que luego se organizaran paseos y cabalgatas.

El saludo tradicional de «Felices Pascuas» cambiábase durante todo el tiempo, aun entre gente que no se conocía, perpetuándose así el sentimiento de considerar la Navidad como el día para el exclusivo reinado de la «paz entre los hombres de buena voluntad».

El pueblo, por su parte, en las horas de la noche se entregaba al baile, tanto en lugares cerrados como al aire libre, y en las cercanías de lo que es hoy plaza del Once recuérdase que era famoso un sitio destinado a la danza, bajo la dirección de un grave «bastonero».

Durante el día 25, empleábase la mañana en descansar y en asistir de nuevo a la iglesia, siendo de rigor oir las tres misas reglamentarias de la fecha. Y por la tarde, sucedíanse diversiones de carácter francamente popular organizadas por las autoridades o por los vecindarios, las que se realizaban en las plazas de la ciudad. Carreras de sortija en la plaza de las carretas y en Palermo, palo jabonado, acróbatas blondinescos, muñecos de goma con premios de dinero en una mano y un látigo en la otra, para azotar el audaz que pretendiera apoderarse de él, y otras de idéntica naturaleza que se desarrollaban desde medio día hasta la caída de la tarde.

Y al anochecer, se iniciaba la retirada de las gentes a sus hogares con la satisfacción de haberse divertido a conciencia y honestamente, festejando la Navidad, y poniendo su alegría las últimas notas a esos cuadros de la ciudad que van alejándose más y más a medida que nos aproximamos al tipo de gran capital moderna.



FIESTAS DE AÑO NUEVO Y REYES
Artículos para Regalos a
PRECIOS REDUCIDOS
MYSTERIA
9680 — DE ACERO a vidrio, a.... $ 6.90
MYSTERIA
9681 — DE PLATA fina, a vidrio, a $ 16
CASA ESCASANY
9682 — DE NIQUEL, formato inglés a .... $ 8
9683 - BOMBONERA de metal blanco plateado inalterable y cristal tall., 27 ctm. de alto, a ...... $ 13.50
9684 — PULSERA de moiré, con reloj de plata fina, a .... $ 12
9685 — COFRE de metal blanco plateado, inalterable, interior forrado en seda, 7 x 9 1/2 ctm., a .... $ 12.50
Acaba de aparecer nuestro CATALOGO GENERAL nº. 25, que se remite gratis, a todo solicitante del interior de la República
9686 — JUEGO para escritorio, plata fina, 4 piezas, en estuche, a ...... $ 18
9687 — MACETA de metal blanco plateado inalt. calada, 9½ cts. diam. $ 6.50
9688 — JUEGO bautismo, de plata fina, muy fuerte, cuatro piezas en estuche, a .. $ 42
9689 - SERVILLETEROS de plata fina, muy fuertes, en estuche, a ..$ 17
9690 - JUEGO de 6 cucharitas para te, de metal blanco plateado, inalterable, artísticas, en estuche, a .... $ 9
CASA ESCASANY
JOYERIA Y RELOJERIA
CASA CENTRAL: PERÚ ESQ. RIVADAVIA • Buenos Aires •

EL CALENDARIO AZTECA

Hacia el fondo del patio del Museo Nacional de Méjico, en la Galería de los Monolitos, se yergue majestuosa una gran piedra conocida con el nombre de *Calendario Azteca o Piedra del Sol.* Mole de un peso de 24.400 kilos, y que mide un diámetro de 3 metros y 35 centímetros, manifestación muda pero elocuente del grado de cultura que alcanzaron las razas aborígenes americanas.

El *Calendario Azteca* fué encontrado en diciembre de 1790 al hacerse las excavaciones en la plaza Mayor de Méjico, para proceder a su afirmado.

Los entonces comisarios de la fábrica de la catedral, señores don José Uribe y don Juan S. Gamboa, pidieron al virrey la histórica reliquia, que les fué acordada de conformidad con la expresa condición de conservarla y exhibirla en un paraje público.

La piedra es un pórfido trapeano gris negro. Humboldt hace notar en sus observaciones que ninguna de las montañas que rodean a la capital de Méjico en ocho o diez leguas de distancia se encuentra pórfido del grano y color que tiene el calendario, lo cual claramente demuestra el esfuerzo y grandes dificultades que los aztecas han debido encontrar para transportar hasta el templo mayor la colosal piedra.



Alfredo Chavero y algún otro opinan que el precitado monolito no es un calendario, sino más bien un monumento votivo consagrado al sol.

Por cuanto la cara o máscara que se ve en la parte central del monumento es la de *Tonatiuh* o dios del Sol. Se advierte en ella unas grandes ojeras, teniendo de fuera la lengua, lo que significa *símbolo de luz.*

Pero la mayoría de los arqueólogos, entre los cuales se cuenta el sabio mejicano Antonio de León y Gama, afirman se trata de un altar que sirvió para grandes solemnidades y que a la vez era reloj solar y calendario religioso, como lo demuestran los signos *Omeácatl*, fecha en la cual se hacía en el calendario azteca la atadura de los años, llamada *Xiuhmolpilli*, se destaca sobre la frente de la cara. Los jeroglíficos referentes a los trescientos sesenta días de que constaba el año mejicano, a los que se añadían otros cinco días llamados *nemontemi*, días nefastos o desgraciados. Los trescientos sesenta días se dividían en diez y ocho meses de veinte días cada mes, formando el período cíclico de cincuenta y dos años, cuyo período constaba de cuatro grandes fracciones de trece años, que se les decían *Tlalpilli*. La atadura de *Xiuhmolpilli* se hacía de cincuenta y dos en cincuenta y dos años. Como la primera fracción del ciclo que comenzaba era *ce tochli* (uno conejo), y a este año se consideraba lleno de calamidades y funesto, no hacían en él la atadura de los años, sino en el siguiente, el *Omeácatl*, símbolo que se ve en la frente de *Tonatiuh*, y tantas otras pruebas que sería prolijo enumerar.


Cuarenta años de continuo favor público son su mejor garantía.



UN DOLOR DE MUELAS

Una tira dorada y brillante de sol se mete en la cocina, donde Carmen, sentada a la mesa, pela papas. Este trabajo la entretiene tanto a la pobrecita Carmen, que cuando la patrona se lo ordena hacer, sonríe de alegría. Además de estarse sentada, la divierte mucho aquello de quitar de un tirón la cáscara y esto es difícil, pues su madre le ha enseñado a ser ahorrativa y sacarla bien delgada: no hacer como la patrona que de una papa grandota como los puños del señor la deja, cuando termina, del tamaño de una nuez. Y es de ver la atención que pone en deslizar el cuchillo sobre la superficie áspera y sucia del tubérculo, porque sabe que puede romperse al menor descuido y, lo que es peor, a veces, cuando sólo falta un poquito para llegar al final.

Lo único que la disgusta es el chirrido seco y monótono que hace la pulpa al ser tocada por el cuchillo, pues en su fantástica imaginación se transforma en un quejido lastimero; ese es el motivo por el cual la hiere con tanta suavidad, pensando que así le hará menos daño.

Debido a este cúmulo de circunstancias, ignoradas por la patrona, la labor se realiza muy lentamente y es por esto que siempre le advierte al mandárselo hacer: «A ver si te tardas cuatro horas».

En este instante, Carmen tiene una papa en la mano izquierda, la tiene tomada del mismo modo del que va a tirar una piedra y la hace girar en torno de ella, mientras deja correr el cuchillo, que lo toma con su mano derecha, chiquita y percudida. De pronto se encuentra con que está picada; entonces, poniendo verticalmente el cuchillo, horada el tubérculo hasta quitar la parte mala.

Cuando termina la echa en una olla; vuelve a tomar otra y repite la operación, y así con otra, otra y otra.

Repentinamente, presa de un agudo pinchazo en una muela, que le hace exhalar un grito penetrante, se levanta de un salto, larga lo que tiene en las manos y se las lleva instintivamente a la mejilla derecha. En seguida, busca con la punta de la lengua la muela cariada, urguetea en el agujero que encuentra, tan grande que cabría una arveja dentro.

Se siente un alarido: es que ha dado con el nervio.

Fué tan terrible el pinchazo que la ha sacudido, que Carmen se queda atolondrada durante unos segundos, temblando toda, el rostro y la mirada extraviada.

Quejosa, lagrimeante, mide con rápidos pasos la cocina, concentrada su atención en el dolor que arrecia más y más. Con sobrehumanas fuerzas oprime de tiempo en tiempo la mejilla y esta presión parece adormecer por una fracción de segundo el dolor que vuelve a dominar imperante, haciéndose por momentos tan agudo, tan violento, que Carmen siente como si una punzante aguja entrara y saliese en su cabeza, traspasándole las encías, la garganta y el cerebro.

Todos sus miembros están como insensibilizados; no los siente ni sabe siquiera si los tiene, excepción hecha del lado derecho de su cara; su única sensación es un dolor insoportable que brota desde alguna parte en su boca y es tan horrible que a Carmen le parece provenirle de todas las muelas que tiene en ese costado, y no sólo de una, como

es efectivamente. Atormentada por el sufrimiento, sigue paseándose nerviosa: lleva el cuerpo doblado hasta la altura de los pulmones, balancea la cabeza, que está metida entre sus hombros, y diríase que alguien la va azuzando de atrás. Su rostro encendido está calenturiento, los ojos le brillan humedecidos y por los ángulos de la boca le sale una baba fría y pegajosa.

A veces se detiene, ya para cerciorarse si el dolor amengua, pues se dijera que el ruido de sus pasos no se lo permitiese, ya para escupir una saliva aceitosa, que recién se quiebra cuando toca el suelo o ya para andarse con la lengua en la parte dolorida.

Desesperada, vuelve a su interrumpida marcha con renovados bríos y durante unos minutos hay un silencio, en el que sólo se siente en la cocina el sonido de sus pasos, ahogados de tanto en tanto por sus lamentos lastimeros, por sus brutales maldiciones y por el crepitar del carbón en la hornalla.

Sin embargo, por instantes el dolor calma y el bienestar que experimenta Carmen y más que todo la idea de librarse de tan atroz sufrimiento, la llena de fugaz alegría. Le parece que libertándose de él sería el ser más dichoso que pisa sobre la tierra. Contenta, aventura hasta una sonrisa y piensa que pasado mañana le toca salida e irá por la tarde a su casa. Sus dos hermanitos estarán esperándola como siempre en la esquina, mirando inquietos hacia todos los lados y al verla desde dos cuadras, correrán a echarse en sus brazos y a preguntarle qué les trae. Ella, escondiendo el paquete de facturas, les dirá que no pudo comprar nada y entonces los pobrecitos, con el alma en los pies, se escaparán malhumorados de sus brazos. Conteniéndose para no largar la risa, los dejará seguir unos pasos; luego, cuando no pueda soportarla más prorrumpirá en una carcajada, les gritará poniendo el paquete en alto:

— ¡Miren!

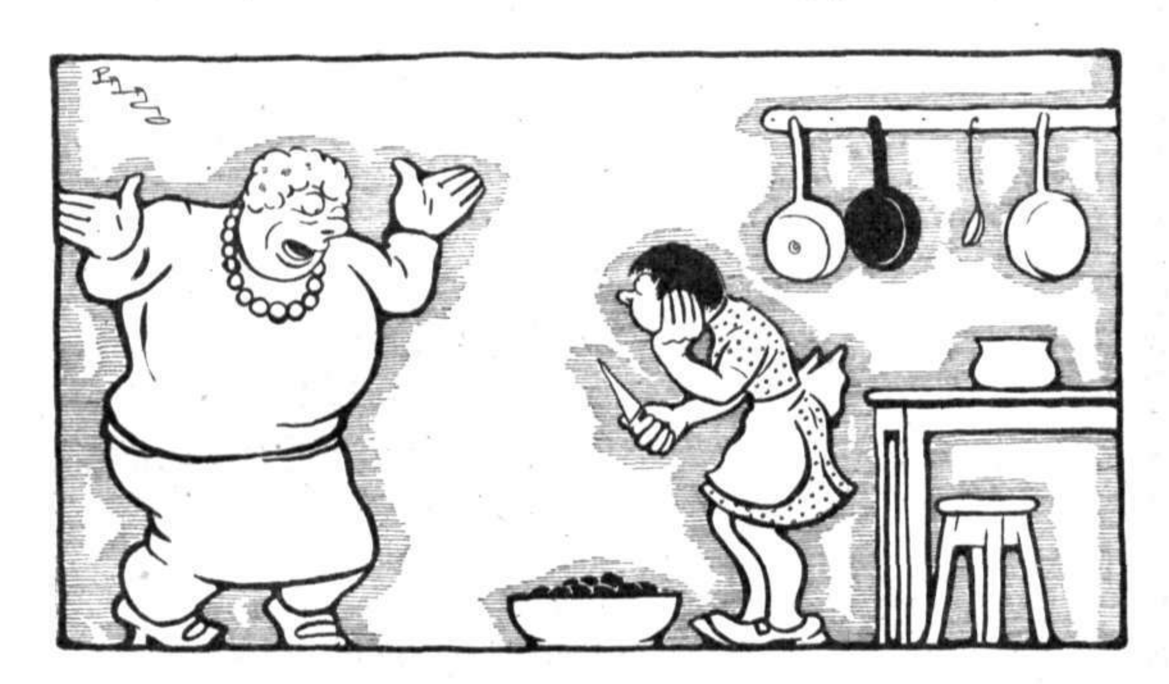
Automáticamente se darán vuelta y al ver el paquete, alegres, contentos, se echarán sobre ella, exclamando:

— Dámelo... dámelo, que lo llevo.

— A mí, a mí, nena... — dirá meloso Pedrín, el más chiquito, poniéndose en puntas de pie y extendiendo cuán largos son sus bracitos para agarrarlo.

— Quietos... quietos... — les reprenderá, retrocediendo y levantando cuanto pueda los brazos.

Como de costumbre lo llevarán la mitad del camino cada uno. Radiantes de alegría, caminarán satisfechos con el paquete en la mano, tiesos, orgullosos, cual un militar que ostentase sus condecoraciones.



Pero al rato los pinchazos recrudecen y entonces Carmen, malhumorada, cambia bruscamente de idea; no les llevará las facturas ni irá siquiera a su casa; que revienten todos, lo mismo le da. Mientras piensa esto, se pega fuertes puñetazos en la mejilla y hay segundos en que el sufrimiento es tan terrible que le asaltan locos deseos de golpearse la cabeza contra la pared.

Carmen se enfurece. Maldiciente, con los nervios tirantes, más que camina corre; se le saltan las lágrimas de rabia y con todas sus ganas estrella contra el suelo una papa que parecía sonreírle, burlándose de ella.

— ¡Plaff!

En seguida, se da un tremendo puñetazo en la cara. Cinco minutos transcurren todavía así. Bruscamente, Carmen sonríe, acariciada por una feliz idea. «¿Y si me hiciera unos buches con agua tibia?»—se pregunta.

Entonces recuerda cuando le asaltaban es-

tos dolores en su casa y, por la noche, su pobre madre, afligida, le preguntaba a cada rato: ¿«No te pasa... no te pasa?» Mala, egoísta, al ver que los otros dormían, fingía más cruel su dolor. «No puedo más... no puedo más» — decía falseando el tono de la voz. En ocasiones, el borrachón de su padre se entremezclaba en la conversación. «¡Eh, a ver si dejan dormir, brujas!» — gritaba colérico. Entonces su madre, despacito, sin hacer ruido, se levantaba y a obscuras, para que su marido no gritase, le traía una taza con agua tibia. Pero, no, no eran los buches lo que la calmaban; era, está segura, al verse tan bien atendida. «¿Te pasa... te pasa?» — le decía angustiada, como si fuera su madre la que padeciera el dolor. Sentada al borde de la cama, temblorosa, se quedaba los minutos y los minutos, atendiéndola. Había noches que haciendo un lugarcito, se metía en su cama y muchas veces, cuando era más chica, hasta deseaba que le dolieran las muelas para dormir junto a su madre.

Ahora ella, seguramente, estará en la cocina preparando afanosa la comida, para que no la sorprenda la llegada de su marido sin tenerla lista. Hace quince años que está casada y sabe que con el carácter que tiene sería capaz de pegarle si no estuviera pronta. Atareada, completamente absorbida en su trabajo, no hará caso a los chismes que ha de estarle contando la inquilina de la sala. Sin atenderla, le responderá a todo que sí con la cabeza.

— ¡Miren que si voy ahí cobrarán una buena! — les gritará enfadada a sus hermanitos, que estarán peleándose como siempre en la pieza vecina.

Un pinchazo la hace volver a la realidad. Aunque es tan insoportable como los anteriores no le parece tan fuerte, sugestionada con el pensamiento de que con los buches va a librarse de ellos. Después pelará las papas de una escapada y tendrá pronta la comida antes que regrese la señora.

Pasan imperceptiblemente los segundos y los minutos y la noche va llegando.

Risueña, se acerca a la cocina, toma la pava y echa un poco de agua en una taza, la templa luego con agua fría, metiendo la punta del dedo índice para cerciorarse si no quema. Sorbe un trago, y con la cabeza echada hacia atrás, apoyada en el hombro derecho, se queda unos segundos. Escupe luego y sorbe otro trago. Unas siete veces más hace lo mismo.

Parece brujería, pero el dolor apacigua. Ahora son unos pinchazos débiles, monótonos, cortos, que causan nerviosidad más bien que sufrimiento. A pesar de todo, diríase que el dolor volviera por momentos.

— Sí, es claro, no va a írseme en seguida — se engaña y no conforme con esta razón, añade: — Son ideas mías, no me duele...

Y sonriente se sienta a la mesa y principia a pelar papas.

Temerosa que llegue la señora de un momento a otro y la sorprenda todavía en esto, se apresura, se apresura tanto que a los cinco minutos se le acalambra la mano al mismo tiempo que suena el timbre de la calle. Va corriendo a ver quién es y vuelve al rato, seguida de la señora.

El cuerpo de Carmen tiembla; no sabe adónde mirar; ni se da cuenta del dolor que vuelve, pensando en lo que le dirá la señora.

Y no se equivoca.

— ¡Cómo! ¿No pelaste las papas todavía? — le pregunta y agrega, mirándola duramente. — ¿Y las milanesas? ¿Tampoco preparaste las milanesas?

— Me dolía la muela y no pude — responde Carmen, haciendo un gran esfuerzo.

— ¡Te dolía la muela, eh! ¡Ahora cuando venga el señor le daremos a comer tu dolor de muelas! ¡Voy a darte mentiras yo!

Se oye el sonido de dos cachetazos y en seguida el de un llanto hiposo.

— Ya me tenés cansada. Ahora mismo agarrás tus cosas y te vas a tu casa — le grita y, bajando el tono de la voz, dice, como para sí: — es imposible... imposible...

Carmen cree que se le abre el suelo bajo sus pies. En un segundo se le presenta la sórdida y fría pieza de su casa y cuatro pares de ojos que la miran asombrados al verla llegar tan intempestivamente. Uno se destaca con más nitidez del grupo y toma fantásticas dimensiones en su imaginación. Es su padre, que le grita: «¡Con que te han echado, eh, perra! No, no, si ya sé que no tenías culpa» — mientras la toma brutalmente por los brazos y le pega en la cabeza, la cara y el cuerpo.

— Dejala, dejala, que vas a matarla — implora desde el suelo la madre, tirada de un empellón, por su marido, cuando quiso quitarla de entre sus brazos. En tanto sus hermanitos estarán debajo de la cama temblando de miedo.

La señora se aleja enfadada y Carmen continúa llorando.

— Iii... iii... iii...

A los diez minutos vuelve la señora. Se ha cambiado y en vez del traje de calle que llevaba se ha puesto un batón holgado que la avejenta unos cinco años.

— Vamos, no llores — le dice dulcemente, acariciándola. — No hagas caso a lo que te dije. Apurémonos y a ver si antes que llegue el señor tenemos todo preparado.

Carmen no quiere dar crédito a las palabras que siente. ¡Cómo! ¿Es la misma que le pegó hace un rato quien le habla de una manera tan dulce y cariñosa? Cree que son ideas suyas y por eso sigue llorando.

— Vamos, apúrate. — Y tras una pausa. — ¿O es que te sigue doliendo?

No, son ideas suyas y entonces, alegre, contenta, torna a su interrumpida tarea de pelar papas.

— ¿Te dolió mucho? — inquiere la patrona maternal, mientras remueve el fuego, y añade sin esperar respuesta. — Debías tomar una aspirina y mañana sería mejor que fueras a sacártela.

Carmen, entrecerrando los ojos, sonríe. Y es tanta la alegría que siente, tanta la dicha que experimenta que como nunca la lastima ahora el quejido que exhala la papa, y es por eso que pone tanta suavidad y ternura al herirla, como para no hacerle demasiado daño.

Es que ella, a pesar de su corta edad, sabe bien lo que es el sufrimiento.

LORENZO STANCHINA

DIBUJOS DE PALACIO


Piel Inmaculada
Las señoras que usan el Jabón de Sales Naturales de "La Toja", saben por propia experiencia, que los granos, barrillos y demás impurezas de la piel, desaparecen, como por encanto, apenas se presentan.
Un poco de espuma basta para mantener la piel inmaculada, tersa y fresca como la de un niño y para evitar la probable infección por cualquier contacto.
JABÓN DE LA TOJA
El más barato de los jabones finos y posiblemente el más fino de los jabones de tocador.
CONCESIONARIOS
POLLEDO & Cía
Bmé Mitre 1352
Buenos Aires
LA TOJA
Agencia de Propaganda «ECO» - Sarmiento, 643 - Buenos Aires

La Adoración



DE LOS PASTORES



DE LOS REYES.

Por Guillermo Adolfo Bouguereau.
1825-1905.





El día de su consagración episcopal, en la Catedral.

Monseñor Miguel de Andrea
Bodas de Plata Sacerdotales

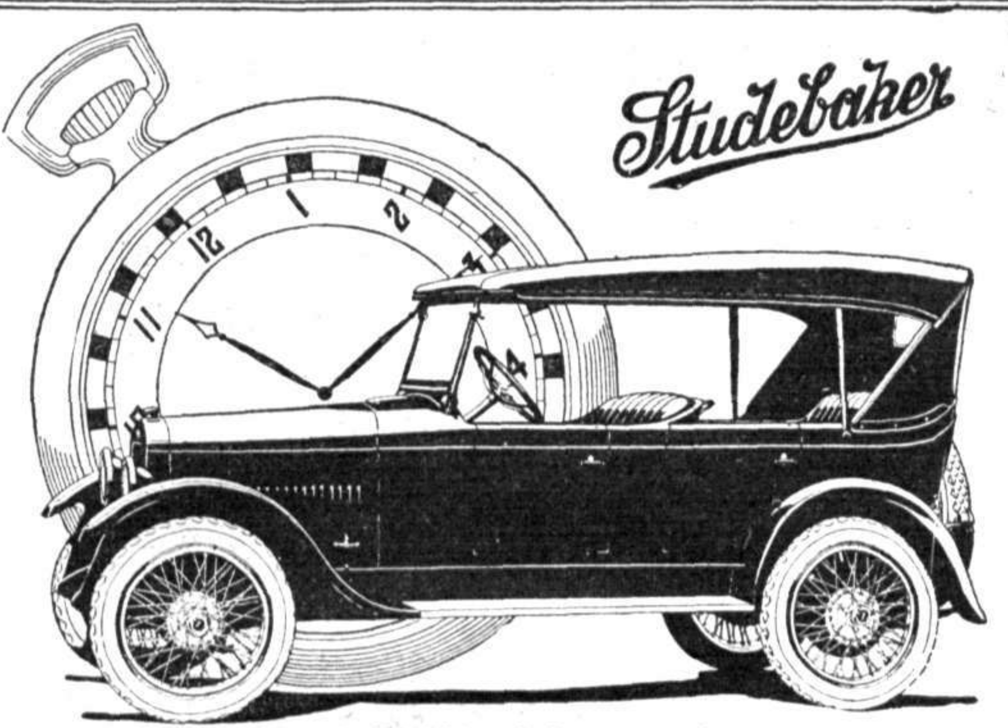
CELEBRÓ el 23 del corriente mes sus bodas de plata sacerdotales, monseñor doctor Miguel de Andrea, obispo de Temnos y visitador apostólico de las diócesis de Hispanoamérica. Por encima de la obra múltiple realizada en veinticinco años de apostolado cristiano, se destaca su acción de tribuno, incansable sostenedor de la sociología católica. Capellán de la iglesia de las Catalinas, secretario del arzobispo Espinosa, rector de la parroquia de San Miguel Arcángel, asesor de la junta de gobierno de los círculos de obreros, fundador de la Unión popular católica argentina, iniciador de la federación de sindicatos católicos de empleados, en todas partes, en el ejercicio de su ministerio sacerdotal ha puesto de manifiesto grandes condiciones de talento y cultura, organización y eficiencia, siempre al servicio de la Iglesia y de la patria.





Momentos antes de celebrar su primer misa pontifical en San Miguel.





Studebaker Seis Liviano de Turismo, 5 asientos.

Cada tres minutos alguien compra un STUDEBAKER

CON la misma regularidad que un reloj marca intervalos de tres minutos, alguien compra un automóvil Studebaker. Sus ventas en los primeros 8 meses de 1923 fueron de 110.540 coches.

Los automovilistas en todo el mundo compran coches Studebaker; en los territorios escasamente habitados de la vasta Australia; en la populosa Inglaterra; de Nueva York a San Francisco y desde Canadá hasta la Patagonia.

No es de sorprender esta intensa popularidad del Studebaker. Es la recompensa de la excelencia del producto, bien fabricado y vendido a precio equitativo, por una organización establecida hace 72 años.

Antes de comprar un automóvil, vea Vd. los trece modelos Studebaker. Todos con motor de seis cilindros y de variados modelos de carrocería, para satisfacer todos los gustos.

The Studebaker Corporatión of América

Avenida de Mayo, 1235 — Buenos Aires.

ESTE ES EL AÑO DEL STUDEBAKER

La Buena Nueva

LA ADORACION DE LOS PASTORES EN EL ESTABLO.
Londres.



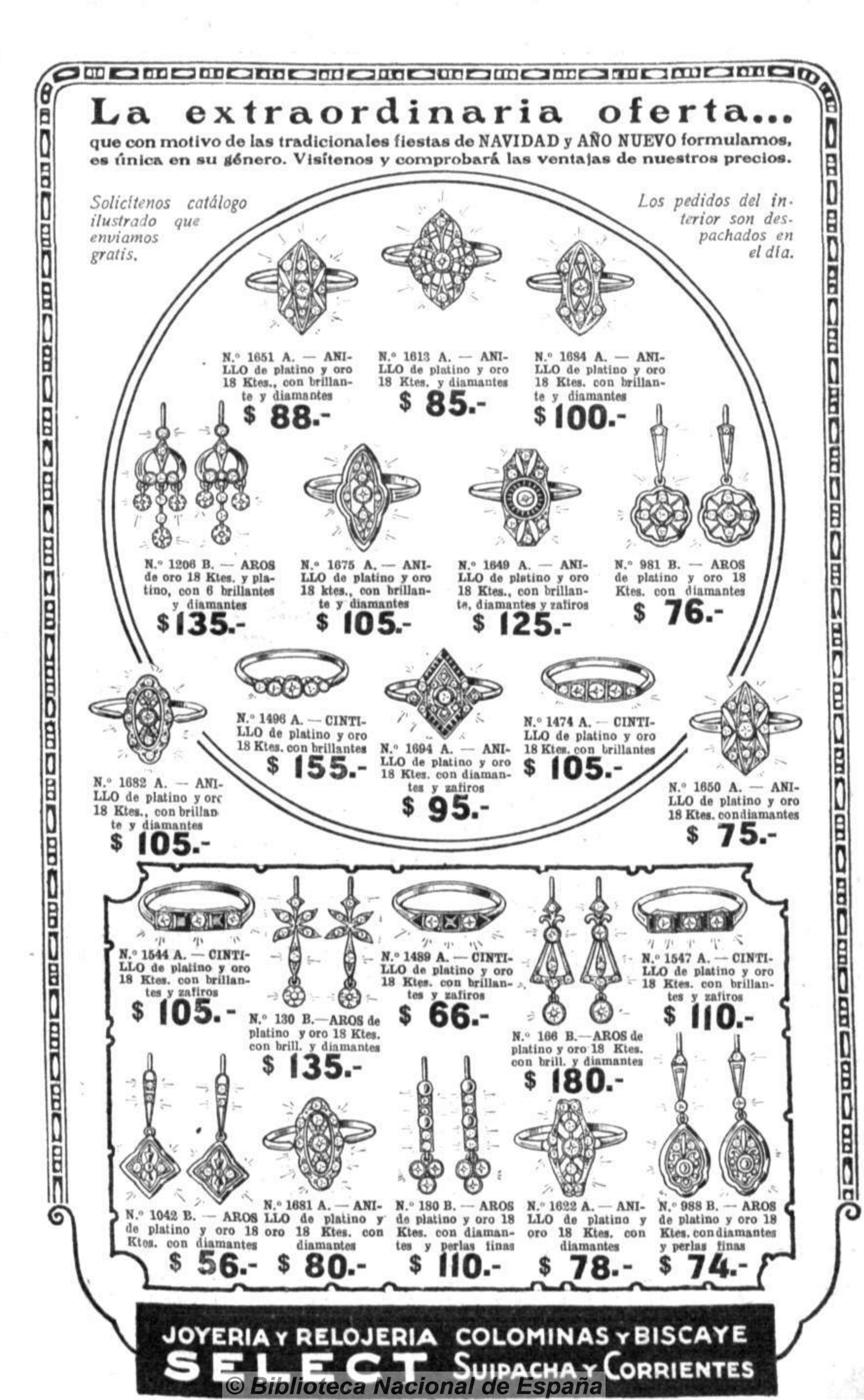




Oleo original de Dante Gabriel Rossetti.

1828-1882.





La extraordinaria oferta...
que con motivo de las tradicionales fiestas de NAVIDAD y AÑO NUEVO formulamos, es única en su género. Visítenos y comprobará las ventajas de nuestros precios.
Solicítenos catálogo ilustrado que enviamos gratis.
Los pedidos del interior son despachados en el día.
N.° 1651 A. — ANILLO de platino y oro 18 Ktes., con brillante y diamantes
$ 88.-
N.° 1613 A. — ANILLO de platino y oro 18 Ktes. y diamantes
$ 85.-
N.° 1684 A. — ANILLO de platino y oro 18 Ktes. con brillante y diamantes
$ 100.-
N.° 1206 B. — AROS de oro 18 Ktes. y platino, con 6 brillantes y diamantes
$ 135.-
N.° 1675 A. — ANILLO de platino y oro 18 ktes., con brillante y diamantes
$ 105.-
N.° 1649 A. — ANILLO de platino y oro 18 Ktes., con brillante, diamantes y zafiros
$ 125.-
N.° 981 B. — AROS de platino y oro 18 Ktes. con diamantes
$ 76.-
N.° 1496 A. — CINTILLO de platino y oro 18 Ktes. con brillantes
$ 155.-
N.° 1694 A. — ANILLO de platino y oro 18 Ktes. con diamantes y zafiros
$ 95.-
N.° 1474 A. — CINTILLO de platino y oro 18 Ktes. con brillantes
$ 105.-
N.° 1682 A. — ANILLO de platino y oro 18 Ktes., con brillante y diamantes
$ 105.-
N.° 1650 A. — ANILLO de platino y oro 18 Ktes. condiamantes
$ 75.-
N.° 1544 A. — CINTILLO de platino y oro 18 Ktes. con brillantes y zafiros
$ 105.-
N.° 130 B.—AROS de platino y oro 18 Ktes. con brill. y diamantes
$ 135.-
N.° 1489 A. — CINTILLO de platino y oro 18 Ktes. con brillantes y zafiros
$ 66.-
N.° 166 B.—AROS de platino y oro 18 Ktes. con brill. y diamantes
$ 180.-
N.° 1547 A. — CINTILLO de platino y oro 18 Ktes. con brillantes y zafiros
$ 110.-
N.° 1042 B. — AROS de platino y oro 18 Ktes. con diamantes
$ 56.-
N.° 1681 A. — ANILLO de platino y oro 18 Ktes. con diamantes
$ 80.-
N.° 180 B. — AROS de platino y oro 18 Ktes. con diamantes y perlas finas
$ 110.-
N.° 1622 A. — ANILLO de platino y oro 18 Ktes. con diamantes
$ 78.-
N.° 988 B. — AROS de platino y oro 18 Ktes. condiamantes y perlas finas
$ 74.-
JOYERIA Y RELOJERIA COLOMINAS Y BISCAYE
SELECT SUIPACHA Y CORRIENTES

LA VOZ QUE CANTABA



Por HÉCTOR PEDRO BLOMBERG





En el silencio caliente de la siesta, la voz, honda, quejumbrosa, melancólica, subía en cadencias musicales, poblaba la calleja polvorienta y reseca del pueblito, se perdía con vibraciones prolongadas.

Eran siempre coplas guaraníes de dolor y de pasión. Algunas eran muy antiguas, ya se cantaban en los pueblos remotos del Paraguay y en los sombríos tiempos del doctor Francia; otros evocaban las noches de los campamentos de Solano López, el fusilamiento de Pancha Garmendia, el suplicio de Lomas Valentinas, la gloria de Curupaity...

La voz del cantor invisible improvisaba otras, ardientes de pasión, nostálgicas de amor, mientras el sol requemaba los montes y los lagartos blancos corrían por el arroyo, y un misterioso guaimingüé respondía desde las profundidades de la selva con su acento sollozante.

La guerra sólo había dejado mujeres en el pueblo, un pueblo medio indio que humedecían las aguas claras del Aquidabán, unas mujeres flacas y tristes, casi enloquecidas por el dolor y el espanto de aquellos cinco años de heroísmo y de agonía, que habían devorado a casi todos los hombres del Paraguay.

Fué un forastero de Asunción, un hombre grave y pensativo, quien preguntó un día por el hombre invisible que cantaba en la tristeza del pueblo.

Desde su llegada, el forastero le oyó cantar. Escuchaba la voz musical y misteriosa en las frescas mañanas, cuando las mujeres iban al río; oíala en las tardes interminables y ardorosas, mientras el sol del trópico doraba los sepulcros de los héroes y secaba las lágrimas sangrientas del Paraguay; vibraba bajo el resplandor alucinante de las lunas de febrero...

—¿Quién es?

La primera vez formuló esta pregunta a una mujer morena, de ojos ardientes, de rasgados ojos guaraníes.

La mujer clavó en el forastero sus ojos de fuego, casi dementes, y no respondió.

Un viento caliente trajo unas nubes negras del lado del Brasil. Llovió copiosamente durante dos días y dos noches. El forastero oía el estruendo del diluvio tropical, y pensaba en la voz misteriosa.

—¿Quién es el cantor? — volvió a preguntar, en el rancho donde aguardaba que pasara la tormenta.

Tres o cuatro mujeres flacas, de pupilas ardientes y misteriosas, le contemplaron en silencio.

—Es uno que estuvo en la guerra, «che caraí» — contestó una muchacha vestida de andrajos, de cabellera desgreñada y renegrida.

—Uno que estuvo en la guerra...

Mecido por el rumor de la lluvia, que lloraba ahora momentáneamente sobre el pueblo, el forastero pensó en la guerra que acababa de terminar, en los millares de esqueletos que blanqueaban en las selvas, en las cruces que poblaban el borde de los caminos, en la derrota, en la gloria, en la agonía. Porque el forastero también era paraguayo...

Tres días más tarde el cielo era otra vez azul. El sol empezó a secar la tierra, las calles, los bosques. El Aquidabán volvió a su cauce.

Y el forastero volvió a oir la voz que cantaba todo el dolor y la gloria del Paraguay...

— ¿Lo puedo ver? Deseo hablar con él...

Las pobres mujeres harapientas y febriles movieron la cabeza con súbita energía.

— «Hahaniri, che caraí»... No, señor, no, no...

— ¿Vive solo? — indagó el forastero, intrigado.

— Solo con su guitarra... Y con sus cantos, señor...

Durante otras dos semanas, el hombre, que debía regresar a Asunción, intentó inútilmente ver al cantor misterioso. Pero las mujeres se oponían enérgicamente a dejarlo acercarse al rancho rodeado de acacias donde vivía, cantando, invisible, el sobreviviente.

— El no quiere que lo vea nadie, señor... — explicaban, en dulce y quejumbroso guaraní, pero firmes y resueltas.

Antes de irme lo veré, se dijo el forastero.

Una tarde, la víspera de su partida, llamó a una vieja que le hacía la comida. Le ofreció una onza de oro.

Los ojos de la vieja — que tenía cerca de cien años — relampaguearon.

— «Heé, che caraí»... Sí, mi señor.

Tomando la diestra del hombre entre sus garras, lo condujo hasta el borde del pueblo. Ambos iban tropezando con perros famélicos, espectrales, que ya no tenían fuerzas para morder.

— Vení, «che caraí»...

La centenaria miraba medrosamente a su espalda. Pero las mujeres estaban en el río, y no tenían más testigos que los perros famélicos.

— Por aquí, mi señor... Vení...

Se encontraron frente a un rancho trágico, un montón de barro seco que rodeaban acacias y sauces. Dieron vuelta al rancho, y de pronto se oyó la voz que cantaba. El forastero escuchó, pálido, inmóvil. Era el romance de la agonía de Pancha Garmendia, melancólico y sollozante:

Una mañana de abril...

Sin hacer ruido, el forastero se acercó. Al pie de un sauce vió una figura monstruosa, inmóvil, un tronco humano, sin piernas. Del bulto informe salían dos brazos retorcidos que abrazaban una guitarra. Dos ojos dementes ardían en el rostro moreno del monstruo, y su voz, clara, musical, quejumbrosa, subía hacia el cielo azul:

Entonces Pancha Garmendia
volvió los ojos al cielo...

Una muchacha de unos veinticinco años se acurrucaba junto al monstruo, lo envolvía en una mirada de pasión. Era bellísima, una Ruth india de ojos rasgados, llenos de fuego.

— ¿Ese es? — balbuceó el hombre.

— Era sargento — explicó la vieja, — después de Cerro Corá lo encontramos con las piernas gangrenadas, en un estero... El mismo se las cortó, y eso que tenía las manos como podés ver, mi señor, por los bayonetazos.

— ¿Y la muchacha?

— Es su mujer... Está enamorada de él... Lo cuida siempre... Nunca se aparta de su lado...

Estaba enamorada de él, de aquel monstruo sin forma humana, aquella Ruth de veinticinco años.

— ¿De él o de la voz que canta? — dijo el forastero, como hablando consigo mismo.

La centenaria se encogió de hombros.

— Yo no sé, «ché caraí»...

— Muy pálido, estremecido, el forastero se volvió.

— Vámonos...

Se alejó entre los sauces y las acacias, entre los perros flacos.

La vieja lo siguió, cojeando penosamente.

Allá, a la distancia, la voz del monstruo repetía, al son lloroso de la guitarra, el estribillo del romance de sangre:

Entonces Pancha
[Garmendia
Volvió los ojos
[al cielo...



DIBUJOS DE PARPAGNOLI



LA OFRENDA. — EN EL ESTABLO DE BETHLEM.
Reproducción de una acuarela existente en la Galería Birmingham. Original de sir Edward Burne-Jones, Bart. 1833-1898.

"CASA CARLOS RASETTI"

FUNDADA EN 1857

F. C. RASETTI & Cía
SUCESORES

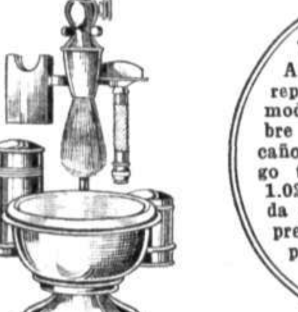
SARMIENTO esq. MAIPU
BUENOS AIRES

OFERTAS EXCEPCIONALES

Carabina Winchester (N. Americana) de un tiro, modelo 1902, desarmable, calibre 22. Indicada para ejercicios de tiro al blanco.

$ 28.-





Carabina Winchester (N. Americana) de repetición 15 tiros, modelo 1890, calibre 22 desarmable, caño octogonal, largo total del arma 1.02 ms. Adecuada para tiro de precisión y caza pequeña.

$ 60.-

Juego para afeitarse, de bronce niquelado, compuesto de 8 piezas, espejo, doble faz, máquina Gillette, brocha etc., etc. **$ 20.-**

El mismo aparato, para dos navajas de afeitar...................... **$ 17.-**



Balas calibre 22 cortas, el ciento......... **$ 1.70**





Juego de tocador compuesto de 9 piezas a $ 100.-, $ 80.-, $ 60.-, $ 35,-, $ 30.- y **$ 25.-**

Rabindranath Tagore profetiza la gloriosa misión que nos está reservada

El dulce pensador hindú Rabindranath Tagore en su obra *Nacionalismo*, al propio tiempo que aborda el problema de la posible conjunción armónica y sintética de Oriente y Occidente, alude al papel que América puede desempeñar el día en que el enfronte de esos dos mundos se realice.

La India ha de encarnar la armonía o no será nada; poblada por razas distintas (árabes, persas, judíos de Cochin, dravidas, hindús de procedencia aria) con creencias dispares (musulmanes, budistas, brahamanes, cristianos, djains, sikhs) empleando idiomas que difieren (hindustani, telegu, mahratti, bengali, penjabi) sólo puede salvarla la creencia en una unidad espiritual superpuesta a estos factores secesionistas. El hindú está preparado para interpretar y realizar la unidad moral del mundo. "Es preciso — escribe Tagore — que el hombre se esfuerce con todo su poder de amor y caridad, en realizar un reajuste moral que abarque al mundo entero, al conjunto de los hombres y no tan sólo fracciones de nacionalidades". Esta misión no puede realizarla Europa. Tagore lo fundamenta con estas palabras: "La reorganización gigantesca para perjudicar a otro, para privarle hasta de respirar, para extraer de él la riqueza, no puede durar; bien al contrario, por su peso aplastante, por su enorme costo, por sus efectos mortíferos sobre la humanidad viviente, será la muerte de la libertad".

Como para el chino pacífico y quietista Europa es la *máquina* que devora a quienes la alimentan, para Tagore, Europa encarna la organización que aplasta, la libertad y asfixia al mundo. Europa no podrá, por tanto, participar en esa actividad que tiende a crear la unidad espiritual del mundo. Tagore piensa en América; América es la juventud que marcha sin soportar el peso de una tradición paralizante. Su gloria está en el devenir, aun no ha sido trazada. Europa ha perdido la fe en la humanidad; padece la enfermedad del pesimismo. América es la fe. Sólo América puede realizar la conjunción de dos mundos. Transcribimos algunas palabras del poeta hindú que reflejan claramente sus inquietudes noblemente constructivas:

"En América los prejuicios nacionales no han tenido tiempo para enroscarse con sus raíces, rodeando vuestros corazones. No solamente vuestra libertad individual, sino vuestra libertad histórica, os prepara para ser portadores de la enseña de la civilización en el porvenir. Todas las grandes Naciones de Europa tienen sus víctimas en otras partes del mundo. Ello constituye un obstáculo para comprender su simpatía moral e intelectual".

"Europa, con su historia, ha imposibilitado toda acción armónica. En Africa, en Australia ha destruído a los indígenas.

Toda la civilización europea es una cruel contradicción: hospitales y torpedos, cristianismo e imperialismo, ejércitos ultimados para la destrucción irreparable y conferencias donde se canta la paz mientras en otros sectores se prepara fríamente la guerra.

América es la juventud; Tagore lo ha dicho: una masa que por no haber llegado a la cristalización, puede escoger el molde en que ha de fundirse. Europa no puede realizarlo, porque el pasado la inmoviliza. Ha creado y se ha perdido en la actividad engañosamente creadora. América es lo que va a ser. De ahí su enorme responsabilidad ante el mundo y ante el destino.

Las puertas nacionales abiertas a la paz y al trabajo, convertirán al Nuevo Mundo en la tierra de conjunción de todos los principios, que en la contigüidad engendrarán la unión dentro de la diversidad. Otra cosa equivaldría a la repetición trasatlántica, sin originalidad ni eficacia, de la grandeza pírrica de Europa".



MUEBLES IDEALES PARA EL CAMPO POR SU ELEGANCIA Y ALTA CONSTRUCCION

PEDRO PASQUARIELLO — **1359, Corrientes, 1359**



SOLIDO DORMITORIO construído en Roble Norteamericano macizo, para matrimonio, de 1.65 m. de frente, con estantes interiores, compuesto de ropero, gran formato, toilette cómoda, mesa de luz con repisa y cama de 2 plazas con elástico «Patentado»; 8 piezas .... $ m/n **470.—**



CAMA DE BRONCE, modelo 1, con elástico imperial. De 2 plazas, metros 1.40, $ 120; 1½ plaza, metros 1.05, $ 100; 1 plaza, metros 0.90, a ... $ m/n **65.—**



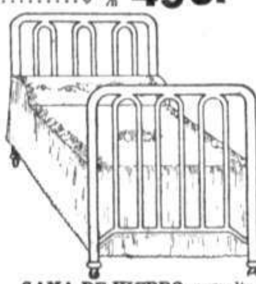
CAMA DE HIERRO de 1 1/4 pulgadas de espesor, esmaltada a fuego, con pasamano superior de bronce, elástico Imperial de hierro con estiradores; de 2 plazas, $ 80; de 1½ plaza, $ 65; de 1 plaza, a $ m/n **45.—**



MODERNISIMO Juego de Comedor con vitrinas bombé, construído en Cedro-caoba con finas marqueterías, filetes de pelo rosa, mármoles brecha rosa, lunas biseladas «Saint-Gobain», vitraux de arte, compuesto de: Aparador, trinchante, mesa para 8 cubiertos y 6 sillas tapizadas en baqueta de color. completo .... $ m/n **495.—**



ELEGANTE Juego de Dormitorio todo construído en Cedro-caoba, con finas marqueterías y filetes importados, raíces de olmo, lunas biseladas extranjeras, artísticas aplicaciones de bronce cincelado, compuesto de ropero gran formato, toilette cómoda o tocador, cama matrimonial con elástico «Patentado» y mesas de luz. Rebajado al ínfimo precio de .... $ m/n **595.—**



CAMA DE HIERRO, esmaltada al laqué, con elástico imperial, reforzada a doble tejido, todo en hierro, 2 plazas, $ 45; 1½ plaza, $ 35; 1 plaza, a $ m/n

24.—

Hermoso juego de Vestíbulo, estilo "Salomónico" construído en roble Norte Americano, como reclame 7 piezas

$ 165.— m/n





SPUMANTE

MARGHERITA



AÑO XXVII BUENOS AIRES, 27 DE DICIEMBRE DE 1924 N.° 1369

CARAS Y CARETAS

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



Imaginería de la Nochebuena

Acaso no exista tema más rico y generoso dentro de la imaginería cristiana, y que más haya ocupado la inspiración de los cronistas de todos los tiempos, que el que se refiere a la Natividad de Nuestro Señor.

Tema único, de inagotable poesía, que vemos aparecer como una imprevista sonrisa de consuelo en la aus

liana de los frescos de Santa María la Antigua, para seguir luego humanizándose cada vez más hasta llegar al absoluto espiritualismo de las suaves y transparentes figuraciones de la Umbría.

¿Será, tal vez, que por el niño que siempre perdura en el verdadero artista, han llevado éstos, latentes en su corazón, el recuerdo fragante de las «nochebuenas» de la infancia?

Sea como fuere, es indudable que, desde aquel viejo siglo semipanteista, en que el ... por el año 138, insti-

tuyera la dulce festividad, hasta nosotros, la divina fantasmagoría tiene su vida propia en la imaginación de los artistas, como en la de tantos seres sensibles no menos verdaderos.

La representación del sagrado advenimiento del «Emmanoel» cobró desde luego en sus comienzos un carácter netamente popular. Fué una ceremonia de regocijo aldeano, donde, junto al tosco simulacro de los «nacimientos», tallados en madera, cantaba el pueblo ese oficio ingenuo de los pastores en «romance vulgar y no aprendido».

De ahí la serie admirable de los «noels» flamencos y franceses, y de los «zampognari» italianos, verdadero origen de los líricos «misterios» del siglo XIII. Confúndense muchas veces en aquéllos, de curiosa manera, los arcaicos ritos paganos con la sencilla fe cristiana de los pastores. Uno de los casos más singulares en este sentido, es, sin duda, el de las natividades de la Provenza, donde subsiste aún la druídica costumbre de «bendecir el fuego». He aquí la ceremonia: Antes del festín de nochebuena, arrójase al hogar el «carigué», añoso tronco de olivo conservado con amor durante todo el año, para la tradicional solemnidad. El pequeñuelo de la familia arrodíllase entonces delante del fuego y formula la vieja súplica cristiana pidiéndole: «de bien calentar en invierno los piececitos friolentos de los huérfanos y los miembros doloridos de los ancianos achacosos; de desparramar su claridad y su calor en las viviendas de los humildes; de no devorar nunca la granja del pobre labrador, ni el navío que mece a los navegantes en el seno de los mares lejanos...». Después bendice el fuego, vertiendo en él un vaso de vino caliente, a lo que el rugoso tronco de olivo parece responder con un chisporroteo jovial de asentimiento.



GIROLAMO DA SANTA CROCE: ADORACIÓN DE LOS REYES MAGOS (COLECCIÓN BASILIO).

Como se ve, la fiesta de nochebuena fué, en sus orígenes, esencialmente campestre y aldeana, con sus cantos, músicas populares y sus primitivas imágenes inocentes; recién más tarde, por conducto de los señores, las ciudades introducen en ellas el piadoso regocijo, y los rústicos nacimientos e ingenuas «noches» se transforman en fastuosas ceremonias y primorosos salmos litúrgicos.

Al pobre aldeano imaginero de los toscos pero sentidos mamarrachos, sucede el delicado artífice de concepto clásico. Y poco a poco el sabio burrito y el buey apacible, que pasaron la dulce noche «sin comer ni beber, calentando al Divino Niño con el soplo humilde de sus hocicos», piérdense en la brillante perspectiva de los palacios, bajo las suntuosas tapicerías de oro y de púrpura. Por eso serán tal vez los artistas primitivos, los itálicos y nórdicos, los que guardan más fidelidad a la leyenda pastoril. A pesar del Renacimiento, que ha de regalarles, no obstante, su clara magnificencia, perdura en aquellas obras la modestia de la actitud antigua y la ternura espontánea del «verbo que se hace carne».

Veamos uno de ellos, el iluminado maestro de Brujas, Hugo Van del Goes, uno de los más puros entre los primitivos flamencos. Fué la suya una vida modesta y retirada, y si bien no conoció la gloria de los Van Eycks o de los Van der Weiden, fué un ejemplo de probidad profesional y de exaltación espiritualista. Su tabla «La adoración de los pastores» es reputada, a justo título, como su obra maestra. Ejecutóla Van del Goes en Brujas, por encargo del cónsul Portinari, representante de los Médicis. Hoy preside la sala de su nombre en la Galería de los Oficios, de Florencia. Todo el místico realismo de los artistas de Flandes, que veían las sagradas alegorías a imagen y semejanza de la vida cotidiana, humanizando, si bien con el debido respeto, en un confiado cariño, la divinidad alienta en esta tabla exquisita, donde se hace tangible, en su breve desnudez de alma, el «Dios con vosotros» de la Sagrada Escritura.

La escuela alemana primitiva ofrece, también, muy dignos ejemplares de la emocionante escena bíblica, pero ninguno de tan hondo sentimiento místico, a la vez que de tan sorprendente realidad, como la «Adoración de los Reyes Magos», de Alberto Durero. El original, que se admira en Dresden, y se supone pintado por los años de 1501 a 1502, suma las calidades esenciales del gran maestro de Nurenberg: coloración delicada y luminosa; fuerza de expresión y de realidad; imitación perfecta de la naturaleza; composición profundamente religiosa; nobleza incomparable en la actitud de las figuras, y, por último, junto a un dibujo menos duro que el de otros contemporáneos, una perspectiva aérea más justa, gracias a la hábil gradación de los colores.

Girolamo Da Santa Croce, cuya «Adoración de los Magos» es una de las obras maestras de la colección Basicio, de Trieste, presta ya otro sentido al advenimiento, rodeándole de una pompa litúrgica, rica en símbolos, pero incurre también en el pecado de desnudez, que dió margen a la Iglesia para indignarse contra lo que ella dice mala interpretación del Libro, ya que está escrito: «Veréis al Niño envuelto en linos».

Innumerables son los artistas que pintaron asuntos referentes a la Natividad, los hay de todos los tiempos y de todas las escuelas, desde Bizancio al siglo XIX, pero, como decíamos, ya después del Renacimiento, excepto en algunas tablas españolas, o en los novísimos lienzos de la escuela arcaísta francesa, el carácter de la Natividad se cambia, progresivamente, en la obra de los artistas, alejándose cada vez más de la humilde imagen familiar, que decora con su sueño inmarcesible el cándido establo de Belén, que fué siempre el encanto de los pequeñuelos.

A Bethleen quand l'enfant vint a naître,
quoique il fut nuit, le ciel etait brillant
comme en plein jour,
et l'on vit apparaître
un astre eblouissant
qui conduisait les mages d'Orient...

dice un bello «noel» de Francia.



ES EL ÚNICO VIEJO DE LA BOLSA QUE NO ASUSTA A LOS NIÑOS. TIENE BARBAS BLANCAS, CUERPO JOVEN Y ESPÍRITU GENEROSO. JESÚS LE HA ORDENADO DESDE SU HUMILDE CUNA QUE CONGREGUE A LA INFANCIA BAJO LA SOMBRA DEL ÁRBOL DE NAVIDAD, Y EL VIEJO NOEL SE APARECIÓ ANTE LOS CHIQUILINES COMO EL PRIMERO DE LOS HÉROES MISTERIOSOS QUE LA INFANCIA ADMIRA.

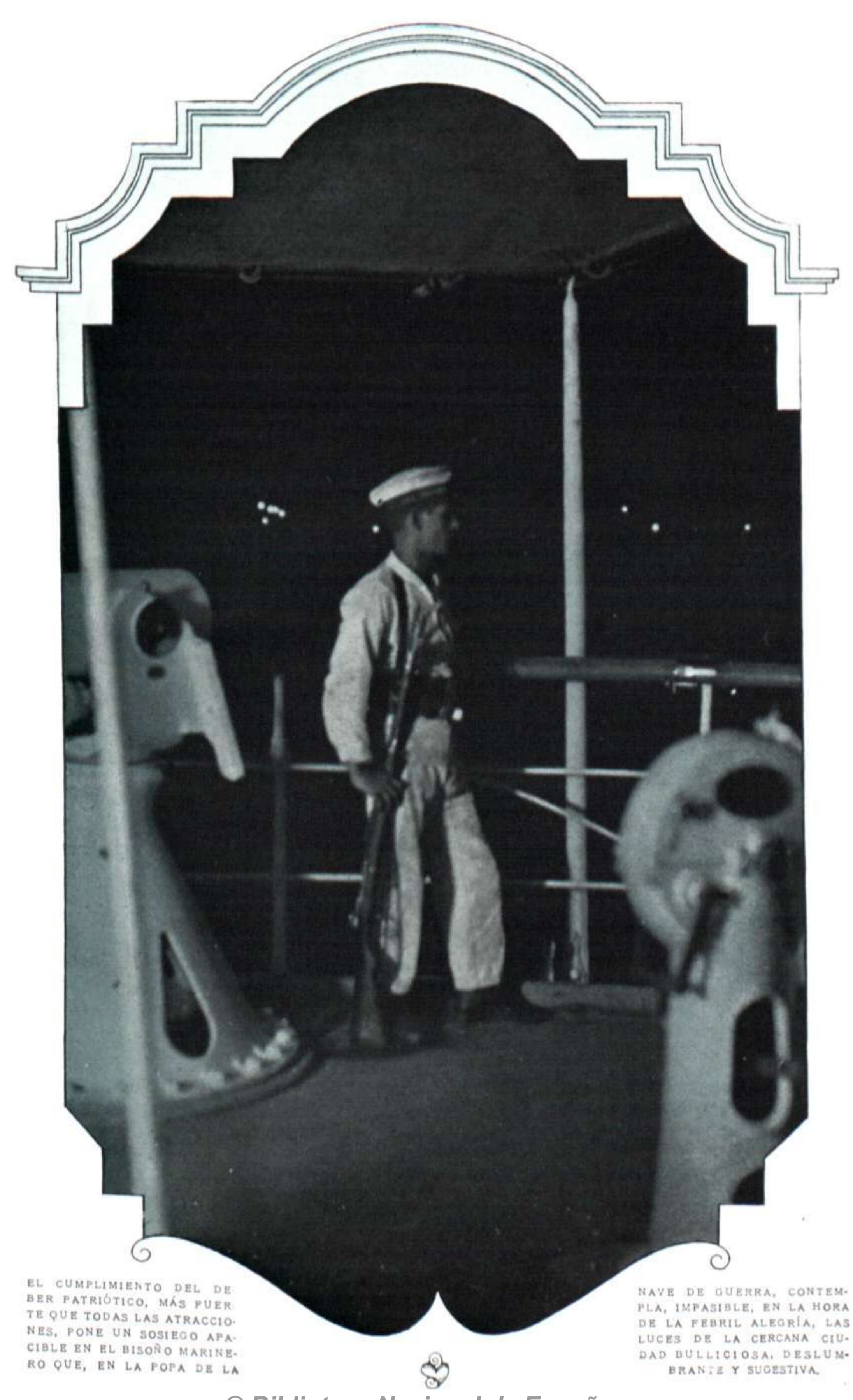
NOCHEBVENA



OTRA EDAD, OTRAS ALEGRÍAS, OTROS JUGUETES. EL VIEJO NOEL NO ACUDE YA A LA FIESTA JUVENIL DONDE EL CHAMPAÑA, CON SU LOCA ESPUMA, ALEGRARÁ LAS LOCAS CABEZAS. SIN EMBARGO, TAL VEZ EN EL RECUERDO DE LOS ALEGRES COMENSALES, EL JÚBILO PRESENTE HARÁ SURGIR LA FIGURA DEL VIEJECITO DE LAS NOCHEBUENAS INFANTILES.



DUERME LA TROPA; EN LOS AMPLIOS COMEDORES DEL CUARTEL HUBO TAMBIÉN REGOCIJO, PERO LA DISCIPLINA IMPERIOSA Y RÍGIDA HA EXTENDIDO UN SILENCIO ABSOLUTO, SÓLO ALTERADO POR EL PASO RÍTMICO DEL CENTINELA QUE VELA, QUIZÁ AÑORANDO EL HOGAR LEJANO, POR EL SUEÑO DE SUS JÓVENES CAMARADAS.



EL CUMPLIMIENTO DEL DEBER PATRIÓTICO, MÁS FUERTE QUE TODAS LAS ATRACCIONES, PONE UN SOSIEGO APACIBLE EN EL BISOÑO MARINERO QUE, EN LA POPA DE LA NAVE DE GUERRA, CONTEMPLA, IMPASIBLE, EN LA HORA DE LA FEBRIL ALEGRÍA, LAS LUCES DE LA CERCANA CIUDAD BULLICIOSA, DESLUMBRANTE Y SUGESTIVA.

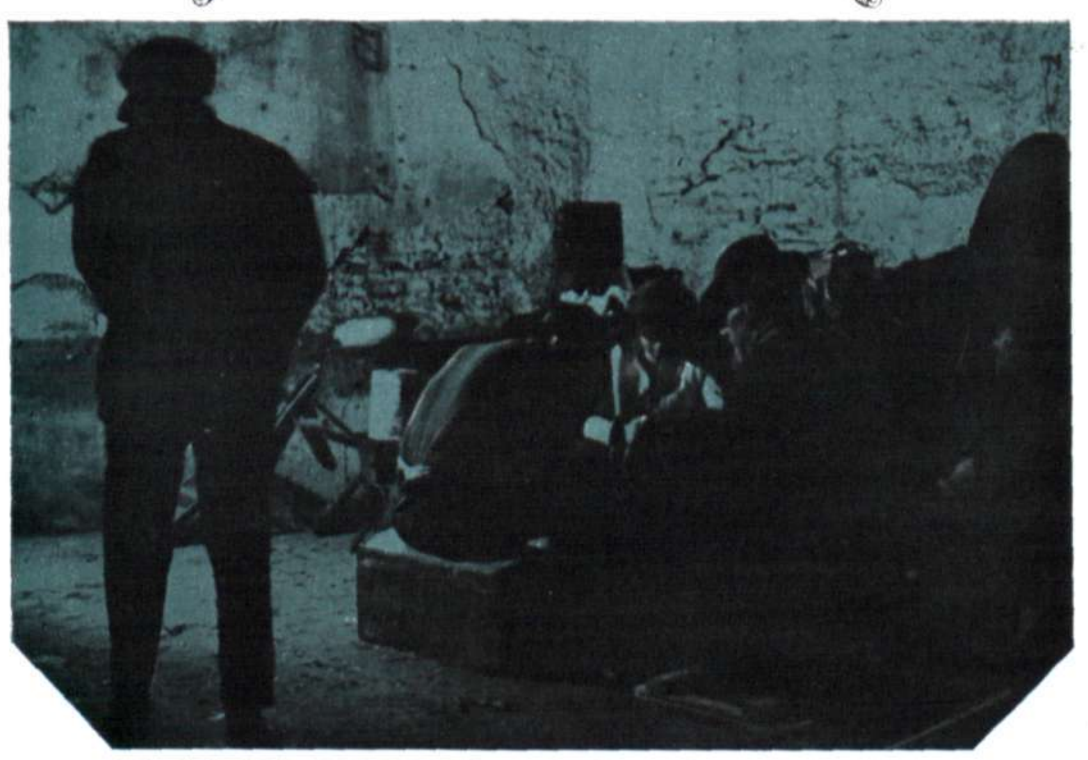


MIENTRAS DE LA INMENSA COSMÓPOLIS SE ELEVAN LOS ALEGRES RUIDOS DE LA TRADICIONAL CELEBRACIÓN, EL BOMBERO, DESDE SU ALTO SITIAL, ESCRUTA AVIZOR LOS MÁS LEJANOS RINCONES, ATENTO SIEMPRE, EN SU IGNORADA Y SILENCIOSA MISIÓN DE SALVAGUARDIA, AL PENACHO DE HUMO PRECURSOR DEL INCENDIO INMINENTE.



LE TOCÓ EN SUERTE REGLAMENTAR LA ALEGRÍA AJENA, UNA ALEGRÍA TUMULTUOSA QUE AMENAZÓ DESBORDARSE COMO UN MOTÍN. PASARON LOS AUTOS REPLETOS DE GENTE GRITONA Y A TRAVÉS DE LOS BALCONES LLEGÓ A SUS OÍDOS EL RUMOR BULLICIOSO DE LOS HOGARES. LA NOCHEBUENA FUÉ PARA ÉL OTRA AGLOMERACIÓN DE TRÁFICO.

TAMBIÉN EN LA NOCHE DE NAVIDAD CUMPLE EL VAGABUNDO SU DESTINO INFELIZ. ACASO NO SEPA QUE CRISTO NACIÓ; ACASO SU MARCHA ERRANTE SEA UN MODO DE PROTESTAR CONTRA LA SUERTE ADVERSA. ¿NO ENCONTRÓ UN ALMA CRISTIANA? ¿HUYE DE LOS CORAZONES CRISTIANOS?



ES LA NOCHEBUENA DE LOS PERSEGUIDOS POR LA JUSTICIA. EL PELIGRO LOS REUNE LEJOS DE LOS HOMBRES, Y EN SUS CEREBROS, TURBADOS POR LA MALDAD Y EL VICIO, NO HAY ALEGRÍA. QUIZÁS RECUERDEN OTRAS NAVIDADES PURAS, Y SU TRISTEZA SEA UN PRINCIPIO DE REPARACIÓN.

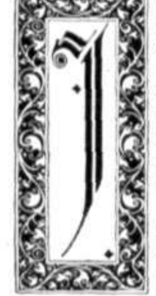
ALLÁ, EN LOS SUBURBIOS DE LAS CIUDADES ANDALUZAS, LOS GITANOS PONEN TODA LA NERVIOSIDAD Y TODO EL INSTINTO ARTÍSTICO DE SU RAZA, EN LA CELEBRACIÓN DE LA NOCHEBUENA. PARA ELLOS, MARÍA ES TAN MORENA, GRACIOSA Y GITANA COMO LA GENTIL «BAILAORA», QUE RITMA SOBRE UNA MESA DANZAS DE ORIGEN ORIENTAL.

LAS «MIDINETTES» DE LAS GRANDES CIUDADES NO PIERDEN OCASIÓN DE CELEBRAR LAS FIESTAS, SI ÉSTAS SE HAN DE RESOLVER EN UN CORO DE CANCIONES Y DE RISAS. PARA LA FIESTA DEL NIÑO JESÚS, CADA UNA HACE SUS COMPRAS PARA LLEVAR A SUS HOGARES UN POCO DE LA ALEGRÍA CRISTIANA UNIVERSAL: LOS HERMANITOS PEQUEÑOS, QUE ESPERAN ALREDEDOR DE LA MESA DE BLANCO MANTEL, ABREN SUS INOCENTES OJOS COLMADOS DE ASOMBRO ANTE LAS CHUCHERÍAS QUE LA SENTIMENTAL HERMANITA ADQUIRIÓ CON LAS PENOSAS ECONOMÍAS DE TODO EL AÑO.

"El políptico de Saint Bavon"

RETABLO DE VAN EYCK: «LA ANUNCIACIÓN».

Cuento de Navidad — II



NCLINADO sobre su manuscrito, original de un ensayo histórico próximo a publicarse, el señor Claudio Torregrís, profesor de Historia del Arte, leía por décima vez, en aquella noche, el último párrafo del capítulo referente al políptico de los hermanos Van Eyck:

«... y con ello la figura de Jesús, sutilizada hasta la elegancia en el Renacimiento italiano, adquirió, haciéndose presentir, su valor exacto como base del arte religioso de los últimos cinco siglos.»

Estaba satisfecho. El viejo profesor rara vez experimentaba satisfacciones acerca de sus trabajos. Acarició a su larga barba de guerrero asirio y, una vez guardado el manuscrito, pensó en sus colegas, que le miraban con antipatía, y en sus alumnos, que le escuchaban con indiferencia, excepto Isaías Blufstein, que tomaba apuntes de sus clases.

Clausuraría el año escolar con una disertación acerca de la obra maestra del arte flamenco y para ello utilizaría el último capítulo de su ensayo a publicarse.

Abandonó la silla giratoria, apagó la luz y dirigióse, a tientas, hacia su dormitorio.

Y el señor Claudio Torregrís, catedrático de Historia del Arte, prosiguió:

— Y si bien Melchior Broederlan, Claus Slutter, Joan Malouel y Jean de Marville trajeron un hálito de renovación al arte flamenco: fué menester el advenimiento de los hermanos Humberto y Juan van Eyck, para desenterrar el bizantinismo y crear fórmulas hasta ese entonces no imaginadas.

Como de costumbre, nadie le escuchaba, excepto Isaías, un mozalbete rubio, miope, de nariz aguileña, que tomaba notas en formularios de telégrafo. Diríase que para él dictaba sus clases el señor Claudio Torregrís.

— Vosotros me escucháis con desagrado — continuó este último, — y yo admito que así sea. En arte, cuando median los años de la mocedad, la figura interesa por la figura en sí. Se experimenta ante los mosaicos bizantinos, ante los cuadros de las escuelas sienesas, toscana, boloñesa, catalana y flamenca primitivas; ante las tallas, los vitrales y las estatuillas góticas: una sensación extraña, mezcla de repulsión y lástima, más profunda aún que la sufrida frente a los relieves y las inscripciones que manos anónimas grabaron en las cuevas y en las moles pétreas de las cordilleras. — Detúvose un instante, para decir luego:



RETABLO DE VAN EYCK: «S. JUAN EVANGELISTA».

—Repartís vuestro entusiasmo entre los griegos, cuyos nombres vulgarizó la historia y los artistas del Renacimiento. Vuestra erudición se reduce a recordar media docena de nombres y una docena de obras, y estas últimas porque golpean violentamente a vuestros sentidos y os sugieren bajas pasiones. Así como os complacéis en las lecturas del Aretino, os encantáis ante las telas del Tiziano, de Rafael, del Veronés. Un seno femenino es el ideal de vuestras ansias y una picardía rimada la perfección del talento humano... Comprendo que quien, en la juventud, piensa así, piensa bien. Ya llegará el momento de cambiar.

Y, con tono paternal, les aseguró que, después de haber colmado a sus ojos de visiones de arte y de haber analizado, más o menos mal, las tendencias o escuelas que definieron a las épocas: y del examen ligero de la pintura, la escultura, la orfebrería y la literatura antiguas, modernas y contemporáneas: reaccionarían, no sin esfuerzo, y, considerando la labor negativa, ensayarían un nuevo análisis, más lento, menos apasionado, más en relación con cada uno de ellos.

Isaías Blufstein seguía copiando. Torregris pensó: «Posee la avidez secular y la curiosidad propias de su raza inteligente».

Y prosiguió:

—Y os internaréis por el sendero áspero, dejando, no sin pena, a los renacentistas y a los griegos olvidados, momentáneamente, en un rincón de vuestra memoria. Tornaréis, como con vergüenza, a los prerrafaelistas y a los primitivos todos; y no a buscar la bella figura sujeta a cánones establecidos o a la que, dada su exuberancia, os iluminó el hasta entonces obscuro camino de los goces efímeros. No seréis ingenuos, pero buscaréis la ingenuidad en el arte: por saberla traductora fiel de un sentimiento o de una creencia. Y volveréis a mirar el vitral, la talla policromada, el mosaico, el pergamino burdamente historiado, la estatuilla trágica y grotesca, el arma cincelada con torpeza y cariño, el retablo de columnillas redondas y arcos trilobados; todo lo que traduce, en fin, el espíritu de una época semicaótica, heredera de un arte bárbaro que solo se emplea para reverenciar la divina potencia olvidada...

Creyó haberse apartado del tema y, como quien se ha equivocado y decide cambiar de rumbo, buscó, vacilante, el cauce perdido:

—Decía... ¡Ah! sí... Con los hermanos Van Eyck, el arte flamenco se renueva, mejor dicho, se define. Constituyen el punto de partida de un siglo florido para Flandes. Detrás de ellos vendrán otros grandes pintores: Rogier Van Der Weyden, Thierry Bouts, Petrus Cristus, Dierick Bouts, Hugo van der Goes, Memling y, finalmente, Quentin Matsys, el cual, podemos decirlo, limita el siglo glorioso. Permitidme un paréntesis. Acerca de Hugo van der Goes publiqué un trabajo el año pasado: fuí excesivo en el elogio y no me arrepiento de ello, soy un hombre apasionado; eso me hace sospechar que poseo espíritu crítico... Y, después de animar a su rostro con una sonrisa que sólo halló eco en Isaías, dijo: —Hoy hablaré, exclusivamente, de «La Anunciación», es decir, de la parte externa del políptico de los hermanos Van Eyck.

LA ANUNCIACIÓN

CUANDO Jodocus Vydt, señor de Pamèle, y su esposa Elisabeth encargaron a Humberto y Juan van Eyck el políptico, llamado del cordero místico, movidos por la humilde vanidad de ornar la sepultura de la familia en la iglesia de Saint-Bavon, en Gante, en el año de 1420, no imaginaron que la obra, terminada doce años más tarde, habría de ser considerada la más grande de la pintura flamenca.



RETABLO DE VAN EYCK: «SAN JUAN BAUTISTA».

«Acerca de ella los críticos se han ocupado extensamente, aunque con cierta negligencia en lo que se refiere al sentido de la parte externa, es decir, de «La Anunciación». Detuviéronse ante los «panneaux» interiores y hablaron con detenimiento ante «Los buenos jueces», «Los soldados de Cristo», «Los ángeles cantores», «Los ángeles músicos», «Los ermitaños», «Los peregrinos», etc.; no olvidaron de considerar el crudo realismo de las figuras de Adán y Eva; loaron la parte central, que representa la adoración del Cordero; hablaron de los trajes, de las bestias, de las flores y de las hojas que integran la obra: pero, ignoro las causas, mariposearon al tratar las figuras de los profetas Zacarías y Miqueas, las de las dos Sibilas, las de los donantes, las de San Juan Bautista y San Juan Evangelista y las principales del Arcángel Gabriel y de la Virgen María: todas ellas componentes del políptico en su parte exterior y cuyo conjunto ha recibido el nombre de «La Anunciación».

Y, detalladamente, Claudio Torregrís explicó a su media docena de alumnos el significado de la obra y de cómo los hermanos Van Eyck pueden ser considerados los más grandes comentadores plásticos del cristianismo.

»—En la mirada triste de Jodocus, en la expresión tranquila de Isabel, en la ternura que mana de la figura virginal, en los detalles más insignificantes de los «panneaux» de la parte externa del políptico de Saint-Bavon, hasta en las ventanas a través de las cuales se ve una calle de la ciudad de Gante; se presiente, se adivina la existencia, no formal aun, de Jesús. Y éste es el mérito mayor de los pintores flamencos: el poder de sugestión que transmiten a sus obras.

»Ante las Anunciaciones que pintaran algunos años más tarde los pintores que, con Rubens, inician una nueva época en el arte flamenco y las de los maestros del Renacimiento italiano, la sensación de belleza que experimentamos no se apodera de nuestras almas y desaparece sin emocionarnos.

»En la Anunciación de Humberto y Juan Van Eyck, el hijo de María está presente sin poseer aún corporeidad. Cotejad esta obra —y señalaba la tricromía del políptico— con otra cualquiera, semejantes ambas por el pensamiento que las inspiró; tomad, por ejemplo, «El Mensaje a María», de Piero Pallaiuolo, examinadlo detenidamente, observad



RETABLO DE VAN EYCK. «JODOCUS VYDT».

el lujo de la escena, la elegancia de los dos personajes y el refinamiento decorativo; y comprenderéis cuán lejos está el pintor italiano de realizar el intento que los hermanos Van Eyck logran. Es que toda obra que no refleje el espíritu creador es falsa y su consistencia poco duradera; de ahí que los cuadros de los flamencos primitivos perduren a través de los tiempos, como indiscutibles documentos históricos de una época.»

Un ronquido obligó al señor Claudio Torregrís a detener el curso de su exposición. Miró a sus alumnos semidormidos, sonrió a Isaías, extrajo el reloj del bolsillo del chaleco y, después de mirar la hora, se dijo: «Terminaré».

«—Los primitivos amaban a Dios hasta en las más pequeñas manifestaciones de su grandeza: en la flor, en la brizna...»

Y analizó, desde el punto de vista pictórico y religioso, cada uno de los «panneaux», deteniéndose especialmente ante los cuadros centrales, que representan al Arcángel, la Virgen y dos fragmentos de un interior flamenco; para terminar diciendo:

«...y con ello la figura de Jesús, sutilizada hasta la elegancia en cuadros posteriores, adquirió, haciéndose presentir, su valor exacto como base del arte religioso durante los últimos cinco siglos.»

Cuando los alumnos se hubieron retirado, el venerable profesor miró una vez más su querida tricromía, aguardó, en vano, el saludo de despedida y, meneando lánguidamente la cabeza, se dijo: «A pesar del arte, Jesús, niño, crucificado o muerto, no ha dulcificado las almas. Quisiera, como Jodocus Vydt, hallar el camino que conduce a la Eternidad». Y experimentó la tristeza de sentirse solo:..

III

Abrió la ventana. Un aire suave, un rayo de sol y un confuso griterio poblaron de sonidos y colores la soledad de su cuarto de estudio. El viejo profesor, cruzado de brazos, inclinóse sobre la barra de bronce y miró hacia la calle. Pasaban mujeres y hombres presurosos, llevando paquetes y animados por una ansiedad infantil. La Navidad tiene la virtud de aniñar nuestros espíritus, de concedernos pueriles alegrías, de hacernos recordar momentos sin trascendencia universal, de obligarnos a vivir un instante vida retrospectiva...



RETABLO DE VAN EYCK.

Claudio Torregrís también había sido niño, no obstante su barba de guerrero asirio. Evocó tiempos lejanos y figuras queridas, en particular la de la madre, una mujer bella, de una belleza delicada y de un temperamento exquisito alma grande, corazón celoso de sus afectos más hondos; recordó, también, los venturosos años del colegio y de la Facultad; diseñó, nitidamente, en su memoria, las imágenes de sus compañeros y de sus amigos, seres sin personalidad definida; comprendió una vez más la tristeza saludable de la vida solitaria, y cuando el estridente sonar del timbre de la calle le volvió a la realidad, murmuró:

—Seguramente es el dueño de casa que me invita a beber una copa de moscato espumante.

Pero, se equivocó: era el cartero.

Privó al libro de su envoltura, pues de un libro se trataba, arrojó el papel al canasto, calóse las gafas y leyó:

ISAÍAS BLUFSTEIN

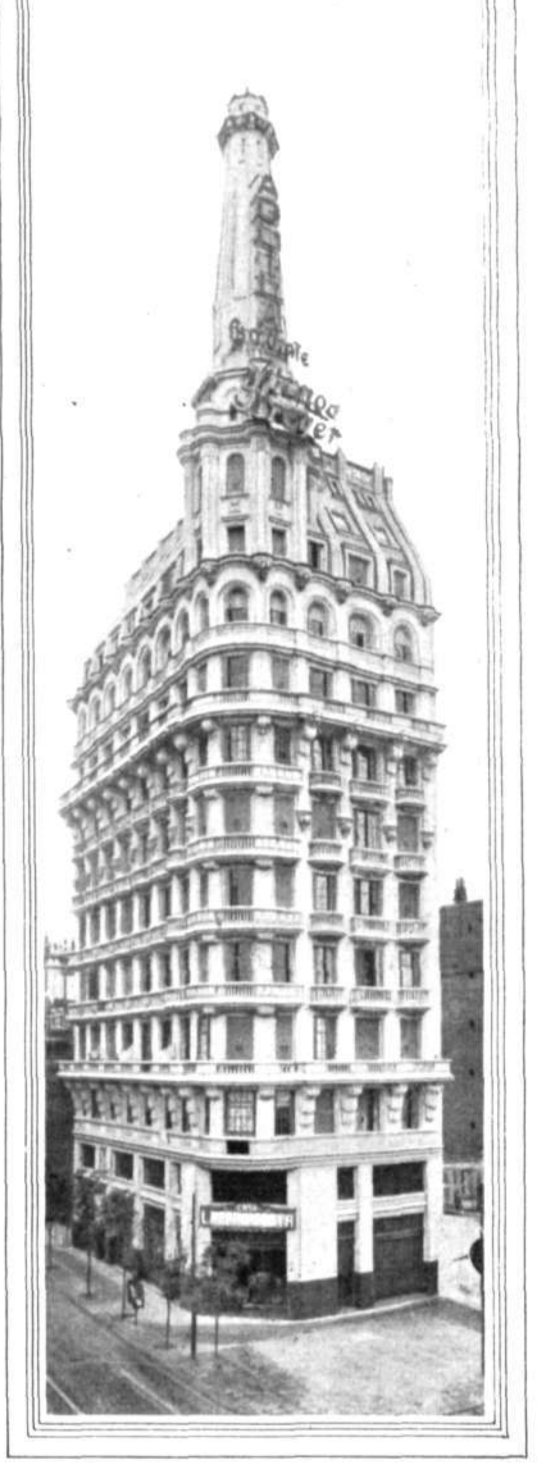
«El políptico de Saint-Bavon»

Un sudor frío corrió por la frente del anciano. Dió vuelta la tapa y leyó: «A don Claudio Torregrís; homenaje de su alumno más humilde».

Sentóse ante su mesa de trabajo, extrajo de uno de los cajones el manuscrito, que hacía un instante había terminado de corregir definitivamente; lo abrió en la página treinta y dos; buscó en el libro el capítulo referente a la Anunciación; leyó un párrafo de sus originales, otro del libro, alzó la cabeza y dejó que sus ojos se humedeciesen.

Isaías, su mejor alumno, le había robado su obra, su parte de eternidad.

Eugenio Julio Iglesias



EN LA PARTE OESTE DE LA CIUDAD, EN LA ESQUINA DE LA AVENIDA LA PLATA Y RIVADAVIA, OFICIA DE VIGÍA SILENCIOSO ESTE AGUDO EDIFICIO CUYA CÚPULA DESAFÍA VICTORIOSAMENTE LAS NUBES.

EN EL NORTE, EN PLENO BARRIO ARISTOCRÁTICO, ESTE OTRO VIGÍA ESCUDRIÑA EL HORIZONTE DESDE SU TORRE COMO UN CENTINELA ALERTA E INVISIBLE.

BUENOS AIRES MODERNO

NUNCA ha sentido nuestra metrópoli tanta ansia de renovación y tanta energía constructiva como en este año de 1924. Durante sus laboriosos meses, púsose término a las edificaciones formidables que reproducen estas fotos. Además han perseguido centenares de otras iniciadas en 1923 y se han comenzado a batir numerosas obras sobre el emplazamiento de casas pequeñas del Buenos Aires antiguo. El cemento y el ladrillo rivalizan en la magna tarea de transformar la ciudad; hay fiebre edificadora, una fiebre saludable, que es síntoma de vida. Así la ciudad se remoza aprestándose para solucionar cumplidamente angustiosos problemas que la habitación anticuada ofrece como obstáculos a su



EN MEDIO DE LA EDIFICACIÓN CASI PAREJA DE LA AVENIDA DE MAYO, LEVANTA SU MOLE MAJESTUOSA E IMPONENTE EL PALACIO BAROLO, QUE, A PESAR DE ROMPER LA HOMOGENEIDAD, NO ALTERA LA LÍNEA DEL CONJUNTO

DE ESTILO SEVERO PERO ARMONIOSO, ESTE PALACETE ALBERGA EN SU INTERIOR UNA PARTE DE LAS TRADICIONES PORTEÑAS MÁS PURAS Y [illegible]

COMO EL ANTERIOR, ESTE «PETIT-HOTEL», LEVANTADO EN LAS CERCANÍAS DE LA ANTIGUA QUINTA DE HALE, FORMA PARTE DE UNO DE LOS [illegible] MÁS BONITOS DE LA CIUDAD.

POCOS EDIFICIOS TAN ARMONIOSOS DENTRO DE SUS PROPORCIONES ENORMES COMO ESTE DEL BANCO DE BOSTON, UNOS DE LOS PRIMEROS CONSTRUÍDOS EN LA FLAMANTE DIAGONAL NORTE, QUE EL GOBIERNO MUNICIPAL TRAZÓ PREVIENDO EL FUTURO Y GRANDIOSO FLORECIMIENTO DE LA CAPITAL.



HE AQUÍ UN RINCÓN ENCANTADOR EN LA AVENIDA ALVEAR, PROPIO PARA DESCANSAR LAS FATIGAS DEL ESPÍRITU OCASIONADAS POR EL TRÁFAGO PENOSO DE LA MÚLTIPLE VIDA CIUDADANA Y POR EL RUIDO INCESANTE DE LOS RODADOS.



LA CONSTRUCCIÓN DE LA DILATADA AVENIDA COSTANERA RESPONDE A UNA ANTIGUA NECESIDAD. BUENOS AIRES, SIN UN PASEO SOBRE SU RÍO CÉLEBRE, SIN ESTE AMPLIO Y MARAVILLOSO MIRADOR, ABIERTO AL PANORAMA DEL MAR DULCE, ERA UNA CIUDAD ENCERRADA E INARMÓNICA. LA ANCHA Y LUENGA AVENIDA ES COMO LA RÚBRICA ELEGANTE QUE ECHA EL FORMIDABLE PUERTO AL PIE DE SUS EXÁMETROS DE PROGRESO Y DE ACCIÓN. UN ASPECTO DIURNO DEL NUEVO, BELLO Y ÚTIL PASEO.

DURANTE LA NOCHE, LA AVENIDA COSTANERA COBRA APARIENCIAS Y VIBRACIONES ESTELARES. ES COMO UNA VÍA LÁCTEA ENTRE EL BRILLO DE LA CIUDAD INMENSA QUE LA CIRCUNDA.



El Ejército en Campaña

Los últimos ejercicios de guerra realizados por el ejército, prueban que sus adelantos son asombrosos. Existe en las altas esferas de su comando un plausible espíritu de progreso y trabajo continuado, el cual impide que nuestras fuerzas armadas de tierra se detengan en su trayectoria de modernización. Así, podemos afirmar que nuestro ejército conoce completamente a fondo los secretos de la última estrategia. Las enseñanzas de la gran guerra han sido aprovechadas con un sentido inteligente de adaptación y aun se ha hecho más: se ha superado, en algunas de sus partes, a la estrategia europea, modificando ciertos detalles y perfeccionando ciertos procedimientos. Bien es cierto que nuestro soldado es admirable y que los jefes sabiéndolo le animan con palabras de aliento y conceptos cariñosos, lo cual no hace más que exaltar su espíritu de sacrificio y su

CURIOSO ASPECTO DE UN SOLDADO DE INFANTERÍA CON LA INDUMENTARIA FLORAL CON QUE SE LE ENMASCARA PARA PASAR INADVERTIDO EN SU PUESTO DE AVANZADA.

EL INSPECTOR GENERAL DEL EJÉRCITO, GENERAL DE DIVISIÓN JOSÉ F. URIBURU, OYENDO LAS EXPLICACIONES DE UN OFICIAL SUPERIOR DEL CURSO, DESPUÉS DE REALIZADO UNO DE LOS EJERCICIOS.



EL JEFE DE LA SECCIÓN ARTILLERÍA HACIENDO RECTIFICAR POR INTERMEDIO DEL SOLDADO QUE UTILIZA UN MEGÁNOFONO, LA PUNTERÍA DE LAS BATERÍAS DISTANTES, OBSERVADA POR LOS AEROPLANOS.

AMETRALLADORA PESADA INSTALADA PARA DEFENDER POSICIONES. LA FORMA HÁBIL COMO ESTÁ DISIMULADA, ASÍ COMO LOS SOLDADOS QUE LA MANEJAN, HACE QUE SE CONFUNDA FÁCILMENTE CON EL TERRENO.



OFICIALES SUPERIORES SIGUIENDO LOS EJERCICIOS QUE REALIZAN LAS DIVERSAS ARMAS DEL EJÉRCITO.



LLEGADA DE LOS OFICIALES SUPERIORES AL LUGAR DONDE SE LLEVARÍAN A CABO LAS INTERESANTES PRUEBAS.



LOS SIRVIENTES DE LA PIEZA DE ACOMPAÑAMIENTO ADELANTANDO MUNICIÓN, ANTES DE EMPLAZAR LA POSICIÓN.

amor a la patria. La utilización del nuevo material ha dado margen a que nuestros técnicos militares alcanzaran uno de sus éxitos más señalados y merecidos. Los ejercicios llevados a cabo en Campo de Mayo, donde se desarrollaron temas de artillería e infantería combinadas, pusieron de manifiesto la inteligente dirección de nuestros oficiales y el perfecto dominio del material que tenían los soldados. La perspectiva fué impresionante, pues se utilizaron tiros de guerra que hacían fuego sobre un objetivo determinado. Los pesados proyectiles, al explotar, levantaban densas columnas de tierra y desgajaban los árboles que hallaban

UNO DE LOS AVIADORES QUE COADYUVARON AL MEJOR ÉXITO DE LOS EJERCICIOS, ARROJANDO BOMBAS Y OBTENIENDO FOTOGRAFÍAS.

UN FUSILERO, AL QUE APENAS SE DISTINGUE, HACIENDO FUEGO DESDE SU HOYO DE TIRADOR, COMPLETAMENTE PROTEGIDO POR EL "CAMOUFLAGE".





TIRADOR CONSTRUYENDO UN FOSO PARA ABRIGO.

UNA PIEZA DE ACOMPAÑAMIENTO AVANZANDO HASTA LA ÚLTIMA CUBIERTA, ANTES DE OCUPAR SU EMPLAZAMIENTO DE FUEGO.

a su paso, mientras la infantería situada dentro del área de fuego, esperaba la voz de ataque. Las escuadrillas de volación cooperaron también eficazmente al ataque y las bombas aumentaban el estruendo de la artillería, el cual se oía a gran distancia. En fin, no podemos menos que felicitar al

LA MISMA PIEZA AVANZANDO DESDE LA ÚLTIMA CUBIERTA A LA POSICIÓN DE FUEGO.



LA PIEZA DE ACOMPAÑAMIENTO EN PLENA ACCIÓN DE FUEGO. COMO PUEDE NOTARSE GRANDES RAMAS LA DISIMULAN.

RECIBIENDO UN PARTE TRANSMITIDO POR DESTELLADOR.

alto comando que con esta maravillosa exhibición, en la que se llegó tan cerca de la realidad, nos ha probado con holgura todo cuanto se puede conseguir con el trabajo consciente, el espíritu de sacrificio y la magnífica preparación conseguida tras ímprobos esfuerzos de oficiales y soldados.

TIRADORES DE LA DEFENSA AVANZANDO PARA INSTALARSE EN EL TERRENO.

MUJERES BONITAS DE



MARIA LUISA NOTAR.

PETITA MUÑOZ.

ENCARNACION FERNÁNDEZ.

DORA MORENITO.

HORTENSIA ARNAUD.

IDA DELMAS.

AZUCENA MAIZANI.

SOFIA BOZAN.

SUSANA VARGAS.

LOS TEATROS NACIONALES



OLINDA
BOZAN.



CARMENCITA
LAMAS.



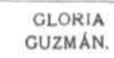
MILAGROS
SENISTERRA.





TERESA
KELEMEN.





GLORIA
GUZMÁN.



CELIA
GÁMEZ.





PAULINA
PUEYO.



AMELIA
SENISTERRA.



MARGOT
SEGRET.

EL DESFILE DE LOS ATLETAS

Es maravilloso el impulso que, de un tiempo a esta parte, ha tomado el atletismo entre nosotros. Los campos de deportes se multiplican por doquier, jóvenes de recia apostura se entrenan al aire libre bajo las caricias del sol para competir en brava y caballeresca justa... Se ha comprendido la necesidad de formar así una raza fuerte y noble para el futuro, una raza que sea capaz de mantener en lo alto la pujanza del nombre argentino. Los jóvenes atletas de hoy son las semillas que fructificarán mañana, esplendorosamente, generosamente, como conviene a un pueblo, como al nuestro, al cual le está reservado tan amplio y grande porvenir.



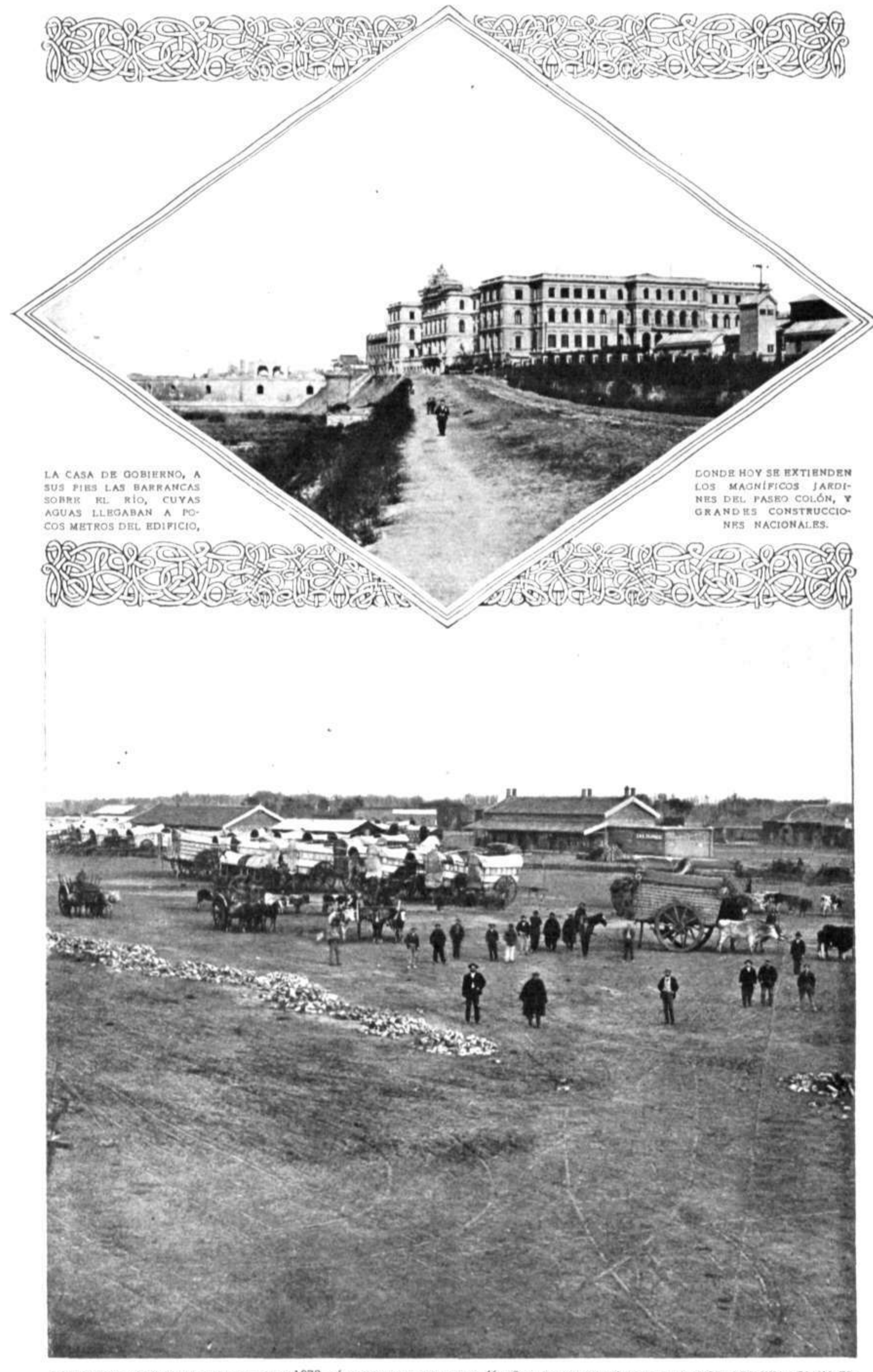


LA ADUANA DEL 78 Y MÁS ALLÁ LA CASA ROSADA, QUE EN AQUELLOS VENTUROSOS TIEMPOS ERA UN FORMIDABLE RASCACIELO, PRODUCTOR DE ESTUPENDAS COMBINACIONES POLÍTICAS. LOS VIAJEROS LA CONTEMPLABAN CON VERDADERA ADMIRACIÓN.

BUENOS AIRES ANTIGUO

Los múltiples aspectos que forman la fisonomía, la figura y el traje de las ciudades, se asemejan mucho a los rasgos humanos. Así los recuerdos fotográficos de aquel Buenos Aires nos producen, junto a una respetuosa emoción, esas comezones de burla con que contemplamos los daguerrotipos familiares. Hoy, en la época de autos, camiones, ómnibus, fachadas suntuosas, plazas y paseos elegantes, nos reímos de cómo se vestía la metrópoli allá por los años últimos del siglo XIX. Las carretas, los placeros desvencijados, las barrancas, aun coloniales, y mil otros pormenores que sólo la memoria del objetivo conserva, nos sirven para comparar, y extraer de tales comparaciones, un gran saldo a favor del Buenos Aires actual.

EN EL AÑO 90. LOS INMIGRANTES IBAN A PARAR AL HOTEL, CUYAS VENTANAS CUADRADAS SEMEJAN OTROS TANTOS OJOS DEFORMES. EL RÍO, MANSO Y TRANQUILO, GOLPEABA CONTRA EL MURALLÓN, HACIENDO SOÑAR A LOS MORADORES CON LAS PLAYAS DE SUS LEJANAS PATRIAS...



LA CASA DE GOBIERNO, A SUS PIES LAS BARRANCAS SOBRE EL RÍO, CUYAS AGUAS LLEGABAN A POCOS METROS DEL EDIFICIO, DONDE HOY SE EXTIENDEN LOS MAGNÍFICOS JARDINES DEL PASEO COLÓN, Y GRANDES CONSTRUCCIONES NACIONALES.

PINTORESCO ASPECTO DE LAS FLORES EN 1878. SÓLO HAN TRANSCURRIDO 46 AÑOS, Y LO QUE EN AQUEL ENTONCES ERA UNA LEJANA ESTACIÓN, SÓLO ES A[illegible]ANTO Y DE DISTINCIÓN.

NADIE PODRIA RECONOCER EN ESTA FOTOGRAFIA, A NO SER POR LA PIRAMIDE, QUE SE HALLA COMO EN AQUEL ENTONCES, A LA ACTUAL PLAZA DE MAYO, CIRCUNDADA POR MODERNOS PALACIOS Y DE DONDE PARTEN NUESTRA PRINCIPAL ARTERIA Y LAS AVENIDAS DIAGONALES.



MENOS AUN PODRIA EL LECTOR ADIVINAR QUE, DONDE HOY SE LEVANTA LA ESTACION DEL ONCE CON LA AMPLIA PLAZA QUE LA EXIGENCIA DEL SUBTERRÁNEO MODIFICÓ, ALTERANDO SU ANTIGUA DISPOSICIÓN, FUERA PUNTO TERMINAL DE LOS LARGOS Y PENOSOS VIAJES DE LAS CARRETAS [illegible]



POR ESTA FOTOGRAFÍA DE LAS CINCO ESQUINAS PUEDE APRECIARSE LA DIFERENCIA ENTRE EL BUENOS AIRES DE HOY Y EL DE ANTAÑO. ESTE BARRIO, QUE ES EL ARISTOCRÁTICO, OSTENTA HOY SUNTUOSOS PALACETES DONDE ANTES SE LEVANTARON LAS HUMILDES CASAS DE REJAS.



EL EDIFICIO DE LA ASISTENCIA PÚBLICA EN EL AÑO 1880; COMO SE VE, DEL «MÁS PURO ESTILO COLONIAL», QUE HOY TANTO SE APRECIA.



ESTE ES UN TÍPICO RANCHO DE BARRO, DESCANSANDO BAJO LA SOMBRA PROTECTORA DEL OMBÚ LEGENDARIO. AQUÍ VIVÍAN LOS PESCADORES DE LA RECOLETA.



UN CLUB DE REMO EN EL AÑO 1878. EN ESTE ESCENARIO TAN MODESTO Y FAMILIAR SE ADIESTRABAN LOS JÓVENES DEL TIEMPO EN EL NOBLE DEPORTE DEL REMO.



UNA FÁBRICA DEL 70 CON SUS «CAMIONES». AL LADO, UN BOLICHE, PUESTO ALLÍ POR LA PREVISIÓN COMERCIAL DE UN PULPERO PARA QUE LOS PEONES DE LA FÁBRICA NO PADECIERAN SED.



Dibujo de Bonomi

Tus Cuatro Romanzas

Desolación

Noche de invierno sollozada en lluvia.
Fuego inútil en la chimenea,
En la alcoba demasiado grande...—
Y tu ausencia.

Esperanza

Profundo azul del cielo de verano.
Inmensidad del mar en calma.
Delicia de la vida y de las rosas...—
Y tu mirada.

Melancolía

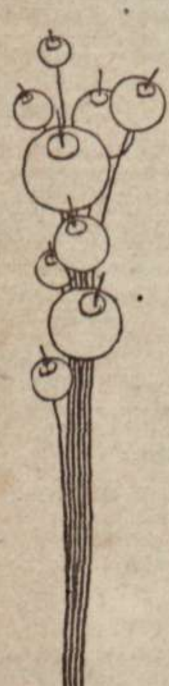
Mansedumbre otoñal de tarde larga
Sobre los álamos. Oro muerto
Del sol que en la hojarasca se deshoja...—
Y tu recuerdo.

Albricias

Sobre la limpidez de la mañana,
La letra china de una golondrina.
Y una florida rama de durazno
En la ventana que ya nadie abría.

Leopoldo Lugones

KAKEMONOS



CARNE Y SEDA

Pintó Kano un precioso kakemono,
y en él una princesa del oriente
que se agitaba deliciosamente
bajo la leve seda de un kimono.

Sus manos, su boquita, sus cabellos,
todo su dulce cuerpo sonreía,
y en sus ojos de luz se desleía
la luz del cielo, de fulgores bellos.

Dicen que el mármol de la blanca Leda
por su tierna beldad trasciende a seda.
Pues, la seda del tenue kakemono,

por la tierna beldad de la princesa,
trasciende a carne tibia y japonesa
bajo la transparencia del kimono.

EL BONZO

Hokusai.—En la calma del paisaje,
bajo un florido kaki purpurino,
un pájaro de luz luce el divino
quitasol del vivísimo plumaje.

La pagoda, en el sol, parece de oro
y son de oro también todas las flores;
y en su idioma infantil los surtidores
la dicha de vivir cantan en coro.

Bajo el arco sagrado de la puerta
de la pagoda, se recorta, incierta,
la figura de un bonzo obscura y vana.

Su kimono, en lejana transparencia,
se esfuma, cual si fuera la conciencia
del paisaje, en la paz de la mañana.

Alberto Franco

DIBUJO DE PARPAGNOLI



EL BRUJO DEL CONDROZ

<LEYENDA BELGA>

POR ROBERTO J. PAYRO

Belem, pastor del Condroz, tenía bien ganada la reputación de hacer milagros; los campesinos hablan todavía de él como si sus padres o sus abuelos hubieran presenciado esos prodigios. Belem tenía diferentes nombres y habitó en varios pueblos y aldeas, o bien la tradición ha reunido en uno solo varios personajes distintos, lo que no deja de ser corriente. Hoy se le conoce por Belem, Briemont, Pâquay - Hawi, y Hawette, y suelen atribuírsele hechos y dichos de Jan d'Isenghien, famoso hechicero de Charleroi, que, en realidad, se llamaba Jean Castin o Chausteur, antiguo soldado del regimiento del príncipe de Isenghien (1) Las hazañas de Belem, Briemont o Pâquai - Hawi, se cuentan en Ramet, en Lincé, en Barvaux, en Hollogne-aux-Pierres, como si el hechicero hubiera sido uno de sus habitantes, pero lo más seguro es que fuera, como ya se ha dicho, un pastor del Condroz, vasta y accidentada región que se extiende entre el Ourthe y el Mosa.

En esta región y fuera de ella era notorio, en su tiempo, que Belem había vendido el alma al diablo. Nunca se le había visto joven, pero tampoco parecía envejecer. No buscaba ni rehuía la sociedad de sus semejantes, y mostrábase generalmente jovial y amable con ellos. Pero era evidente que prefería la soledad, los largos días silenciosos pasados en los campos con sus ovejas. Como los pastores de la remota antigüedad, era sin duda, astrólogo, además de mago.

Hacía cuanto se le antojaba, siempre en condiciones maravillosas, pero era más inclinado a la travesura que a la maldad, y hasta solía mostrarse generoso y benéfico, sobre todo con los menesterosos y con los niños.

En el Condroz se muestra todavía al viajero curioso el recuerdo (y la prueba) de uno de sus milagros, y no el mayor, por cierto. Belem clavó clavos en una piedra, tan fácilmente como en una tabla de pino, y ahí están las piedras, tan *acribilladas* que parecen coladores.

Ya se sabe cuán celosos de sus sembrados son los labriegos; pues bien, Pâquai-Hawi llevaba siempre su rebaño a pastar entre los campos cultivados, a lo largo de sendas y caminos, pero las ovejas no dejaban nunca la escasa hierba de los taludes para ramonear el heno apetitoso de los prados ni los tallos tiernos de las mieses. Algunos le preguntaban asombrados la razón de tanta sobriedad y tal disciplina, y Belem, tirando al suelo su cayado, contestaba:

—Pon el pie encima y lo sabrás.

Si alguno era lo bastante audaz para hacerlo, veía con estupor una muchedumbre de hombrecillos rojos armados de garrotes, dando en los hocicos a las ovejas que intentaban invadir el terreno vedado.

Pero como el rebaño estaba siempre gordo y lucido, no mentían sin duda los de Lincé, diciendo que Pâquai - Hawi lo dejaba pacer horas enteras en el sembrado ajeno, pero que, cuando salía, era imposible descubrir el rastro de una sola dentellada en las plantas o en la hierba.

Durante la «guerra grande», es decir, en tiempos de Napoleón, bandas de merodeadores robaban los borregos y los asaban en grandes fogatas al aire libre, con gran desesperación de granjeros y pastores. Pero en cuanto los veía, Belem transformaba sus ovejas en toperas o en montoncillos de estiércol. Y los soldados pasaban de largo, sorprendidos de ver a un pastor sin rebaño.

De un modo semejante se burló de su amo el día que éste lo quiso vigilar, pues él y sus ovejas se convirtieron en matorrales. El amo tenía que andar con mucho tiento, y un día que lo maltrató de palabra, Belem se vengó haciendo aparecer sobre la mesa, en mitad de la comida, una gallina negra que, con gran alboroto, tiró y destrozó platos, soperas, fuentes, vasos, botellas, hasta los muebles de la cocina, y desapareció tan misteriosamente como apareciera.

Unos lo respetaban, otros lo amaban, muchos le temían, pero todo el mundo, por las buenas o por las malas, era muy cortés con él. Una vez, sin embargo, Bertha, la más presumida

---

(1) La vieja Manice, hija de Castin, vivía aún en Charleroi, el año 1845, y narraba las hazañas de su padre. Este fué acusado de hechicería, pero los viejos tiempos habían pasado, y sólo se le condenó a pasar quince días a pan y agua, en el convento de los capuchinos, donde fué exorcizado, antes de la Revolución Francesa.

y emperegilada moza de la aldea, pasó junto a él y no le saludó..., coqueteando quizá.

—¡Anda, anda, que ya te arrepentirás! — rezongó Belem, incomodado.

No había Bertha caminado cien metros cuando sintió en la cabeza intolerable comezón, y vió con espanto y repugnancia que estaba cubierta de parásitos asquerosos. Rompió a llorar amargamente, emprendiendo la vuelta, y cuando pasaba otra vez junto a Belem, éste le preguntó la causa de su desconsuelo. Tan humilde cuanto antes orgullosa, Bertha le dijo, entre sollozos, lo que le ocurría.

—¡Vaya! — dijo el pastor haciendo un signo mágico. — Sigue tranquilamente tu camino, pero no vuelvas a olvidarte de saludar à Belem. Ya estás limpia como una patena.

Y así era en efecto. Pero ni Bertha ni moza alguna del Condroz y de la Hesbaye dejó nunca de mostrarse amable y atenta con el Pâquai-Hawi, y muchas de ellas más por gratitud que por temor.



Otra vez habían ido, por circunstancias especiales, a llevar con un vecino carbón a Barvaux, precisamente el día del patrono de la aldea. Concurrieron ambos a la fiesta y Belem invitó a bailar a una linda moza, quien lo desairó porque estaba negro de tizne.

— Muy bien, — dijo mansamente Pâquai-Hawi, que no volvió a pronunciar una palabra hasta que se retiraron.

— Tengo hambre — suspiró el camarada, cuando iban llegando a la capilla de San Nicolás.

— También yo — dijo Belem. — Sentémonos aquí, porque la comida no ha de tardar.

Y en efecto, con grande asombro del otro, a los pocos minutos llegaba cargada de viandas, pan y cerveza, la misma moza que se había negado a bailar con Belem.

—¡Ay, señor! — sollozó la muchacha. — ¡En casa no nos queda ni un bocado!

— Eso te enseñará a no despreciar a nadie, — replicó tranquilamente el pastor, devolviéndole la cesta en que había llevado las vituallas. — Baila ahora delante del aparador o baila, pese a tu cuerpo, como dijo la hormiga a la cigarra.

Cuéntase también que, habiéndosele negado la entrada a otro baile, hizo llover en pleno salón empapando a todo el mundo, porque nadie atinaba a salir; pero muchos atribuyen a Jan d'Isenghien, tanto esta hazaña como la de haberse salido de sus ropas en una reyerta, de modo que sus contrincantes les sacudían el polvo sin dañarlo a él.

Pâquai-Hawi hacía gustoso víctima de sus jugarretas a las personas que no le eran simpáticas. A un cazador que había murmurado de él, le transformó en zueco viejo la liebre que acababa de matar. Una vecina desagradable trataba de atrapar un conejo blanco que le devoraba las coles; cogiólo por fin y lo envolvió triunfante en su delantal, pero, ¡oh sorpresa!, cuando fué a sacarlo, se encontró, por arte de Belem, con un montón de estiércol tibio, tibio todavía.

En otra ocasión, viendo a un viejo y rico granjero, muy avaro, le dijo:

— Sé que tienes una hermosa manta de lana. La necesito porque estoy de viaje. Hazme el favor de dármela.

—¡Yo darte la manta! ¡Ni aunque estuviera loco!

— Haz lo que quieras, pero yo tendré la manta.

— Si me la robas, te denunciaré.

—¡Bah! Tendré la manta, y si me denuncias, me beberé tu vino como me bebí el de la misa.

Porque Belem, en efecto, se había bebido el excelente vino que el cura tenía para oficiar, y esto por los medios mágicos de que se hablará en seguida.

—¡Ah! — exclamó el viejo. — Si le robas al mismo Dios, aunque el Diablo te lleve, peor has de hacerlo conmigo.

Y maldiciéndolo entre dientes, le entregó la manta.

No sólo quería Pâquai - Hawi que lo respetaran, sino también que no hirieran ni aun levemente su amor propio. Cierta vez que se hallaba en Ramet fué a verle un cortijero del otro lado del Mosa, que tenía una vaca muy enferma y deseaba consultarle. Hecha la consulta, el campesino mostró prisa por volverse, temeroso de no encontrar el batelero para atravesar el río, porque se hacía tarde.

— Tranquilízate le dijo Belem. — Te aseguro que el batelero aguardará. Además, puedo prestarte cabalgaduras que te lleven al embarcadero. ¿Qué prefieres? ¿Un caballo, un asno, una cabra, una gallina?

—¡No, no! — exclamó con espanto el cortijero. —¡Me marcho a pie!

Y salió corriendo. Había lastimado la susceptibilidad de Belem. Sin embargo, llegó sin tropiezo a orillas del Mosa y llamó al batelero, con el grito acostumbrado:

A l'aiwe!

Oyó con júbilo el rumor de la barca acercándose a él, pero en seguida se quedó estupefacto viendo que era del tamaño de un zueco. Aquello debía ser una alucinación, porque se atrevió a embarcarse y contra todo lo verosímil llegó en un momento, sano y salvo, a la otra orilla. Pero no habían terminado sus andanzas. Aunque conociera los lugares desde que nació, encontróse perdido en su propia aldea y anduvo sin reconocer ni calles, ni callejas, ni menos encontrar su casa hasta que se dejó caer rendido para tratar de dormir un rato esperando el día. Y allí quedó, sin poder pegar los ojos, porque millares y millares de espléndidas carrozas desfilaban sin cesar delante de él, hasta que amaneció... y se encontró tendi-

do en medio de la calle, frente a su propia casa.

No se atrevía el cortijero, después de tanta fantástica broma, a seguir los consejos que le diera Belem en su carácter de albéitar; pero la vaca estaba moribunda y, perdida por perdida, le hizo los remedios indicados. La salvó, porque Pâquai-Hawi sabía castigar, pero también perdonar y socorrer.

Bromazo semejante dió Belem a un camarada que, jugando cierta noche con él en la taberna de Ramet, abandonó de pronto la partida con la intención de retirarse.

— Aguarda y saldremos juntos — dijo el pastor.

— No; tengo mucha prisa — replicó el otro. — Mi mujer me espera.

— Que espere un momento más; no ha de morir por eso.

— Ni un minuto. Buenas noches, la compañía.

— No llegarás más pronto por eso — gritó Belem socarronamente, mientras salía el camarada.

No había éste andado quinientos pasos en dirección al Mosa, cuando al llegar a los prados, se encontró de pronto en medio de una inmensa boyada negra que le cerraba por todas partes el paso. Los fantásticos animales, aunque no lo hostilizaran, le infundían un terror pánico y no lo dejaban moverse. Así pasó largas horas y así estaría probablemente aún, sino llega Pâquai-Hawi y deshace el sortilegio...

Pero, por otra parte, Belem prestaba muchos pequeños servicios a la gente menesterosa de la región, ayudándola en sus trabajos y necesidades. No se acudía inútilmente a él, ni en los trances más difíciles. Encontraba los objetos extraviados, daba remedios para las bestias y las personas, dirimía cuestiones, componía desavenencias. Su auxilio, empero, no parecía proceder generalmente de artes mágicas, aunque a veces era visible que se valía de las fuerzas sobrenaturales. Cierta vez, por ejemplo, una pobre chica que debía esparcir abono en un campo cercano a la pradera en que pastaba el rebaño de Hawette lamentábase de que el trabajo exigía tres largas jornadas y de que el amo la reñiría y hasta despediría por holgazana si no lo acababa aquella misma tarde. El pastor, compadecido, se acercó, hizo un signo cabalístico y el abono quedó, al punto, perfectamente distribuído...

Siempre andaba rodeado de chiquillos y los entretenía con lindísimas suertes de magias, haciendo correr en su presencia caballitos de carne y hueso del tamaño de un ratón montados por jinetes vivos de dos pulgadas de alto, o mostrándoles un baile de señores y damas de la corte, suntuosamente vestidos y no más grandes que los jinetes, o invitándolos a merendar sin que la merienda le costara un céntimo, aunque en ella abundasen los más sabrosos bocados rociados por la mejor cerveza.

Cuando quería obsequiar así a sus amiguitos se ponía de pie y, recomendándoles profundo silencio y completa inmovilidad, olfateaba el aire en todas direcciones, y por último, decía:

— Hoy comeremos esto, lo otro, o lo de más allá, — según lo que había olfateado.

Tendía entonces la blusa en medio del corro boquiabierto de los chicos, y en seguida ordenaba:

— *Qui çou qu'dj'aimme bin vinsse so m' saro!* — o sea: «que lo que me gusta venga a ponerse sobre mi blusa».

Y al punto las negras morcillas o las doradas tortas que las cortijeras preparaban atareadas en sus cocinas, atravesaban misteriosamente los aires e iban a caer sobre la blusa del viejo pastor. Pero éste, antes de que ni él ni nadie se moviera, arrojaba tras de sí el primer bocado prohibiendo a los presentes que mirasen dónde iba a parar. Era la parte del Diablo. Distribuía lo demás, sin olvidarse, naturalmente, de sí mismo, y cuando venía la sed, provocada por los platos bien especiados y la rubia y dulce pastelería, rellena de frutas o compotas, hacía con la navaja un corte en su cayado, lo acercaba a los labios de sus amiguitos y (así había trasegado el vino del cura) les dejaba beber a discreción la fresca cerveza nueva recién recibida por algún vecino. Y el nivel de los toneles bajaba misteriosamente en las cuevas, pese a las llaves y cerrojos.

Belem debió de pecar mucho, sobre todo en su juventud, aunque la tradición sólo guarda el recuerdo de sus travesuras, sus bromazos y uno que otro desaguisado de menor cuantía. Si cometió delitos, la humanidad los ha olvidado, es decir, perdonado, y nadie empaña con ellos su memoria. Murió pobre, y esto significa que no cargó su conciencia con crímenes inspirados por la avaricia o la ambición; si delinquió, sería por amor o por alguna de las pasiones irresistibles — la sed de venganza o el orgullo, por ejemplo — que ciegan a menudo al hombre. En todo caso, ni la historia ni la leyenda nos dan sobre su vida mayores luces que las ya expuestas.

Murió muy viejo, y esto quiere decir que — por el simple hecho de haber vivido tanto — purgó en la tierra muchos de sus posibles pecados, si no su totalidad. Los de Ramet dicen, además, que murió arrepentido y que, como penitencia, durante los últimos diez años de su vida dormía todas las noches sobre una escalera, especie de cilicio algo más duro que el usual entre penitentes. Los de Lincé, por su parte, aseguran que en aquel tiempo no se alejaba de él una gallina negra, que esta gallina era el diablo, quien, recobrando a media noche su forma natural, lo azotaba y torturaba tan cruelmente que los vecinos oían sus alaridos desgarradores. Y es voz corriente que, no satisfecho aún, el Diablo se lo llevó en cuerpo y alma.

Esta creencia se funda en los signos que acompañaron su muerte.

Las personas que lo velaban, vieron a media noche, un ratón de hocico rojo paseándose sobre el cadáver, y cuando llegó al camposanto, el ataúd era tan ligero como si estuviese vacío...

¡Tremendo castigo! Pero quizá tuviera razón el magistrado francés de fines del siglo XVI, que escribía:

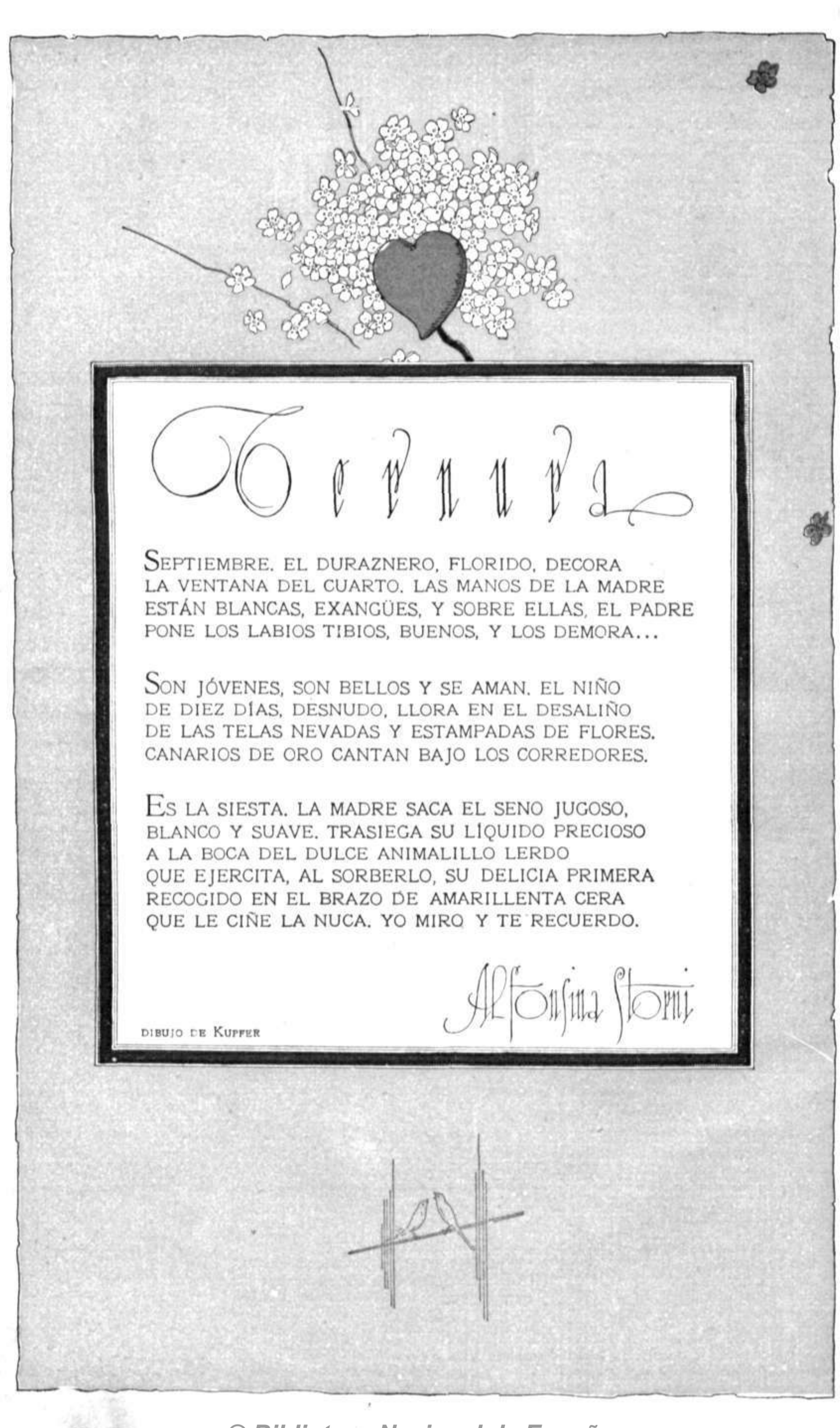
«El crimen de hechicería es un crimen excepcional... Digo que es preciso condenar a todos los hechiceros, aunque demuestren buenos sentimientos...

Agregaré otra razón muy contundente, a saber:

Que cuando se ha caído una vez en las redes del Diablo, ya no se puede salir de ellas».



DIBUJOS DE MACAYA



Ternura

Septiembre. El duraznero, florido, decora
la ventana del cuarto. Las manos de la madre
están blancas, exangües, y sobre ellas, el padre
pone los labios tibios, buenos, y los demora...

Son jóvenes, son bellos y se aman. El niño
de diez días, desnudo, llora en el desaliño
de las telas nevadas y estampadas de flores.
Canarios de oro cantan bajo los corredores.

Es la siesta. La madre saca el seno jugoso,
blanco y suave. Trasiega su líquido precioso
a la boca del dulce animalillo lerdo
que ejercita, al sorberlo, su delicia primera
recogido en el brazo de amarillenta cera
que le ciñe la nuca. Yo miro y te recuerdo.

Alfonsina Storni

Dibujo de Kuffer



EL DIA DE LAS ESPERANZAS

Faltos de fe y tradición para festejar en Navidad la dicha de haber nacido y de vivir aún, nosotros, pueblos nuevos, festejamos con el primero de enero las esperanzas confiadas a un nuevo año de trabajo.

Nada, en efecto, nos liga indisolublemente a acontecimiento alguno. Ninguna fecha religiosa o histórica ha sacudido tan perfectamente nuestra sangre tradicional, para que celebremos en su aniversario la alegría de sobrevivirla.

Sin pasado aún, cuanto seremos debemos arrancarlo al porvenir. La vida, que como a un niño nos exige así marchar por nuestros propios pasos, sin tradición que nos sostenga, nos tiende su primer escalón — el primer día del año, — para que en él hagamos el balance, no de lo que han sido o fueron nuestros padres, sino de lo que debemos hacer nosotros mismos, para honrarla en pie.

Es pues, el día nuestro. Para los ansiosos, los desesperados o los fuertes de corazón, para todos y cada uno de nosotros, el primero del año es el día de las esperanzas.

Para el labrador de la tierra, cuyo esfuerzo devoró el suelo un año entero, y para quien el tiempo reserva exclusivamente sus dos fatales [illegible], nada alegóricas: la lluvia interminable y la sequía sin fin.

Para el novio sin recursos y con buena fe, constantemente hostigado por la suerte, cuya pobreza sin término va empobreciendo también el corazón de su prometida, y acentúa día a día el ceño de su futura política mamá.

Para el estudiante paupérrimo (quedan algunos), que ha comido sus libros, sus codos y sus ojos, y cuyo perramus alcanzará todavía a remedar hasta fin de año nuestra devoción a la elegancia, más indispensable y cara a él mismo que sus tomos truncos, sus camisas sin faldas y la vista que perdió.

Para los esposos ya maduros, a quienes la vida nada concedió fuera de su amor estéril, constantemente enternecidos tras los chicos que corren, y cuya pesadilla la constituye, no el perder un hijo, sino el no haberlo podido perder nunca.

Para el conscripto de la patria, a la que ha ofrendado los más bellos días de su pura juventud, rindiéndole sus precoces fatigas de héroe insomne, y cuyo más calmante sueño sería el morir definitivamente por ella.

Para el artista adolescente de alma y edad, cuya vida se entreabre al año que comienza.

Nadie tan desarmado para la lucha como él. Su desinterés lo aisla en la vida actual, solitario y puro como un diamante.

Allá va, sin embargo. Acaso no sea oro su metal; tal vez se equivoque sobre sus fuerzas, y no llegue nunca.

No importa. El encarna lo más celeste que tiene el alma humana, y acompaña su destino a través de la hecatombe material que la va haciendo trizas. No desmenuzará su conciencia para hacer con sus jirones martingalas de éxito, y no adquirirá por lo tanto un capital. Pero en el balance espiritual que se haga un día de la especie, su sed de ideal pesará más que las arcas de hierro, y para cubrir el déficit de su pobre ensueño de arte, no alcanzará un billón de dólares.

Para el agricultor sin descanso, el novio sin recursos, el estudiante sin ropa, el padre sin hijos, el soldado sin sueño, y el artista sin todo lo anterior:

Feliz año nuevo.

HORACIO QUIROGA



Versos a mi hijo

EL POZO

UNA SEÑORA RUBIA
DE MUY SUAVE BELLEZA
HABLANDO CON MI NENE
DIJO DE ESTA MANERA:

ESTO ES UN POZO NEGRO,
ESTO ES UNA CADENA,
ESTE ES EL BALDE DE ORO,
QUE SUBE EL AGUA FRESCA.

ESTO ES UNA ROLDANA...
Y LA MANO DE SEDA
ALZÓ EN EL AIRE LIMPIO
EL INFANTIL SISTEMA.

COMO MI NENE ES CHICO
YO AGREGO POR SU CUENTA:
ESTO ES UN POZO NEGRO...
Y VOS LA MADRESELVA.

FERNANDEZ MORENO

DIBUJO DE KUPFER

POEMAS INTIMOS

Berceuse

La pequeña no entendía razones: de más en más su desasosiego crecíale ¡pobrecilla! echaba de menos el abrigo de tu seno, mujer.

Madre al fin, superando los dolores de tu angina y sin tener en cuenta las prescripciones del médico, atrayéndola suavemente, cantaste, esa canción de siempre, ¡tan sedante! Y aun más suave, entonces, porque a veces rasgaba el silencio cual seda herida...

Amanecer

Con el fragor de los truenos, la chivita se quejó toda la noche. Pero, ¡llovía tanto! que no fué posible socorrerla! De madrugada, el cielo ya limpio de nubes, fuimos a verla: nuestra «Pocha», en el prado reverdecido, tranquila gracias a la muerte, parecía una rosa blanca, olvidada.

Creación

Hasta los rosales habíanse hartado de lluvia. Chalo y Milo, presos en las habitaciones añoraban el callejón de los cipreses, con el deseo de lo imposible. Carucha, la más pequeña, acaso tuviera olvidado a su jardín.

De modo que, cuando el sol resplandeció de nuevo, fué un desbande de chicuelos, pajarillos y flores.

La pequeñuela gustó, más que nadie, de esa fiesta indecible. Su inocencia plena y multánime, animaba al río amigo, a los alambres telegráficos, a los troncos viejos... Nuestra hija, (alondra que despierta a la Aurora, nube que embellece al Sol, ampolla de cualquier sueño), por vez primera, debió sentir el gozo inefable de crear.

Salvación



Estremecíame entre los brazos de la noche; inútilmente quise desasirme de la nodriza de todos los pesares: su sortilegio omnipresente anulaba mi ser y el no ser... Hasta que, náufrago en ese mar insondable, vencido caía en el fondo sin fondo...

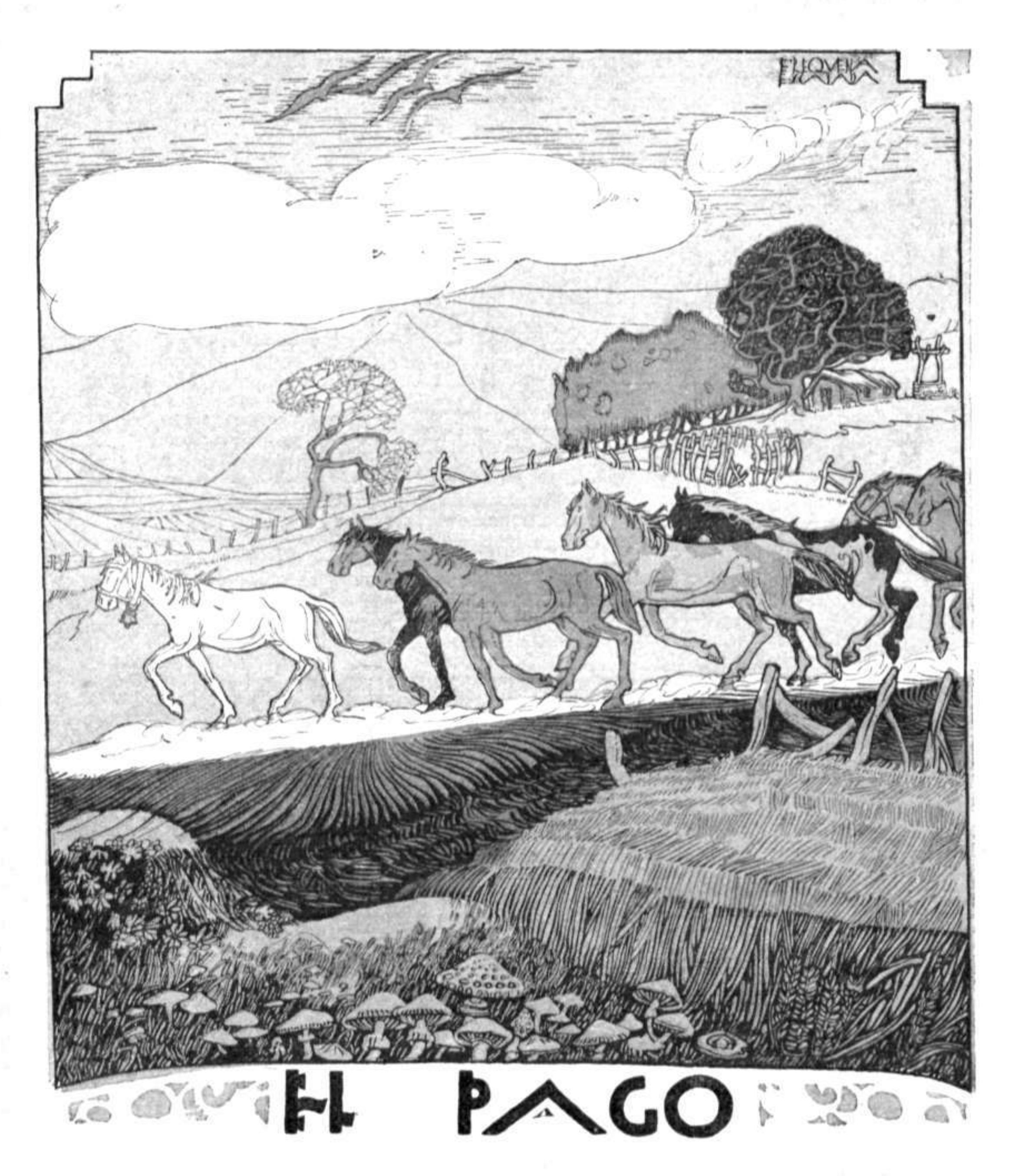
Pero, milagrosamente, los bracitos de la pequeñuela tendiéronme las velas latinas de sus manos, combadas de ternura, henchidas por el soplo de amores y ricas de las amapolas mágicas de la Aurora...

Así, salvado ya, bogué sin tregua, rumbo a la Isla de la Serenidad.



ARTURO LAGORIO

DIBUJO DE BONOMI



Es un rincón de patria vigilado por los teru-teros.

En sus días de fuego,
cuando la sombra se hace densa y menor,
la chicharra invisible, patrona de la siesta,
hace dormir los árboles con su agreste arrorró.

En sus tardes serenas vienen bajando al llano,
como por escalones de cerros y colinas,
las notas alargadas que suenan los cencerros
colgados al pescuezo de las yeguas madrinas.

A veces, por la noche, un jinete emponchado
galopa pitando su pucho de chala,
y a la noche obscura le va dando estrellas
en cada pitada.

Luego un silencio noble
se extiende por el campo;
los ranchos apagan
su ojo iluminado;
y la noche se acuesta
sobre el poncho del pasto,
hasta que amanece el día
en el canto de los gallos.

Y al amanecer
parece que en las cosas aleteara el afán
de agradar al Creador;
y así el ceibal florido tiene el color del vino,
y el trigal sazonado tiene el color del pan.

FERNÁN SILVA VALDÉS

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA



HA-BLA EL 'FOLLETIN'

DIBUJOS DE PALACIO

Fué durante el invierno de 1830 y a trescientas leguas de París, que se escribió esta novela». Y luego:

Publico esta novela, sin cambiarle nada al manuscrito de 1830».

¡Ah, señor mío — y cómo cambian los tiempos! En el presente no se hubiera usted atrevido a cometer las dos faltas que acabo de señalarle. Con ellas y nada más, ya tendrían su diagnóstico hecho — un diagnóstico de «escriba vulgar», — las personas que entiendan de esto de las manifestaciones externas del genio indubitable y que se han puesto de acuerdo para exigirle al tipo dos fundamentales síntomas clínicos: que se «sienta» una fuerza de la naturaleza, y que — plagado de gazapos — llegue, sin andadores, hasta el aula.

Explicar, excusarse por anticipado, eran en aquel su entonces recursos admitidos para concitar el interés de biógrafos y críticos. Un reflejo de vacilación, unas entrelíneas de asuntos y premuras personales, el dejar comprender que si le concediéramos importancia hubiera podido hacerse alguna cosa mejor que esta que presentamos un poco desdeñosamente, era de buen tono fingirlo en época tan literaria. Hoy prescindimos de los iniciados, señor. Vamos directamente a la masa urbana, (la rural lee los clásicos todavía: Carolina y Carlota, Javier y Georges,) y le metemos nuestro modernismo por el

abdomen, como en Carnaval, Arlequín, mete su sable de palo en las solemnidades ventrales de los burgueses que imaginan no estar disfrazados.

Sin embargo, en su caso personal, bien hace usted sin duda, bien hace en facilitar en cierta medida la tarea a esos preciosos intermediarios de «biógrafos» y «críticos»; — ya que se ha avenido a reconocer que el vulgo, (el todo, digámoslo de una vez) tardará cuarenta años en darse cuenta de que usted ha felizmente existido, y aun escrito para él; — con lo que evidentemente se aumenta la confusión sobre sus noticias reales, en comparación con las que buenamente podrían ser obtenidas sin semejantes intermediarios respecto de un sujeto cualquiera que hubiera tenido la precaución de prontuariarse en la Policía de la Capital. Porque sin Balzac, Taine y el grupo de «eruditos fervientes» señalados en la nota del editor, el Gran Público hubiera podido ver la colección de sus obras maestras, tasada a Un Franco, en el rimero de desperdicios de bibliotecas de un «bouquiniste» cualquiera, y se hubiera ahorrado el Franco, muy concienzudamente— y ello así hasta ese 1880 en que usted confiaba ser apreciado y comprendido, como hasta la consumación de los siglos y la paz universal, que la sigue a un paso.



Pero yo, El Folletín, no estoy en su caso, colega. A mí me imprimen hoy, me venden hoy y me olvidan hoy; — no corro el menor riesgo de que sus «eruditos fervientes» me consagren. Tibios, muy tibios beocios y escasos autodidactas, preceptores a poco sueldo de las nueve hermanas y de Sophia que completa la decena, pasarán sobre mi apeñuscado texto trashumantes miradas en esa hora del vagón, o esos quince minutos del tranvía, igualmente preñados de solicitaciones externas y espectaculosas en el pueblerío sub-metropolitano como en la Urbe Magna. Y para que una de esas miradas se fije en uno de mis renglones, éste ha de ser corto y su breve espacio ofrecer una parcela de oración francamente inteligible.

En estas condiciones, ¿de qué me hubiera valido a mí, El Folletín, haber permanecido inédito desde el lustro pasado, con que se me publicara constelado de aquellos «tendentes» que se usaban entonces y no de los «irreductibles» que hoy corren por moneda académica?... Por obvio se calle, pues, que gracias si se habrá compuesto ayer noche lo que ha de aparecer hoy a las cuatro de la madrugada y será cobrado — no al parecer, precisamente pero sí a las dos en punto de la tarde — horas de inminencia, elegidas por esta benigna entidad docente que es un rotativo seguro de aparecer todas las mañanas, para abrir al público consumidor su broncínea ventanilla de pagos. (¡Ah!...) Por lo demás, si algún mal hay en ello, la culpa es de los Bancos, que no abonan interés por los manuscritos literarios que se les depositarían.

Comparad ahora, personas del vulgo que admitís que un autor se os dirija dándoos el título de «lectores» y no os sonrojáis a tan sangrienta ironía, — comparad si queréis, el aplomo literario, el imperium apolíneo de que me sentiré investido con esta seguridad mía de gozar de una diaria demanda que excede a los 150.000 ejemplares, con la decepción infinita embozada en la siguiente confesión editorial: — «De 1822 a 1833, el «Amor» obtuvo diez y siete compradores. Beyle soportaba bastante bien esta injusticia, y se consolaba diciendo que él sería apreciado hacia 1880».

¡Pues vaya con la mezquina satisfacción! Para el 1974 y hacia el 1975, yo también seré apreciado, — y cien veces más que hoy, si no diez mil. Que entonces un ejemplar de este diario de 0.10 en que aparezco, valdrá Uno, si no CIEN PESOS MONEDA NACIONAL, cifra que ningún literato omitirá escribir en letras, pues los números no son dignos de expresarla. Y aun dejando de lado estas caras minucias pecuniosas, y atendiendo solamente al valor cultural e histórico de mi contenido: ¿Qué creeréis que harán para esas fechas futuras los simples ciudadanos que me conserven? Pues no desdeñarán la ocasión de jugar a los «coronistas» y a los hombres de letras y apestarán a sus coetáneos declamándoles a cada rato, ante mis cortas y amarillentas columnas impresas: «Aquí tenéis — ved cómo se escribía en nuestra tierra, por el 1924». Y se sentirán dirigentes, los mulitas...

¡Pobre Henry Beyle! ¿Y qué puedes haber sentido tú, — ánima obsoleta y pre-radiotelefónica — de esta emoción de la notoriedad rotativa de brindar al público 150.000 ocasiones diarias de que te vea, haga de tu nombre y de la salsa artística en que se cuece tu gloria, todos los malos usos que le apetezcan, incluso el de leerte y hasta el de preferirte en ese concepto a una noticia de primera página, centro superior, «al cuadro», con el título tan atrayente como éste:

HA REPERCUTIDO EN EL PAÍS LA MUERTE DEL SENADOR GÓMEZ.

Escribiendo, pues, tu Amor y tu Cartuja, y lo blanco y lo negro... has hecho por la notoriedad lo que ese quidam de jopo aplastado, eterno portugués en la primera fila de plateas, que soporta

toda **función con tal de poder aprovechar los entre**actos para volver la espalda al escenario y dejarse contemplar por las cuatro vírgenes forzosas que se aburren y comen caramelos, porque aun no se fuma en los ámbitos de la sala. Se hubieran ahorrado, él la gomina y tú el prólogo susodicho, os hubiérais puesto en pantuflas al amor de la lunbre y junto al perro que no tenéis y así se parece a vuestras respectivas Pietragrúas, pues os falta; — hubiéseis hierografiado vuestras firmas en maldita la cosa capaz de ser publicada al pie de los avisitos de San Juan y San Pedro del servicio doméstico, y ciento cincuenta mil portugueses de ambos sexos os contemplarían de cuerpo entero, más nítidos que en los grabados en acero y en el viejo elzeviriano de las Ediciones de Larousse, en limpias letras de «Intertype», impolutas, evidentes como el milagro que todos ven y nadie penetra, en estas bellas letras de folletín que algunos deletrean pero que nadie lee.

Teodoro de Banville buscó, el primero, una solución decorosa a este problema de la constante demanda de obras literarias por parte de un público perfectamente resuelto a no leerlas. Y así nacieron sus Pequeños Estudios: La Linterna Mágica, los Camafeos, la Comedia Francesa, que él pretendía que podían leerse en dos minutos exactos, por pieza. ¿Tuvo mejor suerte que Beyle? «Succés d'estime», nada más; bullanguita del momento y no otra cosa, os lo aseguro. Sus piezas de dos minutos duraban a veces toda la vida en las ideas estéticas de un hombre de mundo, y el tipo quedaba inutilizado para pensar como un ganadero por el resto de su vida. Ese era el peligro. La solución la halló por casualidad el Segundo Armador de un diario grande, que no sabiendo dónde encajar el folletín, lo metió entre los avisos, un Lunes en que la crónica de las carreras estaba dedicada a comentar dignamente una puesta en un Premio Nacional, y no dejaba espacio ni para la crónica de la reunión social a que había dado motivo la Misa de Once en San Expedito. Lo echaron a la calle al pobre mozo, por el traspié: y aun el público no ha sabido dedicarle una estela digna en el Cementerio de la Chacarita a este soldado desconocido de la cultura ambiente, a este Charles Tellier del fiambre periodístico. Y esto es peor que lo ocurrido a Beyle o a Banville, convengamos...

Ficción y flores de papel son cosas que tal vez se hagan por necesarias, pero no me parece necesario que se hagan de buena fe. «Life is stranger than fictión». Y las flores de las floristas de profesión no son la flor sintética. ¿A qué bueno, pues, mi amado Stendhal, ese convencionalismo de exhibir tú también, en el fracaso, una resignación conformada con el valor de sanción que pueda acrecer el tiempo? No había tal esperanza para 1880, tú sabías que iba hoy a verse lo que siempre se ha visto, es decir, tu Cartuja en el anaquel del notorio y del poderoso, vestida de cuero de Rusia y fileteada de oro. Pero intacta. ¡Intacta, te lo juro!

Un magnate ha leído siempre demasiado con recorrer con los ojos distraídos los lomos de los libros que mandó encuadernar. Y está ahito de saber que ahí te tiene, al alcance de un timbre, ni más ni menos que a su «valet». Y pedirá un diario, que traiga algo nuevo a su espíritu conformado de hechos, que no de ideas; algo que todavía él no se lo sepa tácitamente de memoria, por derecho de propiedad, como sus libros — y se dará de manos a boca: ¿con quién? Conmigo, pues; — y ahí al pie de la página del servicio doméstico, precisamente; que es como si se tropezase en el «office» con la chica de la lavandera o con el mozo cortante que trajo la provisión del mercado.

Una vez un hombre honrado dió a otro, al que maltrataba con sus buenos sentimientos, este consejo: — No publique usted tal cosa. Y el otro le contestó: — Es una obra de juventud. ¿Y qué me puede importar a mí. Henry Bayle, el que tú hayas escrito tu Cartuja en 1830 y la publiques como la escribiste? ¿Habrá de apreciarla alguien de otra manera que según lo escrito y no lo explicado luego? Si la modificación no se ha hecho, ¿sabrá el Nuncio, si ella no empeoraba la cosa? Vete al mismísimo Diablo, apreciado maestro y amigo, con tales hipocresías, y canta de plano: «os creo demasiado tontos para gustar lo que os doy, si bien yo mismo ya no lo soy tanto ahora, como cuando os aderecé el plato».

Otros hay que creen que el tonto es uno, cuando los demás no le comprenden. Pero adopte usted un pseudónimo extraído de una estación de aguas o de altura y salga a la palestra contra una onomatopeya tan concluyente como «Victor Hugo», por ejemplo, a ver si no queda usted por el suelo durante cincuenta años, y en un anaquel lujoso por el resto de su éxito literario. ¿Por qué no se le ocurrió escribir de matpsíquica, o matar el rayo de luna, si se le ofrecía? El mundo estaba por los escarabajos orientales o hacía sueños de amores ecuestres en donde los raptos de las doncellas exhibían por justificativo un aristofanesco reclamo nefelococcigio (!!!) Eso era literatura, y no otra cosa. Y tan absurdo es escribir para los que vendrán como para los que ya se fueron. El Club de los Cazadores de Gorras había mandado traer su camello, a nado, y ya teníamos la tradición y la innovación, el «pot-au-feu» y la nueva «elite», el Nocturno y Las Orientales. Y después de eso, las columnas de Hércules del gusto oficial para que no pase nadie, y menos usted mi señor don Enrique que se atreve a tomar motes de las poblaciones alemanas.

Supongamos que todo esto, en materia de psicología colectiva, haya sido así. Pero sea como fuese, para que el caso no se repita, oye lo que te advierto, Lector desaprensivo: La novela que sigue a continuación ha sido escrita el mismo día de su publicación y aun en el preciso momento en que aciertes a pasar sobre sus letras el ojo soñoliento y sesteador.



Autor de ella es el linotipista que compuso galeras y galeras; crítico, el caballero español que introduce en su léxico y ortografía todas las enmiendas y todas las interpretaciones personales que con el mismo criterio que preside en la Aduana la apreciación de las «taras, mermas y roturas», está autorizado por la Dirección para discernir a la prosa de la casa, anónima o subscrita. Y, finalmente, su Musa es el espacio. El espacio libre para avisos, que deja en la página en que aparece.

No me confundas, pues, con una obra de arte o de entretenimiento, y que estas pocas pero sentidas palabras infundan en tu equidistante espíritu crítico la seguridad de que si por azar llegases a leerme, por fragmentos, o un día no y el otro tampoco, no arriesgas mayor responsabilidad de contraer opiniones literarias, que si te enterases del programa de una exhibición aeronáutica con caza de globos.

¡He dicho! — *El Folletín.*»

NOCHEBUENA

Estoy lejos del Puro, mas mi humildad — que entraña
orgullos de espinillo florido en la maraña —
se hace más ostensible que el canto que llena
mi corazón entero con esta Nochebuena.

Con esta Nochebuena que es fiesta de cariño
pródiga en alegrías y sonrisas de niño;
con esta Nochebuena que una santa palabra
dejó dormida en mi alma, la esperanza que labra
con un sentido oculto, toda la fe sencilla
que explica lo imperfecto como una maravilla.





Ojos mansos y tristes señalan el sendero
que ilumina entre sombras el último lucero.
Jesús está en el huerto; vibra la voz de Pablo...
sin embargo, esta noche retornaré al establo.

Es muy largo el camino; vagan las reflexiones
dispersas en el mundo de las iniciaciones;
mas bendicen mi ruta, la mano del cariño,
espinas florecidas y alegrías de niño.

El esfuerzo me lleva, Dios me escuda en la suerte;
soy un viejo Rey Mago delante de la muerte;
que marcha en un camello que ilusorio lo guía
bajo la estrella ingenua de su filosofía.

RICARDO GUTIERREZ

DIBUJO DE MACAYA



EL MAL DE LA IRONIA

Hay personas que se enloquecen por pescar una ironía cuando conversan con un hombre que tiene la reputación de espiritual. Son las mismas que por merecer el calificativo de irónicas darían este mundo y el otro. A veces pronuncian palabras incoherentes e incomprensibles y sonríen de un modo picaresco. Es para ver si su interlocutor sospecha que aquello ha podido tener el carácter de una ironía.

Yo he conocido un hombre que deseaba ser, por sobre todas las cosas, neurasténico e irónico. Tenía una salud admirable y un carácter alegre y expansivo, pero se quejaba de una neurastenia aguda y renegaba del intelectualismo, al que debía tan afligente mal. Una vez le dijeron que la neurastenia hacía sobre todo sus estragos entre los especuladores de la Bolsa y los grandes industriales de los Estados Unidos... y se curó.

Sin duda que a propósito de su ironía fué siempre más discreto que a propósito de su neurastenia, pero en cambio cultivaba el don irónico, como el personaje de una comedia, con una insistencia y una constancia dignas de mejor causa.

Tan curiosas debilidades no habían afectado su condición de individuo sociable y digno de todo respeto. Curado del mal de la neurastenia antes de que la burla se apoderara de su extraña presunción, no halló remedio posible para el mal de la ironía. Y así fué que nuestro héroe hubo de estallar de satisfacción y de vanidad la noche en que un amigo, poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo en el tono correspondiente a la revelación de un secreto que se acaba de descubrir: «¡Pero usted hab ía sido un tigre para la ironía!»

Nuestro personaje quedó desde ese momento clasificado y hasta las niñas le rodeaban en las fiestas y le pedían que les hiciera unas cuantas ironías. A él no le costaba nada satisfacerlas.

Las ironías brotaban de su cabeza y de sus labios en una forma continua y surgente. En algunas reuniones familiares, la dueña de casa solía hacer de viva voz el programa: «Va a declamar la señorita Fuentes, a cantar la señora de Pérez y a desgranar un rosario de ironías el señor de la Perlera».

El pobre idiota fué cayendo así, de ironía en ironía, hasta la última expresión de su singular chifladura. Antes había sido un hombre serio, útil, trabajador. Salvado de la neurastenia en los límites mismos de la imbecilidad, aquel malvado que le proclamó rey de la ironía lo empujó definitivamente hacia su ruina moral.

Primero fué un tímido ensayo, después un elegante ejercicio de salón, luego un afán, un vicio, una locura, un desvelo continuo, hasta el ingreso al manicomio, donde terminó sus días entregado al vil oficio.

¡Oh, la ironía! ¿Qué será la ironía? ¿Qué espíritu enciende ese licor sutil y cómo puede hacerse sus veces entre los inferiores el burdo chiste o el fácil «calembour»? Pero lo mismo ocurre a los que fuman, a los que leen, a los que aman, a los que beben, al través de todos los gustos, de todas las posibilidades y de todas las aberraciones...

Sin embargo, son casos distintos. Se explican las declinaciones, cesiones y concesiones en todo aquello que constituye una necesidad de vida, un placer esencial, como se explica que el paladar responda entonces a los hábitos adquiridos, a las condiciones de la educación y el medio y aun al imperio de la herencia. Entre tanto, no se advierte cómo este lujo de la inteligencia, esta elegancia mental, este perfume de una filosofía superior, esta leve ondulación del estilo, rizado como por una brisa ligera, puede torcer el curso de una vida común y perturbar cerebros regularmente organizados para todas las luchas de la existencia.

La gracia es una flor que abre en todos los jardines y los juegos de palabras son una tentación frecuente y activa, pero la ironía es un producto de zonas limitadas y de privilegio, que requiere la evocación superior de un artista soberano, hecho al pensamiento y la frase con aptitudes y dotes de excepción, en que se refleja una facultad casi divina. Aspirar a recoger frutos tales por el sistema elemental de los cultivos comunes, es creer que todas las perlas de la verdad y de la ficción acabarán por confundirse en un solo oriente y en un solo primor.

Con ocasión de la muerte de Anatole France, en cuyo estilo temblaba la ironía como una estrella o se prolongaba como un fulgor diluído al través de la frase, pensemos un poco en los desdichados de la vanidad literaria, que creen fácilmente accesibles los tronos más altos.

Hay muchos pretendidos discípulos de Anatole France en París y en Buenos Aires, pero como el idioma de la ironía es sin duda el de Francia, se explica que esos ejemplares abunden sobre todo entre los que manejan con más o menos arte esa admirable lengua de síntesis y de fuerza.



M. DE VEDIA

DIBUJOS DE BESARES



BALADA DEL BUEN CAMINANTE



POR

RICARDO ROJAS

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA

Cabalgo en el alado
Corcel de la esperanza,
Rumbo al castillo de oro
De la estrella más clara...
Voy por el buen camino,
Y así haré mi jornada,
Pese a quien pese, y venga
Lo que a Satán le plazca:
¡Mi lanza es de diamante,
Y está encantada el arma!

Partí al venir el día
Y al empezar la marcha,
Vi una víbora negra
De cabeza aplastada,
Que del lado siniestro
Del camino cruzaba:
— ¡Señal de mal agüero
Si de aquel lado pasa!
Dije como los gauchos,
Mas seguí mi jornada.

Después de mediodía,
Cuando la tierra blanca,
Reverberando luces,
Parecía de plata,
Vi moverse en la senda
Las plumas del ñaanarca:
— ¡Señal de mal agüero
Cuando el ñaanarca ataja!
Dije como los gauchos,
Mas seguí mi jornada.

Ahora ya en los campos
El crepúsculo avanza,
Y en la penumbra quieta
De la tarde callada,
Perdida allá en las pitas,
Una lechuza grazna:
— ¡Señal de mal agüero
Cuando ese bicho canta!
Digo como los gauchos,
Mas sigo mi jornada.

Como el jinete indómito
Que en la infinita pampa,
Cabalgó entre las sombras
Cuando el peligro amaga,
Ondeando en la noche
Su poncho con dos alas,
Cabalgaré hasta el límite
De la azul lontananza,
Y así entraré en la noche
De estrellas coronada.


REFINERIA DE ACEITES
BAU
CALIDAD EXTRA FINA
FREIXAS y Cia.
PURO DE OLIVA
Se conoce en seguida cuando las comidas se condimentan con aceite - Bau.
Navidad y Año Nuevo.
Aceite-Bau.
No tiene sustituto.

RETABLO HOGAREÑO

por

Sánchez Sáez

Gran dulzura la suya! Desde que contrajo enlace con aquel hombre, intrépido y romántico, la esperanza no se borró jamás de sus dulces ojos. Como una flor, la sonrisa ya fué compañera inseparable de su boca.

—Total—solía decirse—aunque mi hombre no tiene fortuna, de esa fortuna fácil... Pero tiene la gloria de sus brazos, que siempre son generosos en la conquista del ideal... Yo soy rica; digamos mejor, rica es mi familia, y mi apellido es ilustre en toda la provincia. Siempre y mi abuelito, Dios tenga en su santa gloria, aseguraba que en la historia de España, cuando la conquista de las tierras de los infieles, más de un Saenyafek, dió que hacer a las tropas cristianas... Yo lo sé todo eso. Y sé mucho más. Si, mucho más.

Los Saenyafek, son herederos directos de Boaddil, de aquel gran musulmán, animador de alcázares plenos de fantasías... Claro, él es pobre, un modesto artesano, pero... vale más que muchos pergaminos y que muchos moros y cristianos ilustres...

Dolores, la dulce Dolores, solía siempre divagar así. Y, lo confieso con toda la verdad de mi corazón, Dolores no era romántica de novelerías, era romántica de naturaleza.

¡Esos grandes y nobles espíritus que solemos encontrar en todos los caminos de nuestra emoción¡

Siendo de esa forma, la constitución emotiva de aquella mujer, hizo de Joaquín—tal el nombre de su ser amado—compañero de su corazón.

Pródiga y generosa fué la naturaleza con aquel matrimonio, dotándolos de tres hijos a los cuatro años de casados. Luego trabajos y luchas, muchas luchas y trabajos... ¡Y un deseo infinito de conquista, para la felicidad de los que llegan al mundo a todo esperanzados! ¡Muchas fatigas surgían en su camino a esos peregrinos luchadores! Pero jamás la ingratutid de ella, o la desesperanza de él, pusieron notas grises en sus dulces ojos y serenos semblantes...

Algunas ocasiones, Joaquín que no cesaba de ingeniarse para el acomodo del hogar, solía mirar en silencio el recio trajinar de la compañera... que todo lo hacia, sin la menor queja, como si ese y no otro fuera el presente vaticinado por los hados.

Y esto hacia ser a Joaquín feliz y confiado en su porvenir más o menos inmediato para los suyos... Algunos momentos solía Joaquín detener los brazos de la esposa, que en la dura brega diaria seguían el impulso de su corazón, para decirle con cariño:

—Dolores, Dolores mía, yo sé que esta vida no es para ti; pero, no quiere la suerte que mis afanes sean recompensados... Es inútil la fuerza de los hombres en derrocar la suerte, esta corre por el camino que tiene trazado con anterioridad...

Y, Dolores, la dulce y serena Dolores, sonreía, y llenaba de confianza al esposo bueno...

—Buscas la suerte y eres egoísta y ciego, pues no sabes, ni ves, que ya está con nosotros.

—Eres Dolores, como la Santa Dolorosa, que tiene los agudos puñales en su corazón y serena muestra su cara, sin duda por saber que es reina ¡y señora del Rey del mundo!... Así tú, Dolores mía, tienes la pena y dolorosa tragedia del mundo sobre tu corazón, y quieres sonreír, para darme fuerzas!

Y se besaban como dos criaturitas que nada saben de la acidez de la manzana de la vida...

o o

De un lado para otro, la suerte fué siempre esquiva. Los años llenaron de nieve sus cabezas, pero había flores eternas en sus corazones, por la frescura y por la ambrosía...

Los hijos, dos varones y una mujer, crecieron y tuvieron sus ideologías. De tales padres, los hijos tejían las mismas ideas, caravanas en el mismo desierto... Gustaron ambular y sus cerebros eran una perenne ilusión, llenos de fantasías, propias de imagineros.

Uno fué escritor, pero jamás producía nada, sino todo de corazón adentro... Tenía más de admirador que de creador... El otro se asoció a la naturaleza para crear visiones... que resultaron inseguras, porque también, la verdadera obra, la sentía en su alma y no en la mano, que diestramente la reflejara en la tela...

La mujer no fué nada más que una flor silenciosa, que poco a poco la vida, hoy con un dolor, mañana con otro, la conducía a la nada...

Dolores, la madre buena y santa todo lo comprendía, todo... Sabía que su hogar era el hogar que quiso y se impuso a sí misma, como un deber a sus sentimientos.

El, el romántico espíritu que no podía avenirse con las cosas del mundo aparatoso y ridículo, tenía que fracasar en todas sus empresas, nacidas del espíritu...

o o

Muy viejitos, cuando los hijos llegan al regazo, suelen hablar y suelen soñar todos como chicuelos...

—Cómo te defiendes, hijo mío...

—Madre... siempre lo mismo...

—Lo ves, Dolores—dice el padre con pena.

—¡Hay qué tener paciencia!—dice la madre, y prende su boca vieja una sonrisa hecha flor...

Ya solos los dos ancianos, el hombre se arrodilla a la madre de sus hijos, y solloza:

—¡Sí, yo tuve la culpa, yo no sirvo para hacer feliz la vida a nadie, no debía de haberte hecho padecer! ¡Nuestros hijos nacen como la suerte ingrata quiso y quiere hacernos siempre, para que el dolor sea en nosotros la pesadilla que nos lleve a la sombra con un amargor trágico en la boca!...

—No, no es eso Joaquín... Siempre fuimos y lo seremos felices... Tú, conseguiste para mí los más preciados dones y mira en mi cara la felicidad que me inunda, toda de dichas íntimas...

—¡Dolores!... ¡Oh, tú, la Dolorosa!... ¡Oh, tú, la Santa!...

Y el pobre anciano lloraba con un consuelo inefable, y con una fe poderosa... como si aun fuera posible la conquista de la felicidad, a dos pasos de la grande y serenísima noche...

....

¡Oh, tú Dolores! ¡Oh, tú madre mía, qué buena fuiste siempre con mi padre! ¡Oh, tú buena madre, cuánto me harás aprender en tu conducta y tu alegría silenciosa y fuerte, para saber apaciguar la vida tenebrosa y trágica, que quiere aprisionar y hacer pedazos, este santuario de optimismo que me domina... para siempre Señor; para siempre!...

¡IMBÉCIL! CON EL CALOR QUE HACE Y TODAVIA ME FRIES!

NOTA COMICA DEL



LA SORPRESA DE UN COCINERO EN EL DIA DE NOCHEBUENA

HISTORIA DE LOS ALMANAQUES

Todos los pueblos civilizados de la antigüedad conocieron los almanaques. Los egipcios, griegos, romanos, chinos, hindúes y los indígenas americanos tenían almanaques hechos con signos en los cuales se dividía el tiempo y se profetizaba sobre él, pero en realidad los almanaques tal como nosotros los entendemos no se vulgarizaron hasta que se inventó la imprenta. Los cristianos de la Edad Media copiaban en hojas sueltas indicadores sumarios con las fiestas religiosas de precepto.

En 1476 aparece un almanaque impreso en folio, y es el primer libro que ostenta portada con título, orla, nombre de la ciudad, impresores, etc. Fué el calendario de Juan de Monteviejo.

Los primeros autores de calendarios impresos fueron astrólogos y médicos; así en ellos explanaban sus ideas y tendencias, mezclando predicciones referentes al cambio de temperaturas con las referentes a religión y política, consejos higiénicos con supersticiosas prácticas y consejas populares.

En 1550 el famosísimo astrólogo Nostradamus publica el almanaque que lleva su nombre y que tanto intriga a los ocultistas.

Posteriormente, en el siglo XVII, los almanaques se popularizaron al extremo de constituír una importante industria; algunos hubo, como el *Almanach* de Llegeois de Mathieu Loenberh, que llegaron a tirar cien milejemplaresanuales, siendo los predecesores de los modernos rotativos.

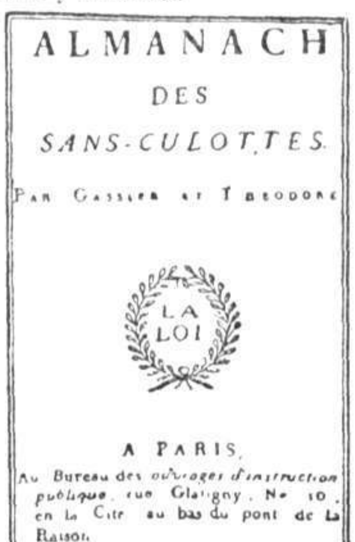
Los había para todos los gustos: religiosos, agrícolas, astrológicos y literarios.

Estos últimos adoptaron el nombre de *mensajeros*, y fueron verdaderos anuarios para el pueblo, ya que en ellos se relataban los más notables acontecimientos, criticándolos. La censura intervenía, y perseguía a los que la eludían.

Los «magazines» y revistas de hoy deben reconocer en aquellos almanaques su origen.

La revolución francesa desarrolló ampliamente esta industria y dió nacimiento a los almanaques políticos y de batalla.

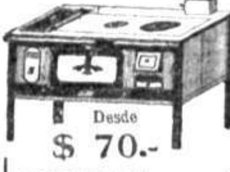




UN ALMANAQUE REVOLUCIONARIO











Oportunista.



LA ADORACION DE LOS PASTORES
Cuadro existente en el Museo de Viena.
Por Gerard van Honthorst.





Feliz Año Nuevo

La alegría que reinará en los hogares en estos días, se intensificará más aún cuando los pequeños revelen un excelente estado de buena nutrición.

Las madres no deben olvidar que el

AFRICANA EXTRACTO DOBLE

es el verdadero tónico adaptable como principio activo para que sus hijos desarrollen su organismo sin intermitencias.

En la comida y a toda hora.

VENTA EN TODAS PARTES

Elaborado por la

Cía. Cervecería Bieckert Lda.

San Juan 3334 — Buenos Aires.



Cuentos de Animales

I

A R D I D



ÓNDE va, amigo?

Era el chimango quien hablaba, desde la copa de un sauce. El caballo viejo se detuvo a responderle:

— Voy a una diligencia, amigo.

—¿Por aquí? ¡Ni lo piense! Allí a la vuelta no más tiene al tigre, amigo, está acurrucadito entre unos matorrales; y espera...

El viejo caballo sintió un estremecimiento en sus carnes duras.

— ¡Caracoles! — exclamó, — no deja de ser una molestia, porque estaba apurado... ¡Hola! ¿Qué cuenta?...

Hablaba ahora a un potro arrogante que llegaba en aquel momento.

— Nada; — respondió el potro, y siguió.

— Eh, joven, ¿va apurado?; — lo detuvo el caballo viejo.

— Sí.

— Bueno, entonces, ¿qué mejor ocasión que ésta que los dos estamos de apuro? ¡Le corro una carrera!

El potro lo midió despreciativo. ¡Aquel viejo armazón querer correr con él!

— ¡Vamos! — contestó.

— El chimango dará la señal de partida.

Y graznó el chimango:

— ¡Uaooo!...

Ambos partieron velozmente; pero a los pocos pasos el potro comenzó a sacar ventaja y más y más... Llevaba ya unos veinte metros, cuando de entre los matorrales, como una saeta que se disparara a sí misma, potente, salta el tigre vertiginoso y, aferrándose en su prescuezo, desgárralo, tritúralo...

El viejo caballo pasó junto a ellos; y era una exhalación el viejo caballo.

El chimango que todo lo observaba desde la copa de un sauce, le sacó conclusión al ardid del viejo caballo.

Sin soberbios, envanecidos de su propio valer, borrachos de sí mismos, no habría astutos.

II

CRÍTICO

Popular es aquello de: «animal que come no grita». Esto sabíalo el tigre, y lo usó contra un cuervo empecinado en seguirlo y criticarle sus matanzas; pero no le dió resultado y hubo de recurrir a su amigo el zorro.

— Está bien, amigo; respondió éste, salgamos a cazar juntos. Yo le voy a hacer callar a ese criticón, ya verá usted qué fácil.

Y el tigre, seguido del zorro; salieron a cazar. Pronto tuvieron sobre sus cabezas al cuervo, el que, revoloteando, los acechaba.

— ¡Ahí lo tiene! — rugió el tigre — no bien mato una presa, él, desde un árbol, comienza a llamarme asesino, y a alborotar. Le tiro un pedazo, y calla mientras come, pero después, ya satisfecho, vuelve a chillar y a alborotar con más fuerza.

Respondió el zorro:

— A estos críticos que todo lo niegan y todo lo destruyen, no hay que darles de comer solamente, hay que darles éxito. No hay hueso mejor para hacerles callar.

Se aproximaba un venado. El tigre dió un brinco y le tronchó el pescuezo. La voz del crítico, desde lo más alto de un roble, se alzó estridente:

— ¡Asesino! ¡Asesino! ¡El tigre acaba de matar un venado, asesino!

— ¡Tome, negro chillón!

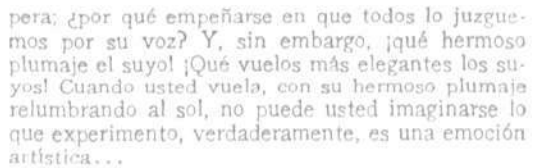
Y el tigre tiróle un grueso trozo. Calló el cuervo, había bajado a cogerle en las ramas donde se enredara; y engullía ahora.

— ¡Ahí lo tiene — dijo el tigre al zorro — mientras come, calla. Después vuelve a gritar con más fuerza; y ya nada lo hace callar una vez harto. ¡Ah, si no volase, ya vería usted que pronto!...

Lo interrumpió el cuervo que gritaba:

— ¡Asesinos, asesinos; el tigre y el zorro han matado un venado y se lo están comiendo los asesinos! ¡Asesinos!...

— Amigo cuervo — le habló el zorro. — ¿Por qué se empeña en gritar así? Usted no tiene linda voz, mi amigo. Usted tiene una voz chillona, ás-


pera; ¿por qué empeñarse en que todos lo juzguemos por su voz? Y, sin embargo, ¡qué hermoso plumaje el suyo! ¡Qué vuelos más elegantes los suyos! Cuando usted vuela, con su hermoso plumaje relumbrando al sol, no puede usted imaginarse lo que experimento, verdaderamente, es una emoción artística...

Calló, porque el cuervo había echado a revolotear sobre sus cabezas... Y el zorro, entre bocado y bocado, no dejaba de gritarle:

— ¡Hermoso! ¡Sublime! ¡Magnífico!...

III

LA OBRA MAESTRA

El mono cogió un tronco de árbol, lo subió hasta el más alto pico de una sierra, lo dejó allí; y cuando bajó al llano, explicó a los demás animales:

— ¿Ven aquello que está allá? ¡Es una estatua, una obra maestra! La hice yo.

Y los animales, mirando aquello que veían allá en lo alto, sin distinguir bien qué fuere, comenzaron a repetir que aquello era una obra maestra. Y todos admiraron al mono como a un gran artista. Todos menos el cóndor, porque el cóndor era el único que podía volar hasta el pico de la sierra y ver que aquello sólo era un viejo tronco de árbol. Dijo a muchos lo que había visto; más ninguno creyó al cóndor: porque es natural en el ser que camina, no creer al que vuela.

IV

BOTÍN DE GUERRA

Doguín era un humilde perro que vigilaba el palacio del Gran Dogo, jefe de los dogos. Los dogos y los mastines se declararon guerra. Doguín no sabía por qué; pero fué allá, peleó, hirió, mató, sufrió hambres y fríos, padeció enfermedades, vivió entre el lodo días enteros, soportó noches sin dormir, hasta fué herido...

Después volvió a ser el humilde vigilante del palacio del Gran Dogo, jefe de los dogos. La guerra había terminado.

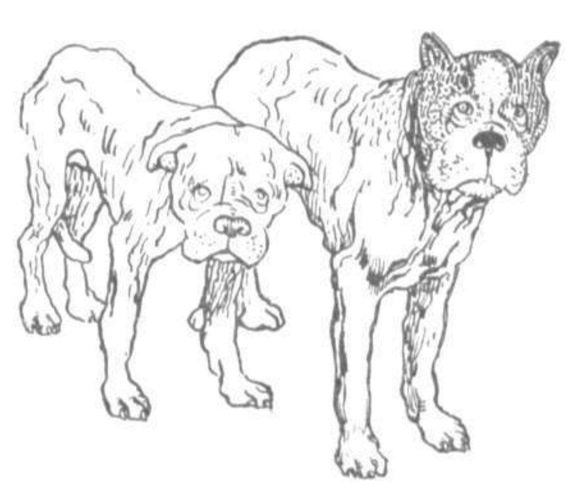
Entonces en la obscura mente de Doguín, comenzó a formarse una pregunta que lo inquietaba:

— ¿Para qué he peleado? ¿Para qué he peleado? — Y tanto le inquietó esta pregunta que se atrevió a hacérsela al Gran Dogo, jefe de los dogos; le preguntó:

— Señor, ¿para qué he peleado?

Y éste le respondió:

— ¡Imbécil! ¿No ves que antes yo usaba un collar de cuero y ahora uso un collar de oro?...



ALVARO YUNQUE

DIBUJOS DE G. USANDIVARAS



Florencia.

EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO.
Por
Lorenzo de Credi.



1459 - 1537.



AGUA MINERAL NATURAL DE MESA

PISMANTA

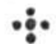
— LA MÁS AGRADABLE —

— LA MÁS PURA —



EL AGUA MINERAL PISMANTA
ES UN VERDADERO DON
DE LA NATURALEZA

Solicítela en todos los Hoteles,
Restaurants, Bars, Confiterias
y Almacenes del País



Concesionarios:

LARROQUETTE Y Cía

CARLOS PELLEGRINI 1047

El poema de la Natividad



LA LLEGADA DE LOS PASTORES
Cuadro original de H. Lerolle.




Los encantos de la mañana

Gracias, Señor, por las buenas mañanas
que hace tiempo gusto con alma beata;
gracias por la luz... y el azul... y el aroma...
y el trino que me eran ausentes...

¡Cuántos años llevé la noche a espaldas
hasta entregarla al día!
mientras el sol, como negra pantalla de plomo
cerraba mis ojos noctámbulos...

¡Oh, el largo destierro de las lindas mañanas!
Pero hoy, ya sé despertarme temprano.

Y qué dulce y clara se me antoja el agua;
qué frescura amable, y con qué alegría,
vierte su ondulante y cristalino rizo,
en mis manos enfermas de luz...
hoy que sé despertarme temprano.

Bajo el encrespado y celeste palio
de la glicinia abuela,
que todos los años se viste de gala,
me aromo en perfume de sus racimos raros
— uvas azules de las viñas del cielo —
y me siento puro...
y me juzgo bueno,
hoy que sé despertarme temprano.

Al despreciativo paso de la escoba,
van las hojas secas que lloró el parral;
la muchacha entona canción lugareña
de tierra lejana,
y el barullo alegre de la pajarera
llenan de loca armonía mi casa,
y no sé por qué me parece,
que todos los pájaros me hablan,
que todas las flores y el agua me cantan.

Bajo el aromito de notitas de oro,
la pequeña mesa con su albo mantel,
donde fulge el beso del sol mañanero,
en dos tazas blancas que por muchos años
no estuvieron juntas...
bajo el aromito de notitas de oro.

¡Oh, deleite eglógico
la del desayuno!
con la compañera...
con la resignada...
que hoy santifica el sencillo ¡buen día!
con risas y lágrimas...

Gracias, Señor, por las buenas mañanas,
ya que me han retornado a su alma...
hoy que sé despertarme temprano.

Alberto J. Mazza

DOBLE FAETON

$ 1.595

a. w. Buenos Aires

COMPRE UN FORD Y DISFRUTE SUS FIESTAS

Lleve al paseo la intimidad y la libertad de que goza en su propia casa. Trace usted mismo el recorrido y el término de su viaje.

Parta a la hora que le convenga sin necesidad de cargar paquetes, y regrese cuando se le ocurra, por el camino que le dé la gana, descendiendo en la misma puerta de su casa.

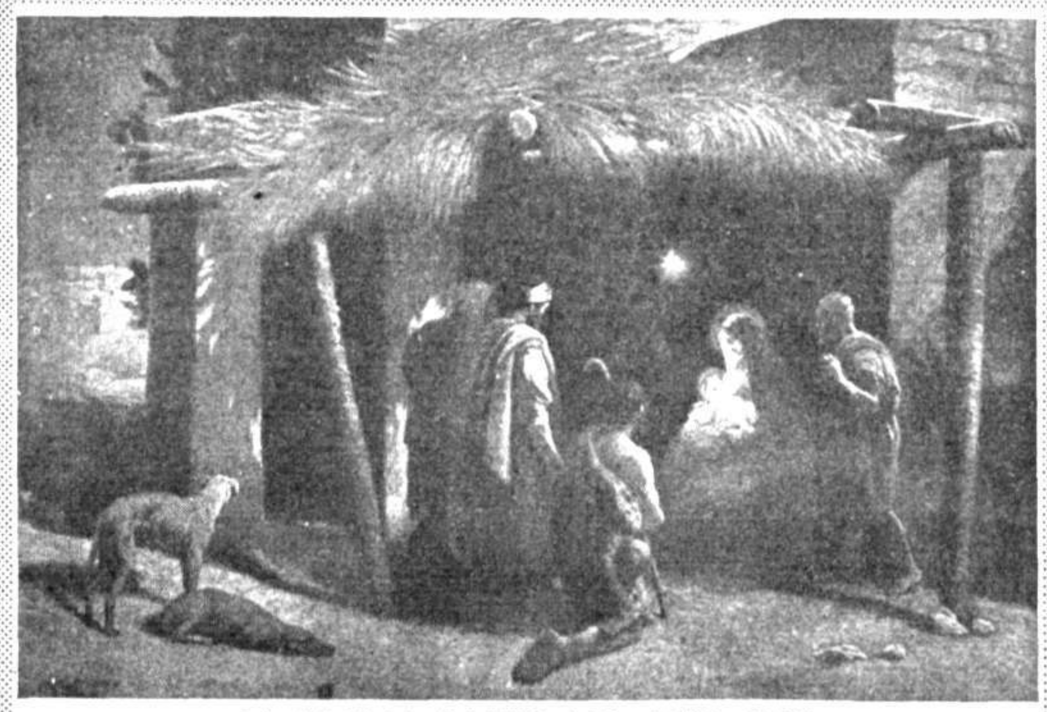
Considere también que el Ford le será de gran utilidad para el mejor y más rápido desempeño de sus obligaciones.



AUTOS · CAMIONES · TRACTORES

PUEDE ADQUIRIRSE POR EL PLAN SEMANAL

El poema de la Natividad



LA PRIMER NOCHE DEL NIÑO DIOS
Original de Mauricio Pierrey.


Tanto en los palacios como
en las humildes chozas
en todo hogar previsor se ha arraigado el
FERNET-BRANCA
gracias a sus cualidades estomacales
que le han valido la aprobación de
eminentes autoridades y del público
consumidor del mundo entero.
NO FALTE EN NINGUN HOGAR
Importadores: HOFER & Cía - Buenos Aires.
FERNET-BRANCA
FRATELLI BRANCA E COMP.
FERNET-BRANCA
CARLOS F. HOFER y C.
GENOVA
AMERICA del SUD
BUENOS AIRES

La Natividad en el Arte



HUIDA A EGIPTO



DEGOLLACION DE LOS INOCENTES

Por Gustavo Doré.

CUERPO MEDICO DEL CIRCULO DE LA PRENSA

Aráoz Alfaro, Gregorio, Santa Fe, 2405.
Althabe, Alberto; Brasil, 1351.
Brandam, Javier; Maipú, 523.
Ballesteros, Ildefonso; Libertad, 225.
Benavidez, Manuel D.; Rivadavia, 7950.
Baca, Joaquín Carlos; Río Bamba, 1157.
Cabred, Domingo; Pueyrredón 936.
Calandrelli, Matías; Santa Fe, 2489.
Caride Masini, P.; Montes de Oca, 1051.
Colecchia, Alejandro; Victoria, 1189.
Cacciatore, Claudio; Sarandí, 269.
Cervera, Joaquín; Uruguay, 858.
Dito, Flaminio; Catamarca, 895.
Escobar Bavio, Eloy A.; Las Heras, 1877.
Echavarría, Luis M.; Uruguay, 1086.
Espínola, Rafael; Cangallo, 1452.
Feinmann, Enrique; Rivadavia, 1425.
Gandolfo, Antonio C.; Maipú, 948.
Gordillo, Lucio; Viamonte, 1037.
Gourdy, Celestino Augusto; Chacabuco, 359
Gaing, Ernesto; Charcas, 1693.
González, Benjamín S.; Tucumán, 573.
Galíndez, Lorenzo; Cangallo, 834.
Gareiso, Aquiles; Paraguay, 1583.
Giménez Zapiola, Jorge; Fed. Lacroze, 2830t
Galarce, Benjamín J.; B. Mitre, 2041.
Isleño Félix;
Luchinetti, Felipe; San Martín, 398.
López de Gomara, Eugenio; Sgo. del Es. ro, 486.
Labaqui, Pedro; Charcas, 1656.
Lettier, Nicolás; Paraguay, 794.
Manson, Enrique; Montevideo, 927.
Moldes, José M.; Paseo de Julio, 693.
Morenco, Julio E.; Paraguay, 1430.
Mackintosh, Martín; Rivadavia, 3516.
Moreno de Mesa, A. J.; Tucumán 634.
Merlo Gomes, José F.; Cerrito, 1176.
Morgan, Walterio; Moreno, 1352.
Oyarbide, Santiago F.; Paraná, 255.
Piccinini, A. C.; E. Uriburu, 174.
Pecci Saavedra, A.; Hernández, 2458. Belgrano.
Pozzo, Fernando; Lavalle, 580. Quilmes.
Roldán Verges, Carlos F.; Tacuarí, 164.
Ronchi, Pedro; San Juan, 3053.
Schnaibel, Arturo; Callao 481 (2.º piso).
Sicilia, Mariano; Bolívar, 1059.
Soto, Mario; Sarmiento, 2347.
Silva Dherbil, F.; San Martín, 414.
Simeone, Pedro; Humberto I.º, 1433.
Tracchia, Oliverio; Pueyrredón, 1159.
Villa, Angel J.; Maipú, 523.
Vitón, Alfredo; Tucumán, 730.
Villarroel, Luis C.; Belgrano, 1130.
Wimmer, Leopoldo K.; Rivadavia, 5396.
Zubizarreta, Hernán; Paraguay, 977.

OCULISTAS

Soriano, Francisco J.; Esmeralda, 909 (2.º piso).
Fernández Castro, Adrián; Defensa, 691.

DENTISTAS

Castiglioni, Emilio; Libertad, 192.
Claro, Alberto; Charcas, 2660.
Dueñas, José; R. Peña, 178.
Luján, Angel J.; Ayacucho, 404.
Mattia, Alejandro; Rivadavia, 2786.
Lanús, Manuel Augusto; Piedras, 190.
Pereich, Nicolás; B. de Irigoyen, 362.
Palma Scala, José; Alberti, 808.
Silva Ferrer, Juan Carlos. Av. de Mayo, 605.

GRAN TRIUNFO FARMACEUTICO

PARA PURGAR A LOS NIÑOS Y ADULTOS SIN QUE LO SEPAN

Por fin se resolvió el problema de poder purgar a los niños y adultos sin que lo sepan y evitar el relajamiento de estómago que suelen ocasionar la mayoría de los purgantes y laxantes, gracias al **Azúcar Collazo,** que es un purgo-laxativo seguro y suave en su acción y que teniendo igual sabor que el azúcar común permite ser suministrado en la leche o café con leche, sin que el enfermo se dé cuenta; circunstancia que le hace inapreciable cuando se trata de niños. Es completamente inofensivo, por lo que no requiere régimen ni privación de ninguna clase de alimentos.

Sea precavido y tenga siempre en su casa una caja de **Azúcar Collazo** para tomar Vd. o dar a sus niños tan pronto sientan el menor malestar y se evitará así muchas enfermedades. A dosis laxante, dos veces por semana, cura rápidamente la jaqueca, estreñimiento, cólicos hepáticos, indigestiones, acidez y demás enfermedades del estómago, hígado e intestinos; purifica la sangre, curando las erupciones cutáneas, granos, barros, sarpullidos, etc., y descongestiona el sistema nervioso, produciendo una sensación de alegría y bienestar.

La distinguida señora N. A. T. de D. escribe desde Zárate: «... y deseo me envíe dos cajas de ½ libra de **Azúcar Collazo** reconociendo desde mucho tiempo que es el purgante ideal de mis niños.»

El más económico. Caja de 8 dosis purgantes para niño (4 para adultos) $ 0.70. Caja grande $ 2.80. Pida muestra gratis.

MALES FEMENINOS

La mujer sufre frecuentemente irregularidades y trastornos propios de su organismo; es víctima muy a menudo de afecciones neurálgicas, decaimiento, desgano, obesidad, palpitaciones y otros males diversos producidos por una desviación anormal de las funciones nutritivas, que le quitan la alegría, le restan ánimo y fuerzas y le privan, en fin, del amplio disfrute de la vida. De tal estado puede salir fácilmente la que en él se halle, utilizando la **Poción Tónica Depurativa Collazo,** medicamento agradable que, a la vez que regenera la sangre, fortifica los músculos y los nervios, limpia el hígado y los riñones y activa la función asimiladora, enriqueciendo el organismo y regularizando todas sus funciones. La señorita P. L. D., de Goya, que la ha usado, dice en carta de 24 de abril, año corriente: «...y tengo el honor de manifestarle que desde que empleé el tratamiento con la **Poción Tónica** he sentido una extraordinaria mejoría; ya no siento ese malestar ni decaimiento; me siento mucho más fuerte y con más ánimo para hacer cualquier cosa.»

De venta en las buenas farmacias a $ **4.20.**

ECZEMAS, ULCERAS, GRANOS Y OTRAS ENFERMEDADES DE LA PIEL

Las eczemas, úlceras, granos de todas clases (acné), barros, sarpullidos, herpes, hemorroides, escozor, urticaria y demás afecciones de la piel, agudas y crónicas, por rebeldes que sean, se curan rápidamente con la **Pomada Collazo** que es además sumamente eficaz para cortaduras, heridas y quemaduras, la que, aplicada a tiempo, cura sin dejar señal y evitando el dolor. Un tubito de **Pomada Collazo** es una verdadera necesidad en toda casa de familia.

Precio $ **3.00** Pida muestra gratis.

LA CALVICIE, LA CASPA Y OTROS MALES DEL CUERO CABELLUDO

Cúranse radicalmente con un solo frasco de **Loción Collazo.** Precio, $ **5.** — Pida folletos gratis.

HIGIENE INTIMA DE LA MUJER

Para desterrar los flujos, evitar contagios y devolver a los órganos femeninos la contracción normal, es indispensable darse irrigaciones con solución de **Polvos Collazo.** Caja de 20, $ **5.** —.

CONTRA LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS

La neurastenia y demás desórdenes del sistema nervioso, se curan en poco tiempo, tomando el medicamento fosfo-iodo-arseno-estricno-cálcico, llamado **Kusú.** Es el reconstituyente más indicado para los enfermos de avariosis.

Precio, $ **3.50.**

LOS ESPECIFICOS COLLAZO

han sido premiados con medalla de oro en París y Roma.

Preparados por el Dr. Angel García Collazo en sus laboratorios de la

FARMACIA DEL CONDOR

CORDOBA, 864
ROSARIO

La que más barato vende en toda la República.

Gratis y franco de porte se mandan dos interesantes libritos y muestras de AZUCAR COLLAZO y de POMADA COLLAZO. — Pídalos a ESPECIFICOS COLLAZO Perú, 71, Bs. Aires, o a Farmacia del Cóndor, Córdoba, 864. Rosario.

URINARIAS

(AMBOS SEXOS)

Una gota militar de cinco años, curada con seis cajas de CACHETS COLLAZO

Una valiosa prueba de agradecimiento es la del autor de la carta que sigue al autorizar explícitamente la publicación de su firma. Pero, siguiendo la norma adoptada de omitir los nombres, no haremos uso de tal licencia.

«Nicolás Lavalle, 12 de Junio.

Mi estimado doctor Collazo: Le adjunto a la presente giro para que mande una caja de **Cachets.** Es para no dejar rastro alguno, porque me encuentro ya curado de la blenorargia crónica, ya convertida en gota militar, que venía padeciendo hace cinco años, con sólo tomar seis cajas de sus **Cachets Collazo.** Gracias, doctor, que está haciendo un gran favor a la humanidad, porque así como yo padecía, hay millares de personas que padecen.

No se imagina usted, doctor, la alegría que siento, y no tengo expresión para agradecerle el verme curado con su poderoso y eficaz remedio.

Yo, en agradecimiento, le recomiendo su producto a todos mis conocidos, y a una señora que padece de metritis he dado su folleto para que lo lea. Puede publicar esta carta, corrigiendo algún mal conjunto de palabras, y poner mi nombre y apellido completo. Su muy atento, seguro servidor.»

Curaciones tan notables como ésta de afecciones a las vías urinarias tales como blenorragia, gonorrea (gota militar), orquitis, cistitis, prostatitis, catarro vesical, leucorrea (flujos blancos de las señoras y niñas), vaginitis, metritis, etc., se producen todos los días con los **Cachets Collazo.**

Su uso es muy cómodo y reservado y, por la rapidez de su acción, resultan muy económicos.

Preparados por el doctor Angel García Collazo en sus laboratorios de Rosario, calle Córdoba, 864.

GRATIS y franco de porte se remiten dos interesantes folletos explicativos y muestras de Azúcar y Pomada Collazo, solicitándolos a Específicos Collazo, Perú, 71, Buenos Aires, o a la Farmacia del Cóndor, Córdoba, 864, Rosario.

Ingenieros Industriales egresados de la Facultad de Ciencias de Buenos Aires



Hernán Baizán.



Angel González.



Francisco S. Serp.



Alberto Antolin Solache.



José Muriel.



Lucio Saibene.



Pedro Bernardini.



Eduardo Cabane.



Enrique E. Dubeau.



León Malenky.





Tomás Escurra.

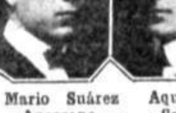


Leónidas Faermann.



Francisco García Ginto.





Mario Suárez Anzorena.



Aquiles L. Scattini.



César J. Saglio.



Romeo Stella.



Francisco F. Sáenz.



Enrique Mibura.



Emilio Sevlever.



El DEFENSOR *del* TIRANO

No importó la estrechez de la pieza, cuatro metros por cuatro en que vivieron. La mujer de Carlos se dió maña para todo. Y así fué cómo logró animar a su marido y hacer que al fin abandonara el laboratorio químico donde ganaba 80 pesos mensuales y se fuese a Córdoba a ocupar en una estación del Ferrocarril Andino, un puesto remunerado con 200 pesos.

El matrimonio y sus cuatro hijitos no lo pasarían tan mal. Sólo un problema se les presentó: el de la continuación de los estudios de Carlitos, el mayor de los vástagos: 13 años a la sazón.

No: no podía ser que quedase Carlitos en Buenos Aires con el abuelo. El abuelo se embriagaba; el abuelo vivía en un corralón poco edificante...

Por lo pronto se llevaron al muchacho con ellos. ¡Bien que le sentaría el pasar las vacaciones en Córdoba! Y antes de entrado febrero Carlos Landa escribió a uno de los Muraille a quien conociera de tránsito como él en el malhadado laboratorio químico. «Villa Ranquelense 15 febrero 1908. Señor Quintín Muraille. Estimado amigo...» Y le decía entre otras cosas: «sus hermanas conocen a mi hijo, a todos nosotros y siendo que mi señora está enterada por mí de las personas dignísimas que son ustedes, no hemos dejado de pensar un solo momento en lo afortunados que seríamos si Carlitos viviese en casa de los Muraille... No crea que la módica suma mensual que les giraría (30 pesos) sería en retribución a tan señalado servicio... Apenas cubrirían ustedes con ella algunos de los gastos ocasionados por mi hijo... Ese favor no se lo pagaríamos con nada... Mi mujer y yo esperamos ansiosos».

Quintín, que nunca paraba entre los suyos, había enviado a sus hermanas la carta para que, leída en familia, ésta decidiese. Y cuando fué leída... ¡tan delicada la carta!... un penoso desconcierto tuvo al pronto mudas a las mujeres. ¡Si vivían cuatro personas en dos piezas! ¿Dónde y cómo tener un pensionista?

— Esperemos a ver qué opina Ezequiel.

El poeta Ezequiel Muraille que difícilmente ganaba unos pesos ejerciendo un periodisno ocasional y a menudo insolvente, fué quien menos objeción hizo. Como su aporte material no le permitía considerarse cabeza de familia, contestó que lo que decidiese la madre, bien hecho estaría.

Escribieron al fin explicando al señor Landa cómo viviría el niño.

Que fuera como fuese: un placer muy grande sentían al saber que era admitido.

Y tras esta contestación llegada de Córdoba, vino también el huespecito con su colchón y su maleta.

De tal suerte apareció este otro habitante que ahora vemos en la casa de los cinco vecinos. ¿Niño o mocito? Niño por su pantalón corto; mocito por la tiesura y el aire afirmativo con que lleva sobre sus débiles hombros la pálida cabeza.

II

Algo que no me gusta en este chico es eso: yo no les enseñé a ustedes que no saluden a los vecinos.

Doña Martina suele advertir de esta suerte a sus hijos; pero no piensa eso, no, hacer la advertencia al mismo Carlitos el infractor.

— ¡Una madre como la que tiene, tan juiciosa según usted es y dejarle criar esa soberbia!

Cuando le refiere el caso a don Alfonso, gentil encargado de la casa, éste protesta que con él siempre cambia el saludo.

— ¡No faltaría otra cosa! ¡Entonces sí que no se lo dejaba pasar!

— El niño es muy formal — concluye don Alfonso, por si las confidencias de la inquilina buscaran una opinión sobre el nuevo habitante.

— Pero no es un hombre

como usted lo ve. Y ¿qué haría usted en mi lugar... ¡sea franco!... si un petrimetre así le pidiese la llave de la puerta de calle? ¿No se la negaba? Pues eso hice. «Tu madre me ha dicho que no te dé llave de calle», le contesté. Ahora que le escriba si quiere a la madre.

La responsabilidad, la inmensa responsabilidad de tener hijos ajenos en casa, exacerba a doña Martina, que siente a veces como que la armonía de los hijos con el huésped es ignorancia absoluta del tamaño peso suyo de tan espinosa carga. Y se desquita expandiendo su molestia en charlas con don Alfonso.

Carlitos suele apartar la zanahoria de la sopa. Cierto que eso también hace su hija Clara. Pero ella, doña Martina, no puede verlo en el huésped:

— Lo que mi madre ponía en la mesa, eso comíamos.

Carlitos ha emitido su parecer sobre Rozas, el Restaurador, y aunque su hijo Ezequiel también lo hizo antes y en igual sentido, ella, como Martina Mercié que es, no soportará que un mocoso le afirme, tan luego en su propia casa, que ese monstruo de ferocidad reconocida, que Juan Manuel de Rozas, ha sido un santo. Pero a todo esto don Alfonso ve que el chico lo pasa continuamente junto a su rimero de libros, cabeza en mano, y que a pesar de sus ojos algo saltones y observadores, parece indiferente a cuanto le rodea.

Y nota algo más el encargado: nota que al comienzo de cada mes, cuando hay que cobrar el giro de 30 pesos, el joven Carlitos Landa ve con gusto ponerse la gorra a doña Martina, y sale a su lado con un gestito ufano que parece decir: «Esta señora no será mi madre: convenido; pero es muy buena amiga mía».

III

Las señoritas Muraille, Clara y Nélida, no regresan aún de casa de las Tassello. ¡Y son las once de la noche, Señor!

Desde su camilla jaula tendida en un rincón de la pieza en que se come, recibe y estudia, Carlitos ve que doña Martina toma y abandona repetidas veces el mate preparado. Y cuando entran sus hijas...

— ¿No podían aguardar a que fuera más tarde? — les dice.

Rezonga con furia, sin descanso. Estalla al fin Clara, hasta llorar:

— ¿Vamos a estar trabajando todo el día como burras, sin tener luego un momento de expansión?

Y concluido el altercado en un silencio penoso, las mujeres apagan la luz y se meten en cama.

Este hecho confirma en Carlitos sus propias observaciones. Sí: doña Martina se pone a veces furiosa. Ya le tenía dicho Clara: «¡Es terrible, qué te crees!» A él, a quien no ha dado la llave, por lo que no puede ir a a ver una sección de cinematógrafo, no pasa noche que no le pregunte, una, dos, hasta tres veces: «¿Te has dormido Carlitos?» No te olvides de apagar la vela!» Teme que el candelero se me corra de la almohada a las sábanas y prenda fuego a la cama — piensa Carlitos. — ¡Como si soy tan zopenco! Pero que me deje leer los diarios y las revistas que trae Ezequiel, que me deje leer tranquilo siquiera, ya que no voy al cine... Clara tiene más de treinta años, Nélida los va a cumplir pronto... ¡Y cómo las reta! Y también a Ezequiel, ¡un hombre que sabe tantas cosas!...

Ezequiel no se anima a hablar delante de ella con los argumentos que me exponía a mí cuando fuimos al Museo Histórico. Estoy contento de haber ido allí y visto con mis propios ojos el documento auténtico de los negros agradeciendo a Juan Manuel de Rozas la libertad que les confirió. ¡No más esclavos en la Confederación Argentina! Y después le llaman «tirano» porque... Pero doña Martina no quiere comprenderlo. Doña Martina... ¿qué sabe doña Martina? Ya que Ezequiel no me ayuda a convencerla sobre el valor de Rozas en la historia americana, voy a esperar a que estemos solos, y ¡va a ver doña Martina si me le voy a callar!... Ahora parece que Nélida se ha puesto de su parte... ¡Pobre gordota! Me había dicho mamá que era la más buena. Las apariencias engañan. Día tras día me está diciendo cosas mortificantes. Cree que yo le quiero leer las cartas del novio... ¡Novio, no! ¿Será el novio? Pero si no es su novio ¿por qué le escribe tanto? ¿Su novio será el otro? Bueno: ella me mortifica... ¡Algún día le voy a decir la que le tengo guardada! Y aunque Ezequiel lo sepa no me reprenderá, porque él me lo dijo. Verá si soy salvaje. Me trató de salvaje porque doña Martina, que encontró el cortaplumas abierto en mi cama, estuvo alborotada, diciendo a don Alfonso que me puedo herir, que es un serio compromiso... Piensan que no observo, pero observo todo. Y Nélida me buscó pleito y agregó: «Sólo un «rozista» como vos puede cortarse las uñas de los pies con un cortaplumas... ¡Callate, callate: sos un salvaje!»... Pero ya le diré la que le tengo preparada. ¡Verá si soy un incompleto, como se atrevió a calificarme ayer! Total, ¿por qué? Porque declaré que Ezequiel podía tocar la guitarra cuando quisiera, que a mí eso no me impedía estudiar. Y me sale ella con: «¡Mirá, Carlitos, qué querés que te diga: para mí, una persona a la que no le gusta la música, es un incompleto: le falta algo!»

IV

Las Tassello han sorprendido a los Muraille de sobremesa. Cenaba con éstos el señor Fedor y también Quintín, que tras de hacer el gasto de la atención general refiriendo risueñas impresiones de viaje, ha cantado acompañándose con la guitarra.

Una de las Tassello, la normalista, declara que eso tan lindo que cantó Quintín, lo entonaba la abuelita.

— ¡Es del tiempo de Rozas!

Carlitos, estatua mirona y



remirona se mueve de pronto hacia la normalista. Lleva la mano a la cabeza, por si no está correcrrectamente peinado, y luego al nudo del corbatín. Y como la normalista logra por un momento acallar la bulla y hacerse oír: como dice que su abuelita no permitía que nadie hablara mal de Rozas; como Ezequiel expresa «al menos entonces no se bailaba el tango, sino el minué»; como hasta el mismo señor Fedor Turcuvich asiente, Carlitos se dice: «yo, yo soy el llamado en esta hora a definir la personalidad del ilustre Restaurador de las Leyes»... Y después de mirar a unos y a otros, vibrante la pálida cabeza de argumentos, más salientes los ojos por el ansia...

— El... — arriesga — él fué...

Y todos se vuelven hacia el adolescente, en quien apenas habían reparado:

— El fué quien labró la unidad nacional, haciendo que, al fin, los caudillos promotores de la anarquía interior depusieran sus pretensiones ante un régimen severo que cimentaba el principio de las instituciones. Hasta el mismo Libertador...

— Sí, San Martín...

— San Martín, el mismo San Martín...

Pero no alcanzó el conferenciante a exponer aquello de la espada sacrosanta, de la espada que cruzó la América redimiendo pueblos y que San Martín regaló a Rozas, en premio a su obra de consolidación nacional.

— ¿Qué decís vos? — se oye gritar de pronto.

Todos se vuelven hacia doña Martina que irrumpe como una catarata en la pieza. No ha podido continuar oyendo. Los platos a medio lavar, abandonada la cocina, ahí se aparece, secándose las manos en el delantal.

— ¡Oh! — exclama Clara, como reprochándoselo.

Pero nadie oye el reproche sino la carcajada de Quintín, estrepitosa, repetida, que deja más cortado y pálido de lo que está al declamador histórico.

— ¿Saben qué más? — espeta doña Martina fuera de sí; — que ese bandido no salió con la suya: no pudo Rozas quedarse con nuestro puerto (se refiere a Montevideo); y aunque no dejó de mandarnos a su Brun (el almirante Brown) a que nos bombardeara, gracias a los gringos y carcamanes, a quienes el Rozas ese quería tanto... ¡ejem!... gracias a la polenta de Garibaldi y a los porotos de la Expedición Francesa, más de un «porteño» ilustre no se murió de hambre.

La risa general redobla el golpe que aquello de «porteño» da en pleno pecho al joven rozista, muy argentino, como tiene que serlo un futuro gran historiador del pueblo de Mayo.

Altivo el derrotado, conmovido de indignación, empingorotada más que nunca la cabeza, muérdese los labios finos: labios perversos como los de Rozas, según suele pensar doña Martina.

Esta, entretanto, escúrrese el sudor del pulido y enérgico rostro, y, llevando a cada nuevo párrafo su silla más adelante, acorrala al buen número de tertulios que durante media hora escuchan sus ataques al Tirano.

—¿Decente, él? ¿Dicen ahora que era decente? Pues la moza engañada, viendo que le robó el hijo, no temió a mazorqueros degolladores ni al mismo Tigre. Se le presentó en su propia cueva y le gritó: «¡Juan Manuel, Juan Manuel: qué has hecho de tu hijo!»

Así refiere la novela «El Lucero del Manantial», de la Gorriti o de quien fuese, que doña Martina leyó cuando niña en «El Correo de Ultramar», pero que afirma ser historia muy verídica.

— ¡Engañar así a una señorita y robarle el hijo! Y me vendrán a decir a mí que ese canalla era un santo.

De pronto Nélida, que vagaba en el vestíbulo, traése levantada en alto a la Chuequita.

Es una niñita de un color moreno intensísimo y fulgurante, de profusos rizos caídos hasta el hombro. La pone sobre la mesa para hacer que, hablando, gesticule como una gran dama de palacio.

La normalista recibe a la niña en sus brazos. La besa. Y como comprende que Carlitos quedó amoscado, la interroga:

— ¿Lo querés mucho al joven?

La Chuequita mira a Carlitos.

— No — dice y repite, moviendo la cabeza y produciendo el bello rodar de los brillantes rulos negros.

— ¿No lo querés?

— No.

Carlitos intenta reaccionar. Su partidaria en historia y política del pasado argentino, además de saber mucho, es amable.

— ¿Por qué no me querés? — interroga él mismo a la Chuequita esbozando una sonrisa.

— Porque sos un «petimete».

¿Eh? ¡Ha dicho «petimetre»! Casi Nélida se ríe en la propia cara del insultado. La normalista reprende a la niña.

¡Ah! pero él, Carlitos Landa, sabe que aquel otro incalificable agravio viene de doña Martina, o de Nélida. Es una palabra común y despreciativa en doña Martina. Carlitos mira iracundo a la dueña de casa que, completamente olvidada de él, sigue apostrofando a Rozas. Y como nota que la misma normalista aguanta la risa, aparta a tropezones la silla y sale afuera, a llorar, con llanto que ya lo ahoga, la que debió ser su primera gran victoria de polemista historiador, si no se la hubieran arrebatado ignominiosamente de sus propias manos.



EDMUNDO MONTAGNE



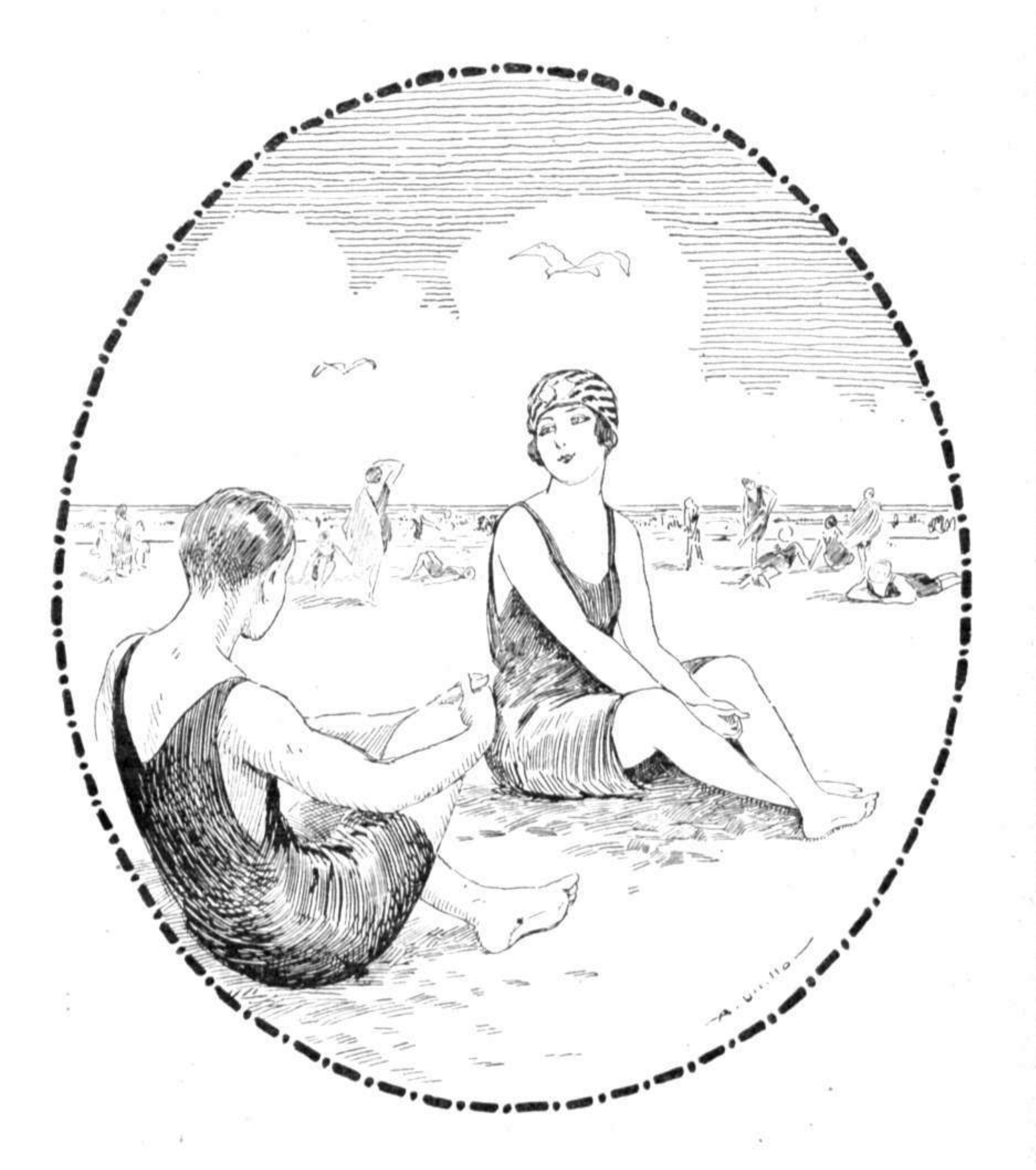
La infancia de Jesús en el Arte



LA NAVIDAD
Gustavo Doré.
Strasburgo. 6 enero 1832-1883.

EL HOMBRE Y EL TIEMPO

Un contratiempo sumamente grave se le ha presentado en estos días al Tiempo, y es que principia a ser para los hombres algo distinto de lo que antes era. La noción y el sentimiento que de él hemos tenido van a transformarse, y quien sabe si llegará a desaparecer completamente. Por hoy lo cierto es que, debido al profesor Einstein, el tiempo ya no es tan absoluto y prestigioso como ayer. Si a mayores alturas corresponden mayores peligros y si para gran poder no hoy adversarios pequeños, ¿permanecería el viejo Cromos excepcionalmente seguro? A quienes más haya sufrido en el temor de aquella divinidad irónica e invencible, será de tanta sorpresa como halago el saber que hoy se ha descalificado y se le otorga posición relativamente modesta: ya no es más que una de las cuatro dimensiones del Universo; ya no se le considera sino como a la sucesión de los acontecimientos en el espacio, sucesión cuya rapidez aumenta según aumente la velocidad del móvil, es decir, que será más corta la linea de universo cuanto sea mayor la velocidad. Nuestro pacienzudo planeta, en su movimiento de traslación, alcanza nada más que la de 30 kilómetros por segundo. Se nos enseña que ninguna puede ni podrá superar a la de la luz (300.000 kilómetros), y se nos dice, por ejemplo, que colocado en un móvil a casi tanta velocidad como esa, el observador podrá ver en una hora los acontecimientos que en la tierra necesitan de un año para cumplirse, de modo que él, en 365 días no envejecería sino 60 minutos. El tiempo ha vivido hasta hoy de apariencias; pasaba por serlo todo y es muy poca cosa; el hombre ha descubierto esa farsa, conquista poco a poco la velocidad y se propone tomar el desquite más amplio que pueda.



—El REUTER se te ha olvidado?
—En casa me lo dejé.
—Pues amigo, visteté
y ve por él, escapado.
—Ten en cuenta Encarnación
qne es una hora de tranvía...
¿No puedes pasarte un día,
tan sólo, sin el jabón?..

—¡Sin Jabón REUTER bañarme!
Un día precindí de él
y se me puso, la piel,
que daba miedo mirarme.
—Voy a volver asfixiado.
¡Un poco de compasión!..
—Te lavas con el jabón
y quedas tan descansado.

Nuevos bachilleres



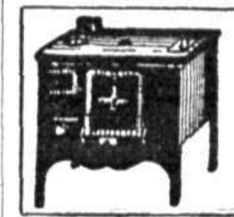
SANTA ROSA (Pampa). — El doctor R. Avila, rector del colegio nacional, rodeado por los nuevos bachilleres egresados de ese establecimiento.

MÁQUINA AUTOMÁTICA DE GRABAR

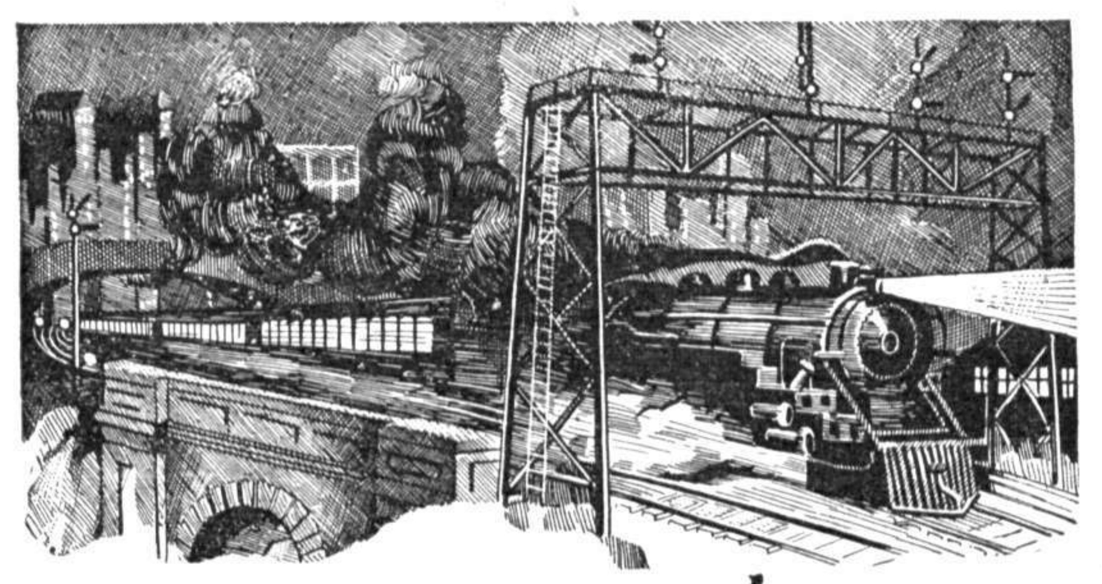
Ya puede grabarse a máquina, es decir, 4.000 años después de los primeros grabados que fueron hechos por la mano del hombre. Con esta máquina, un niño de diez años puede grabar iniciales, texto y dibujos en menos de la mitad del tiempo que antes empleara el mejor obrero grabador para hacer el mismo trabajo.

El aparato fué construído especialmente con el designio de grabar artículos de joyería, plumas, estilográficas, lapiceros, pipas, cortaplumas, etc. Después de ajustar bien el troquel y el objeto que va a grabarse, la máquina, automáticamente, inserta las letras.

Puede ser movido por un motorcito eléctrico, y pesa sólo sesenta libras.







PROTECCIÓN

El «Rápido» vuela vertiginosamente a través de la noche. Los pasajeros duermen tranquilos. El sistema de señales los protege contra todo peligro. También nuestros hogares están bajo la asechanza de numerosos peligros, pues las calles están infestadas de maleantes que las sombras de la noche cobijan. Sin embargo, su familia puede dormir en apacible seguridad, si se halla bajo la salvaguardia de un Revólver o de una Pistola COLT. Ninguna otra arma es de tanta confiaza, precisión y seguridad.

DIAGRAMA FOTOGRAFICO DEL SEGURO POSITIVO COLT. LA BARRA DE ACERO QUE HACE IMPOSIBLE TODO DISPARO ACCIDENTAL. SOLAMENTE LAS ARMAS COLT OFRECEN ESTA CARACTERISTICA ABSOLUTAMENTE DISTINTIVA.

Vea a su proveedor y dele una oportunidad para que le explique detalladamente todas las características y los factores de seguridad propios de las armas COLT.

COLT

COLT'S PATENT FIRE ARMS MFG. CO.
Hartford, Connecticut, E. U. de N. A.

EL ARMA DE LA LEY Y DEL ORDEN

EL VIAJE


No, no he llorado madre...
Tu corazón te engaña, yo no sufro
y soy feliz. No tiembles, tu entrañable
cariño es para mí todo en la vida.
¡No me mires así; ya mi voz suave
te está diciendo de que soy dichosa
con tus tiernas caricias inefables,
que no siento en el cuerpo ni una espina,
ni hay dolor que mi pecho vivo exhale;
te engañaron si a veces te dijeron
que yo sufría, sí, fueron infames;
quiero alejar la duda de tu alma,
que se borre tan sólo con mirarme
y leer en mis ojos que no lloran
pero que saben con ternura hablarte!

No, no he llorado madre...
¡Peregrinando conocí la vida
y muy joven aun vuelvo a contarte
todo lo que he soñado y he sufrido,
todo lo hermoso que miré en el viaje!..
¡Traigo el bajel cargado de mis sueños
que serán para mí siempre imborrables,
en la frente doradas ilusiones
que a mi espíritu harán vivo extasiarse,
en mis ojos ardiendo un fulgor vivo,
junto a mi boca la sonrisa suave,
traigo una hoguera que a mi pecho inflama,
fuego que no podrá nunca apagarse
y mis labios más llenos de ambrosía,
mis manos tersas para acariciarte!

No, no he llorado madre...
¡Traigo el alma más pura y luminosa,
toda yo te descubro sin alarde
que viví muy feliz, soñando siempre...
y ahora estoy en tus rodillas suaves,
junto a tu pecho, como flor enferma
que necesita rama en que apoyarse!...
¡Abrázame muy fuerte, madre amada,
porque tengo mil cosas que contarte!
Te traigo un cofre lleno de mis rimas,
tengo un mundo en la frente de ideales,
vengo anhelosa a que lloremos juntas
en la florida tumba de mi padre,
quiero contarles mis hermosos sueños
que nunca acaso habrán de realizarse,
a que me den alientos y esperanzas,
que renovéis mi espíritu y mi sangre
dándome nueva fe y vida nueva,
para que nada pueda desmayarme,
necesito ser fuerte, como planta
que sola hacia la vida pueda alzarse...!
¡Porque, escuchadme, madre, soy dichosa,
tengo miel en los labios, la voz suave,
los ojos más brillantes, soy más buena
y perdona mi lengua todo ultraje!
¡Toda yo me descubro ante tus ojos
con el alma más pura! ¡Os juro madre!
¡Mas, por piedad, no me auscultéis el pecho,
que ese dolor quisiera yo evitarte;
lo encontraréis vacío, madre mía!...
¡¡Tan sólo el corazón perdí en el viaje!!

ALCIRA BONAZZOLA

DIBUJO DE LARCO

Escuela de adultos N.º 5 del Consejo Escolar 4.º



Salón de exposición de trabajos prácticos; un grupo de alumnos.

El director de la escuela, señor Amadeo Allocati, rodeado por los profesores M. I. Elordi, G. Lizaso, C. Botto, I. Golisciani, S. Wahnish, P. La Rosa, J. Bisso y J. Chiozza.






¿Cuál es la diferencia?
Es la pregunta que se hacen las señoras, al comprar una FAJA ELASTICA toda vez que todas ellas ofrecen la misma característica. Esa diferencia consiste en que las gomas que generalmente se emplean llevan años de almacenaje y los excesos de humedad o sequedad han anulado todo su valor práctico. Otras son de procedencia dudosa e inferiores por naturaleza. Las telas elásticas importadas por la
Casa Izquierdo
proceden de las fábricas más reputadas del mundo, siendo las gomas importadas de Ceylán que ofrecen una pureza de 100 por 100. Además la venta activa y constante de FAJAS ELASTICAS permite a la
Casa Izquierdo
reponer continuamente su stock y no realiza producción alguna sino con materiales garantizados y frescos.
SOLICITEN CATALOGOS
Casa Izquierdo
La más importante de Sud América:
C. Pellegrini, 490. - Buenos Aires.
Unión Telefónica, Mayo 0313.
Presentamos nuestro modelo "MARCELA".
Lindísima faja, toda cerrada y sin ballenas, la más práctica y cómoda, confeccionada en rico tricot inglés mercerizado, con 4 ligas de seda.
$ 35.-

Profesoras egresadas de la E. Profesional N.º 4 de la capital



Sentadas (de izquierda a derecha): Angela Longo, Velia González, Sara M. Olmos, María Panzeri. — De pie: María Elena Petenello, Ita Gagna, Luisa Galli, Angela Gagliano y Teresa Debenedetti.

Lámparas Eléctricas de Bolsillo

WINCHESTER

¡Dan luz instantáneamente! Proyectan una luz blanca y brillante en los puntos precisos que uno quiere iluminar.

Las lámparas eléctricas de bolsillo marca *WINCHESTER* son fabricadas con materiales de la más alta calidad y su terminación es de lo más prolijo que pueda exigirse. Lo científico de su construcción asegura su buen funcionamiento en todas las circunstancias. Examine una de estas Lámparas en lo de su proveedor.

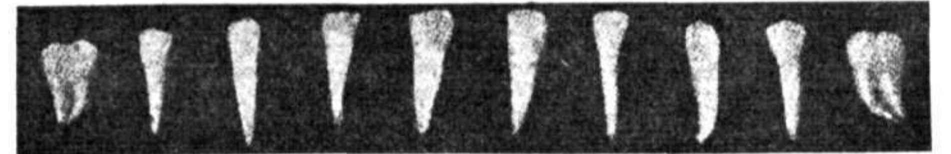
Distribuidores:

Cía. WESTINGHOUSE ELECTRIC INTERNACIONAL S. A.

AVENIDA DE MAYO, 1035.

¡Blancos y Sanos!

sin embargo estos dientes han debido extraerse



sus raíces fueron atacadas por la PIORREA

PYORRHOCIDE es el polvo antiséptico que sirve para la prevención y tratamiento de la piorrea.

Indispensable para encías esponjosas que sangran. Las afirma, evitando la caída de los dientes, además de limpiarlos.

Un tarrito tiene contenido para muchos meses, resultando muy económico.

VENTA EN LAS FARMACIAS

Contra este cupón y 10 centavos en estampillas, recibirá gratis una muestra.

Unicos Agentes:

MAYON

LIMITADA

AVENIDA DE MAYO, 1257

Buenos Aires

C. y C. 27-12-24.

Nombre ....

....

Calle .... *N.º* ....

Ciudad ....



A BORDO

por

MAX DAIREAUX

(FRAGMENTO DE DIARIO ENCONTRADO EN UN CAMAROTE)

(PARA CARAS Y CARETAS)

27 de Enero. - ¡Ya está! ¡Desatracamos! No se oye más que el ruido de la máquina y de las olas; el viento sopla, la noche ha caído y hace frío. Un largo rato me quedé mirando las costas de Francia que lentamente se alejaban; una honda melancolía, una tristeza sin dulzura me apretaba el corazón, y sobre mí pesaba la soledad. Estoy solo. ¡Solo! Hay que haber sido rico y ser pobre, hay que haber conocido todos los amores y todas las amistades y haberlas visto caer en la indiferencia para comprender lo que significa esta palabra. Estoy solo, estoy arruinado, y huyo. La fortuna, el amor, la amistad, me han abandonado a un tiempo y lleno de amargura he llamado sobre mí la desgracia como si hubiera querido castigarme de haber creído en la felicidad y en la sinceridad de los hombres. Insensible y desesperado me parece haberme despertado en un desierto sin esperanza, sin apoyo, sin nada. ¡Mi juventud ha muerto y tengo treinta años! Y me he ido, como otros se suicidan, por orgullo. Aquí estoy, navegando hacia no no sé qué destino angustioso y desconocido, hacia la joven Argentina, tierra única, refugio de amor, donde quizás podré olvidarme a mí mismo y como tantos otros gastar mis fuerzas en una afiebrada labor. De aquí a allá, para prepararme a la lucha, tendré por lo menos, tres semanas de navegación, último reparo contra el viento ácido de los recuerdos... ¡Ultima pereza!

28 de Enero. — ¡Fastidiosa travesía! Mis compañeros de viaje son feos y vulgarotes... ¡No sé qué diablos me había yo imaginado! Las caras son las caras y sobre ellas se inscribe siempre la mediocridad de las almas. ¿Por qué no me habré quedado en París? La silenciosa hostilidad de la gente me pesa. Todos me son antipáticos. Hubiese querido estar solo en la mesa, o a lo más, con algun sordomudo, y me han sentado con una familia de

bearneses que no los puedo fumar. Se llaman Ransi o Pansi, no sé. El padre, un gordo barbudo, francés para exportación, se lo pasa hablando de su fortuna. ¡Maldita la gracia que me hace! ¡Y para mejor, me hace comer ensalada con ajo! En cuanto a la hija ¡ni que hablar! Un ojo triste y otro cómico, la nariz como relámpago y la boca como sablazo. ¡Ni siquiera tiene melena! De un tiempo a otro la madre le ladra: «Anita, tente derecha». Ha de ser algo jorobada y eso trae jetta. Yo toco madera y miro hacia otro lado. ¡Lo que me ha tocado! Es cierto que no hay ninguna mujer bonita a bordo. Miro al mar, no me mareo y lo lamento. Sería una distracción. Sin embargo, las horas pasan. Pasan lentamente, se arrastran, pero al fin, acaban por pasar...

29 de Enero. — ¡Llueve! ¡No faltaba más! Yo no conozco cosa más triste que la lluvia sobre el mar, ¡ni más inútil! Me fuí a la sala, no sabiendo dónde ir. El Pansi, o Ransi, lo que sea, se vino a sentar a mi lado y habló. La fortuna se la ha ganado en los cueros. ¿Y a mí...? Llamó a la hija, me la presentó y me preguntó si sabía jugar a la loba. No sé y me alegro. Esos bearneses me irritan. El viejo me dijo que padecía del estómago y que el médico le prohibía bañarse. Ya me lo imaginaba.

30 de Enero. — Mis compañeros de mesa, me cansan con sus atenciones. Son amables con exageración. Hasta me dan consejos. No les he podido disimular que estaba arruinado; el señor de Marsy— es así que se llama — me contestó que eso no era nada, que su primer viaje lo había hecho él en condiciones peores, y me propuso darme cartas que me ayudarían. ¡Veremos! Por ahora me aburro y no veo llegar el fin del viaje.

31 de Enero. — He pasado dos horas con la señorita de Marsy. Es completamente estúpida. Hasta me preguntó si el agua de mar apagaba el fuego, porque teme los incendios. Reí con insolencia. Pero pensándolo me entra una duda. Y de vuelta a mi camarote, por lo que pueda suceder ensayo el cinturón de salvataje.

2 de Febrero. — La señorita de Marsy se empaqueta. Creo que lo hace por mí, y me entran ganas de decirle que está perdiendo su tiempo. Debo confesar, sin embargo, que los colores claros no le sientan mal. Parece más mona aunque sus ojitos negros le dan una cara de perrito japonés. Habla con cierta gracia, y con ello se me acortan las tarde.

3 de Feberro. — He sido algo injusto para con las mujeres del barco. Algunas son bonitas con sus velos agitados por el viento. La señorita de Marsy es de las mejores, tiene buena figura y cuando se pasea de noche en cubierta, parece distinguida.

5 de Febrero. — He aprendido a jugar a la loba. El señor de Marsy es un profesor encantador. Perdió veinte francos. Mañana llegamos a Dakar.

7 de Febrero. — Los francos del señor de Marsy, me han permitido tirar plata al mar para los negros. Anita — así se llama la señorita de Marsy — estaba a mi lado. Todo sea por ella. Su sencillez me encanta. El espectáculo de los negros nadando al sol era cómico y lindo. Yo no pensaba en nada.

8 de Febrero. — A mí me toca ahora enseñar la loba. Anita es mi alumna. Y el padre se maravilla, porque con él nunca quiso jugar. «Lo felicito», me dijo él y la madre, con una sonrisa un poco repugnante, agregó: «¡Es usted un engatusador!»

10 de Febrero. — ¡Los días vuelan! Todo lo olvido y sobre todo la angustia de mis últimas semanas. ¡Qué tonto era! Anita que tiene más sencillez y más inteligencia que yo, me enseña a considerar la vida con calma. Con toda gentileza se interesa en mi porvenir... ¡pero qué voy a pensar!... Desde algunos días, hace un calor abrumador. Pasamos las horas, juntos. Hoy, mirando el mar, yo le decía versos que ella no conocía, y de repente mi voz flaqueó. ¡Callé! Ella me miró con sorpresa y ante la franqueza de su expresión me conmoví. Su candor me encanta, su pureza me rodea el alma. Me siento algo ridículo, pero qué se me importa, ya que ninguno de mis antiguos amigos me puede ver.

12 de Febrero. — Hoy, por primera vez he madrugado. No sé qué apuro tenía. Lo supe cuando busqué a Anita y no la vi. Llegó poco después y al verme pareció contenta. Nos quedamos juntitos todo el día. Hacia las seis vimos pasar un barco, y al mostrarlo nuestras manos se encontraron sin pensarlo, le apreté los dedos, y no sé qué palabras dije, pero luego quedamos un largo rato sin hablar... En la mesa, callamos. El señor de Marsy me miraba y sonreía bondadosamente. Al despedirse me dió la mano con más cordialidad que de costumbre. Estoy contento no sé porqué.

14 de Febrero. — Llegaremos de aquí a tres días. Las horas corren ligeras, y el porvenir no me atrae. Me he acostumbrado a mis compañeros de viaje. Me costará dejarlos. Los Marsy me han dado la ilusión de tener una familia, de no estar solo en el mundo. Por momentos... pero ¿qué me voy a imaginar?...

15 de Febrero. — No sé cómo pasó. El exceso mismo de mi felicidad me impide pensar, me asusta. ¡Estoy de novio! Mi novia es la más suave, la más fina, la más encantadora de las mujeres. ¡Anita! De aquí a dos meses Anita será mi esposa. ¿Cómo podré vivir de aquí a allá? ¡Anita! ¡Anita! ¡Te quiero! ¡Te amo! ¡Estoy loco!... ¡Anita!

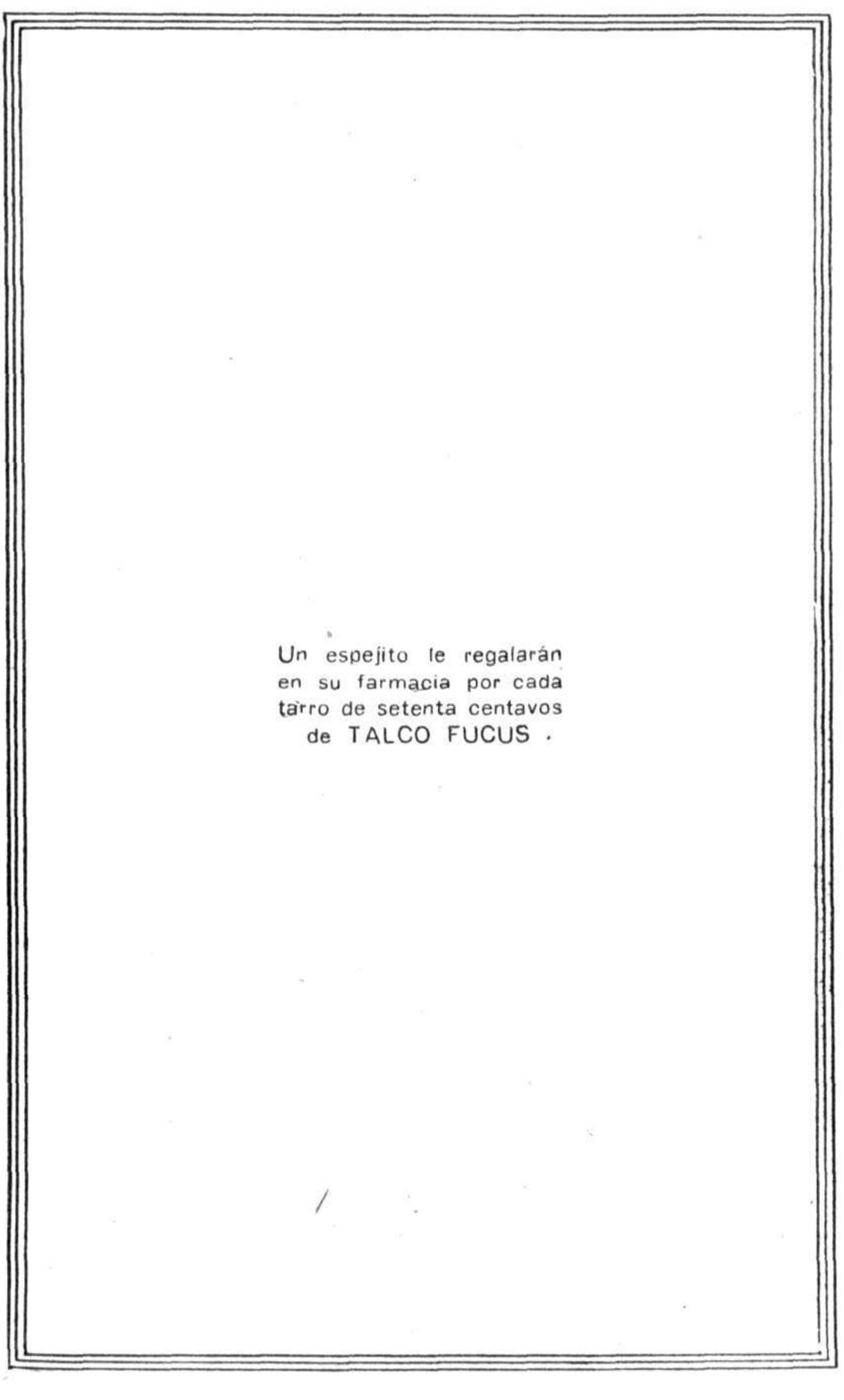
17 de Febrero. — ¡Llegamos mañana! Todos se agitan. Los pasajeros nerviosos van y vienen. No sé qué impaciencia los mueve, ni qué esperan. La tierra está cerca. No piensan en todo lo que les espera, ansias, dolores y penas. Desean llegar. Yo solo sé, y no tengo prisa. No pienso en la tierra que mañana me acogerá, y mis labios murmuran un nombre solo: ¡Anita! ¡Dios mío! Quisiera que este viaje nunca tuviese fin...



DIBUJOS DE BESARES



SANTA ROSA (Pampa). — Grupo de señoritas egresadas de la Escuela Normal de esta localidad.


Un espejito le regalarán
en su farmacia por cada
tarro de setenta centavos
de TALCO FUCUS.

Fiesta infantil



TUCUMAN. — Grupo de niñas que asistió a la fiesta infantil realizada en el colegio de las Mercedarias festejando la feliz terminación del año escolar.



"U. S. ROYAL CORD"

SON DE LARGA VIDA

Los neumáticos "U. S. ROYAL CORD" proporcionan un grado de confort y seguridad tal, que el resultado de su empleo excede siempre lo que se esperaba.

El diseño de su banda de rodamiento y el equilibrio de los ROYAL CORD han sido labrados con una precisión científica que proporciona cualidades excepcionales de duración y supresión de resbalones.

Los neumáticos "U. S. Royal Cord" tanto de alta como de baja presión, permiten fácil manejo a cualquier velocidad. A causa de que sus cuerdas son tratadas con "látex", poseen la flexibilidad, solidez y fuerza vital tan necesaria para una larga vida útil.

Las cámaras "U. S. ROYAL" completan su equipo.



CONVENIENTES

PARA USO DIARIO

El bienestar y la comodidad que se siente con KEDS CHAMPION probablemente no son igualados por ningún otro artículo de su vestuario.

Constan de suelas de goma, gruesas, flexibles, elásticas y protectoras y lona fuerte y aireada. Su precio tan moderado y su construcción, a cargo de obreros expertos, hacen que los KEDS CHAMPION sean muy convenientes para uso diario.

DE VENTA EN TODA LA REPUBLICA

Solicite el folleto No. 12 que ilustra varios modelos de Keds.

Exija que KEDS CHAMPION esté grabado en la suela.



UNITED STATES RUBBER COMPANY AND ASSOCIATED COMPANIES — US — RUBBER SYSTEM

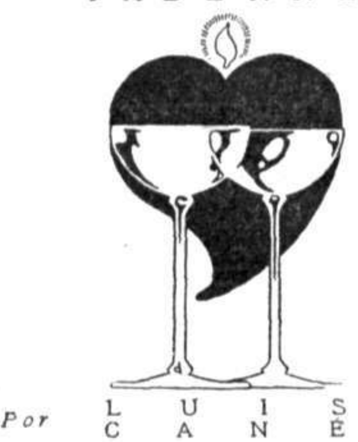
FABRICANTES DE: Neumáticos «Royal Cord». — «Keds». — Botas y Zapatos para lluvia. — Tacos «Spring Step». — Impermeables. — Artículos higiénicos de goma. — Caños de goma. — Correas Transportadoras y para Fuerza. — Empaquetaduras. — Alambres y Cables eléctricos.

BUENOS AIRES	ROSARIO	MONTEVIDEO
VICTORIA, 1582	JUJUY, 1730	URUGUAY, 901





TODAVIA MÁS VERSOS A LA HIJA DE LA TABERNERA



Por LUIS CANÉ


or fatalidad del sino
me consumo en doble ardor;
nunca me vino el amor
sin el amor por el vino.

Y como amo sin relevo,
bebo más de lo debido,
debo todo lo bebido
y vivo tal como bebo.

Como a mi destino acato
— aunque a veces a disgusto —
tratando de darle gusto,
gusto de darme buen trato.

Inconstante y tornadizo
olvido deudas y amores;
con novias y acreedores
nunca cumplo compromiso.

Si me aqueja algún pesar
lo oculto, no lo aparento;
trocando en verso el lamento
canto para no llorar.

A ningún placer me niego,
todo lance me convida;
pláceme arriesgar la vida
como ganancia de juego.

Y así, sin quebranto alguno,
agoto mis alegrías.
¡Total: para cuatro días
que dura la vida de uno!...

A VENGANZA

(BUENOS AIRES COLONIAL)



Por ARTURO VÁZQUEZ CEY

DENTRO DE LA HORNACINA EL SANTO CRISTO.
EN EL FAROL LA LÍVIDA CANDELA
PONE UN FULGOR SANGRIENTO.
¡NO DEJES, PADRE QUE EN PECADO MUERA!
IMPLORA EL MAL HERIDO.
JUNTO AL POYAL DE PIEDRA
PARTIOLE EL CORAZÓN LA PUÑALADA.
ES NOCHE AZUL CON PALPITAR DE ESTRELLAS.
DE CERCANOS JARDINES
AROMA DE DIAMELAS
TRAE LA BRISA LÁNGUIDA.
¡OH, SENSUAL PRIMAVERA!
POR MONSERRAT EN LAS OBSCURAS CALLES
CUNDEN LOS ECOS DE UNA MALAGUEÑA
QUE DICE DE VENGANZAS Y DE HISTORIAS,
DE AMORES Y DE PENAS.
LA LUZ DEL FAROLILLO,
TÍMIDA, TEMBLOTEA.
ES UN OJO DE SANGRE
EN LA NOCHE DESIERTA.

Precisión y Potencia

CUANDO su seguridad personal depende de la precisión y potencia de las municiones que usa, es una enorme ventaja el que lleve su rifle, revólver o pistola, provisto de **Tiros WESTERN.**

Las municiones de la Western Cartridge Company, son notables por las mejoras de vital importancia que en ellas se han introducido y que aumentan prodigiosamente su precisión, potencia y alcance.

El hecho de que su uso se está generalizando tanto en la República Argentina, no obstante el corto tiempo que tienen de haber sido introducidas en este mercado, es prueba evidente de que reunen todas las cualidades apetecibles en tiros de calidad superior.

La próxima vez que compre Vd. tiros para su arma, insista en que sean marca WESTERN. Sin pagar más, obtendrá Vd. lo mejor. Si su armero no los tiene, diríjase a nuestro Representante quien le informará dónde puede proveerse de ellos.



Tiros y Cartuchos

Western

WESTERN CARTRIDGE COMPANY

East Alton, Illinois, E. U. A.

Representante: E. de la VEGA

SALTA, 556 — Bs. Aires.

Nuevas maestras



TUCUMAN. — Alumnas del Colegio del Huerto, que han obtenido los diplomas de maestras.

BOTAS ENVENENADORAS

Un colono de Pensilvania fué herido en una pierna a través de la bota, sin haber visto ni oído ninguna serpiente de cascabel.

Creyendo que había sido herido por un arbusto, entró en su casa sin darle importancia a lo sucedido.

A las pocas horas sobrevinieron los vómitos y las convulsiones, no tardando en morir presa de horribles dolores.

Un año más tarde, un hijo del difunto se puso las mismas botas, y murió lo mismo que su desgraciado padre.

Algún tiempo después, la viuda puso en venta los efectos de su marido. Entre éstos figuraban las botas; pero otro hijo, no queriendo que pasasen a poder de un extraño, las reservó para sí. En el mismo día de ponérselas sintió un ligero dolor.

Aunque la pobre madre, asociando ideas y recuerdos, tuvo la sospecha fatal, no pudo evitar la desgracia que sobrevino, pues a las pocas horas moría el infeliz.

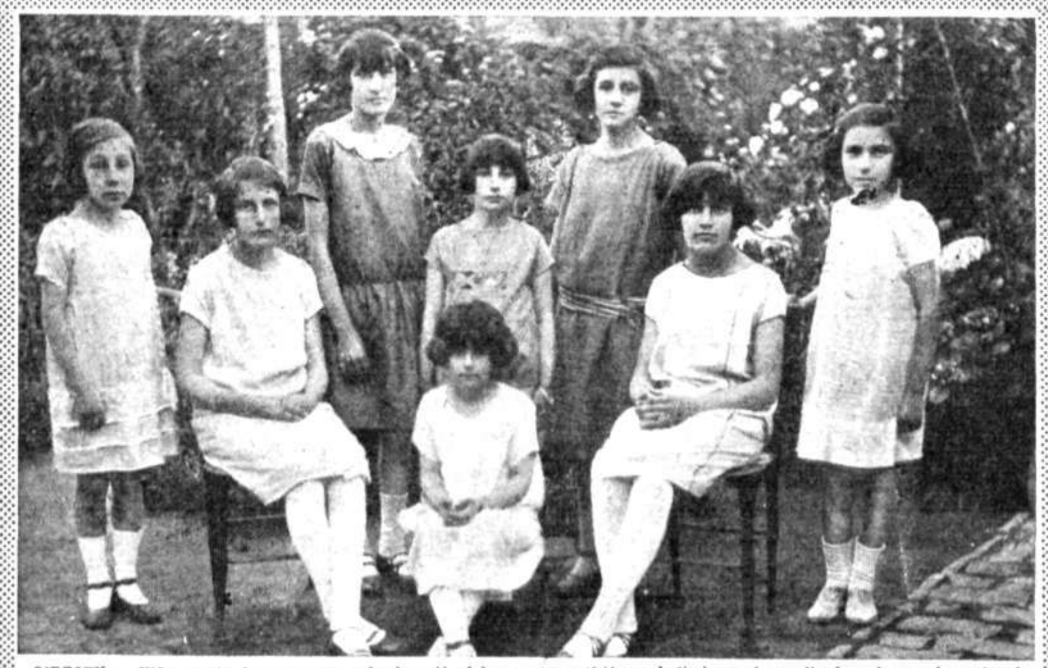
Esta desventura, pronto divulgada, atrajo la atención de un médico de la localidad que, examinando las botas, halló un diente de una serpiente de cascabel, diente incrustado en la bota y cuya parte saliente estaba de abajo arriba.

El médico extrajo el diente y pinchando con él a un perro le produjo la muerte a las pocas horas.



NOEL
MANDANOS para nuestro NOVIO
UNA
Gillette
Gillette
Navaja
de
Seguridad
Hay modelos desde
$ 4 hasta $ 30 m/n.
EN VENTA EN TODAS PARTES
Si no puede conseguirla escriba
inmediatamente a los
UNICOS IMPORTADORES
DONNELL & PALMER
554, MORENO, 572 - B. AIRES

Fiestas de fin de curso



O'BRIEN. — Niñas que tuvieron a su cargo la ejecución del programa artístico en la fiesta escolar realizada en la escuela nacional, que dirige la señorita María A. Palavecino. La exposición de labores resultó muy interesante, y el programa de declamación y los diversos actos musicales y poéticos sirvieron para poner de manifiesto el grado de adelanto de los alumnos, quienes cosecharon muchos aplausos por su actuación destacada.

. . . .



«Estoy enferma. El médico dice que es una gripe benigna y que se me pasará pronto. Sin embargo, tengo mucha fiebre y deliro por las noches, según me lo ha dicho Clarisa, la doncella, pues como comprenderás mamá no quiere decirme nada por no afligirme. Es terrible lo que me pasa, Mito. Todavía hoy estoy bajo la impresión de mi sueño de anoche. Para que no te rías te contaré todo. Te soñé a ti. Estabas acostado al pie de un árbol, con el fusil a un lado y la gorra echada sobre los ojos. Yo trataba de despertarte tirándote terroncitos a la cara, pero tú no lo sentías. De golpe, me di cuenta de que había anochecido. No sé por qué se me ocurrió entonces que estarías muerto, y me dió tanto miedo que me puse a gritar y a tirarte de la ropa, y tú no respondías y seguías lo mismo, sin hacer ningún movimiento. Me desperté llorando en los brazos de mamá... Hoy he pasado lo más sobresaltada a causa tuya y de mis sueños. ¿Y si se enterasen en casa? Clarisa me dice que en el delirio se confiesa una de todos sus secretos. Imagínate: si mamá llegase a enterarse de nuestro amor, me metería de cabeza en un convento, y entonces, adiós Mar del Plata, adiós citas en el Rosedal, adiós todo...

Dios no ha de permitir que esto pase. ¿Qué sería de mí? Tú mismo, no viéndome, me olvidarías por otra, acaso te casarías... ¡qué sé yo! Júrame Mario que no me olvidarás nunca y así me tranquilizaré del todo. Júramelo cuando me escribas. ¡Cómo me voy a poner alegre al recibir tu carta! Ya se me hace leerla: «Vida mía dime: ¿(vas a empezar así)?. Te juro por lo que más quiero en la tierra que eres tú misma...» Hazme el favor Mario, empieza así, no seas testarudo. Te llamo testarudo cariñosamente, como a mí me dice mamá. Qué loca soy, ¿no? Perdóname, es que te quiero tanto...»

«Se me ha cansado la mano de tener la pluma, por eso no te digo mil cosas más que pensaba decirte... Tengo tan mala memoria, además...»

Más abajo, escrita con desaliño, se leía esta corta nota:

«Pituca, que está acostada conmigo, *también* te manda muchos besos.

Aquí termina la carta.

Me he quedado pensando, olvidado de lo que me rodea. Esta carta de mi novia me ha producido una gran tristeza y nunca como ahora siento odio por esta vida de soldado que estoy condenado a llevar. Me digo para tranquilizarme que Dora no tendrá nada y que acaso esté levantada ya. Más aún: estoy convencido de ello, no obstante lo cual, siento algo así como la necesidad de sufrir y torturarme por ella, de compadecerla, imaginándola enferma, débil y desvelada por la fiebre... La veo tender los brazos y llamarme desde la distancia: — ¡Mito! ¡Mito! Sí, seguramente me llama y está esperándome...

Y estar aquí, tener que estar aquí, atado a mis deberes como un perro.

Ante mí, chisporrotea el fuego de la hoguera, crepita y mueve alegremente sus llamas rojizas haciendo bailar las sombras en derredor. Por todas partes por donde tiendo la vista reina la obscuridad y un silencio completo. Apenas es posible distinguir las carpas de la tropa desparramadas por todo el campo. Los árboles están quietos y parecen dormir, el cielo es azul y profundo.

Oigo los ronquidos de mis compañeros de guardia que duermen bajo la carpa. Uno sueña en alta voz...

Por un momento se me ocurre que estoy solo, abandonado de todo el mundo en medio del campo ensombrecido. Sí, me siento solo... Un invencible deseo de llorar me sube del corazón y alzo los ojos

para impedir que se me caigan las lágrimas. En ese momento, sale la luna sobre el horizonte, inesperadamente. Se oye el pío de un pájaro, el lejano canto de un gallo... Luego, todo vuelve a quedar tranquilo. ¡Hermosa noche!

De repente, percibo voces que se acercan. Es el Oficial de Servicio y el Cabo de Cuarto. Me cuadro y hago el saludo militar. Aquel me clava la mirada y me dice:

— Soldado. ¿Cómo se permite usted saludar a sus superiores, teniendo la chaqueta desprendida?

— Ha sido un descuido mi subteniente. No fué mi intención faltarle al respeto... Hacia tanto calor...

— Un soldado no debe descuidarse nunca, ¿me comprende? — Cabo.

— Ordene mi subteniente.

— Arreste a este soldado por dos días... Hoy es sábado, ¿no es así? Bien. Mañana este soldado quedará sin salida.

Al tiempo que va a anotarme el castigo, el cabo me lanza una rápida mirada de inteligencia, con la que quiere indicarme que él no tiene la culpa de lo que me pasa y que no puede hacer nada por mí. Es un buen hombre.

— Haga el relevo cabo. Van a ser las doce. Buenas noches.

— Esto dicho, el oficial se aleja de nosotros, haciendo crujir al andar la paja que hay esparcida por el suelo.

— ¿Ha visto? — me dice el cabo, una vez que aquél no puede oírle — agrega bajando la voz:— Es un falso. Busca la falta para castigar. No hay que descuidarse con él. Anoche...

De pronto se calla como arrepentido de lo que iba a decirme. Se queda moviendo la cabeza. Después se acerca a la carpa y despierta a los soldados del relevo, quienes a poco comienzan a salir, uno tras otro, tambaleantes de sueño y desgreñados. Alguien protesta a media voz mientras se ajusta el correaje. Finalmente, formamos en silencio y echamos a andar. Por el camino, el cabo refiere que he sido arrestado por el Oficial de Servicio.

Un castigo cualquiera impuesto a un compañero, no deja nunca de despertar interés entre los soldados. Mis compañeros de pelotón, a despecho de la instintiva antipatía que les inspira mi condición de hombre culto, y mi natural reserva que ellos achacan a menosprecio, esta vez se ponen de mi parte y dicen pestes del servicio y de los oficiales, pero acaban por tranquilizarse y sentirse satisfechos de no hallarse en mi situación.

Se hacen los relevos. Al llegar al extremo del campamento me toca el turno a mí y quedo apostado con orden estricta de no dejar entrar ni salir a nadie.

Por lo pronto comienzo a pasearme. Los minutos pasan lentamente. Desde que empezó a correr viento hace un poco de frío; es un viento tornadizo: tan pronto se lanza a lo alto, haciendo chispear la hoguera de la guardia, silbando y agitando los árboles, como se aquieta y tiembla silenciosamente entre las hierbas.

Poco a poco, a la depresión del espíritu se sucede en mí una ardiente inquietud, y, sin saber por qué, evoco antiguos y queridos recuerdos a los que se mezclan mis actuales preocupaciones. Tan vehementes son los sentimientos que experimento que deseo irresistiblemente hablar, romper este silencio encantado de la noche, y dejar que se desborde mi corazón.

— Dora mía... — murmuro. — Dora...

Miro en torno con recelo. Nada. Nadie ha podido oírme.

El viento sacude suavemente los árboles, cuyas ramas se balancean como llamándome: la luna está alta ya y parece una cara regocijada; sobre la hierba brilla el primer rocío de la mañana...

Quisiera leer de nuevo la carta de Dora. La saco del bolsillo y trato de leer a la luz de la luna. Sólo distingo trazos ininteligibles y ni siquiera me es posible descifrar mi nombre escrito al comienzo de la carta. Ahora comprendo cuánto es mi amor por Dora. La angustia va haciendo presa en mi corazón, la angustia y el deseo de verla. Y camino agitado por tristes presentimientos. La humedad del suelo traspasa la suela de mis borceguíes y me cala hasta los huesos, pero eso no me preocupa.

Más aumenta mi aflicción el pensar que no podré salir de aquí en toda la semana por estar arrestado. Diez días sin salir, condenado a vivir en Campo de Mayo, entre la tropa. Maldita vida. Me es intolerable. La injusticia que acabo de sufrir me irrita tanto más cuanto que me veo impotente. Me confieso que he sido un cobarde por no haber sabido defenderme cuando se me arrestó. He sido un cobarde. Pateo el suelo con rabia. Va pasada una hora que camino sin cesar de un punto al otro. Una vez que se me releve podré dormir unas pocas horas, tirado sobre un camastro, vestido y con los botines puestos; luego entraré de nuevo en servicio, hacia el amanecer, entumecido de frío y de sueño. Durante tres meses más deberé aguantar la misma vida, gritos, arrestos, calabozos, el estéril trabajo de los soldados, la suciedad y la degradante promiscuidad de la tropa. No alcanzo a comprender cómo los hombres puedan permitir y someterse a estas leyes absurdas.

El odio y el amor luchan juntos en mí por la libertad.

Pateo un cascote.

Tengo deseos de arrojar el fusil y escapar a través del campo. Desde que este deseo me domina mis paseos se hacen más largos. Me digo que mi deber es sacrificarme por Dora y correr a su lado. Pienso que me llama. Ciertamente, ahora tengo la clara sensación del peligro que la amenaza: Dora está grave, mi Dora. Yo soy un cobarde que no merecía haberse enamorado de ella.

Si me escapo me castigarán severamente; me mandarán a prisión. Sería una locura. Además, llegaría tarde a la ciudad y no podría verla.

Pero he aquí que no obstante estas reflexiones, estoy terriblemente tentado y apenas me domino. Tiemblo... Miro en derredor, hacia el campamento iluminado por la luna, el terraplén del tranvía, cuyos rieles resplandecen aquí y allá, entre los pastos, misteriosamente, y aparecen invitarme a huir...

Veré a Dora y le diré que he sido un loco. La inutilidad de mi sacrificio le hará más bello todavía y me mostrará ante ella semejante a un héroe. La voluptuosidad del sacrificio enardece mi sangre y siento que una fuerza poderosa y desconocida me empuja. Ya no me es posible detenerme. Camino, camino...

A lo que no puedo decidirme es a arrojar este maldito fusil que me impide correr más a prisa. Me falta valor para desprenderme de él...

Una, dos, tres veces he vuelto la cabeza. Ahora el fuego de la guardia no es más que un punto luminoso en la lejanía. Comprendo que es inútil volver, pues sin duda es ya demasiado tarde... Y corro saltando por encima de los matorrales y de los barrancos, sin querer detenerme un instante para pensar o tomar aliento, aterrado de mi propia locura, temblando de entusiasmo, desatentado, como un pájaro que recobrara de pronto la libertad. Es como un sueño...

DIBUJOS DE BESARES

Fiesta escolar



QUEMU-QUEMU (Pampa). — Alumnos de la Escuela N.º 115 que festejaron con una hermosa fiesta la terminación del año escolar.

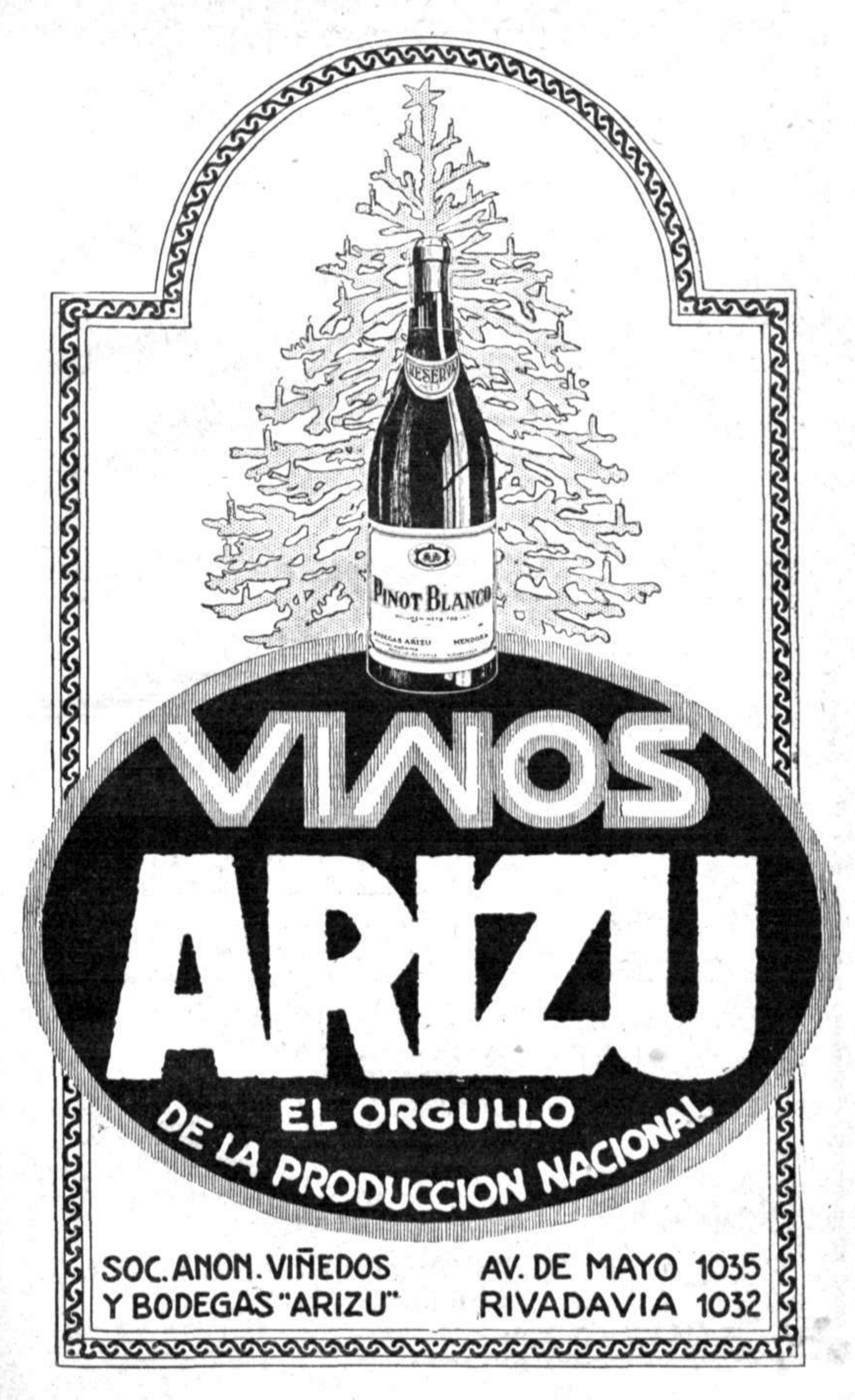
LA MEDIDA DEL TIEMPO

¿Cuál fué el primer calendario que se conoció en el mundo? Nada menos que a 2155 antes de Jesucristo es preciso que nos remontemos para contestar a la pregunta: lo formó Yao, emperador de China en aquellos tiempos.

Otros calendarios antiguos fueron los que confeccionaban los egipcios, los cuales no sólo consignaban en aquellos el censo de los astros sino también la época de las inundaciones del Nilo y su duración, la estación en que debían sembrarse y recogerse las cosechas y cuantas noticias pudieran ser útiles a la agricultura.

Pero además de los calendarios, el hombre ha ideado otros medios que marcan ordenada y regularmente el transcurso del tiempo, el reloj, por ejemplo. El primero que se conoció fué un reloj de sol, construído en el año 306 antes de Jesucristo por Papirio Cursor, en Roma. Pero puede decirse que el primer artefacto de estos dedicado exclusivamente a marcar los sucesos, o sea a medir el tiempo, lo construyó el filósofo Anaximandro de Melito 575 años antes de Jesucristo; fué un cuadrante, y dicho se está con ello que sólo marcaba el tiempo mientras el sol estaba en el horizonte.

¡Cuánta diferencia entre estos relojes y los que hoy se conocen, maravillas de la industria y del arte!


RESERVA
PINOT BLANCO
BODEGAS ARIZU
MENDOZA
VINOS
ARIZU
EL ORGULLO
DE LA PRODUCCION NACIONAL
SOC. ANON. VIÑEDOS
Y BODEGAS "ARIZU"
AV. DE MAYO 1035
RIVADAVIA 1032

Nuevos bachilleres



El rector del colegio nacional de Dolores, señor R. Melgar, y personal docente de dicho establecimiento, rodeado por los alumnos que han terminado recientemente su bachillerato.

LA VERDAD DEL STRONGFORTISMO

STRONGFORTISMO es el nombre con que se conoce mundialmente en los círculos intelectuales, a la ciencia de la Salud y de la Fuerza. Lionel Strongfort, cuyo retrato acompaña estas líneas, fué su creador hace treinta años y desde entonces ha venido difundiendo sus enseñanzas por el mundo y obteniendo en todas partes el éxito más halagador.

Más que un tratado de cultura física

Acaso muchos se imaginarán que el **STRONGFORTISMO** no es otra cosa que un compendio de instrucciones para el desarrollo muscular del individuo. Pero es mucho más que eso. Es un sistema científico para librar a la humanidad doliente de la tortura de las enfermedades.

La salvación de miles de desgraciados

Sin drogas ni medicinas de ninguna clase, el **STRONGFORTISMO** ha sacado del abismo de la desesperación e infelicidad a miles de individuos que, ya por exceso de trabajo o falta de nutrición, ya por excesos sexuales u otros vicios, habían sacrificado, no sólo la salud, sino la felicidad, pues sin aquélla la vida no vale la pena de vivirse.

Deseo que lea mi libro

Leyendo mi libro, **"Promoción y Conservación de la Salud, Fuerza y Energía Mental"**, tendrá usted una idea de lo que es y significa el **STRONGFORTISMO** y de cómo puede adquirir un cuerpo vigoroso y rebosante de salud. Sírvase enviarme el cupón que aparece en esta página, junto con diez centavos en estampillas para el franqueo, y tendré el gusto de remitirle, gratuitamente, un ejemplar del libro mencionado.



LIONEL STRONGFORT
El Hombre Perfecto.

LIONEL STRONGFORT

ESPECIALISTA EN PERFECCION FISICA Y SALUD

STRONGFORT INSTITUTE *Establecido en 1895* **NEWARK, NEW JERSEY, E.U.A.**

- - - - - - - - - - Córtese por aquí - - - - - - - - - -

Sr. Lionel Strongfort, 5001 Strongfort Institute, Newark, New Jersey, E. U. A.

Tenga la amabilidad de enviarme su libro, **"Promoción y Conservación de la Salud, Fuerza y Energía Mental"**, para cuyo franqueo incluyo estampillas equivalentes a 10 centavos oro americano.

He marcado con una X las materias en que estoy interesado. Sírvase darme gratuita y confidencialmente informes sobre ellas.

...Afecciones de la piel	...Debilidad sexual	...Enfermedades venéreas	...Neurastenia
...Anemia	..Deformidad física (cuál)	...Estreñimiento	...Obesidad
...Asma	...Desarrollo muscular	...Felicidad conyugal	...Paludismo
...Aumento de talla	...Desórdenes femeninos	...Gran fuerza	...Parto feliz
...Barros	...Delgadez	...Hábitos secretos	...Pérdidas seminales
...Biliosidad	...Diabetes	...Hernia	...Pulmones débiles
...Caída del cabello	...Dolor de cabeza	...Impotencia	...Reumatismo
...Catarros	...Enfermedades del estómago	...Mala memoria	...Sangre impura
...Corazón débil		...Nerviosidad	...Vista débil

Nombre ....

Edad .... Ocupación ....

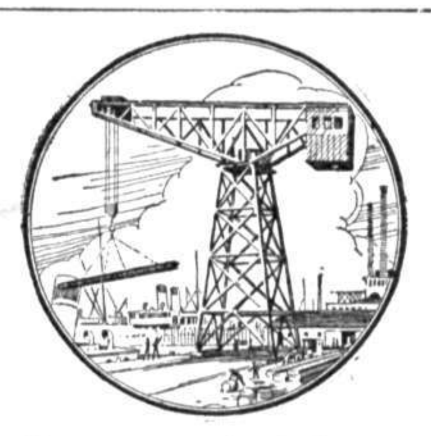
Calle .... Ciudad ....

Provincia .... País ....

Quiere hacer funcionar ésta magnífica grúa?

Mírela! Todo lo más que debe hacer es tirar ligeramente de la palanca para que la carga se eleve. Si es poseedor de una Caja MECCANO, toda su única diversión será hacer funcionar ésta grúa. Las piezas de MECCANO son piezas de verdadera ingeniería, así es que ésta grúa puede funcionar tal y como funcionan las grúas más grandes del mundo. Por su propia voluntad puede desmontar su grúa, para poder construir una torre, una nave de guerra, cualquier modelo que sea de su gusto montado con su caja.

INSISTA QUE SU CAJA LLEVE LA MARCA MECCANO.



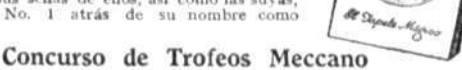
MECCANO

Ingeniería para Niños



Gratuitamente á los Niños

Un nuevo y esplendido libro Meccano con ilustraciones magnificas sera enviado á todo jovencito que muestra este anuncio á tres compañeros. Enviénos sus señas de ellos, así como las suyas, indicando No. 1 atrás de su nombre como referencia.



Concurso de Trofeos Meccano

Gran Concurso en que se ofrecen hermosas copas y medallas. Pida á su proveedor ó á nuestro agente en Buenos Aires toda clase de datos y formularios de inscripción.

Agente en la República Argentina:

J. F. Macadam y Cia., Buenos Aires, Balcarce 326.

En los RECREOS

La Mancha

Mirando a estas chicas «jugar a la mancha» me distrae ver cómo, con qué ansiedad corren para que la *mancha* no las toque. Es notable; para dejar de ser *mancha*, basta tocar a otra, manchar a otra...

Tienen, en caso extremo las perseguidas, el recurso del *pido. ¡Pido! ¡pido!* — se las oye gritar, — y la *mancha* no puede tocarlas...

También yo he jugado a la mancha muchas veces, con la Vida.

Y viéndome perdida también he gritado· *¡pido!*, clamando por una tregua de paz. Pero la Vida no me ha perdonado y me ha tocado.

Entonces, desesperadamente, he debido correr a los otros, correr a riesgo de todo, aun sobre mi conciencia, para no quedar *mancha*...

Carreras

Pueden clasificarse en dos categorías estos alumnos que corren:

— Los que piensan sólo en llegar y los que calculan si llegarán antes que los otros... Es decir, los que corren mirando el punto final y los que a cada momento se dan vuelta para ver si los otros vienen cerca. Como los que en la vida luchan — no por llegar a un ideal, sino por pasar a los *otros* — estos últimos corredores se complican el juego y generalmente quedan atrás.

Una mala insolencia

De pronto, en el apogeo el juego, uno más tímido os viene a contar:

— Señorita, ese niño dijo «una *mala insolencia*».

(Una mala insolencia es lo que los grandes llamamos una mala palabra...)

La señorita hace como que no oye y luego, en un momento oportuno dicta una monumental clase de moral destinada a los niños que emplean un lenguaje grosero...

Pero *la señorita* sabe bien que su discurso es dolorosamente ineficaz, pues *la mala insolencia* brota al primer choque, de la boca de los niños, tan natural, tan espontánea, tan sin malicia, como la chispa de una piedra golpeada. Tanto tienen en la sangre las malas palabras estas criaturas, que desde que nacen las oyen en la casa, en la calle, en la plaza, en el almacén de la esquina...

Las Maestras

A pesar de la orden de vigilar a los alumnos en los recreos, las maestras se agrupan y charlan, a veces olvidándose del mundo y de los chicos.

Y es natural que así sea, ya que las maestras tienen también su corazoncito.

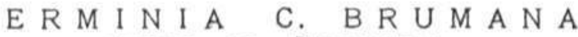
Por otra parte, los recreos se han hecho también para descanso de los maestros que tienen necesidad después de una hora de clase, de desarrugar el entrecejo y reir libremente.

Pimpollos

¡Oh! ¡Estas niñas de sexto grado, que ya no quieren jugar y se las ve paseándose en grupitos, charlando en voz baja, sonriéndose entre ellas, y mirando a lo lejos!

¡Estas chicas que ya no quieren jugar y tienen aún la pollerita corta, los miembros flexibles y los ojos claros y limpios!

Después, cuando las faldas se alarguen y los ojos se ensombrezcan, ansiarán volver a jugar, pero los miembros no les responderán, porque el corazón no saltará a compás de las piernas, pesado ya, de tantas lágrimas como habrá en él...



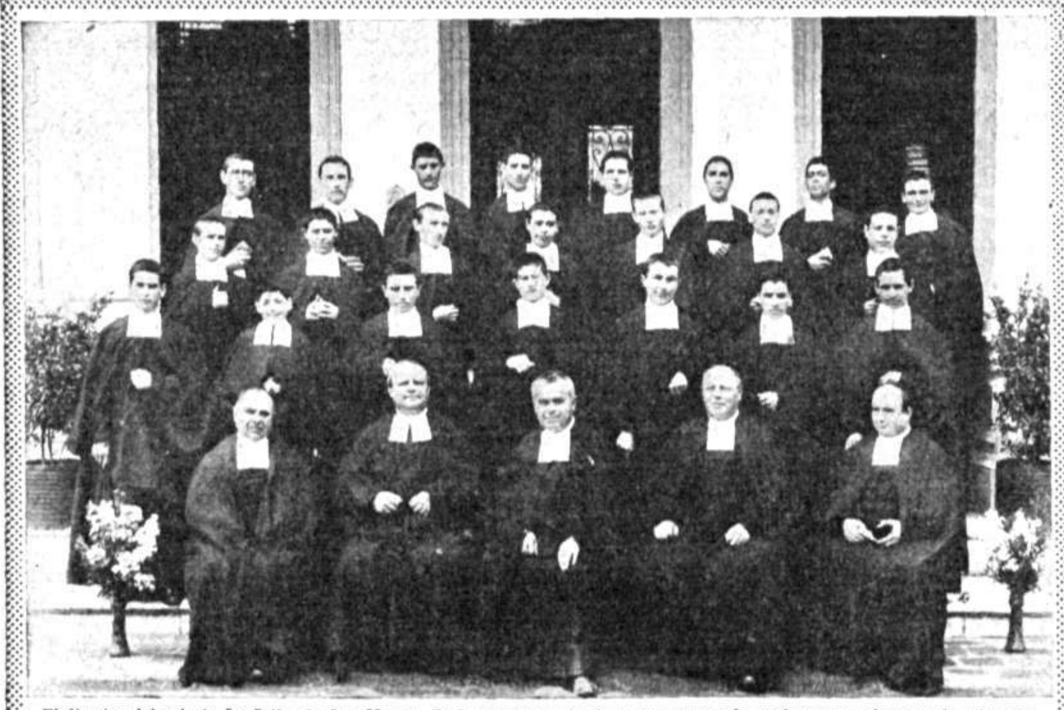
HERMINIA C. BRUMANA

DIBUJOS DE PARPAGNOLI




OLIO
SASSO
PURA OLIVA
ONEGLIA

Colegio La Salle

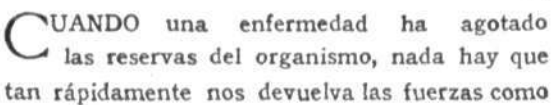


El director del colegio La Salle, de San Martín, R. P. Eusebio, rodeado por un grupo de profesores y alumnos de este establecimiento religioso.

¡fuerzas!



CUANDO una enfermedad ha agotado las reservas del organismo, nada hay que tan rápidamente nos devuelva las fuerzas como



La sangre se enriquece de nuevo, los músculos recobran su tonicidad, los nervios reviven y el cerebro recobra su vigor. Ello se debe a que Quaker Oats ***contiene todos los diez y seis elementos que el cuerpo requiere para su perfecta nutrición.*** Además es muy fácil de digerir. Los médicos lo consideran como el alimento ideal para los convalecientes.



El Talismán



La más linda sonrisa de una mujer será siempre debida a sus dientes, gracias al DENTOL.

EL DENTOL (agua, pasta, polvo, jabón) es un dentífrico que además de ser un excelente antiséptico está dotado de un perfume muy agradable. Fabricado según los trabajos de Pasteur, endurece las encías. En pocos días da a los dientes la blancura de la leche. Purifica el aliento estando especialmente indicado en los fumadores. Deja en la boca una sensación de frescura deliciosa y persistente.

El DENTOL se encuentra en todos los buenos establecimientos que venden perfumería y en las Farmacias. Depósito general: MAISON FRERE, 19, rue JACOB, PARIS.

Fiestas escolares

Público que asistió a la función teatral organizada por los alumnos de las Escuelas "Lainez" de Bahía Blanca, festejando la clausura de las clases.

Cuadro vivo "La Noche", integrado por las alumnas de la Escuela N.º 9 de Bahía Blanca, en la fiesta realizada celebrando la terminación del año escolar.



Hará fortuna
...si estudia y obtiene el diploma de uno de nuestros cursos profesionales.
Mande su dirección y recibirá gratis un manual para aprender a escribir a máquina y folletos explicativos de los cursos que enseñamos por correo.
Usted estudia en su casa y remite los ejercicios por correo para que nuestros profesores especialistas se los corrijan.
Tenedor de Libros
Taquigrafía
Ortografía
Aritmética
Electricista
Dibujo Artístico
Constructor
Contador Mercantil
Correspondencia
Caligrafía
Mecánico
Chaffeur
Maquinista
Dibujo Mecánico
Regalamos a los alumnos: papeles, sobres, libros de estudio, diploma al terminar, etc. Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio.
ESCUELAS SUDAMERICANAS
DE ENSEÑANZA POR CORREO
1059, LAVALLE, 1059.—BUENOS AIRES
(LAS ESCUELAS MAS GRANDES DEL MUNDO)
Nombre
Dirección
Localidad
C. C.

Nuevos profesores



TUCUMAN. — Grupo de alumnos egresados de la Academia de Dibujo y Pintura de la Universidad de Tucumán.

FERROCARRIL CENTRAL DE ENTRE RÍOS

INFORME DE SU ÚLTIMO EJERCICIO

En el informe anual del Ferrocarril Central de Entre Ríos dado a conocer en Londres se anuncia que las entradas brutas alcanzaron a un millón 201.368 libras esterlinas. El total de las entradas netas, con intereses, etc., alcanza a 478.301, de cuya cantidad debe deducirse el tres por ciento para las acciones de capital. El dividendo será del seis por ciento.

Se destinará la suma de 180.000 libras para pagar un dividendo del nueve por ciento a las acciones preferidas, menos el importe del impuesto a la renta.

Las informaciones satisfactorias acerca del estado de los ferrocarriles en la Argentina han provocado comentarios optimistas en dicha capital, y se elogia sobre todo los esfuerzos que ha hecho el Gobierno argentino para hacer frente con éxito a los problemas financieros nacionales.


—¿ESTÁS ENOJADO MUCHACHO?

LA SED DE HILARIÓN

—¿Parece que adelanta la obra, amigo Hilarión?

—Usted lo ve mejor que yo.

—Vamos, siempre haciendo tus chistes.

—Y qué quiere, don Eulogio... De alguna manera hay que enredar las penas.

—¿Va a ser larga la hijuela?

—Desde la huerta hasta la acequia. Me falta mucho todavía. Ya sabe que yo trabajo más que cualquiera y hago menos. Eso no lo puedo remediar. Pero hay que servir de algo a los otros.

—Es claro.

—Antes de irse dígame, don Eulogio, si llevo derecha la hijuela. Desde ayer creo que me he desviado.

—Va lo más bien, amigo. Como si al cavador no le faltara nada.

El viejo Eulogio espoleó su caballo y se alejó por el ancho camino bordeado de frondosos y elásticos sauces, mientras Hilarión continuaba su tarea.

Ciego de nacimiento había crecido sin salir de los estrechos límites de las tierras familiares. Aprendió los diversos menesteres del trabajador agreste, y a fuerza de empeño llegó a vencer las dificultades que constantemente se le presentaran.

Pequeño aún ayudó a sus padres en la roturación de su suelo, la siembra, el cavado de las hijuelas de riego, la recolección de los frutos, y pasados los veinte años era el niño mimado de los ranchos, donde se llegaba a menudo por un regalo que traía o llevaba o un mate cebado al pie de los árboles domésticos.

El y el viejo Eulogio eran los más conocidos en todas las inmediaciones, uno por sus habilidades de ciego y el otro por su larga vida llena de peripecias y de sabrosos aunque a veces, duros y dolorosos pasajes.

—Eso nomás faltaba, —murmuró Hilarión al poco rato de cavar, —que se rompa la pala. Ahora mi mama vieja dirá que la hice pisar con el carro.

Se puso a tantear el mango grisáceo de la herramienta e hizo una mueca con los labios al comprobar una rajadura. Dando muestras de fastidio revolvió los bolsillos de su chaqueta y sacando un alambre comenzó a liar su pala.

Los diversos rumores del campo llegaban hasta sus delicados oídos como una música, repetida constantemente, pero siempre agradable. Sumido en una obscuridad absoluta llegó a conocer lo que le rodeaba por sus otros sentidos, como es natural, sobre todo por el oído. Los rumores del campo no debían callar, porque él se moriría. Ellos eran a toda hora los mensajeros de la vida exterior y le sabían como el agua fresca de las acequias, con igual sabor todos los días, pero infinitamente mejor en los apuros de la sed.

Liando su pala escuchaba con el rostro vuelto a un lado, cuando comenzó a sentir sed. Pero no sed de agua, sino esa otra que alborota en el pecho cuando es primavera en el cuerpo y en el alma, y de todos los puntos de la tierra y del aire viene un soplo extraño, aromático, promisor de vidas nuevas.

Aguzó los oídos, y apoyándose en la pala, cuyo filo cortó el suelo, se quedó atento a la armonía exterior.

De la distancia un cantarcito llegó tropezando entre las hojas como pajarillo asustado.

Hilarión oprimió el mango de su herramienta e hinchó el pecho robusto, mal cubierto por la burda camisa.

El cantarcito se hizo más claro y cercano, y unas ramas se troncharon al paso de sus ágiles y menudos pies.

La Casilda, queriendo acortar el camino, había cruzado el potrero, y, como de costumbre, venía cantando un aire de su tierra. Al llegar a la huerta vió al ciego que tenía en los labios una sonrisa indefinible.

—Buen día, Hilarión—saludó entre una sonrisa fresca y acariciante.—¿Parece que hay mucho trabajo, eh? ¿Ya terminaste la obra? Y ahora ¿qué haces ahí como un palo?

—Me vino una sed muy grande y estaba sin hallar qué hacer.

—El remedio es tomar agua, cieguito.

—No es sed de agua.

—Vaya... yo no conozco otra... Estás lleno de misterios. Además, no es bueno desear el agua. Dentro de poco ya no habrá ni una gota.

—¿Por la seca?

—Sí, por eso.

—Tal vez la seca me ha traído esta sed que tengo.

—A todos nos pasa lo mismo.

—¿A vos también?

—Digo que a todos nos da mucha aflicción esto de que no llueva en tanto tiempo.

—¡Ah!

—Pero... ¿qué te pasa? Pones una cara...

—Nada... sí... Bueno, mira, yo quiero que vos... ¡nada!... que no puedo decir...

La Casilda rió de buena gana y corriendo hasta el extremo de la hijuela se detuvo y exclamó:

—Lo que debes hacer es dejarte de firuletes y seguir el trabajo. Algún día ha de venir agua y entonces esta hijuela servirá para llevarla a la huerta.

—¿Crees que vendrá?

—Sí; más tarde o más temprano, pero vendrá. ¿No te acuerdas del cantar que dice:

Si el Dios del cielo no quiere
hacer llover,
las lágrimas se harán nubes
y volverán a caer.

—Sí, me acuerdo y por eso seguiré cavando.

Cambiaron algunas palabras más y la Casilda se alejó cantando de nuevo. Las notas claras y melancólicas ondulando por los ramajes se quedaban prendidas en ellos como floreillas temblorosas que al fin caían silenciosamente como sobre un suelo de humo.

Así se las imaginaba Hilarión cuando tomando la pala se puso a cavar otra vez.

Derecha iba la hijuela como si el cavador viera con los ojos del cuerpo. Y oyendo los rumores del campo pensó en algo muy íntimo y lejano.

La voz de miel, fresca y dulce de la moza aquella, hacía tiempo que le venía cavando en el alma una profunda hijuela. Iba larga ya y por eso comenzó a sentir esa sed violenta que no era de agua. Sed de alma, solamente calmada cuando se acaba el anhelo, y en el pobre ciego este anhelo parecía no tener fin.

Hundió el filo de su herramienta en la tierra reseca, con vigor y hasta con rabia, mientras sentía el lejano cantar de la Casilda que a medida que se atenuaba vibraba más claro en lo profundo de su corazón.



LIANDO SU PALA ESCUCHABA CON EL ROSTRO VUELTO A UN LADO.

DOÑA Nicanora se revolvió entre las colchas de su cama y despertó sintiendo algún ruido cerca de ella.

—¿Qué andas hurgando, muchacho?

—No puedo hallar la gaveta.

—Acostáte y dejáte de molestar.

—Tengo que ir a trabajar, mamá. ¡Ah, aquí está!

Hilarión salió del rancho y con paso firme se fué a la cocinita.

Al poco rato, chupando la bombilla de su mate oía los torpes aletazos que daban las gallinas al bajar de la tala al patio. Luego comenzó a poblarse el aire con los vagos rumores del amanecer, y agitado en leve brisa le acarició el rostro y le meció los cabellos sobre la frente. Algunos pajaritos insinuaron sus cantos con indecisos silbos y un toro lejano dió su nota larga y melancólica.

Todo esto era para el ciego lo que para los ojos sanos el prodigio cotidiano del alba, desde la tímida claridad primera hasta la prodigiosa irradiación del sol sobre las cosas que despiertan; más a pesar de su tiniebla que nunca le fué herida por un rayo de luz, aquel amanecer lo sintió clarísimo, alegre como nunca, lleno de dulces promesas.

Terminó de tomar su mate y echando al hombro la pala se dirigió a la huerta.

A mitad del camino le ocurrió algo muy raro en él. Tuvo deseos de cantar. ¡Qué bien! Eso era una buena ocurrencia. Pero ¿cuál sería la canción que en la garganta del pobre ciego respondiese a su alegría? ¡Bah! Cualquiera, la que le saliera primero. ¿Acaso iba a elegir? Con la pala a modo de guitarra, cruzada delante de sí, cantó:

Ay, mi chinita
pensando siempre en mi amor
a todos les cuento mis penas,
menos a vos...

Pero ¿porqué dejó de cantar Hilarión a poco de comenzar su canto? ¿De dónde sacó esa cuarteta en la que había una palabra que nunca se atrevió a pronunciar? Amor... ¿Acaso sabía lo que era eso? Y si lo sabía ¿quién se lo enseñó?

A medida que se aproximaba a la huerta sentía subírsele a la garganta, a los labios, a los ojos, esa sed extraña que no era de agua como la de los otros, esa sed de alma, de su alma sin luz pero luminosa. Y llegado que hubo a la hijuela se puso a cavar nervioso, hosco, mientras el sol se extendía cariñosamente por el cielo y amarilleaba en la copa de los árboles.

Pasaron las horas y el ciego seguía inclinado sobra la tierra dando paletada tras paletada.

Al medio día se le acercó un jinete. Era el viejo Eulogio.

—¡Caramba! Esto es mucho trabajar —exclamó bajándose el ala del sombrero.— La tarea es fuerte y hace mucho calor, amigo.

El ciego murmuró algo incomprensible.

—¿Estás enojado, muchacho? ¿No contestas al viejo amigo?

Don Eulogio se encogió de hombros y dijo tirando de las riendas para irse.

—La seca larga vuelve locos a los muchachos. ¿Para qué apurarse en las hijuelas, si no hay agua?

Hilarión se enderezó un tanto y dijo agitadamente:

—¿Agua? Si habrá... tarde o temprano, pero habrá.

El jinete se fué haciendo chasquear el látigo en las ancas del caballo, convencido de que no solamente los perros enloquecen con el calor.

Hilarión dejó la pala y midió a largos pasos lo que le faltaba para concluír. De pie, al borde de la acequia enjuta aspiró con fuerza el aire. Parecía husmear algún olor lejano.

De repente le temblaron las alas de la nariz, se le enrojeció más aun el sudoroso rostro y lanzó un grito:

—¡Ya!

Como un eco, desde el otro lado del cercado una voz repitió:

—Ya...

El ciego retuvo el aliento y quedó con el labio caído.

De un salto la Casilda se allegó a él y exclamó:

—¡El cieguito trabajador! ¡El cieguito se está volviendo tonto.

— Ella... — dijo alegremente Hilarión agitando las manos.

— Sí, soy yo... Iba a tu casa y al pasar por el potrero oí que gritabas... Con el susto yo también grité... Pero, ¿qué es lo qué te pasa?

— Ah, Casilda... por fin...

— ¿Qué?

— El agua.

— ¿Adónde?

— ¿No dijiste que tarde o temprano vendría?

— Sí.

— Bueno... ya viene.

— No.

— ¿No? ¿Acaso no la sientes cómo yo? Mirá, mirá allí...

Hilarión estaba radiante al extender la diestra hacia un punto del horizonte. Pero, con el rostro vuelto hacia un lado, parecía escuchar el avance de la blanca nubecilla que como un copo de lana se cardaba y extendía en la linde del bosque.

La Casilda fijó sus hermosos e inocentes ojos en ella y con su mano morena como el pan doméstico oprimió un brazo del ciego.

— ¡Una nube! — gritó gozosa.

Permanecieron callados unos instantes.

Ellos bastaron para que la nube se agrandara y uniera con otras, que, apareciendo casi de súbito, avanzaban hacia lo alto del cielo sombreándose poco a poco al separarse.

El sol, presintiendo de su derrota, dardeaba con ahinco la masa vaporosa que continuaba hinchándose, y la furia del astro pareció estremecer el aire, que se encrespó en leve brisa y luego en rauda ventolina. Algunos remolinos de polvo se alzaron entre los árboles y varias hojas rodaron, tropezando en los terrones de la huerta.



— ¡BUENO, MIRA, YO QUIERO DE VOS...! ¡NADA!...

Medio cielo despareció detrás de los nubarrones y gravemente, como el latir de un corazón enorme que reviviera de pronto, un trueno llenó todos los ámbitos del campo.

Hilarión puso su mano sobre la de la Casilda que seguía oprimiéndole el brazo. La moza entonces le dijo:

— Vamos... vamos a casa.

El le respondió meneando la cabeza.

— Si no te apuras te dará la lluvia.

—Vamos...

— No.

— ¿Pero estás loco?

— Sí... loco cómo me dijo don Eulogio... y algo más... Ahora tengo otra vez mucha sed... mucha sed...

— ¿Vas a quedarte?

— Espera un poquito. Ya nos iremos. Quiero que me den las primeras gotas... aquí en la boca, junto a la hijuela que he cavado yo solo.

— Entonces me voy... Yo no quiero mojarme.

— ¡Ah!... vos no tienes sed...

— No... sí... bueno, yo me voy.

Y se apartó unos pasos.

El ciego abrió muy grandes los ojos inútiles y dos lágrimas brillaron en ellos.

La Casilda se detuvo vacilando y aproximándose rápidamente a Hilarión le tomó una mano.

— No puedo dejarte solo... corramos, yo te ayudaré.

Unas gotas grandes como chañares rebotaron aquí y allá sobre el polvoroso suelo y una de ellas le dió al ciego en la mano que le tomara la Casilda.

Ella, toda medrosa, le vió aplicar sus labios en la mano mojada y a tirones, casi arrastrándole le llevó hasta el camino.

— No vayas tan ligero, puedes, caer... no... — suplicaba Hilarión mientras corrían entre las gotas ya rápidas y numerosas.

Un segundo y tercer trueno retumbaron desgarrando los gruesos nubarrones, y, como a un conjuro, comenzó a caer la lluvia espesa y sonora sobre la reseca extensión.

El camino se tornó en torrente.

Los árboles que lo bordeaban se abatian al peso del agua y sus ramazones temblorosas se hundían en la rápida corriente.

La Casilda y el ciego no podían correr ya. Las ropas empapadas les aumentaban la fatiga y adelantaban con grandes esfuerzos.

De pronto, los dos cayeron.

— ¡Casilda!

— ¡Hilarión!

— ¡Ay!

— ¿Te has herido, Casilda?

Ella no respondió.

El ciego la tomó por la cintura y la enderezó un poco. Con los labios le buscó los labios y a través del agua que los envolvía la besó apretadamente, ansiosamente...

— No... dejame...

— Tenía sed... Casilda... mucha sed... pero no de agua... Me dijiste que tarde o temprano vendría y... ha venido... Ahora ya no tengo sed...

Muchos relámpagos rayaron las nubes y algún trueno rezongando se extinguió en la lejanía. El camino convertido en arroyuelo runruneaba una dulce canción de cristal, y mientras los árboles empezaban a alzar sus ramas brillantes de lluvia, el campo mojado parecía susurrar:

— Ya no tengo sed...

Un trino de pájaro pasó por el aire saturado de frescura, y el sol deslizó una alegre claridad sobre la pala abandonada al borde de la acequia.

GREGORIO GUZMÁN SAAVEDRA

DIBUJOS DE PARPAGNOLI

LAS PASCUAS DE LOS JUDIOS

Atendiendo al orden cronológico dentro del calendario israelita, la primera fiesta importante es la de Ros Hashaná, o año nuevo, que empieza el primer día del mes de Thisri, correspondiendo a nuestro septiembre o a nuestro octubre, según la luna, y dura dos días. La víspera, hacen los israelitas una comida especial, fuera de las usuales, compuesta de siete legumbres, y frutas frescas hervidas con un trozo de cabeza de carnero, dátiles e hinojo.

A los ocho días de Ros Hashaná, viene el Kipur, o día del Perdón (10 de Thisri). Ayunan rigurosamente los israelitas durante treinta horas. Todo judío debe perdonar de corazón a sus enemigos en este día santo. Al encontrase por las calles, se abrazan unos a otros los enemigos.

Cuatro días después del Perdón, se celebra la Pascua de Sucoth o de las Cabañas (15 Thisri), denominada también de la Recolección o de la Vendimia. Dura ocho días: los dos primeros y los dos últimos de fiesta entera, y los otros cuatro, de media.

En el Sucoth, se observa lo que prescribe el capítulo XXIII del Levítico... "Y tomaréis el primer día gajos con fruto de árbol hermoso, ramos de palma y ramas de árboles espesos y sauces de los arroyos; y os regocijaréis delante de Jehová, vuestro Dios, por siete días... En cabañas habitaréis siete días; todo natural de Israel habitará en cabañas, para que sepan vuestros descendientes que en cabañas hice yo habitar a los hijos de Israel, cuando los saqué de la tierra de Egipto; Yo, Jehová, vuestro Dios".

La fiesta de las Cabañas fué instituída para que se perpetuara en el corazón de los hebreos la memoria y el agradecimiento por la protección visible que experimentaron del Señor, durante los cuarenta años que permaneció en el desierto el pueblo elegido. El último día, es el de la gran fiesta de la Ley, Simhath Torá; concluye en él la lectura sabática de los capítulos del Pentateuco, y vuelve a comenzarse de nuevo por el Génesis. Durante los ocho días que duran las fiestas, los hebreos se alimentan y viven el mayor tiempo posible en unas cabañuelas de cañas edificadas en las azoteas de sus domicilios.

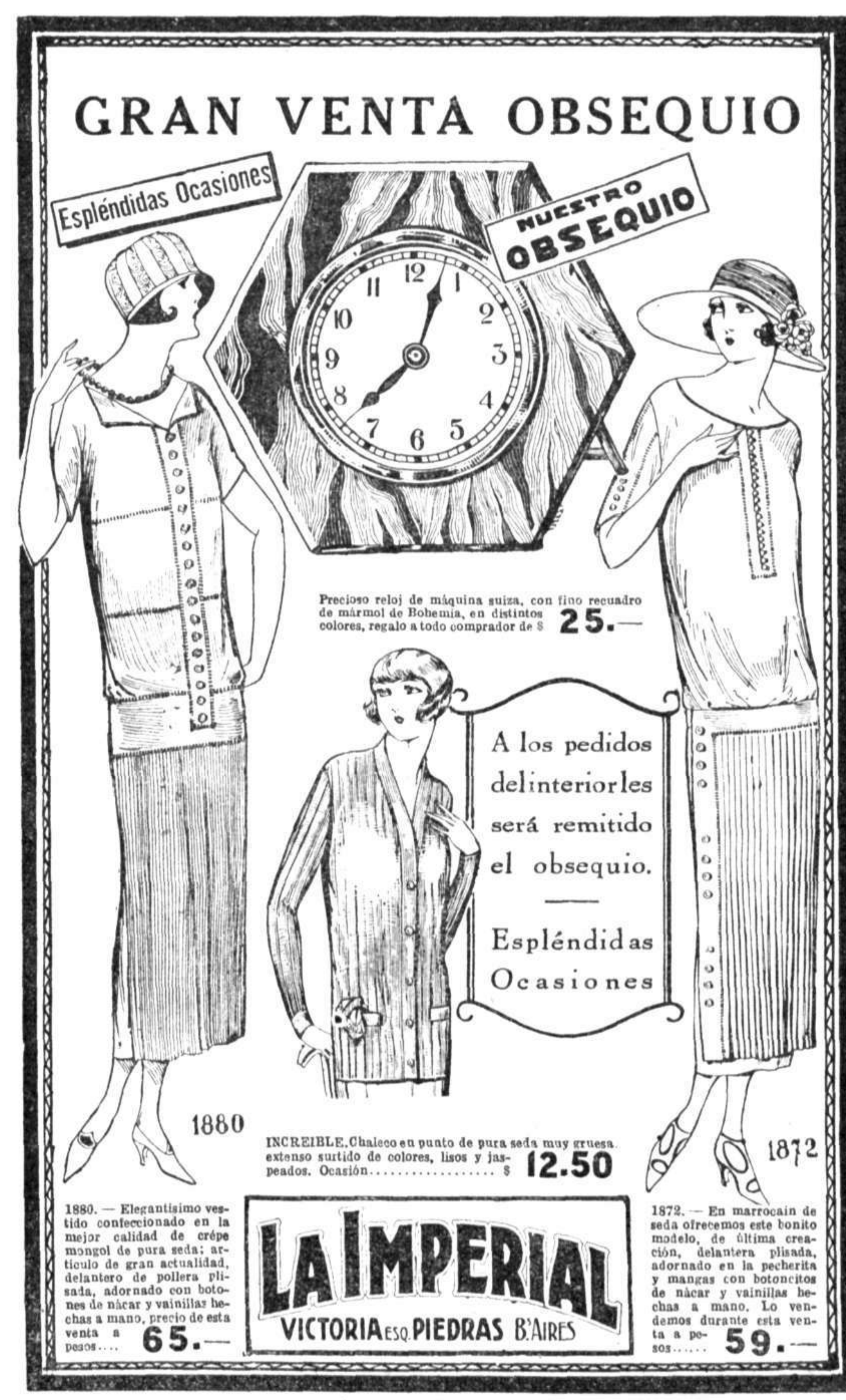
Del 20 al 30 de diciembre, la fiesta de Hanucá o de la Purificación del Templo, congrega a los hebreos en las sinagogas. Dura ocho días. Con ella se conmemora la victoria que obtuvieran los hermanos Macabeos sobre los ejércitos sirio-helenos del reino de Antioquía, en el año 3506 de la creación del mundo. En Marruecos llámase a esta fiesta "Pascua de las Candilejas", porque en las sinagogas y en las casas particulares se encienden candilejas de ocho mechas, prendiendo una nueva mecha cada noche.

En fin de febrero o principios de marzo (15 de Adar), se festeja el Purim, con grandes muestras de alegría. Dura sólo una jornada la fiesta; el día anterior, ayunan. Los jóvenes se enmascaran y dan bromas como en nuestro Carnaval. Con esta fiesta se recuerda el episodio bíblico contenido en el libro de Esther, la hermosa reina, esposa de Asuero, rey de Persia, de la India y de la Etiopía, que con el mágico poder de su belleza salvó al pueblo judío de las persecuciones del traidor Hamán.

Hacia el final de marzo o principio de abril, se celebra la Pascua de Pessah o de las Tortas (15 Nissan). Esta pascua dura siete días, según ordena la Ley. "La fiesta de los ácimos guardarás; siete días comerás los panes sin levadura como yo te mande en el tiempo del mes de abril, porque en él salistes de Egipto, y ninguno comparecerá vacío delante de Mí". El día séptimo se celebra la cena de los difuntos. Los platos apenas son tocados, y durante la comida se entonan salmos en memoria de los muertos. Al día siguiente se festeja la gran Timimona, en esta fecha memorable son generalmente pedidas en matrimonio las jóvenes.

Otra de las fiestas solemnes es la de Shabuot o Pentecostés, llamada la Pascua del Agua. Dura dos días; conmemora la institución de la Ley Mosaica. Se celebra el 6 de Sivan, correspondiente a fines de mayo o principios de junio del calendario cristiano.

Otras fiestas hay, menos importantes y que sería prolijo enumerar, pues el pueblo hebreo es tal vez el que más pascuas celebra.


GRAN VENTA OBSEQUIO
Espléndidas Ocasiones
NUESTRO OBSEQUIO
Precioso reloj de máquina suiza, con fino recuadro de mármol de Bohemia, en distintos colores, regalo a todo comprador de $ 25.—
A los pedidos del interior les será remitido el obsequio.
Espléndidas Ocasiones
1880
1872
INCREIBLE. Chaleco en punto de pura seda muy gruesa. extenso surtido de colores, lisos y jaspeados. Ocasión.................. $ 12.50
1880. — Elegantisimo vestido confeccionado en la mejor calidad de crépe mongol de pura seda; artículo de gran actualidad, delantero de pollera plisada, adornado con botones de nácar y vainillas hechas a mano, precio de esta venta a pesos.... 65.—
LA IMPERIAL
VICTORIA ESQ. PIEDRAS B.S AIRES
1872. — En marrocain de seda ofrecemos este bonito modelo, de última creación, delantera plisada, adornado en la pecherita y mangas con botoncitos de nácar y vainillas hechas a mano. Lo vendemos durante esta venta a pesos...... 59.—

Escuela N.º 1 de Avellaneda



La señora María A. de Basaldúa, rodeada por el personal docente y alumnas de turno de la mañana egresadas en el corriente año.

FERROCARRIL BAHÍA BLANCA NOROESTE

SU ÚLTIMO BALANCE

Al presidir Lord Saint Davis la asamblea anual de accionistas del ferrocarril Bahía Blanca Noroeste, que se efectuó en Londres, describió detalladamente el aumento creciente de la institución desde que le cupo ocupar la presidencia de la misma, y dijo que desde 1900, cuando el recorrido de sus líneas era de 234 millas, pagándose un dividendo de 4 ½ por ciento, la extensión actual de las líneas se eleva a 764 millas, abonándose el mismo dividendo, agregando que todo hace prever que el desarrollo de la institución irá acrecentándose.

Expuso que dicha compañía transportó en 1900 la cantidad de 30.000 toneladas de carga y 16.500 pasajeros; el movimiento actual es de 1.700.000 toneladas y 740.000 pasajeros.

El capital de la institución, que en 1900 fué de 1.800.000 libras esterlinas, se eleva actualmente a 10.000.000.

El Hogar

Bdo. de Irigoyen 84. **FERNANDEZ & Cía.**

Si usted nos hace un pedido, será una propagandista segura de nuestra casa. La FAMA de nuestros calzados se debe a su CALIDAD y a su PRECIO.





ZAPATOS para criatura. En gamuza blanca, cabritilla charolada, sangre o azul, del 16 al 25, $ 2.90. En cabritilla charolada, del 16 al 25, articulos finos y cosidos, a .... $ **1.90**

Solicite **GRATIS** último Catálogo, que es el más importante de Sud América.



Festival escolar



QUILMES. — Profesoras y alumnas de la Escuela Profesional de Lanús que celebraron con un picnic, la terminación de las clases.

EL HADA

Sea cual fuere la aspereza del paraje donde te halles, del camino que recorras, por poco que mires las raras y parvas hermosuras que tenga, tu recuerdo mañana todo lo volverá poesía.

Tu recuerdo es lunar. Siempre sabrá borrar las aristas duras, y quedará allá en el fondo de tu memoria una perspectiva deliciosa, que acaso te hará echar de menos el sitio y a la hora en que, en realidad, sufriste.

Tu memoria sólo te mostraría el mar, el rojo sudor tragado por la tierra iría a fecundar no sé qué gérmenes, sin dejar rastro ninguno.

Tu memoria sólo te mostraría el mar, el mar verde o azul, el mar siempre vario y siempre idéntico, el mar que es el más blando lecho de reposo para las miradas nostálgicas.

Si cargaste tu cruz por las laderas de la montaña, el recuerdo sabrá mostrarte sólo el césped blando y florido de las laderas, la nieve inmaculada de la cima y el fondo eterno del cielo azul...

Ayuda a esa Hada que se llama la memoria, a no recordar sino incompletamente las cosas...

Ella tiene una alquimia divina para fabricar belleza.

Si la educas con amor, tu pasado será siempre un divino paisaje, lleno de serenidad y de paz...

AMADO NERVO.



Manuel Bueno leyendo "Caras y Caretas".

NUEVOS COLABORADORES ESPAÑOLES

MANUEL BUENO



MANUEL Bueno ha sido, en los últimos veinte años, el crítico literario de España. El teatro y el libro han sufrido sus disciplinas clásicas y hoy, después de un breve eclipse en la política, Manuel Bueno vuelve á la literatura. Su novela «El dolor de vivir» acaba de aparecer, reanuda su página literaria en los lunes de *El Imparcial*, su novela «La gloria» está en prensa y retorna, antiguo colaborador de CARAS Y CARETAS, al sitio de honor que desertó hace tiempo.

Manuel Bueno, nacido en Francia, hijo de argentino y madre vasca, tiene, como decía Emilio Bobadilla, un cerebro por pisos. Pero, por encima de todo, lo que sobresale, es la boina vasca. Un día debía despedirse de su familia como se despiden los vascos — para siempre — y grumete en un barco, embica en la Argentina. Traía un baúl y en la tapa, adentro, pegado el retrato de su madre y unas estampas. En la pulpería de General Acha, en las horas de tregua, donde era el «galleguito de servicio», abría su arcón y rezaba ante el altar de sus imágenes afectivas que le consolaban de vivir en una tan grande soledad. Como no ganara para pagarse la vuelta, el genovés de la diligencia lo trajo de lástima hasta el Azul, donde concluía en 1888 el F. C. S. En Buenos Aires, Corrientes, Santa Fe o el Bragado, en la casa de objetos religiosos de la calle Tacuarí, Manuel Bueno barre el suelo, que le parece duro y hostil, hasta que rompe una virgen de yeso y lo echan a la calle. El coronel Garmendia casi decide que Manuel Bueno fuera hoy general argentino. Pero el vasco le quedaba aún mucho por andar y continuó su ruta. Fué pagador de un ingenio en la Habana, y una madrugada se encontró con Ramiro de Maeztu y Azorín, comiendo buñuelos. Era la única comida que hacían por día, estos tres redactores de *El pueblo vasco*, de Bilbao.

Periodista, amigo de candilejas, varias veces diputado, autor teatral, novelista, crítico literario, Manuel Bueno es una figura descollante de la intelectualidad española. Sólo tiene como español, una falla. Espíritu voluptuoso, su cultura es preciosa y cortesana. Frecuentando a Hesiodo, a Horacio, a Saint-Beuve, a Tácito y a Ruysbroeck, Manuel Bueno debe hacerles perder el norte a muchos autores peninsulares.

La elegancia de su talento literario, le ha puesto, para «burilar un punto final» — así diría Benvenuto Cellini — la espada del duelista con frecuencia de maestro italiano en la mano. Ha tenido infinidad de duelos. Apasionado, brioso, a falta de arma, Manuel Bueno hiere y mata con sus frases y sus anécdotas. Manuel Bueno, como todos los hombres sensibles, habla con mayor éxito del que escribe y reaparece así, en él, al francés nacido en Pau, tierra de Enrique IV, que dijo, ante el encanto de vivir hondamente la vida, «París bien vale una misa».

Manuel Bueno, ha dejado la política en vísperas de ser nombrado gobernador de una provincia española. Se ha retirado a un valle del pueblo vasco francés, donde se consagra por entero a la literatura. Pero ese nazareno, salvador de la España que todos los españoles llevan dentro y que hace que los crucifiquen con tanta frecuencia, le ha hecho escribir la semana pasada un apólogo de circunstancias, que ha dado vuelta a toda la prensa española.

Manuel Bueno no se ha referido al Directorio, pero el práctico de la Coruña, recuerda a una figura conocida. He aquí el cuento de Bueno, tal como se lo he oído. «Cuando la epidemia de gripe, la Coruña se quedó sin práctico. Los barcos de ultramar pedían insistentemente desde la rada un piloto para entrar en el puerto. La capitanía requirió por los diarios, la ayuda de alguien que conociera la entrada. Cuando se desesperaba de encontrar al piloto se presentó un joven, de cutis fresco, sonrosada la mejilla y el mentón, imberbe. El alcalde, ante el aspecto tan poco marino, tuvo dudas sobre la capacidad del postulante y le hizo algunas preguntas:

— ¿Sabe usted dónde están los escollos?

— Los conozco todos.

— ¿Sabe usted dónde comienza y termina el canal?

— Lo sé todo.

Partió en el remolcador de servicio, el nuevo piloto y allá, en la rada, montó en el primer barco inglés que esperaba entrar al puerto. Al pisar el puente, el capitán que comandaba se quedó absorto ante las rosadas mejillas del práctico de tez clara y su grande juventud. El piloto tenía algo en los ojos, como si el viaje en remolcador le hubiera marcado. Y para convencerse de la capacidad de ese nuevo práctico, le hizo algunas preguntas. Con brevedad anglosajona y capacidad castellana, el joven repitió:

— Lo sé todo.

El barco echó a andar. El joven piloto en el timón, puso la proa a la escollera. De pronto un golpe formidable hizo temblar al barco. ¿Se habría llevado algo por delante? El síntoma era grave. El capitán sabía bien que el barco se iba a pique.

— ¿Qué es eso? — preguntó el inglés fuera de sí.

El piloto, sesudamente, apuntó con un dedo hacia la quilla del barco y respondió:

— Ese es un escollo.

Yo no sé si llegarán a crucificar a Manuel Bueno por este terrible retrato. En este instante de la vida española los militares han creído que es posible cortar una idea con un sable, sin sospechar la agilidad de la idea misma, que puede agacharse al ver llegar el sable, esquivarlo y hacer que por el movimiento propio que el arma traía, hiera y mate a quien la tenía de la mano. Los militares no creen que la idea pueda agacharse... Bueno, Blasco Ibáñez, Unamuno, Rodrigo Soriano, están en vísperas de demostrarles lo contrario.

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI


PRODUCTOS
SUPREMA
GRATIS
enviamos muestra del famoso POLVO GRASOSO
SUPREMA
Mientras los años pasan el cutis se avejenta.
No tema Vd. que los años surquen su tez. Unas aplicaciones diarias de Agua de Colonia y Polvo Grasoso Suprema contrarrestan eficazmente la acción del tiempo, manteniendo incólume los encantos del rostro a través de los años que implacable los azotan.
PRODUCTOS
SUPREMA
POLVO GRASOSO
SUPREMA
Suaviza y perfuma delicadamente el cutis. La caja,
$ 1.70
AGUA de COLONIA
SUPREMA
De exquisito y persistente aroma. El frasco,
$ 2.65
EN VENTA EN TODAS PARTES
SOCIEDAD GENERAL DE PERFUMES PRODUCTOS SUPREMA
P. BURS y Cía. - Bolívar, 1725 - Bs. As.
En CORDOBA: RUGGIERI Hnos. Santa Rosa, 35
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA

Fiestas escolares

ORIENTE. — Personal docente y alumnos de la escuela N.° 9 que celebraron la finalización del año escolar.

Alumnos de la escuela N.° 8 de la misma localidad que festejaron el final de los cursos.

OFERTAS VALIDAS HASTA



GUITARRA VALENCIANA

Su precio ... ~~$ 39~~

Oferta regalo, con método, $ 30



GUITARRA AMERICA MADRILEÑA

Su precio... ~~$ 49~~

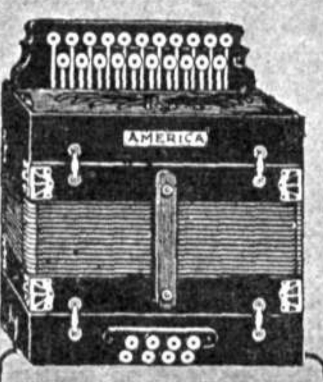
Oferta regalo, con método, $ 40



Guitarra Valenciana. Gran Concierto.

Su precio.. ~~$ 110~~

Oferta regalo con método, $ 85



N.° 6010.
BONITO ACORDEON "AMERICA"

Su precio.......... ~~$ 21~~

OFERTA REGALO con método y embalaje gratis........... $ 15

Vendemos todos los demás tipos de ACORDEONES a precios de verdadero aguinaldo.

SOLICITE CATALOGO N.° 26.



MANDOLIN

Modelo CATANIA con FUNDA y METODO para aprender sin maestro..... ~~$ 27.50~~

OFERTA REGALO $ 20

ACORDEONES PIEMONTE

Sonoridad - Perfección - Elegancia

N.° 6037. — 36 bajos y 34 voces, a PIANO, su precio........... ~~$ 234~~

OFERTA REGALO, con regio estuche y método para aprender sin maestro........ $ 190

Vendemos todos los demás modelos a Piano, Semitonados y Cromáticos, a PRECIOS MUY REBAJADOS. Pida Catálogo N.° 26.





MAESTROPIANO

El AUTOPIANO perfecto moderno. $ 1.500.-
OFERTA REGALO............... con 6 rollos y banquito.

ROLLOS

GRANDIOSO SURTIDO A PRECIOS REBAJADOS.

VIOLIN

Modelo STRADIVARIUS con estuche, arco y pez.

Su precio ~~$ 35~~

OFERTA REGALO $ 30



CASA AM

STAHLBERG &


AGUINALDO
ENERO 6-1925
CONCERTOLA
Nº
5 Bis
La Reina de las máquinas parlantes. Toca discos "con y sin púa".
Su precio.......................... $ 330
OFERTA REGALO......... $ 290
con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis.
GRAFOFONO
"AMERICA"
Nº 101
SUIZO, de gran resonancia.
Su precio $ 55
Oferta regalo
$ 44.50
con 6 piezas y 200 púas.
AMERICA
CONCERTOLA N.º 466
Su precio .... $ 65
OFERTA REGALO
$ 52.50
con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.
CONCERTOLA PORTATIL DE VIAJE N.º 110
Su precio........ $ 85
OFERTA REGALO,
con 6 piezas y 200 púas.
$ 70
DISCOS PATHE (sin púa)
Para hacerlos conocer
REGALAREMOS
a todo comprador de un lote de 10 discos de cualquier clase, uno de estos novedosos discos que se tocan con la púa de zafiro ingastable.
ERICA
RIGOTTI
Av. de MAYO, 979
BUENOS AIRES
NO TENEMOS SUCURSALES
NO CERRAMOS LOS SABADOS
Desde la fecha hasta el 6 de Enero la casa permanecerá abierta Hasta las 20 horas (8 p.m.)

A BUSCAR LEÑA

por

Juan Rómulo Fernández





Lucas Torres era un muchachón de unos 27 años. Morrudo, de anchas espaldas, cabeza de toro, a simple vista se le tomaba por un atleta y en la prueba, así resultaba. Cuando hacía pie para sujetar un potro al cual le había echado uno de sus piales maestros, parecía un poste clavado en el suelo: inútiles eran los forcejeos del animal para huír.

Pero ¡cualquiera conseguía mover el cordaje de Lucas! Aplastado a la sombra de los parrales, Lucas era un peso muerto; y si apretaba el calor, ni que contar con él para cosa alguna. Después de una siesta de un par de horitas, se incorporaba en la cuja, hacía que le alcanzaran la vihuela y se ponía a trinar y a las veces se despachaba con algunos estilos camperos muy en boga. Por lo demás, Lucas era bueno como el pan, de sangre liviana y cara de pascuas. En las vendimias tenía un puesto de honor, pues que los capataces le consentían estarse echado por ahí, diciendo chascarros, que resultaban tanto más graciosos con su lengua un tantito tartamuda, con tal que a la caída del sol y por la noche estuviese en solfa para el guitarreo y copleo. Digamos que al cantar se le desataba la lengua con toda limpidez.

Lucas aspiraba a la fortuna. Quería tener finca bien puesta y ser patrón con influencia. No podía, sin embargo, con su cachaza. La fortuna le había golpeado alguna vez en el hombro, pero él se había encogido de hombros. El caso pertenecía a su historia.

Era una mañana fresquita de mayo. Lucas iba a la leña, con la recomendación de su madre de traer leña gruesa, de esa que hace brasas que duran. Había que salir por la mañana y volver en la tarde con los burros cargados. Leña de algarrobo, de retamo, chañar: todo eso tenía preferencia. Al jume se le desechaba por humeador. Y la jarilla, como leña delgada, era la mejor para el horno.

Canturreando Lucas se *enorquetó* en su burro sillero, echó la tropita adelante y al rato, ya iba campo afuera.

— Güena suerte— dijo Lucas, viendo que un churí cruzaba el camino, de tranco largo hacia la izquierda.

Y se puso a hacer consideraciones sobre la fortuna. ¿Para qué sirve la fortuna en esta vida? Para estarse sin trabajar tal vez. Empero, ¿acaso Lucas trabajaba gran cosa? La fortuna ¿dará por ventura la felicidad? ¿Qué cosa es, después de todo, la felicidad? En un tiempo creyó que la felicidad le sería acarreada por la fortuna de una conejera con muchos conejos. Llegó a tener muchos, cientos, miles de conejos: blancos, plomos, overos; y como hacían daño en la hortaliza y se comían las raíces de las parras y los árboles, se puso a ahuyentarlos. Y como ya, a él y a la demás gente de la casa, les había cansado la carne de conejo — sólo la carne de vacuno no hostiga al paladar del hombre — no dejó ni uno para remedio. Después le dijo un arriero que él le habría podido pagar bien los cueros; pero ya no era caso de ir a enlazarlos en el campo. «Que se ganen ellos la vida por ahí, — habíase respondido, — como yo me la gano aquí».

Por este rumbo iban las reflexiones de Lucas cuando al levantar la cabeza, advirtió sobre un montículo la presencia de un zorro.

— Y tiene las orejas p'arriba. Si las tuviera dormidas, sería güena seña: pero...

Y Lucas se rascó la cabeza.

No era hombre mayormente supersticioso. Creía, sí, que el grito de la lechuza por la noche anuncia la muerte de un enfermo, pero no se detenía a observar los signos que con frecuencia ofrecen las cosas y a los cuales las gentes de la comarca suelen prestar ciega fe. Al fin y al cabo, estaba en la edad de las rebeldías espirituales. Aceptaba solamente, la teoría del recelo, y aun la hipótesis de los presentimientos. Sería cuento de no vivir tranquilo, argüía, si se pusiese uno a comulgar con todas esas patrañas.

— La suerte... es buena o es mala... nunca puede ser las dos cosas a la vez. El churí cruza pa la zurda, güena suerte; el zorro nos mira con orejas tamañas, desgracia..., no puede ser.

Y por más que Lucas daba vuelta a la cuestión, no salía de ahí.

Por fin se zafó de tales conjeturas, y colocó la imaginación en el propio lugar. Se internaría en lo más tupido del bosque, haría una buena provisión de leña gruesa y con la caída de la noche estaría de vuelta en la casa. Y santas pascuas.

La monotonía de la marcha fué interrumpida, a poco andar así, por la presencia de una mula cargada que, sin jinete, venía, cabizbaja, en sentido opuesto al del rumbo de Lucas. Lucas detuvo al animal, sin dificultad alguna. Dos petacas sostenía la mula, bien compartidas sobre el aparejo. Desde luego llamaron su atención unas manchas de sangre que había en el cuero crudo de una de las petacas y, además, una herida de arma cortante que exhibía la mula en el cogote. Miró Lucas camino adelante y luego, para abarcar más espacio, se paró sobre su recado y por unos instantes observó el campo con esa escudriñadora y profunda mirada que tienen estos paisanos, poniéndose las manos sobre las cejas a modo de pantalla. Nada se veía.

Entonces se puso a reconstruír la escena. Ha habido, se dijo, una lucha, una muerte, tal vez dos muertes; el muerto debe ser el dueño de esta mula cargada, acaso un contrabandista venido de la cordillera con mercaderías de ultramar. Un merodeador de «Las Peñas» le habrá salido al encuentro, para asaltarlo. El contrabandista habrá defendido la bolsa con la vida y desde que no se ha llevado la mula, habrá encontrado también la muerte, o estará por ahí mal herido. De lo que no hay duda, es de la muerte del contrabandista.

Lucas, para quien todo eso era evidente, sintió curiosidad y miedo; sobre todo miedo. También él podía caer en las garras de aquellos forajidos. El campo es siempre una emboscada.

Cuando advirtió que lo iba dominando un estado de ánimo nunca sentido, a él que era tan valiente, se dijo:

— El que roba a un ladrón, tiene años de perdón.

La mula y la carga eran suyas. ¡Cuántas cosas contendrían las dos petacas! Géneros de seda, ricos perfumes, costosas alhajas; eso y, además valores en metálico tendrían...

He aquí realizado el sueño de los árabes que deambulan por sus tierras de fantasía, esperando hallar en tal o cual encrucijada la oportunidad que ansían o bien, que al levantar una piedra en un hondón aparecerá la puerta que conduce a un palacio encantado.

Pero Lucas, muchacho de espíritu apático aunque amante de la fortuna — de la fortuna que había de conquistarle influencia en la comarca — tanto dió vueltas al caso que al fin, pasando de la exaltación a la fatiga, pensó:

— Bueno está todo. Seré rico de un golpe, lo cual llenará de alegría a mi madre y tal vez hasta a los mismos parientes. Ya se sabe, sin embargo: alegrías en un pobre, son anuncios de un pesar. Sería rico, es lo cierto... Pero ahora yo voy a la leña; ya veremos a la vuelta lo que hago. También si la banda me pesca, ¡qué leña me va a dar!

Y dejando la mula atada con el cabestro a un algarrobo añoso, ajustó la albarda y siguió marcha al trote rítmico de su pollino.

Canturreando se internó Lucas en el boscaje hosco y canturreando juntó la leña, parte de la cual él mismo había hacheado antes, y cargó los burros.

De vez en cuando se acordaba de la mula cargada. ¿Cómo se había olvidado de echarle un pienso, del pasto seco que formaba el avío de su tropita? Pero, ¿acaso era suyo aquel animal? El que da pan a perro ajeno, pierde el pan y pierde el perro. Y volvía a poner en duda que aquel animal fuese realmente suyo, conforme a las leyes que el uso ha sancionado en nuestra campaña. Luego se decía que si el propio dueño no fuese sino un buen vecino y, por milagro hubiese quedado con vida, al encontrar la mula atada y la carga intacta, bendeciría la mano del hombre que así había procedido. Y Lucas tendría una satisfacción de conciencia.

En las horas de la tarde, ya a punto de terminar el rudo trabajo, Lucas sintióse acometido por cierta ansiedad. «Soy un zonzo», llegaba por momentos a pensar. Apuró la faena, arrió los burros y guascazo allá y espolazo aquí, emprendió el regreso.

Y llegó por fin, al lugar donde dejara la mula. La mula no estaba. En el suelo había rastros embrollados de otros animales. El cabestro estaba cortado... cortado a cuchillo; entonces, la obra de cualquiera que no fuese el dueño.

Lucas se dió un golpe en la frente y quedó sumido en honda angustia. Experimentaba una sensación de vacío, como si fuera cayendo por un despeñadero. El ruido que produjo un choque entre la leña de dos cargas de sendos asnos, lo trajo a la realidad.

Al llegar a la casa, ya bien entrada la noche, Lucas había recobrado su habitual buen humor.

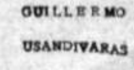
Comió y al poco rato, no más, canturreando se fué a la cama.

— Causa de las orejas del zorro, — decía después — me se escapó la fortuna.





DIBUJOS



GUILLERMO USANDIVARAS

Fiesta escolar de fin de curso



BANFIELD (F. C. S.) — Alumnas de 4.° año del Colegio Profesional de mujeres "Dolores Lavalle de Lavalle".

LA RADIO-VISIÓN

La transmisión por radio, es decir, sin hilos de la visión, es decir, la televisión o visión a distancia, parece ser ya un hecho. Habiéndose realizado pruebas de ella con un resultado muy satisfactorio, y se profetiza que dentro de poco podrá verse, por ejemplo, un partido de football a más de mil kilómetros. Tan dentro de poco que no faltan revistas norteamericanas que lo anuncian para dentro de dos a tres años a lo sumo. Y lo más notable de este invento es que el aparato receptor — que ha de ser el complemento del de Radiotelefonía, no es ni voluminoso ni de complicado manejo: más bien sencillo; está provisto de una tapa de cristal esmerilado de unos doce a quince centímetros, en la cual se irá reflejando como en la de la cámara fotográfica todo el paisaje con sus personajes en sus menores movimientos, al igual que se ve en una película cinematográfica. Si puede obtenerse una reproducción fotográfica de la imagen móvil o, mejor dicho, de la serie de imágenes móviles que van sucediéndose en el cristal esmerilado, no cabe duda que el invento de la transmisión de foto por hilo telefónico habrá perdido no poca importancia: los periódicos podrán, sin enviar sus redactores fotográficos al lugar de un espectáculo cualquiera: partido de juego deportivo, función teatral, etc., reproducir los momentos más interesantes para satisfacción de la curiosidad de sus lectores.

Universidad de Bs. Aires. Facultad de Ciencias Económicas. Peritos mercantiles


Leopoldo Duarte.


Armando Fregonese


Alberto Findrik.


Florencio Fossati.


Isaac Guelman.


César Gianetto.


Claudio Girard.


José E. Galli.


Angel G. Giordano.


Lindoro Gagliostro.


Miguel A. Lipreti.


Pedro M. Lingua.


Emilio Laterza.


Benito Lottero.


Osvaldo A. Marre.


Juan Méndez.


Pascual Micieli.


Pedro Miranda.






DEI



POR LA CALLE DE FLORIDA

Por la calle de Florida
Discurre un torrente humano,
Que al morir de cada tarde
Va pasando, va pasando.

¡Qué de misterio en sus ondas
Lleva el torrente encerrado!
¡Cuántas visiones de ensueño,
Y ocultos pesares, cuántos!

Corazones que algo esperan
Y que siempre encuentran algo,
Y corazones que rumian
En secreto un desencanto.

Amores puros que aguardan
Las bendiciones y el tálamo,
Y pasiones que fermentan
En los huertos del pecado.

Lazos que el destino anuda
Y otros que corta el cansancio.
Y el amor, siempre el amor
Atando y rompiendo lazos.

Muñecas de carne y hueso;
Rostros bellos, rostros raros;
Fusión de sangres distintas
En ánforas de alabastro.

Crenchas negras, crenchas rubias,
Y ojos negros y ojos claros,
Y entre el crujir de las sedas
Gentiles cuerpos paganos.

Y las del campo de todos,
Las pobres flores de raso,
La que el que puede las compra,
Las del risueño calvario.

Tipos galos y teutones,
Tipos sajones y eslavos,
Y en el aire de cien lenguas
Resonando los vocablos.

En las vitrinas que arden,
Clavados los ojos ávidos,
Y la ambición en acecho,
Sembrando siempre sus granos.

Y gentes que van y vienen;
Piropos, risas, sarcasmos,
Y las ideas más nobles
Y los instintos más bajos.

Un desfile pintoresco;
Todos los toques de un cuadro;
La faz entera de un pueblo
Con perfiles de retrato.

Y, entre un susurrar de abejas,
Y un caminar de rebaño,
Por la calle de Florida
Discurre el torrente humano.

MAXIMO SOTO HALL

DIBUJOS DE MACAYA

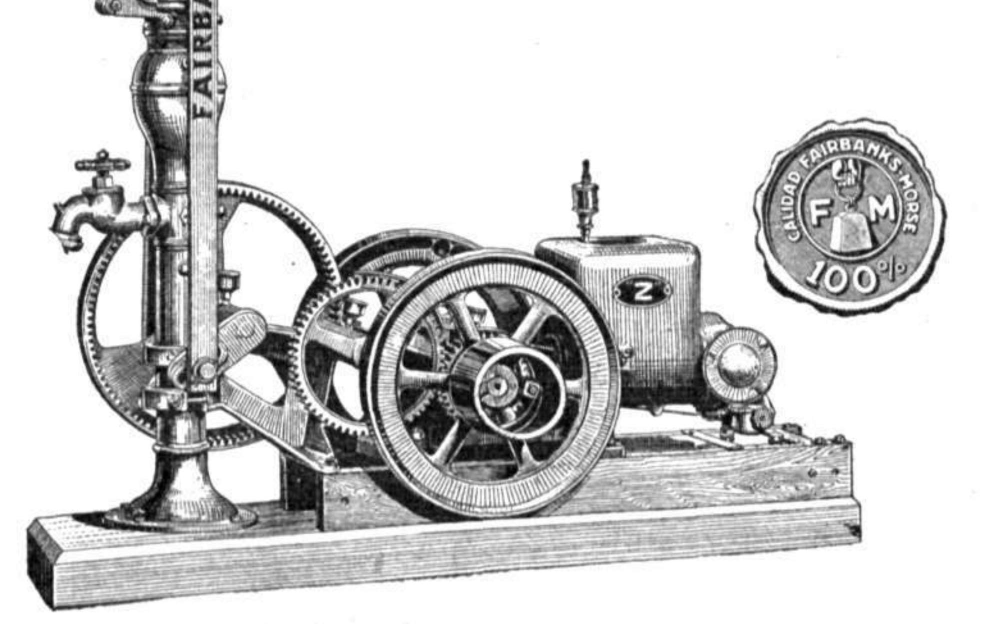


Motorbomba "EFEMCO"

El equipo se compone del famoso Motor "FAIRBANKS-MORSE" serie **"Z"** con magneto "Bosch", acoplado por engranaje a un gato, el cual está sujeto a la bomba pie de molino por medio de una grampa.

El equipo "EFEMCO" no corre el riesgo de ser destruído por tormentas ni depende del viento para la fuerza. Puede ser usado en varios pozos y tiene polea para otros trabajos.

Si Vd. necesita un molino o tiene uno destruído, reemplácelo con este equipo, cuesta menos que un molino a viento y no cuesta nada instalarlo o renovarlo. Capacidades hasta **9.000** litros por hora.



Pidan Catálogos y Precios.

HENRY W. PEABODY & Cía.

1746, Bmé. MITRE, 1758 **BUENOS AIRES**

Universidad de Buenos Aires.—Facultad de Ciencias Económicas.— Peritos mercantiles


Manuel L. Massone.


José Martinelli.


Héctor Ronchetti.


Abel Valenti.


Roberto Anichini.


Oscar A. Fatturini


Miguel A. Ronchetti.


Tulio F. Rodríguez.


Roberto Ognie.


Alfredo O. Ponsa.


Cristóbal Russo.


Geraldo Salgueiro.


Martín N. Sánchez.

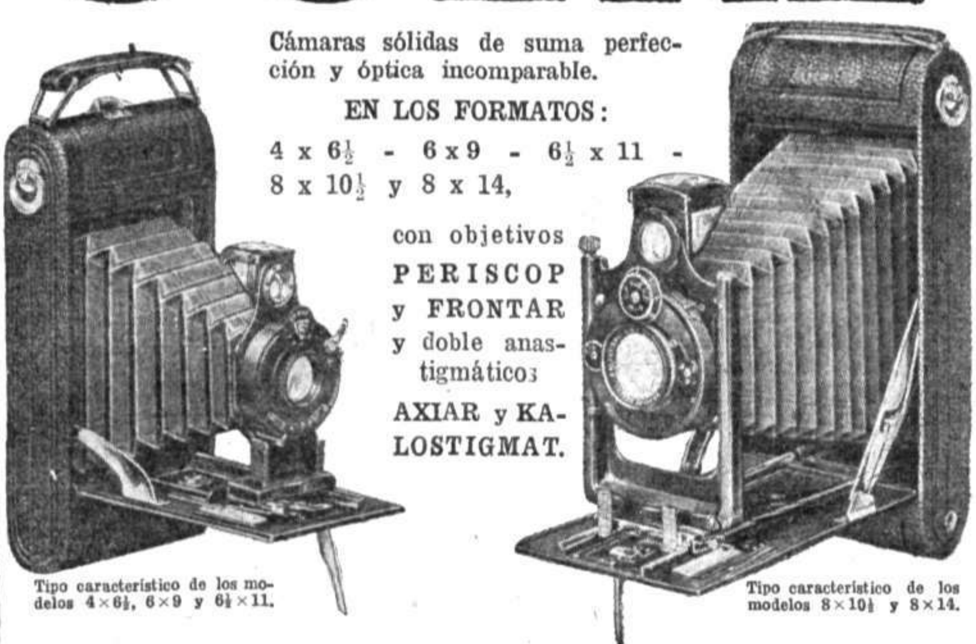

Manuel M. Pérez.


Emilio Salotti.


José Vilalta.

Una adquisición definitiva
significa la compra de una cámara

GOERZ



Tipo característico de los modelos $4 \times 6\frac{1}{2}$, 6×9 y $6\frac{1}{2} \times 11$.

Tipo característico de los modelos $8 \times 10\frac{1}{2}$ y 8×14.

Modelos Roll Tengor Goerz
desde $ 42.- hasta $ 170.-

La homogeneidad y perfección de cada producto GOERZ, se deben a que es la fábrica única en el mundo que produce en sus propios establecimientos todo el material fotográfico y óptico que se vende bajo su marca.

Pida en todas las casas del ramo en la República una demostración de la ROLL-TENGOR GOERZ. Analícela en todos sus detalles para comprobar la superioridad de esta camara sobre las similares y exija que se la carguen con PELICULA GOERZ, la insuperable.

GERMAN PFEIFFER

RIVADAVIA 1379 — Distribuidor Mayorista — BUENOS AIRES

Universidad de Buenos Aires.—Facultad de Ciencias Económicas.—Peritos mercantiles





M. Abad Sagastume.



Alberto Auge.



Bernardo V. Amoresano.



Pablo Baiocchi.



Emilio Bastita, (hijo).



Mario Bistoletti.



José C. Barro.



Carlos Buyo.



Domingo Berardi.



José J. Brignoli.



Rodolfo Cruces.



Vicente Capellano.



Alberto Cagnoni.



Emilio Crucci.



Marcelino M. Diharce.



Herbert E. Dobson.



Juan Luis Delevi.



Alberto De Martini

Este, pasóse el dedo índice por los labios y dejó correr la mano entera por el alambre de su barba.



Un SOTRETA...

BERNARDO GONZÁLEZ ARRILI

Al golver de la yerra se mi hiso muy escura la noche antes de yegar al rancho, y, como lo presumía al camino todito yeno de viscacheras, iba al tranco, cuando... ¡se me asentó *la viuda* a la grupa!

— ¿Y usté le tuvo miedo?...

— No. Miedo no; julepe...

Sonrióse el mocito que formulara la pregunta al viejo Rueda. Este, pasóse el dedo índice por los labios y dejó correr la mano entera por el alambre de su barba. Un minuto estuvo observando la cara lampiña de José Luis, el mocito; luego miró a todos los tertulianos de la cocina, con mirar socarrón, alegres como lucecitas las ágatas de sus ojos sombreados por el alón del chambergo, media cara enrojecida por el resplandor de las brasas.

El agua de la «pava» hacía sus gorgoritos, y levemente, golpeaba con el vapor en la tapa. El mate, daba, pausado, su ronda. Fuera, la noche invernal sacudía con fuerza los ramajes; colábase en los mechinales; escamaba el agua quieta de los charcos; iba y venía aullando...

Todos — ocho peones esperaban la respuesta del viejo, ligeramente fastidiados por la interrupción del mocito descreido. Al fin, Rueda escupió y dijo:

— Anque no lo paresca, yo tamién he sido mozo, como cualquiera. Me sabía reir de las cosas de la vida sin entenderlas, y como era, así, medio echáo pa atrás y medio bellacón, le hacía figuras de contradanza a lo que yo no sabía... pero, amigos, la vida mesma se jué encargando de enseñarme a no ser sotreta... Ninguno, en mis pagos, va a desmentirme si digo que yo nunca tuve miedo a naide. ¿Pa qué vi a contar las veces que me ojerearon el cuero, ni las veces que hice yo ojales en cuero ajeno? Pero si no tuve miedo a naide, lo tuve aquella noche cuando se me asentó la *viuda* en la grupa...

José Luis tornó a interrumpir:

— Pero usté, don Rueda, ¿crée en la *viuda?*

— ¿No te estoy diciendo que se me asentó en la grupa, o hablo en turco?

El mocito creyó oportuno sonreir con el mismo aire del que perdona niñerías.

— ¡A ver, cuente, cuente no más!... — instaron al viejo.

— Pues sí, se me asentó en la grupa, y yo, muerto é miedo, aflojé la rienda sin pensar en nada y galopié como una hora... No podía darme güelta para ver a mi acompañanta, ni me atrevía a hacer lo que pensaba; darle un codaso y echarla abajo... Galopiaba y galopiaba sin ver nada y casi sin alentar. Sobre la espalda se me echaba la *viuda* cada vez con más juerza y hasta yegué a sentir como un trapo é seda que me daba en la cara, oliendo a incienso. ¡De la frente me sudaba yelo! Yo debía tener todo escarcháo por adentro... Y así seguimos, galopia que te galopia, hasta que antes de dentrar a un montecito, sentí que la *viuda* me daba un golpecito con el canto de una mano en la nuca y se quedaba prendida en la rama de un sauce...

Tocóle su mate al viejo, y abrió un paréntesis para sorberlo. Durante ese tiempo hízose un silencio profundo en la negra cocina. Continuaba golpeteando la tapa de la «caldera». Tras la puerta llena de añadidos de tablas y de latas, oíase al viento sacudir con fuerza los árboles....

Rueda, terminó así su relato:

— Cuando yegué le conté el caso a mi hermano Ulogio, que entonces vivía conmigo. El, como más viejo y más sabidor, me dijo:

«Eso es una alvertencia... Hás de estar debiendo cuentas a un ánima». Y yo me pasé toda la noche en vela, dele darle güeltas a los recuerdos en la moyera, hasta que di en la matadura: yo estaba debiendo una misa... Al alba ensiyé, me juí a la capiya que estaba como a la legua el rancho, esperé que se levantara el flaire y le encomendé y le pagué una misa de las grandes.

Dende entonces, la *viuda* no se me ha güelto a presentar...

—¿Y a quién le estaba debiendo la misa don?...

—¿A quién?... Ese es cuento un poco largo. Se los vi a contar otro día. Ahora me voy pá el catre, porque, a mí edá, los güesos ya saben solos la hora que hay pá echarlos sobre el jergón, pá que descansen...

II

El viejo Rueda, como él decía, «había sido mozo alguna vez». No siempre fué el viejo remolón y dolorido que en la *estancia* apenas pagaba su hospedaje con tal cual ligera faena, algún recado y sus cuentos para amenizar las consabidas «panzadas de cimarron». Treinta años antes, quizá cuarenta, Justo Rueda fué un *buen mozo* allá por sus entrerrianos pagos de la costa del Uruguay. Con sus dos hermanos, *Ulogio* y *Pepe*, formó un terceto temible, no tanto para los *milicos*, comisarios y jueces de paz, como para las madres de hijas «en edad de merecer». Era alto y bien plantado. Peinaba un negro jopo romántico hacia la derecha, y hacia la izquierda quedaba como un rulo grueso, hecho adrede para escapar del sombrero requintado y darle a la cara tostada, a los ojos vivarachos, y al ligero bozo que le ensuciaba el labio superior, un lindo aspecto de *don Juan de Montiel*, por quien suspiraron rubias y morenas, «niñas» y «chiruzas» en más de una ocasión. A los veinte años habíase ya enredado en los tientos de tres o cuatro amoríos, defendido a cuchillo su derecho a rondar tal o cual rancho, y rasgado el merino de sus domingueras bombachas en el cerco de sina — sina que se brinca con ayuda del poncho, o en la tapia coronada con trozos de vasos y botellas sobre la que hay que enhorquetarse mientras se chista a los perros para que no alboroten y se muerde la historiada hoja del puñal, pronto a todo.

Fuera de eso, Justo Rueda *no servía para nada*, conforme las habladurías del pago. Mozo «enamorao y guitarrero» vivía de lo poco que habíales dejado, partido en tres, el padre, antiguo — antiguo y meritorio — capitán que a las órdenes de Urquiza, igual sirvió para ensuciar de sangre hermana el lomo «hinchao» de las cuchillas, que para ayudar a espantar de Buenos Aires a aquel soberbio ejemplar gaucho de don Juan Manuel...

Mientras estuvo en buen pie la «casa grande», las tropillas y las majadas más o menos enteras y quedó con qué mandar a sembrar y a cosechar algunos granos, Pepe y *Ulogio* vieron en el hermano menor, casi criado por ellos — huérfano de madre al año y con el «tata» siempre lejos — el niño mimado que sólo hace gracias, el ternerito guacho alimentado con mamadera que sirve de juguete a los «gurises» por lo manso, por lo bonito, por lo sedoso y enrulado de su pelo. No hay animal más lindo y querendón que el *guacho*. El sabe llevarse la ternura de todos, desde la niña, — cuando hay niña en «las casas» — hasta el último y más «arrastrao» de los *piones*. Por eso salen tan mansos, tan mimosos y tan inútiles...

Pero, un día, después de un año pésimo, con sequía y langosta, los animales «agusanaos», las ovejas sarnosas y el crédito pronto a cerrarse hasta en los «boliches», los hermanos mayores, estando mordiendo y tironeando de un churrasco como correa, llamaron a cuentas a Justo.

—Tenés — díjole Pepe, — que reparar en una cosa, che, Justo...

—¿En qué?...

— En que estamos fundidos, sin un rial, y en que no está del todo bien que vos sigás viviendo como un manate mientras nosootros nos deslomamos por entregarte lo que necesirtás pá tus vicios...

— Y con eso me querés decir...

— Te queremos decir, que vayas pensando en hacer algo de provecho y te dejés de poyerear como haces aúra..., porque a mí tamién, lo mesmo que a *Ulogio*, como cualisquier otro... varón, ¡caray!, nos gusta arrimarnos a una china pá suspirarle mentiras a cambio de algún beso, pero no por eso nos vamos a pasar la vida en esa partida cuando se compriende fácil que nos vamos a quedar empantanáos en mitá de la caye con una mano atrás y otro adelante... ¿comprendés, Justo?

—Bueno, de ser así como me decís — respondió al rato Justo — ustedes me dan lo mío y se quedan con lo suyo...

No eran muy amplias las entenderas de Justo. Con ellas no fué del todo pródiga la naturaleza, pues se las hizo del tamaño de una uña de dedo meñique. Si después, corriendo los años, crecieron, fué a fuerza de puro machacar, de mucho aporréo, de porfiados y repetidos trompicones en la senda.

— Bueno, de ser así como me decís — respondió al rato Justo — ustedes me dan lo mío y se quedan con lo suyo...

—¿Lo tuyo?...

—Claro: lo mío...

—¡Pero muchacho!...

Pepe, con más de treinta años, acostumbrado a hacer las veces de padre, era tranquilo en su andar, medidor de sus pasos, y de añadidura, quería mucho al *gurí*, como a veces volvían a llamar a Justo. Aquella parsimonia y aquel cariño evitaron que las impertinencias del jovencito terminaran a talerazos. Costóles mucho esfuerzo y abundante paciencia, a Pepe y a *Ulogio*, el convencerlo de una verdad que para todos era evidente menos para Justo: su «parte» hecha humo, y lo restante, la casa y algunos terrones, sólo en un carro o en dos, podía llevarse la porción que le correspondiera.

Para otro, aquella situación

hubiérase mejorado en seguida. Tres buenos criollos «remedian» en un par de años su hacienda y techan de nuevo los ranchos con la totora mejor. Eso deseaba, precisamente, Pepe, y para ayudarlo, disponíase *Ulogio* a obedecer sin titubeos, pero *don Juan de Montiel* con las *tabas* aflojadas en veinte años de «no hacer nada» y los «caracuses» con agua a fuerza de mimos, púsose triste con sólo pensar que debía, como cualquier *pión*, dejar las bombachas finas, la blusa de merino bordado, la golilla de seda, y sobar tientos, trenzar lazos o plantarse mancera en mano, sobre los surcos.

— ¡...chá que soy disgraciao! — pensaba. En un rincón, la guitarra llena de cintas y moños, lo esperaba. Con ella entre los brazos, acariciándola como a mujer, dejaba correr las horas muertas, oyendo el gemir agudo de la «prima», el lloro enronquecido de la «bordona» o su propio lamento hecho copla, «triste», saturado de nostalgia de amor; «vidala» con perfumes de gramillas, de jazmín del aire, de clavel; «décimas» en que aparecen juramentos de cariños eternos, pasiones desbordadas, ruedos de faldas con almidón, ojos negros que matan, y al fin, como siempre, melancolías y lloros, que así es el canto del criollo y el rasgueo de su guitarra: tristón.

Melancolías y lloros, que así es el canto del criollo y el rasgueo de su guitarra: tristón.

III

Al mes, llegaron hasta el pago unos jinetes hirsutos. En la otra banda del río, terminaba de encenderse, de nuevo, la guerra. Justo conversó en tres días, dos veces, con aquellos mal encarados, cuando pasaron de ida, y al volver. Un sábado de mañanita ensilló su zaino predilecto, puso el cabestro a un obscuro para llevarlo de tiro, y sin decir ni adiós, se fué. Enderezaron para la costa. Anochecía cuando subieron a un lanchón y antes de verse el lucero, llegaron a la otra orilla. Cincuenta, cien hombres más, los esperaban. Todos llevaban bajo los «bastos» o arrolladitas en un bolsillo, unas cintas blancas que en momento oportuno salieron a relucir enlazándose alrededor de la copa de los chambergos. El único sin divisa, era Justo.

— ¿Y usté? — preguntó el que capitaneaba.

— Yo soy de la otra banda...

— ¿Blanco?

— Blanco... Mi cinta la están bordando... — mintió.

Una semana después Justo llevaba su cinta blanca y bordada, y en la libreta bolichera de sus amoríos abierta una nueva cuenta a nombre de Belarmina Soria. A los veinte años, a su jopo romántico, a su golilla y a sus coplas, había añadido *don Juan*, el prestigio cascabeleante de las armas.

Hizo entera la «patriada»; un año de correrías, extenuados, con hambre y con sed; un día victoriosos y otro vencidos; hoy en brazos de la Belarmina, mañana, cruzado sobre el lomo del obscuro, con un balazo en un hombro; ahora de jolgorio en el lugar conquistado a punta de lanza, levantando el corazón con caña doble y miradas de mujeres, y una semana después, todos rotos, soñolientos, resudados, cruzando al tranco un monte de espinillos; tan pronto alegres como tristes, gozadores de los dulces de amor, como sufrientes inválidos que van rumiando reveses; con la boca, y el pecho, llenos de un himno de victoria o de un cantar que se prolonga en responso para el compañero difunto olvidado bajo tierra en un recodo cualquiera, pero siempre con el cintillo blanco en alto, sobre el ala del sombrero, sobre el corazón, o enlazado a la mitad de la tacuara de la lanza, poco más arriba de donde se empuña, para que no lo salpiquen de sangre, y para tenerlo cerquita de la mano, caricia que se está ansiando.

— ¿Blanco? — preguntaban.

— Blanco — respondía, y eso bastaba.

El era de la otra banda, entrerriano, pero la cinta mejor, la más blanca, la más ancha y la mejor bordada era la suya. Suaves manos de mujer uruguaya se la obsequiaron, y ya con un beso de premio, «yapa de que era goloso» don Juan de Montiel, peregrinando por las cuchillas fraternas en busca de no sabía qué...

En una ocasión, vencidos, dejáronlo por muerto, abierto el pecho de un lanzazo. Creyó morir. Viniéronle al recuerdo viejos amores, semblantes femeninos distantes, y la madre que no conoció. Romántico, casi le florece en los labios el dolor hecho verso. Quitó de su sombrero la cinta que le obsequiara su último amor, la Belarmina, y con ella restañó en la herida. Arrastrándose, llegó al rancho más próximo en busca de agua. Recibiéronle una mujer vieja y una joven. Vivían solitas. El hombre también estaba en la guerra. Lo cuidaron afectuosas y lo salvaron la experiencia de la vieja y el amor de la «gurisa», Adelaida.

Convaleciente, Adelaida atrevióse a preguntar.

— ¿Colorão?

Justo volvió los ojos hacia el clavo donde pendía su divisa, a la cabecera de su catre.

— Lávela, ¿quiere? porque me l'han ensuciao...

La «gurisa» tomó la cinta sucia de sangre y de tierra. Fué a la batea. Media hora después, volvió la cara iluminada por la alegría.

— ¡Blanco!...

— Blanco... — respondió él, y la miró en los ojos. Luego añadió:

— Y vos, ¡negra!...

Ella no pudo más. Miró hacia la puerta del rancho, volvió a mirar al herido, y le echó encima la cara, para comérsela a besos.

— ¡Blanco! — oíasele decir.

Y a él:

— ¡Negra!...

IV

TERMINADA la «patriada» en la derrota definitiva, Justo cruzó otra vez el río y se plantó en sus pagos.

Venía distinto; mal vestido y barbudo; en caballo flacón y ajeno.

Pepe y Ulogio recibiéronle con los brazos abiertos, contentos de haberse equivocado cuando lo dieron por muerto.

— ¿Donde has andao, gurí?

Al oirse llamar gurí pareció ablandársele el corazón encallecido.

—En la guerra.

— Y aúra, ¿estás contento? — preguntó, por decir algo, su hermano mayor.

Justo no supo qué responder. ¿Contento? ¡De qué iba a estar contento, si regresaba vencido, después del esfuerzo inútil, dejando a la mitad de sus compañeros convertidos en osamentas!

—¿Y ya se te asentó el juicio? — preguntóle *Ulogio.*

El «gurí» alzó los ojos para mirar a sus hermanos. Tuvo miedo de ponerse a llorar....

— Endispués hablaremos.... Estoy muy cansáo. ¡Si hay pá contar! Aura tengo ganas de...

— ¿De qué? Decilo con confianza, pues..., o te has olvidáo qué'tás en tu casa!...

— De tomar unos amargos...

Pepe se fué al fogón. Avivó, soplando, unas brasas. Humo. Cenizas... Con la mano vuelta se sujetó en los párpados las lágrimas.

— ¡Qué humazo! — dijo.

El también temió que lo vieran lagrimear «como una poyera»....

Pero para adentro, suspiró y se dijo:

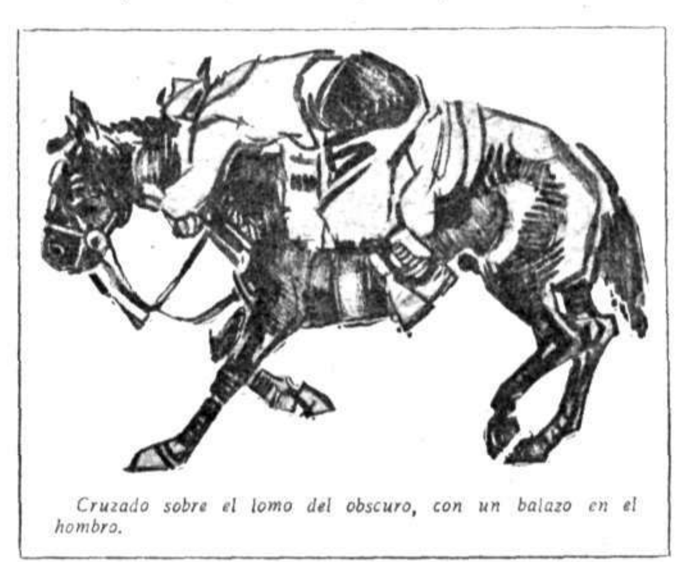
— ¡Ah! gurí, gurí...

Matearon largo. Después del cimarrón tercero o cuarto, Justo comenzó el relato de sus correrías. Los hermanos fueron escuchándole con creciente alegría.

— Al fin — pensaron — hace lo mismo que *tata*...

La fama de *don Juan* creció en su pago y en los pagos vecinos. El prestigio de la revolución lo circundó de leyendas. Buscábanlo los hombres para oirle sus aventuras, las mujeres para verlo, ¡sí volvía más galán y con cicatrices! Y hasta el comisario y los milicos tratáronlo con respeto.

La vida se la hizo fácil otra vez. Una buena cosecha mejoró un tanto la situación de los hermanos, y ellos dejáronlo en libertad, sin negarle los «riales» que necesitara. De sus viejos amores volvió a tomar los que quiso, pues allí estaban todos esperándolo con fidelidad admirable. Mas, fué un amor nuevo el que lo transformó.



Cruzado sobre el lomo del obscuro, con un balazo en el hombro.

V

A dos leguas de su casa quedaba la chacra de don Faustino. Don Faustino había sido compadre del viejo Rueda, padre de Justo, y siempre, para los hijos del antiguo compañero del «Ejército Grande», un amigo seguro y servicial. Don Faustino tenía una hija, Faustina, más conocida por el poético apodo de «clavel del aire» que le venía de sus tiempos de muchacha. «Clavel del Aire» casó con un *bombiyudo* pueblero de Concepción que la llevó a la ciudad de donde regresaba los veranos por no más de quince días. De eso iban corridos tres años. La vida de Faustina en la ciudad, no fué, según contaban, todo lo feliz que merecía. El pueblero resultó un jugador, medio borrachín, poco respetuoso para su compañera. Decían que, hasta alguna que otra vez, llegó a pegarle. «Clavel del Aire» era una muchachita menuda y simpática, con la nariz un poco chata y la frentecita angosta, pero con unos ojos inolvidables, no tanto por su tamaño y por su negrura, como por aquella inexplicable manera que tenían de mirar. Casó muy chica, a los quince años — por un capricho que ni ella comprendía ahora — y terminó de desarrollarse ya en su casa. No creció mucho, pero engrosó un poquito, lo necesario para borrar todo ángulo y admirar a cuantos volvíanla a ver después de un tiempo allá en la ciudad o en la chacra.

Cuando Justo regresó de la revolución, estaba en la chacra de su padre, Faustina, confeccionando a todo correr ropa de luto. Cinco días antes habían enterrado a su marido, muerto de una puñalada en mitad del pecho por una discusión de carreras.

Pasó Justo una tarde por la chacra de don Faustino con ánimo de verlo y saludarlo, después de tan larga ausencia. No lo encontró en la casa, pero se halló de improviso con «Clavel del Aire» en el corredor, quien obligólo a sentarse en un sillón frente a ella y mientras aguardaba el regreso del tata, narrar sus correrías una vez más...

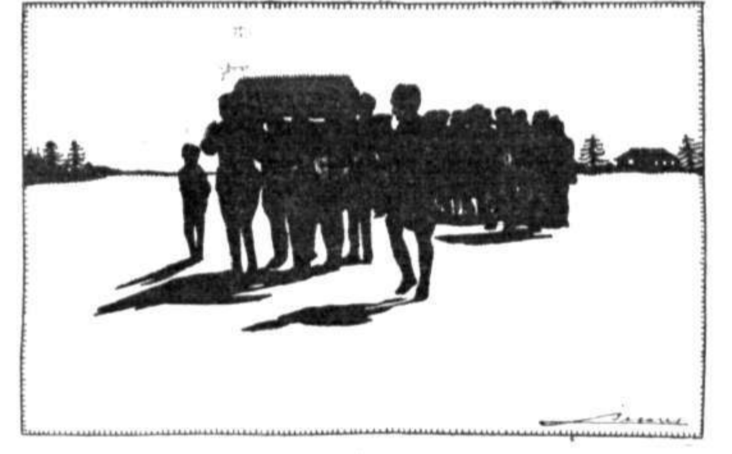
Comenzó de esta manera su amor por Faustina. Cuando Justo volvió a montar su «rabicano nuevito» iba ya con un inquietante escozor en el pecho y con los ojos llenos de las miradas de ella.

Al otro día visitó de nuevo la chacra y regresó al siguiente. Todo su ingenio se gastaba en buscar disculpas para presentarse en la chacra y poder ver a Faustina. Las disculpas alegadas resultaban en sus mayoría tan pueriles que la viudita advirtió pronto el engaño y comenzó a no dejarse ver por aquel casi amigo de la infancia. En cuanto se enteraba de la llegada de Justo, encerrábase en su habitación y no salía de ella hasta que él no se fuera, a veces durante horas.

al pastor van la viuda y varias mujeres; todas vestidas de negro. Detrás van todos los habitantes de la aldea. Todos vestidos con sus levitas largas y negras; sus pantalones, negros también; negras las botas, los guantes, las corbatas, los sombreros de copa.

Los pescadores de Rügen, que para la vida se visten como pueden, para la muerte se solemnizan y sacan del fondo de las arcas sus trajes negros y sus sombreros de copa, que hace muchos años compraron para casarse. Aquellas gentes sencillas, que al casarse se visten por primera vez, de levita, y se cubren con un sombrero de copa, guardan aquellos atavíos para asistir a las bodas y a los entierros. En las bodas las corbatas y los guantes son blancos; en los entierros, negros; pero la levita y los sombreros son los mismos.

Sobre el hielo blanco del suelo se destacan las siluetas negras de la comitiva; todos van silenciosos; nadie habla; nadie se atreve a proferir ni una palabra ni un sollozo. El cortejo sube por la calle principal hasta la escollera de la playa. Allá abajo, el mar helado parece una visión antediluviana. El hielo, al sorprender el mar en sus rizos de movimiento, ha plasmado la superficie caprichosamente, y el hielo forma una extraña capa rugosa con figuras retorciéndose como esas reproducciones dantescas esculpidas en piedra antigua. Después, hasta el horizonte, la gran llanura de hielo terso que se pierde hasta las costas de Suecia.



Pasa la comitiva, triste, y se introduce en el bosque helado. Llega el trineo con el ataúd hasta la fosa abierta en la tierra que mancha con su nota ocre la pureza del blanco de la nieve endurecida. En derredor de la sepultura, recién abierta, las piedras sepulcrales desaparecen bajo la capa de hielo que las escondió. Con cuerdas baja a la fosa el féretro de Leván. Y el pastor comienza su plática; recuerda las excelencias del carácter de aquel hombre bueno, trabajador, amante de su familia; pero Dios, que sabe por qué hace las cosas, lo ha llamado a su seno, y los mortales debemos resignarnos ante los designios divinos.

Todos escuchan aquellas palabras, descubiertos, con las cabezas hundidas en los pechos; como si el frío feroz que les rodea, no les hiciese efecto alguno. En la iglesia, la campana broncínea dobla a muerto, con sus tonos lúgubres; aquellos tañidos melancólicos son el contrapunto de las palabras solemnes del pastor que, con voz monótona, invoca la fe en la divinidad, más fuerte que los propios sentimientos.

La primer paletada de tierra cae sobre el ataúd y produce un ruido sordo y seco; en aquel silencio grave, la tierra, al resonar sobre la caja del muerto, evoca un escalofrío que cruza por las espaldas de todos los presentes, como una corriente eléctrica.

Cuando el último puñado de tierra ha sido echado en la fosa por el último pescador, todos se encaminan hacia las casas: retornan silenciosos otra vez, y en el camino se van quedando en sus hogares.

El crepúsculo, aquel crepúsculo rápido del norte, que pasa de la luz a las tinieblas en un parpadeo del día, trae la noche con su misterio eterno. El viento del noroeste sopla con furia; silba como un condenado, y entre los árboles secos y al tropezar con las casas azota con su invisible enjambre todo lo que encuentra. Por las chimeneas se precipita con ensañamiento. Parece que todos aquellos genios escandinavos, de luengas barbas y músculos férreos, soplaran con sus pulmones metálicos desde las regiones lejanas del Polo.

¡Nochebuena!... ¡En todas las casas hay luces! Los árboles de Navidad se han encendido. En derredor de los árboles de Navidad las familias cantan las canciones tristes que, con una melancolía sublime, recuerdan todo el encanto de la noche santa. En unas casas hay un piano; en otras, un violín; un acordeón, en otras; en la mayoría, una armónica, que los viejos saben tocar con tonos lánguidos. Solamente en la iglesia el armonio suena suave y deja percibir sus ecos tristes a través de los muros de las casas de Sellin.

¡Media noche!... ¡Nochebuena!... La campana de la iglesia suena anunciando el momento solemne de la noche santa. El armonio entona un cántico religioso; en todos los hogares se arrodillan, ante el árbol de Navidad, las familias, y cantan a coro la dulce canción de la noche silenciosa y sagrada.

Una ráfaga de emoción cruza por todos los hogares. Es que el recuerdo de Leván ha flotado un momento sobre la aldea.

La luna llena ilumina siniestramente la blancura helada del contorno; el mar, silencioso, parece haber muerto también.

Solamente el viento, que zumba inexorable, parece reir sarcásticamente en aquella armonía del silencio, como si fuese un espíritu malo que se burlara.

La campana, el armonio, las voces entonadas, las notas de los pianos, el acordeón, las armónicas, todo diluído en los rugidos del viento...

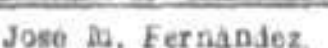
....

¡Como una gigantesca sonata de Grieg!...

ADELARDO FERNÁNDEZ-ARIAS

DIBUJOS DE BESARES

Peritos mercantiles egresados de la Escuela de Comercio Sud



Jose M. Fernández. — Siro M. Venini Manfredi. — José S. Zanitti.





Angel Grassini. — Aristóbulo Piazza. — P. Salvador G. Morrone. — Armando Gandini.





Simón Jansenón. — Vicente Larroca Gaudio. — Cipriano Azcueta.

LOS RELOJES

Entre las cosas útiles que no sirven para nada se cuentan los relojes que usan las mujeres.

Un reloj de mujer es inútil por dos razones:

1.° Porque las mujeres nunca hacen caso de la hora.

2.° Porque los relojes de mujeres jamás andan a la hora.

Nos explicamos este fenómeno haciendo sutiles y metafísicos razonamientos respecto al relativo valor del tiempo. El tiempo femenino no es el "tiempo astronómico" de los físicos, el "tiempo vital original" del filósofo Bergson, ni el "tiempo cuatridimensional" del matemático Alberto Einstein.

Es algo más complicado y más sencillo que todo eso. Es un tiempo vulgar, un simple tiempo desplazado.

Es por eso que los conceptos de atraso o de adelanto son contrarios entre el hombre y la mujer. Así, cuando uno ha calculado que aún le queda el tiempo suficiente para llegar al teatro antes del final del primer acto, la mujer se ha convencido de que es de poner a calentar las tenacillas de rizar.

Neurólogos eminentes explican la fluctuación del tiempo femenino como una simple afinidad entre la cuerda del reloj y el sistema nervioso de la mujer. Los relojes de mujeres, como ellas, se enferman de los nervios. Hay días que marchan perfectamente y otros días se descomponen sin motivo.

Nunca estoy más solo que cuando me veo acompañado, y nunca más acompañado que cuando estoy solo. — NIETZCHE.

EL AUTOMÓVIL-DE-TURISMO DODGE BROTHERS

Frecuentemente se preguntan cómo es posible que un automóvil tan relativamente liviano, puede ser al mismo tiempo tan sobresalientemente fuerte.

La contestación es, por supuesto, fácil. En lugar de pesados moldajes, se usan piezas de acero prensado y forjaduras de acero perfectamente hechas.

En combinación con el admirable estilo y el excelente balance del automóvil, dicha construcción da por resultado, facilidad de manejo, durabilidad de los neumáticos, módico costo de mantenimiento y larga y vigorosa vida.

PRECIO :
Completamente equipado con su quinta goma................ $ **4.600**
(puesto sobre vagón Buenos Aires.)



Técnico Químicos egresados de la E. Industrial de la Nación



Alfredo J. Rella. Buenaventura Ruperti. Armando G. Cravello. H. Rodriguez Clerici. Jaliero J. M. Carradó. Aurelio Yaria. Luis E. Cutino. Ernesto Quiroga.

CURIOSIDADES DEL CALENDARIO

Aunque parezca algo exagerado, lo cierto es que una colección de "Almanaques" puede ofrecer bastante curiosidades al pacienzudo investigador. De ellas citaremos algunas que pueden servir de muestra.

Ningún siglo puede comenzar en miércoles, viernes ni domingo.

Cada veinte años puede usarse un mismo calendario.

El mes de octubre empieza siempre el mismo dia de la semana que enero, abril igual día que julio y septiembre el mismo que diciembre. Febrero, marzo y diciembre empiezan en días diferentes. El primero y el último día del año es siempre el mismo.

Estas reglas no tienen aplicación cuando se trata de años bisiestos.

El calendario Juliano o Gregoriano, tiene curiosidades poco conocidas: he aquí algunas de ellas:

Siendo el año común enero y octubre comienzan con el mismo día de la semana; febrero, marzo y noviembre, en igual dia; septiembre y diciembre son paralelos, mientras que mayo, junio y agosto, empiezan en días distintos entre sí y diferentes de los demás del año.

Si es bisiesto, la relación es como sigue: Enero, abril y junio, comienzan con el mismo día; febrero y agosto, iguales; marzo y noviembre, idénticos; septiembre y diciembre, paralelos y mayo, junio y octubre distintos cada uno.

El año ordinario comienza y acaba en el mismo dia y el mayor, termina un día después.

Los años se repiten, es decir tienen el mismo calendario, cada veintiocho años. Sin perjuicio de esta regla fija, suelen repetirse también por períodos de once, once y seis: total, veintiocho años. Ciclo solar.

Se ha dicho con mucha frecuencia que el mes de febrero del año 1866, fué y será el único carente de plenilunio, lo cual es un error crasísimo, porque, sin ir muy lejos, encontramos en el año de 1847, que febrero no tuvo luna llena, debido, quizás, al curso irregular de nuestro satélite. Esto se repetirá más o menos tarde, aunque el segundo mes del año no sea rehabilitado. Las pruebas están a la vista de los eruditos.

Computando exactamente los dias que van transcurriendo de la Era Cristiana, desde el domingo primero de enero del año inicial, hasta el 13 de agosto de 1904, resultan 99.326 semanas, 695.282 días, 16.686.768 horas y 1.001.206.080 minutos.

Los siglos I, VII, XIII y XIX, se compusieron de 36.524 días, el siglo XVI, de 36.515 y los demás de 36.525 días.

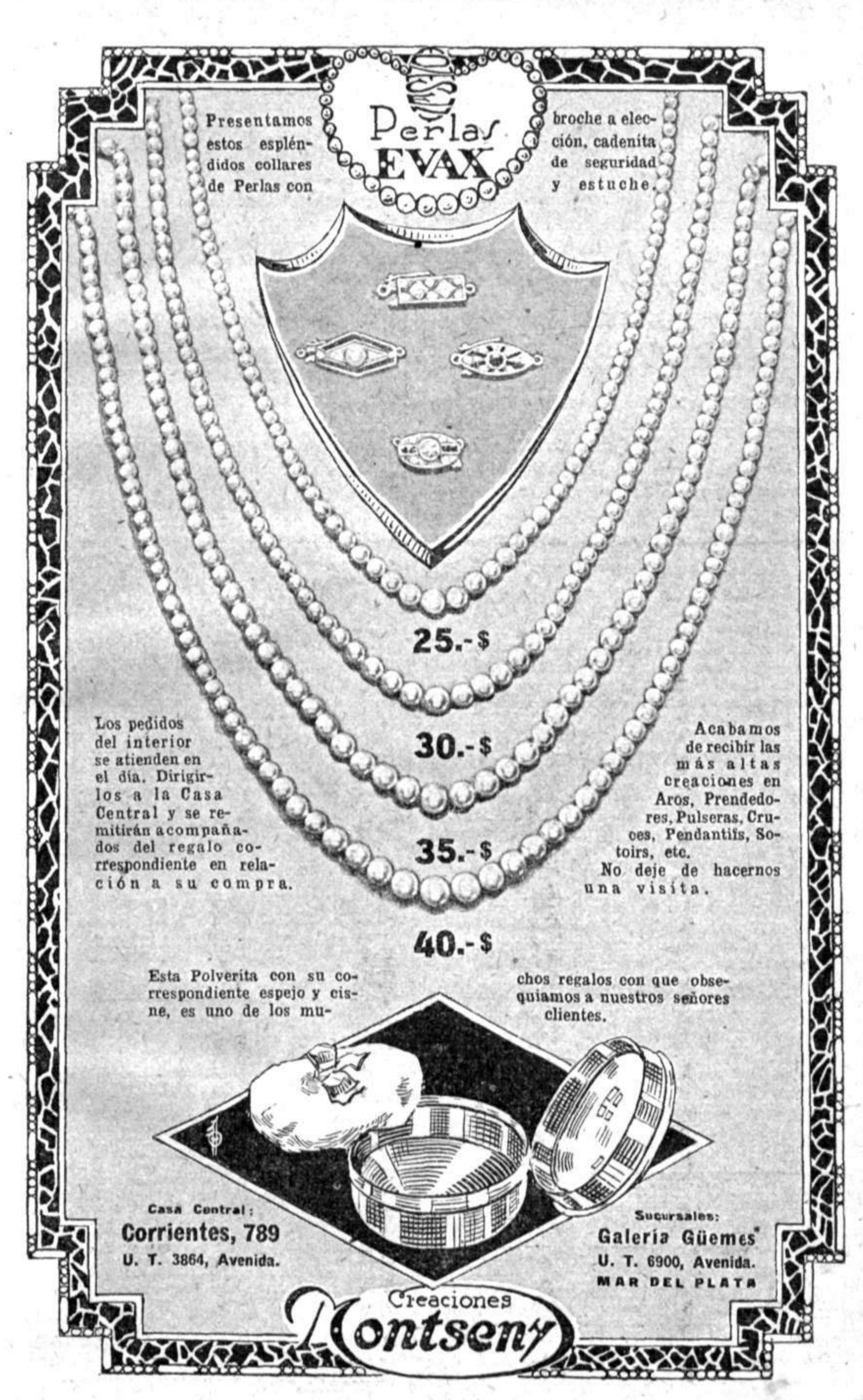


Sastreria de Lujo
USTED GANARA DINERO
y vestirá con impecable elegancia, si adquiere un traje en lo de M. ALVAREZ
NUESTROS MODELOS
LISTOS PARA VESTIR
no sólo tienen la ventaja de sus
PRECIOS BAJOS
sino también que
SU CORTE es ejecutado por nuestros eximios maestros en el arte de vestir. - LOS CASIMIRES empleados son de primera calidad y los gustos más modernos, y SU CONSTRUCCION cuidada hasta en los más mínimos detalles, para que cada traje se adapte perfectamente al cuerpo, sin necesidad de arreglos.
GRATIS
enviamos muestras de casimires, pero al solicitarlas sírvase indicar color que desea y precio aproximado.
GRATIS
enviamos al INTERIOR nuestro flamante ALBUM DE FIGURINES
Todos nuestros modelos listos para vestir tienen forros y entretelas de
LANA
TRAJE CRUZADO, modelo de gran elegancia, en casimires ingleses de última moda, esmeradamente terminado
$ 75.—
NO TENEMOS SUCURSAL
TRAJE SOBRE MEDIDA
En ricos casimires ingleses, corte de rigurosa moda a
$ 130.-
MODELO DE TRAJE DE gran "chic" en casimires de gran fantasía y última moda, gustos varios, corte irreprochable, a
$ 70.—
MODERNISIMO TRAJE en casimir de alta calidad, con dos botones, modelo de gran aceptación, a
$ 65.—
ELEGANTE MODELO de traje en casimir de muy buena calidad, gustos de gran moda, corte modernísimo, a
$ 80.—
Sastrería de lujo. — La más grande en Sud América.
M. ALVAREZ
B. AIRES
B. MITRE ESQ. ESMERALDA

Liceo Nacional de Señoritas.—Bachilleres egresadas



Sentadas, de izquierda a derecha: Ana Schumann, N. Muñoz, Isabel Opfelbaum, Paulina Frontini. — Segunda fila: Señora de Rouquette (secretaria), señora Santa Cruz (regente), doctora Freircto de Ciampi (rectora), señorita Elena Rossi (vicerrectora), Raquel Osesky. — De pie, de izquierda a derecha: Hermenegilda Casazza, Ada Paccagnella, Dolores Ferrero, Nélida Cataldo, Lina Gentilini, Magdalena Malvicino, Hilda Lietes, Ivonne Lisle, Aracely Pereyra, María Bolasell, Julia Rutt, Lola Belvisi y Sofía Scornick.


Perlas EVAX
Presentamos estos espléndidos collares de Perlas con
broche a elección, cadenita de seguridad y estuche.
25.-$
30.-$
35.-$
40.-$
Los pedidos del interior se atienden en el día. Dirigirlos a la Casa Central y se remitirán acompañados del regalo correspondiente en relación a su compra.
Acabamos de recibir las más altas creaciones en Aros, Prendedores, Pulseras, Cruces, Pendantifs, Sotoirs, etc.
No deje de hacernos una visita.
Esta Polverita con su correspondiente espejo y cisne, es uno de los muchos regalos con que obsequiamos a nuestros señores clientes.
Casa Central:
Corrientes, 789
U. T. 3864, Avenida.
Sucursales:
Galería Güemes
U. T. 6900, Avenida.
MAR DEL PLATA
Creaciones
Montseny



NOEL

—Vamos; he bailado como un trompo y estoy cansada — dijo ella a su marido.

Envolvióla él en la capa de armiño y, furtivamente, cual dos malhechores, huyeron por la escalera monumental de la casa de don Samuel Dirsh, para ir a esperar su automóvil en el peristilo del piso bajo.

—¡Hombre! me he traído un sombrero ajeno — exclamó el joven, corriendo a buscar el suyo.

Quedó ella sola, encerrada en la rotonda de mármol como en una tumba demasiado grande para su cuerpo delicado. Aproximóse a la vidriera circular, corrida entonces a fin de impedir que el agua entrara al interior, apoyando su cara lindísima en los cristales para mirar hacia afuera. Desde ahí podían abarcar sus ojos, en toda su extensión, los magníficos jardines iluminados de una manera maravillosa, mudos y vacíos, por donde había pasado momentos antes bulliciosa la fiesta.

Poco a poco fué penetrándose la joven señora del encanto de aquel jardín mojado por la lluvia, al cual veía metamorfosearse a través de la cortina movible y transparente del agua, y del parque más lejano, que parecía diluirse en un vapor plateado. La forma de los árboles, las actitudes de las estatuas, se transformaban. Todo parecía inmaterializarse, retroceder.

Lo que había en ella de sensible y de artista, enternecíase ante el paisaje idealizado, pero cuando descubrió la ruina del árbol, plantado en el centro del claro abierto frente a la entrada del palacio de los Dirsh, con sus hojas destrozadas o dispersas, sus ramas rotas o torcidas, en las que quedaban colgados algunos desteñidos farolillos insistentes en mantener sus lucecitas parpadeantes, la suave expresión de su fisonomía transformóse, al igual del jardín, en otra de desilusión y de ironía.

Había visto horas atrás a aquel fantasma, árbol viviente entonces y lozano cubierto de hojas sonoras, y adornado de luces y guirnaldas para ostentar los mil objetos valiosos destinados a los invitados a ese «reveillón» de Nochebuena. Sorprendido en todo su esplendor por la tormenta desencadenada al iniciarse la fiesta, desvestido brutalmente a toda prisa por las manos de la servidumbre, a quien se ordenara transportarlo todo a los salones altos, sólo quedaban del árbol despojos lamentables.

Sic transit gloria mundis, murmuró, repitiendo la frase leída en su devocionario y aplicada a la vanidad de los hombres, la cual llevóla a pensar en cosas decepcionantes: Navidad sin niños, árbol con joyas en lugar de juguetes. Navidad celebrada por un judío millonario disfrazado de cristiano, para lanzarse a la conquista social. Nos ha llamado y aquí estamos todas.

No obstante la suntuosidad de la fiesta, en la cual el ruido ensordecedor de las voces y la exuberante animación desbordaron en el momento de servirse el champagne al toque de la media noche, no se había sentido contenta. La desanimaban el júbilo aturdido y sin alma de las mujeres; una vaguedad percibida en los espíritus pusilánimes y desorientados de algunos hombres; en otros, los decepcionados, las palabras envenenadas para juzgar, o el afán de olvidar la inutilidad de todos los esfuerzos. La desanimaba sobre todo la riqueza desprendida de la vaciedad en que hoy se vive. ¿Pasaría lo mismo en todos los ambientes?

Las doce campanadas anunciadoras de la buena nueva, oídas por vez primera en una casa extraña, repercutieron con desabrimiento en su corazón y, simultáneamente, frente a la alegría radiante de su marido a quien veía reir, esperando el último sonido con la copa llena en la mano, entregado al goce del momento sin comulgar con ella en esa hora puramente espiritual en su sentir, creyó notar en él algo de

pueril capaz de disminuirlo ante sus ojos.....

Presentósele patente luego el cuadro contrastante de la casa paterna a donde esa noche llegaría ella en retardo, en cuyo hall debía erguirse el pequeño árbol familiar de Navidad lleno de velitas, juguetes y golosinas, al cual rodeaban los hijos, los nietos, los sobrinos. Sólo ella faltaba allí. ¿Cuál sería la sorpresa con que se la aguardaba?... En seguida sintió ella con su gran belleza, su envidiable lujo, sus diamantes, y que llevaba prendido en el pecho el soberbio lirio de brillantes y rubíes del árbol de don Samuel, una curiosidad infantil, la impaciencia irrefrenable de partir, de llegar pronto, lo cual era en el fondo la necesidad moral de refugiarse en algo firme, grande, sereno, verdadero; la exigencia de un apoyo que nace cuando todo parece vacilar en derredor nuestro.

La sorprendió un canto apagado y monótono, aire sencillo de un antiguo Noel, coreado en una casa vecina. ¡Noël era también su nombre!

La devoción al niño Jesús tradicional en la familia de sus padres se lo había impuesto. En la fuente bautismal diéronle el de Natividad, pero sus hermanos, encontrando más harmonioso el de Noel, llamáronla así y todo el mundo en Buenos Aires la conocía por Noel Estuarda. El nombre original le había sido propicio ofreciéndole todos los dones: bondad, inteligencia, belleza, posición, fortuna y últimamente la inmensa dicha de un gran amor compartido.

La figura de Enrique apenas entrevista en un nuevo aspecto tornó a alarmarla. ¿Se había ella equivocado? ¿El elegido entre todos no sería sino un espíritu superficial, incapaz de saciar el alma de una mujer; una inteligencia insuficiente a resolver los problemas graves de la vida? La estremeció entonces la sospecha de que sus mejores pensamientos no fueran comprendidos y en su hogar, recién formado, faltara un fondo común de ideas, lo cual, tal vez, hubiéranle impedido ver la violenta promesa de una ardiente ventura, la embriaguez de los primeros días de exaltación amorosa.

Y a ella, ¿quién le había enseñado a pensar esa noche?

Eran estos puntos dolorosos de su meditación e hizo él bien en llegar. La advirtió de su presencia su propio aliento muy cerca de su nuca. Le oyó decir con la voz que la acariciaba:

—¿En qué piensas, querida mía?

No se atrevió a decirle la verdad temiendo no ser entendida.

—En ti—le respondió cubriéndole la boca con su mano para que la besara.

<>

Eran las dos de la mañana y hacía tres cuartos de hora que el automóvil donde iban Enrique y Noel, del palacio Dirsh, en Belgrano, a la vieja casa veraniega de los Estuarda, situada en las inmediaciones de San Isidro, se hallaba detenido.

Hasta entonces habían permanecido recostados en el muelle asiento de su carruaje amplio y cómodo, muy semejante a un pequeño «pullman» de lujo, llevando los cristales de las ventanillas cerrados a causa del frío, raro en una noche de diciembre. Dueños de juventud y de fortuna, abandonábanse al bienestar de saberse ricos, y a la felicidad grande, superior, íntima, de amarse. Ella olvidaba las desalentadoras aprensiones de su tierno razonamiento; él no las conocía.

Repentinamente, el coche se había parado. El chófer, hombre de toda confianza, obedeciendo órdenes terminantes de su patrón, habíase desviado de la ancha carretera para acortar camino, penetrando en un paraje desconocido, solitario, sumido en la obscuridad. Desorientado detúvose su coche. Enrique, un poco petulante, saltó fuera para tomar el volante, pero se acobardó al cabo de maniobras inútiles y de patinar un rato sobre el terreno bajo lleno de pozos y fangales donde las ruedas encajábanse hasta los ejes, resistentes a los esfuerzos del lacayo y del chófer. La lluvia cesó, pero el viento siguió soplando como un loco. No se divisaba luz ninguna, indicio de habitación. Un tren cruzó a la distancia en dirección contraria a la calculada por Enrique, demostrándole su extravío. No quedaba otro remedio sino esperar el día.

Por precaución quitáronse a Noel sus soberbias joyas, escondiéndolas en el fondo de un cajón del mismo automóvil. Habíase ella esforzado por mostrarse guapa, chanceando sobre el naufragio, según llamaba a aquel traspié, no obstante sentir el frío del miedo en todo el cuerpo y tener lágrimas en los ojos. No quería perturbar aún a su marido, impotente en aquel momento para discernir o determinar.

—Se me despoja como al árbol de don Samuel—dijo, riendo nerviosamente.—Salvemos, pues, primero la cabeza. Toma, Enrique, mi diadema... Ahora las orejas, los brazos y los dedos. Ahí van aros, anillos y brazaletes... Espera, aquí tienes «le lys rouge» de Israel.—Y desprendió de su bata el hermoso broche de rubíes, recuerdo del «reveillon».

—Falta tu collar, querida. Pronto, pronto, dámelo.

—¿Mi collar? Eso sí que no—replicó a su marido.—Jamás; moriré con él. Seriamente, Enrique sabes que soy supersticiosa. Mis perlas me traerán suerte. Papá las eligió pacientemente una por una para mí, y con su propia mano las puso en mi cuello el día que cumplí diez y siete años... Mira cómo saben esconderse. En un cerrar de ojos, el hilo de perlas, no muy grandes, pero de una rara perfección, desapareció entre su seno nacarado.

Cuando menos lo esperaban divisaron una luz, la cual avanzaba y se movía con lentitud y acompasadamente. Antes de que Noel se inquietase dijo el chófer:—Nos han sentido y vienen en nuestro auxilio.

No era precisamente eso cierto, mas un hombre de aspecto huraño, maneras torpes, escasa palabra adelántabase con una linterna en la mano. Después de cambiar explicaciones convínose en trasladar a la joven señora a la casilla de madera situada a pocas cuadras de donde se encontraban, vivienda de aquel hombre, guardavía del tren, única en las inmediaciones, mientras se procuraban los medios de salir del atolladero u otro vehículo cualquiera.

Caminando sobre el barro espeso llegaron a la habitación donde fué Noel, que había sido conducida en brazos, depositada, dejándosela entre llorosa y ofuscada, aturdida en el miserable refugio, en tanto los hombres partían apresuradamente, discutiendo los medios de reparar el desastre.

<>

Noel encontróse nuevamente enterrada, no en rotonda de mármol, sino en el sepulcro de un pobre.

No era otra cosa la habitación del guardavía construida con tablas viejas, cubiertas por un techo de cinc, al cual podía

tocarse con las manos; cuyos muebles y contornos perdíanse en la sombra. La luz sin fuerzas de una lámpara, apenas alumbraba en su rincón el espacio más inmediato.

Sintiéndose oprimida en aquella atmósfera pesada de pieza donde se duerme y no se ventila, la linda intrusa, instintivamente, acudió a abrir la ventana; mas una ráfaga de viento hizo temblar la luz y volar papeles dispersos. Temerosa entonces de quedar a obscuras la cerró de prisa, corrió a la lámpara, terció su llave; la llama brotó de golpe, esparciendo su claridad por todo el chiribitil.

Parada en medio del cuarto distraíase en hacer una especie de inventario de las cosas feas, viejas, sucias, mutiladas que allí había, cuando al dar vuelta la cabeza vió, sentado en una cama de hierro, pintada de marrón, un niño cuyos ojos excesivamente grandes, de párpados violetas, no se separaban de ella. La flacura de la cara fea y descolorida denotaba una grave enfermedad e impresionaba la seriedad de su expresión, acentuada por una profunda arruga vertical cavada antes de tiempo en su frente infantil.

Contuvo ella el grito de sorpresa para no inquietarlo, sintiendo desaparecer al mismo tiempo de sí la sensación medrosa que la dominaba. Ya no estaba sola.

El continuaba mirándola sin pestañear y seguía con la vista sus movimientos. ¡Extraño niño aquel a quien, si bien confundía, no inmutaba la presencia inesperada de una criatura como Noel, quien, con su gran belleza, su vestido de plata, sus cabellos dorados debía parecerle una aparición ultraterrestre! No estaba muy seguro, no, de que fuera una mujer aquel ser tan diferente de lo recordado de su madre, de lo visto en la curandera, únicas conocidas suyas, por eso la miraba con tanta persistencia.



— REPENTINAMENTE EL COCHE SE HABÍA PARADO...

En cambio, a ella la intimidaba su propio lujo entre tanta miseria.

Después de un momento de silencio vió ensancharse la boca grande del enfermo y gesticular. ¿Iba a hablar, iba a sonreir?... Su dedo interrogativo la señaló unos segundos, en tanto desviaba sus pupilas hacia la ventana para preguntar después, demostrando un interés concentrado y una claridad extraordinaria:

—¿Ya pasó?

¡Oh, cómo supo Noel leer en seguida en su pensamiento! El niño solitario esperaba también, como los otros la venida de Jesús.

Segura de mantener con su respuesta una ilusión oculta le contestó:

—Todavía no.

—Tarda mucho esta noche. — Cambió de tono para interrogarla nuevamente, interviniendo directamente ya en el enigma de su aparición: — ¿De dónde salís vos?

La manera llena de confianza de preguntárselo produjo en la joven una impresión indefinible.

Como retardara la contestación, insistió aquél con la autoridad de quien no ha tenido a quien respetar:

—Respondéme, pues. ¿Quién sos vos?

Noel quedó perpleja. Su propio nombre nada podía significar para él, a cuyos oídos no debió haber llegado nunca. Fingirse un ángel, un hada, resultaría igualmente inútil, tan segura estaba de que no había tenido a nadie a su lado capaz de contarle que existen hadas para los niños en la tierra, ángeles que bajan para ellos desde el cielo. Simplemente le dijo:

— Soy la visita de Navidad.

Una gota de sangre se detuvo en el rostro del chiquillo singular coloreándolo un segundo; su pecho angosto palpitó conturbado y, consciente de la importancia de lo que quería saber, demandóle:

—¿Lo conocés, entonces?

—Sí, lo conozco.

—Mentira. Nadie lo ve. Viene cuando dormimos. — Y después de un silencio afirmó: — Porque estoy despierto no ha venido. — Pero quería explicaciones él, con la insistente curiosidad de la infancia: —¿Quién es *él?*

—Un niño pobre como tú.

—Pobre y regala juguetes, trajes y manzanas a todos los chicos — replicó con ironía.

—Es un niño que no tiene nada, pero dispone de todas las cosas del mundo para los otros.

—A mí me traerá una manzana como el año pasado. Me lo ha dicho mi papá.

—Parecen gustarte las manzanas.

—Mucho.

—¿Sueles comerlas?

—Sí, una... la que él me trae.

—¿Cómo te llamas, nene?

—Juancito. ¿Y vos?

—Noel.

—Noel... Noel... Men-

tira, eso no es ningún nombre — repuso riendo.

Un movimiento brusco le arrancó un gemido. Sintió la joven señora una gran lástima, dándose cuenta de que así debería quejarse muchas veces en la soledad. Con ímpetu acercóse a la cama y como ya se entendían sin palabras, levantó él la vieja colcha de algodón para mostrarle la causa del dolor; su pierna enferma. Retrocedió al verla tumefacta, hinchada, monstruosa tal si fuera un miembro ajeno en el cuerpecito escuálido.

— Yo te haré cuidar, mi nene.

La cara infantil expresó el espanto.

— ¿En el hospital? — exclamó aterrorizado. — ¡No quiero, no quiero! Me van a cortar la pierna, la curandera se lo ha dicho a mi papá y también el otro guarda. ¡No quiero!

— Tontito...

— ¡No quiero, sabés, no quiero! — repetía enfurecido con una energía y una vehemencia de la cual no se hubiera creído capaz a su temperamento endeble.

— Cálmate Juancito — aconsejaba dulcemente, poniéndole su mano sobre el brazo flaco y blando, bajo la camisa áspera que lo cubría. — ¿Por qué te afliges así? La curandera no sabe nada y es mala. Te curaremos aquí, después te llevaré a pasear. Siempre, siempre seremos amigos. A ver, cuéntame cómo enfermaste, nene.



— NOEL... NOEL... MENTIRA, ESO NO ES NOMBRE...

— El día que mi mamá se fué yo corrí para alcanzarla...

Sentada en los pies de la cama la joven lo escuchaba.

— ¿Y después?

— Después corrí, corrí y me caí en una zanja y me lastimé y desde entonces no me levanté más.

— Tu mamá... — insinuó ella tímidamente.

— ¿Mi mamá? Mi mamá se fué con un hombre. ¿No lo sabés vos? — Confidencialmente, tal cual se comunica a otro una larga observación, añadió: — Papá nunca se ríe, nunca habla y a veces viene tomao.

— Ahora, mi rico, cuéntame también cuánto tiempo hace de tu enfermedad.

— Dos años.

— ¡Dos años! ¿Estás seguro?

— Sí, muy seguro.

— ¿Y cuántos años tenías entonces?

— No sé, pero estoy en los siete

— Por lo tanto cuando te caíste estabas en los cinco, pobrecito mío.

— Puede ser.

— ¿Te acuerdas?...

Confundiendo lo que ella quería saber, se irguió en su cama, clavó las uñas en la colcha como un leoncillo, replicando exaltado nuevamente e interrumpiéndola:

— ¿Si me acuerdo de mi mamá, querés decir? Sí... algunas veces. Pero no quiero que vuelva ¿entendés?... ¡No quiero! Que se vaya al mismo diablo.

Jamás pudo olvidar Noel más tarde la expresión que tenía la cara del niño al pronunciar su anatema contra la mujer que los había abandonado; jamás el odio, el sarcasmo, la amargura de aquella tierna fisonomía de marcada fealdad, iluminada por los ojos soberbios, brillantes de inteligencia como un sol.

Escuchaba lo que él siguió diciendo, charla inocente que la guiaba por los que para ella eran misterios de esas existencias hechas para la pena, cuya felicidad consiste en la ausencia del dolor.

Ya el pequeño enfermo dejaba atrás los recuerdos, causa y motivo de su exaltación y de su ira, mirando con gran curiosidad el traje de aquel enigma viviente sentado a sus pies y su manto de armiño.

— Quiero tocarlo — manifestó al rato.

Dócilmente y sonriente ella se paró, aproximándosele hasta el alcance de su mano, la cual fué derecha al tapado, el que había resbalado más abajo de los hombros desnudos.

— ¡Caramba! ¡Cuántas cabritas blancas han matao para tu capa! — exclamó encantado de la suavidad de la preciosa piel.

El collar de perlas, libertado, llamó un poco su atención. Aquellas «cuentitas» a las cuales no osaba tocar, temiendo romper el hilo que las unía, le gustaban. El vestido plateado le recordó la luna. Pero lo que le produjo asombro y admiración, lo que le pareció gracioso, divertido, extraordinario, inverosímil fueron los zapatitos de Noel. Aquellos zapatitos blancos como la nieve, aquel raso fino, fino y brillante como un espejo, aquellos tacones altos que debían hacerle difícil el andar, resultaban, a su juicio, dos objetos sorprendentes. ¿Cómo podía serle posible caminar, ir, venir, correr, correr con ellos sobre todo?

Piececitos semejantes con-

firmaban su sospecha de que la recién venida era realmente la Visita de Navidad; la aparición de Nochebuena.

Repentinamente su rostro cambió. No ve Noel ya sus ojos sombreados por pestañas que los esconden cuando los baja, pero su boca muestra todos sus dientes y, con la malicia pensativa de las grandes ironías estira su mano izquierda para levantar un grueso zapato viejo, del tamaño del de un hombre, mostrándoselo con la inmensa interrogación sin palabras de aquel contraste. Ella rió con él, pero mintiendo.

Todo el dolor y la miseria humanas mostrábanse ahí, e hirieron el alma de la joven más profundamente que todas las máximas y pláticas oídas hasta entonces.

—¿No ves? Todavía no ha pasao. No me ha puesto la manzana—exclamó el niño volviendo a su idea fija y escudriñando el botín.

—Ya vendrá; no tengas duda.

—Voy a dormir, sino no llegará nunca.

Sentóse otra vez ella a su lado en un banquito cojo. Le tocó la frente. El comprendió en el acto el sentido de su gesto:

— Todas las noches tengo fiebre; así dice mi papá.

—Sí, querido, duerme... el Niño vendrá.

Dejó caer él la cabeza en la almohada, sus grandes ojos se cerraron, mas aun tuvo tiempo de advertirla, señalando el otro extremo de la habitación.

— Mirá, cuando te vayas dejá la ventana abierta por si encuentra cerrada la puerta... La manzana, la manzana...

—El Niño vendrá—murmuró ella a su vez, como una cantilena.

«Deja la ventana abierta», balbuceó por última vez el pequeño enfermo, sumiéndose después en un sueño profundo.

Noel, inmóvil, mirábalo dormir. ¡Millones de criaturas semejantes a esta debía haber en el mundo!

De repente, con el sacudimiento y el asombro traídos por la revelación, comprendió que por aquel niño, Jesús quiso nacer en el pesebre. La eterna lección del ejemplo.

Sentada siempre en el banquito, pálida por las emociones de la noche, había cruzado las manos e inclinado la cabeza para pensar. La tímida lámpara enviábale desde el rincón toda su luz. La dulzura, la sombra de humildad esparcida en su persona en ese instante, toda su actitud, parecían destinadas a un admirable cuadro de la Anunciación.

Tumultuosamente, sin precisarlos en conceptos, le llegaron, confundidos, los sentimientos y las ideas, en los cuales mezclábanse temores y remordimientos como si su existencia dada a la dicha, a la riqueza y al placer fueran una usurpación y un pecado.

Por primera vez presentábansele delante de los ojos, por primera vez palpaba un mundo extraño en el cual vivía la mayoría de los hombres debatiéndose como en tinieblas contra sufrimientos ignorados por ella hasta entonces. Su imaginación excitaba daba formas al hambre, a las vigilias, al trabajo brutal incesante al dolor físico y a los cansancios irremediables que aguardan ser libertados por la muerte.

Asociaba lógicamente esas tristezas semejantes a las luces, al baile, al regocijo de un momento antes y de todos los momentos. Dejaba una fiesta para volver a otra donde el programa de todos y de cada uno era buscar el nuevo placer del día siguiente.

Aquí el afán era distinto: evitar el dolor del día siguiente. Los unos creíanse dueños de la vida, los dominadores. Los otros la sufrían; eran los vencidos.

¿Por qué? ¿Cuáles eran el valor, la energía, las virtudes que habían dado el triunfo a los primeros? ¿Por qué merecían los otros pena inexorable?

Entonces, el evidente contraste entre su propia situación y aquella situación le pareció absurda.

El hijo del guardavía, había valido para darle en un instante reflexiones más graves y más hondas que todos los hechos de su vida.

Enrique entró a buscarla. Venía contentísimo, pues habíase reparado todo. La abrazó lleno de efusiones invitándola, con voz muy sonora, a marchar.

Puso ella, sonriendo, un dedo en sus labios indicándole al pequeño enfermo en quien no había reparado. Lo miró él de paso, tomó a su mujer de la cintura y salió en puntas de pie por complacerla.

El automóvil ajeno traído para el caso se lanzó por la ancha carretera en dirección de la quinta de Estuarda.

—¿Tenías sueño, mi alma, o tenías miedo lejos de mí?

Levantó ella sus ojos espléndidos para mirarlo.

—No, mi Enrique, no he tenido miedo ni he sentido sueño lejos de ti. Algo ha nacido en mí esta noche.

La mirada del joven estaba también fija en ella, no porque la entendiera muy bien, sino porque la encontraba muy bella.

—En la covacha, adonde me condujo el azar, creía estar en presencia de un nuevo panorama aparecido de súbito—continuó diciéndole Noel.— En adelante, muchos males deberemos aliviar querido mío. Esta noche he comprendido en todo su grandioso significado, el Misterio de la Navidad.

<>

El primer rayo de luz atravesó la pequeña ventana de la casa del guardavía y fué a herir en la frente al niño dormido. Este abrió los ojos, estiró el brazo izquierdo para tomar el viejo zapato, con el fin de ver si ya había sido depositada en él la sabrosa fruta que deseaba. El zapato estaba vacío. Jesús no había llegado... ¡Ah! allá en el fondo movíase algo claro. Entró toda la mano y lo sacó. Era un hilo de perlas.

«La señora ha dejado su collar» — murmuró, llenos los ojos de sueño. Lo soltó con indiferencia, y se volvió a dormir pensando ávidamente en su manzana.







La Margarita está como seca y tiene sólo veinte años. Y como era del pueblo y ahora vive en plena pampa, más triste la han vuelto y más vieja. Es, ya, como un estropajo. Ni se fijan en ella ni ella se hija en nadie. Pero es bonita su historia, porque hace doler. ¿Qué quiere la gente, sino lo que hace doler y es cosa de los otros mortales?

Dicen que cuando muy niña se quedó sin madre, y el cónyuge la arrimó a la casa de unos parientes medio salvajes. Que allí creció, pero a golpes de cuerpo y de alma, como para que se estirase más pronto y más tiesa. No hubo quién la protegiera ni quién la consolase. Las gentes pensarían, sin duda, y muy resignadas, en que los golpes se los merecía... ¿Qué quiere la gente, sino que haya justicia sobre la tierra?

Dicen que cuando se quejó al padre, éste se encogió de hombros, se sonrió y le dijo: — Tarás exagerando, pa que te lleve conmigo... — ¡Pero es que me pegan como unos brutos, tata! — Te portarás mal... — ¡Pero es que no me quieren y son de lo más malo! — Te dan de comer y quedrán que los sirvas... — — ¿Y usté, que es mi padre, no me puede mantener?

Entonces fué lo grave: supo redondamente que no era «su» hija... Y como no le quedaba, para recurrir, a otra que a la Santísima Virgen María, concluyó por considerarse una bestia. ¿Qué quiere la gente, sino que haya causa o motivo para sembrar moral en el mundo?

La Margarita, pues, no tiene padre. El salvajón ese, desentendiéndose ya, le ha revelado el misterio con toda brutalidad. Y la mamita se murió hace tanto... Los otros salvajones del pueblo la aprovecharon bastante, y gracias que la soltaron... La Margarita está ahora en la estancia de un criollo al parecer híbrido (parece criollo, parece vasco y parece indio). Allí hace ella de todo lo que le digan, honestamente considerado, y piensa que únicamente, como faltarle, si algo le falta hacer, es mo-

rirse. La mandan madrugar la primera y la obligan a acostarse la última. Durante el día, de sol a sol, la recargan con todos los pormenores de la cocina y de la limpieza. Ignora su verdadero cargo, pues no le halla definición posible, y, si reflexiona, sólo arriba a esto: que hay que trabajar y seguir trabajando... hasta que pueda, es decir, hasta que ya no pueda mover los pies o los brazos, que es lo que más mueve la pobrecita. Claro que si va y se mira en el espejo, aunque esté lleno de grasa, se le sale un suspiro conmovedor, en viéndose, aunque sea a medio verse, como una piltrafa. ¡Y qué ropa!... ¡Y qué color, en el joven cutis como apergaminado! ¡Y qué par de chancletas zarrapastrosas!

Hace cosa de un mes, el criollo patrón, el tipo híbrido ese que la trajo o la dejó llegar hasta allí, en un minuto de buen humor, quizás, la atajó mientras iba bajo el alero de la larga casa, y casi a boca de jarro, le dijo: — ¡Mirá que estarás cansada, hija!... La esclavita hizo como que se sonrió, sin atinar a respuesta alguna, pues parecería hasta haber perdido el uso de la palabra. Vió, eso sí, retomando la marcha, que el hombre movió la cabeza y la bajó, como conmiserado...

¿Y que más quiere la gente, ávida de solidaridad, que constatar la lástima con que se ven ciertas cosas del mundo?

La Margarita descansa hoy. La Margarita le ha hecho una gambeta a los quehaceres y se ha ido, medio entre decidida y temerosa, a sentarse entre unos grandes troncos recién volteados, allá, en el monte viejo de atrás de las casas. Iba buscando un sitio estratégico, pues nadie daría con ella, sin buscarla. Y de haraganes, no más, ni la buscarán. Puede ser que al patrón se le ocurra algo y se enoje, como que grite y no le compadezca... pero, esta vez, ella bien lo siente, su rebeldía no es mental: la rebeldía es del cuerpo mismo, achatado de tanto ir y venir, y tanto servir y tanto atender. Está declarada en práctica huelga, pues. Y allí, mientras los pájaros cantan, se ha puesto a sonreir satisfecha. Y se ha puesto triste otra vez... Es que por detrás del monte pasa un camino ancho que lleva al otro Partido; y, entre ojear y ojear, divisó dos seres humanos, dos mujeres que siguen viaje de a pie. Descubriría que son madre e hija, tal la forma del andar, como de la vaca con la ternera... Parecen pobres, pero transmiten la sensación de que realizan el trayecto gustosas, aunque sea largo (quién sabe a do van). Ella, la joven, de cuando en cuando se agacha y recoge flores silvestres... Sí, se ve que no las preocupa nada importante. Deben ser felices.

La tristeza le ha venido por eso: de verse tan sola y tan confinada. Es verdad que la respetan; pero comprende instintivamente que hasta le habría convenido no ser respetada. Bien lo admite: es que no incita a nadie. Los grandísimos brutos de la estancia se dan cuenta del valor insuperable de su trabajo; y hay como un solemne pacto, entre aquellos hombres, de virtud a la fuerza...

¿Y qué quiere la gente, sino que se acaben los bandidos, atropelladores del pudor y la virginidad de las mozas?

La Margarita anda de nuevo en la brega diaria. Se pasó gran parte de la mañana remendando ropa, picando leña, baldeando y juntando huevos. Además, le limpió el dormitorio al amo y estuvo lavando unos trapitos.

Hay momentos en que se sonríe, tal vez por gracia del bello día; o porque se acuerda de las damas de ayer a la tarde y le viene como una respetable conformidad, pues por solamente haber visto a aquella señora, se cree como su hija. ¡Cosas recónditas del alma de la mujer, siempre niña!... Cree que la señora, por el hecho de que pasó, vela por ella y su felicidad, lo mismo que sin duda ocurre con su propio vástago con pollera... Sin embargo, la ilusión debe abandonarle a poco, pues frunce un rasgo de contrariedad. Pobrecita... También, el alma, que, para hacer daño, se educa sin ir a la escuela, le dirá sórdidamente que todo eso es mentira. Le dirá: tu mamá se murió y se acabó la cosa; en el mundo no hay sino una mamá; y es la que nos echa al mundo; por eso hay mundo, porque hay mamá; se acaba la mamá y se acaba el mundo. Le dirá: después de la mamá, los hermanos; si no hay hermanos, tampoco hay mundo. Le dirá: después de los hermanos, el novio; si no hay novio, no hay mundo. Le dirá: después del novio, el marido y el hijo o los hijos; si no hay hijo o no hay hijos, no hay mundo. Le dirá, por fin: el mundo es por el vínculo de la sangre; vos no tenés más sangre que la tuya, no tenés vínculo con nadie, no tenés mundo ninguno; vos sos una simple cosa que se utiliza; ¡nada más!

¡Pobrecita! Dan ganas de meterse adentro del alma esa y de romperle el alma, para que no sea tan cruel. Déjela que sea una simple cosa, la pobrecita, pero no le diga nada, no la amargue. ¡Déjela! Algún día se muere y se acabó. Para eso está la tierra: para que la entierren.

¿Y qué quiere la gente, sino que nadie se meta con uno y lo dejen vivir tranquilo, hasta que se muera y lo pongan en el hoyo común?

La Margarita le saca placer al viaje hasta el monte, donde los troncos abandonados. Va allí por muchas cosas: por escuchar a los pájaros y a la brisa y uno que otro mugido lejano de los vacunos, cuando no un relincho fogoso de padrillo celoso; o el cuasi lamento de las ovejitas, tan lastimero que parece emitido como en la certeza de que en breve plazo las van a matar; o para sentirse más libre y más persona. Por ratos se incorpora y atisba entre los árboles, por si el camino le presenta otras faldas en tránsito. Pero es inútil: no va nada ni nadie. La estancia se sitúa en lo más lejano de las pampas. Aquella visión de los otros días deberá haber sido única...

Y, lo que nunca le ocurrió, se puso a llorar. Le ha dado, ahora, por ponerse a comparar su vida, como ya muerta, con todo lo vivido que la rodea; y, naturalmente, su penosa soledad íntima y la sinrazón de su esclavitud le hacen llorar. Claro, las lágrimas se le secan al instante, con tanto aire oxigenado, y trata de no esforzarse mucho, en ese sentido, no sea que agregue un nuevo trabajo a su ya cansada naturaleza... De modo que procura alegrarse, y lo consigue. Hace esto, con un resultado soberbio: piensa que si la madre de uno lo hace a uno y lo echa al mundo, y luego se va y lo deja, lo mejor es tratar de seguirla, hasta llegar a encontrarla otra vez. Y se dice: mi vínculo es mi mamá; tengo que llegar otra vez hasta donde esté mi mamá.

Y entonces, cuando más triste se pone y más alegre quiere sentirse, busca un buen claro entre la fronda, donde más puede abarcar la bóveda azul, eleva los brazos y los ojos e improvisa esta oración sublime: — ¡Mamita, me dejaste y me muero de rabia, porque no hay nadie en el mundo que tenga mi sangre y nadie me quiere, ni parece que fuera como los demás, porque nadie me busca para quererme! ¡Mamita, mi único cariño que habría tenido en el mundo, mamita de mi alma, llévame al cielo, súbeme hasta donde estés! ¡Mamita, mamita!...

¿Y qué más quiere la gente — toda esa gente bruta de la estancia inclusive, — sino que haya algunos que para poder irse al cielo más pronto, vayan un día hasta el pozo, miren bien hacia adentro del pozo, donde suelen verse retratadas las estrellas, y se tiren de cabeza en el pozo?

JULIO CRUZ GHIO

DIBUJO DE RAQUEÑA ESCALADA



Concurso N.º 28 de Caras y Caretas



1.º — Desde la fecha y hasta el 31 de Diciembre a las 12 de la noche queda abierto el concurso 28 de CARAS Y CARETAS.

2.º — Para tomar parte en este Concurso es indispensable llenar el cupón que va al pie de estas páginas, escribiendo con claridad el nombre completo, apellido y dirección del remitente y la cantidad de granos de maíz que éste calcule contiene la botella del aperitivo Quinado **"Kalisay"**, que se ha llenado hasta la parte superior de la etiqueta amarilla, y se ha depositado en la escribanía de los señores Leopoldo Frigoni y José Roberto del Río debidamente lacrada y sellada con todas las formalidades de práctica y cuyo facsímile publicamos.

3.º — Pueden también enviarse las soluciones escritas al dorso de las etiquetas amarillas de las botellas de aperitivo Quinado **"Kalisay"**.

4.º — Se adjudicarán los trescientos premios siguientes:



Primer Gran Premio: Valor $ 5.750 m/n. — Un magnífico automóvil Fiat Colonial Torpedo, nuevo modelo de lujo 501, motor 10-15 H.P., arranque y alumbrado eléctrico. Coche dotado de todos los adelantos modernos, con capacidad para cinco pasajeros; adquirido en la casa FIAT, en cuyas vidrieras se exhibe.

LISTA DE PREMIOS

Primer premio: Un automóvil **Fiat** Colonial Torpedo para cinco pasajeros, motor 4 cilindros 10-15 H. P., arranque y alumbrado eléctrico, completamente equipado valor,.......................... $ 5.750. —

Segundo premio: Un regio dormitorio de la conocida casa **Lorenzini y Peretti**, de roble y raíz de olmo, compuesto de 9 piezas, valor............... $ 1.700. —

Tercer premio: Un soberbio piano de la célebre marca alemana Goers y Kalmann adquirido en la casa **Lottermoser**, valor.......................... $ 1.300. —

Cuarto premio: Un piano **Lottermoser**, de la casa del mismo nombre, valor................. $ 1.200. —

Quinto premio: Un precioso pendantif de brillantes, engarzado sobre platino, adquirido en la conocida casa **El Trust Joyero Relojero**, valor.......... $ 1.000. —

Sexto premio: Un sulky «Eureka» N.º 120, color natural, ruedas de 52 pulgadas, con guardabarros, y elásticos de pinceta, de la firma **Juan y José Drysdale y Cía.**, valor.......................... $ 340. —

Séptimo premio: Un magnífico reloj pulsera para señora, de oro, platino y brillantes, adquirido en **El Trust Joyero Relojero**, valor................. $ 300. —

Octavo premio: Un Magnífico reloj pulsera para caballero, de oro, adquirido en **El Trust Joyero Relojero**, valor.. $ 300. —

Noveno premio: Un juego cubiertos de alpaca sellada insuperable, de la marca **Anezin**; en estuche de roble forrado de seda, compuesto de 106 piezas, de la casa **Anezin**, valor.......................... $ 257.60

10.º premio: Una concertola de salón, N.º 5, de la casa **América**, modelo 1924, valor............ $ 250. —

11.º premio: Una máquina de coser y bordar de la casa **Singer**, valor.......................... $ 220. —

12.º premio: Un anillo de oro 18 k. y brillantes para caballero, de **El Trust Joyero Relojero**, valor.. $ 200. —

13.º premio: Un anillo de platino y brillantes para señorita, de **El Trust Joyero Relojero**, valor.... $ 200. —

14.º premio: Un par de aros brillantes y diamantes, de **El Trust Joyero Relojero**, valor.......... $ 180. —

15.º premio: Un juego de frascos para «toilette», compuesto de 9 piezas de cristal Bacarat, cortado, rosado, de la casa **Anezin**, valor................ $ 172.60

16.º premio: 1 bicicleta de la famosa marca **Peugeot**, de la casa **Lehman y Cía.**, para señoritas, valor.. $ 160. —

17.º premio: Una bicicleta íd., para niño, valor $ 160. —

18.º y 19.º premios: 2 juegos para servir helados, de metal plateado e interior dorado y cristal, compuesto de ocho piezas de la **Orfebrería Anezin**, a $ 125.90 c/u, valor.......................... $ 251.80

20.º al 23.º premios: 4 juegos para servir te y café metal plateado, marca **Anezin**, compuesto de 5 piezas, a $ 140. — c/u, de la casa **Anezin**, valor.... $ 560. —

24.º al 26.º premios: 3 alfileres de corbata a $ 100. — c/u de **El Trust Joyero Relojero**, valor...... $ 300. —

27.º y 28.º premios: 2 juegos para «toilette» compuesto, de 3 cepillos, 1 espejo, 1 peine, en un artístico estuche de la casa **Anezin**, a $ 90. — c/u., valor...... $ 180. —

29.º al 36.º premios: 8 juegos de escritorio de cristal negro y bronce, compuestos de tintero doble, portacartas, secador, regla, cortapapel y limpia plumas, de la casa **Tamburini Lda.**, a $ 62.50 cada uno, valor $ 500.

37.º, 38.º y 39.º premios: 3 colecciones de 25 volúmenes encuadernados en tela de las conocidas ediciones de **La Cultura Argentina**, a $ 50. — c/u., valor.. $ 150. —

40.º premio: Un gemelo especial para campo, de la renombrada marca **Busch, del Instituto Optico Oculístico Suvá**, valor.......................... $ 42. —

41.º premio: Una guitarra **América** N.º 3021, de la **Casa América**, valor.......................... $ 42.—

42.º al 46.º premios: 5 aparatos de radiotelefonía a galena, con selector de onda, del **Instituto Optico Oculístico Suvá**, a $ 40.— c/u., valor............ $ 200.—

47.º premio: Una guitarra valenciana legítima N.º 3005 de la **Casa América**, valor.................. $ 39.—

48.º al 52.º premios: 5 aparatos fotográficos KODAK, de la casa **Suvá**, a $ 33.— c/u., valor...... $ 165.—

53.º premio: 1 estuche «necessaire» de 14 piezas de marfil, de **A la Ciudad de México**, valor..... $ 29.90

54.º premio: un estuche «necessaire» de 12 piezas de



Noveno Premio: Un hermoso juego de cubiertos de alpaca sellada en estuche de roble forrado de seda, compuesto de 106 piezas adquirido en la acreditada casa ANEZIN.